

# LA CALMA Y EL VIENTO

José Antonio González Queiro



# **LA CALMA Y EL VIENTO**

*José Antonio González Queiro*

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley y queda totalmente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial sin el permiso escrito del autor y titular de los derechos de explotación.*

*1ª edición: Madrid, julio de 2019*

*La calma y el viento*

*José Antonio González Queiro*

*Diseño de cubierta: Virginia González Mariño*

*ISBN: 978-10-776-0947-1*

**OTRAS OBRAS PUBLICADAS DEL AUTOR: RAZIEL Y EL DESPERTAR DE LOS SUEÑOS Y LA MANSIÓN DE LOS NAVAS, DE VENTA EN AMAZON**

*Razielyeldespertar.wordpress.com   twitter   @razielyesper   @ja\_gonzalez49*

## PRÓLOGO

Cuando la vieja carreta comenzó a doblar el recodo del camino, Rosario echó la vista atrás, y un sentimiento de tristeza se alojó repentinamente en su interior, pero aquella sensación duró poco; lo tenía todo muy bien meditado, y esta vez ya no habría vuelta atrás. Así, con esta firme decisión, alejó de sí la pena y volvió a mirar al frente. Tenía cincuenta y cuatro años, estaba cansada de tanto trabajar, pero no rendida —ella nunca se rendía—, y aún sentía el corazón joven; un corazón que latía con bríos y la empujaba con ímpetu a seguir luchando en ese empeño por conseguir una vida más digna y mejor para ella y para toda su extensa familia.

La mula, que tiraba del carro, resopló con fuerza, y Rosario se estremeció, como si el aire fresco de la mañana le llegara de repente, y, ajustándose un poco más la toquilla, miró con cariño a sus hijos, Tomás y Miguel, ambos sentados delante. Después, su vista se posó en el cogote ya encanecido de Fernando, su fiel marido, que situado en medio de ellos contaba muy animado una de esas historias de aventuras que tanto gustaban a los chicos. Rosario se dio cuenta entonces de que sonreía, y con prontitud volvió a marcar en su rostro ese gesto serio y respetable del que le gustaba hacer gala.

El silbato del tren les puso en alerta. Aunque el carro llegara ya al apeadero y casi todos los bultos estuvieran en tierra, Rosario se apuraba nerviosa; el ferrocarril sólo paraba dos minutos y tenían que subir muchos bártulos en él.

—No se preocupe, tía, ya verá usted cómo tenemos tiempo —le animó su sobrino Agustín para tranquilizarla.

Agustín era el hijo mayor de su hermana Manuela, un majo mozo, que les había acercado con su carro hasta el apeadero y que ahora les ayudaba con

decisión y premura.

Cuando el tren se paró, soltando un fuerte resoplido, agarraron los bultos y acudieron con rapidez hacia los vagones de tercera clase. Subieron primero a los chicos con un bolso de mimbre cada uno, luego subió Rosario, que fue alzando el resto de bártulos que le pasaban su marido y su sobrino, y, finalmente, cuando el tren ya hizo sonar su agudo pitido, Fernando subió al tren.

Los cuatro, asomados a la puerta del vagón, agitaron sus manos diciendo adiós a Agustín, hasta que el denso humo que expulsaba la locomotora les cegó la imagen del sonriente joven.

Tardaron poco tiempo en acomodarse, el tren no iba muy lleno, y esto les vino bien para encontrar hueco e ir los cuatro juntos. Se sentaron Fernando y los dos chicos, mientras que Rosario pasaba revista a todos sus bultos. Y cuando se cercioró de que ninguno faltaba, respiró hondamente y se sentó también.

— ¿Qué horas son dadas, Fernando? — preguntó, sintiendo bajo su cuerpo las duras tablas de madera. Luego, se quedó observando cómo su marido extraía del bolsillo de su gastado pero limpio chaleco un reloj de plata sujeto a una gruesa cadena.

— Pasan veinte minutos del mediodía — respondió este, entonces Tomás, su hijo más pequeño, tomó el reloj tímidamente y, con mostrada alegría, lo contempló ante la atenta mirada de su padre.

— La aguja grande es la que marca los minutos, ¿a qué sí? — preguntó el niño a sabiendas de que su padre le respondería afirmativamente.

— Así es. La otra, la más ancha y corta, es la que señala la hora. ¿La ves?

Miguel, el otro hijo, que ya había cumplido catorce años, miró a su hermano de diez con cara de entendido.

— Yo ya hace mucho que sé leer todas las horas — le dijo con suficiencia —, y los cuartos, y las medias...

— Porque tú eres mayor —le repuso el pequeño con aplomo—, pero a mí me lo va enseñando padre, y pronto las voy a decir de carrerilla.

El tren surcaba las tierras castellanas. Avanzaba pesadamente, con un traqueteo constante que comenzaba a hacer mella en las nalgas de Rosario. Aquellas duras tablas de madera no ayudaban a descansar, así que tomó uno de los hatillos más pequeños y lo colocó bajo sus posaderas. Apoyó bien los riñones sobre el respaldo del asiento y cerró los ojos, hasta que la voz de su marido, que contaba una de sus historias a los chicos, quedó reducida a un murmullo lejano.

Su mente retrocedió despacio en el recuerdo, y ahora se veía mirando de nuevo aquel inmenso puerto lleno de barcos de todos los tamaños. Estaban entrando en Buenos Aires, y aún recordaba el matiz verde azulado de las tranquilas aguas de esa enorme desembocadura que forma el Río de la Plata, y de aquella ligera y fresca brisa que le hiciera estrechar con fuerza sobre su pecho el pequeño cuerpo de su hija María. «¡Dios mío! — exclamó para sí, dando un suspiro—, ¡cómo ha pasado el tiempo!».

— Madre, mire... ¡Son toros! —El pequeño Tomás la apartó en ese instante de sus recuerdos.

A las cuatro de la tarde, el tren correo procedente de Salamanca entró en la estación Norte de Madrid. Era el 14 de octubre de 1929. Comenzaba aquí una nueva etapa, distinta y llena de inquietudes, que marcaría para siempre la vida de Rosario y de toda su familia.

# 1

El piso estaba sucio. «Esta baldosa no se ha fregado desde Dios sabe el tiempo», se dijo Rosario mientras contemplaba con los labios fruncidos el interior de la vivienda que su hija María les había alquilado en aquel barrio hacia el sur de Madrid. Tenía tres dormitorios, y esto era lo único que la animaba, pero la cocina era pequeña y no muy bien ventilada a través de una ventana que daba a un estrecho patio de luces, tan estrecho que, alargando el brazo, casi se podía tocar la ventana del vecino de enfrente. El comedor no estaba mal, aunque los pocos muebles que lo componían parecían estar medio desvencijados. Tampoco esto la preocupaba, su marido era mañoso y sabría recomponerlos. Dio una vuelta por los dormitorios. El más grande tenía un armario ropero que podía hacer buen apaño, una cama de matrimonio y un colchón de lana que parecía estar casi nuevo, y esto último le llamó la atención. Palpándolo con las manos, sintió el cálido mullido y sonrió. «¡Vaya...! Esto sí que es una sorpresa», se dijo en voz alta. Ya, algo más animada, entró en los otros dos dormitorios; cada uno de ellos tenía dos camas separadas por una mesilla, y uno de ellos tenía armario, de una sola puerta, pero armario, con un buen espejo. Los colchones tampoco parecían estar en mal estado. «Habrà que abrirlos, airear y mullir un poco la lana, pero están bien», reconoció con agrado.

María contemplaba sonriente a Rosario desde el quicio de la puerta del dormitorio.

—Bueno, madre..., ¿qué le parece el piso? —le preguntó.

María era la segunda hija de Rosario. Tenía veinticinco años y ya llevaba en Madrid casi dos. Fue la primera que llegó a la capital, animada por su madre, acompañando a su prima Raquel, que era cinco años mayor que ella y servía desde hacía tiempo en casa de unos condes. «Muy buena gente», había dicho la prima, «y como necesitan una doncella, María será estupenda para ocupar el trabajo». Así, Rosario vio un camino abierto para su hija, y quién

sabe si para todos; el pueblo no ofrecía más que trabajo en el campo de mucha fatiga y miseria.

Rosario miró a María y luego miró a su marido, que la contemplaba paciente detrás de su hija.

— Bueno, mujer, di algo... — la interpeló este.

— Hay que comprar lejía, un buen cepillo de raíces y unas bayetas. Jabón he traído yo unos cuantos trozos que aún tenía en el pueblo. Fernando, tú echa ahora un vistazo a las sillas, no las veo muy estables, y dime si las tienes que encolar. Nosotras dos nos vamos mientras a comprar. Hacen falta bastantes cosas y ya se va haciendo tarde. ¡Tomás...! Vamos, tú vienes con nosotras. Miguel, tú quédate con tu padre. ¿Te traigo entonces cola para las sillas?

Cuando las dos mujeres y el chiquillo abandonaron el piso, Miguel preguntó a su padre:

— ¿Usted cree que a madre le gustó la casa?

— ¡Pues claro, hombre! ¿No viste lo contenta que se fue a comprar?

\*\*\*\*

Llevaban tres días en Madrid y ya el piso parecía otro. Rosario contemplaba satisfecha y orgullosa los logros obtenidos gracias a sus manos y a su esfuerzo. Las baldosas mostraban ahora unos dibujos geométricos pintados en varios colores, algo gastados, pero limpios que daba gusto mirarlos. La ventana del comedor se ocultaba tras unos blancos y finos visillos que dejaban pasar la claridad del día, y que ella misma confeccionó hacía años con una de las telas que había traído de Argentina. La mesa del comedor estaba cubierta por un tapete de hule de color crema con unas florecillas a color pintadas en tonos pastel, y encima del aparador lucía una fuente de cristal con pie, que conservaba Rosario desde hacía muchos años y que perteneció a su abuela paterna. Las sillas quedaron como nuevas. Fernando no dejó que se sentaran en ellas durante varias horas, hasta que la cola selló bien las maderas.

Solo trajo del pueblo tres juegos de sábanas, las únicas que le quedaban un poco decentes; pero, por el momento, les sacarían de apuros. María les apañó con dos mantas de lana, de calidad y casi como nuevas. Con ellas y su mantón de buen paño para la cama de Tomás, podían vencer el frío, todavía suave, en aquellos primeros días del otoño.

Aquella tarde era jueves, y libraban Esther y Dolores. Rosario y Fernando no habían vuelto a verlas desde que habían salido del pueblo, camino ya de diez meses. Servían ambas en el palacio de unos marqueses, en el selecto paseo de la Castellana. Esther, como pinche de cocina, y Dolores, de doncella. Hacían el número tercero y cuarto de sus ocho hijos.

Cuando sonó el timbre de la puerta, Tomás salió disparado a abrir.

— ¡Tomás, cómo has crecido! —le saludó Esther, acariciándole el cabello. Después Dolores se agachó y le besó en las mejillas.

A Rosario se le cubrieron los ojos de lágrimas cuando las vio entrar en el comedor. Después de celebrar el reencuentro, se sentaron todos alrededor de la mesa.

— Y... ¿ese pelo tan corto y con ese flequillo? —preguntó Rosario a su hija Dolores.

— Es la moda, madre — respondió esta, moviendo coqueta la cabeza.

— Por mucha moda que sea, a mí no me gusta. Pareces una cupletista.

— A mí sí que me gusta — dijo Miguel sonriendo —. Está muy guapa.

— Tú qué entenderás... —le reprendió su madre con cariño.

— Madre, estamos en 1929 y esto es Madrid —se explicó Dolores, dándose otro toque coqueto en el pelo.

— Será mucho Madrid, pero yo no lo veo decente. ¿A ti qué te parece, Fernando?

— La chica tiene ya veinte años, Rosario, y lleva meses ganándose el jornal por su cuenta. A mí no me parece mal que lleve el pelo así. No sé..., yo

no entiendo, pero creo que la decencia está en otros menesteres.

Rosario contempló a su marido con gesto serio. Tal vez tuviera razón, pero no mostró conformidad; para ella siempre tuvo mucha importancia la apariencia.

— Madre, no pasa nada. Aquí verá usted a montones de muchachas con ese corte de pelo — añadió Esther, la otra hija.

— Y si lo ves tan bien, ¿por qué tú no lo llevas así? —le disparó Rosario con intención.

— Porque a mí no me va, tengo la cara ancha y parecería una torta.

Miguel y Tomás rieron con ganas la ocurrencia de su hermana Esther.

— Bueno, ya veo que estáis todos de acuerdo. No diré más, pero a mí esa moda no me gusta, y menos que la sigas tú.

Esther cambió de conversación en este momento.

— Madre, ¿sabe lo que más echo de menos en Madrid? No se lo va a figurar.

— Pues, no sé... Del pueblo pocas cosas se pueden echar de menos aquí, digo yo.

— ¡Los farinatos que hace usted! — exclamó Esther con euforia.

— Pues mira, hija, recordando lo que os gustan a todos, me he traído la máquina para hacerlos.

— ¡Jesús! No me dirá usted que ha venido cargada con todo eso en el tren — dijo Dolores sorprendida.

— Bueno, con el barreño no, mujer. Ese lo compraré aquí.

— Ya verá usted cuando lo sepa Vicente, que no deja de hablar de la gana que tiene de ellos — señaló Esther con gran contento.

— Por él os quería yo preguntar, y por Carlos. Creí que vendrían con vosotras...

— Vicente está en la finca de los marqueses, en la Cuesta de las Perdices, lleva allí hace casi dos semanas, junto a otros peones, recogiendo el cereal. Y

Carlos ya saben que trabaja de repartidor en una charcutería. Solo tiene libre el domingo —les aclaró Esther.

— Y... ¿están bien los dos? No sé si hice bien enviándolos antes.

— Que sí, madre, no se preocupe usted. Y se portan muy bien, ¿verdad, Dolores?

— Así es, aunque Vicente anda un poco revuelto.

—¿Revuelto dices? ¿Acaso se encuentra mal?

— No, madre, quiero decir por la edad. Ya hizo los dieciocho años...

Fernando sonrió.

— La sangre, que empieza a hervir — dijo, y se le veía satisfecho.

Rosario miró seria a su marido e hizo un mohín con los labios.

— Bueno, pues el domingo, que vengan, que ya hay ganas de verlos. Y para la semana, a ver si tengo todo *apañado* para que se queden ya con nosotros. Hay mucho que agradecer a los marqueses, que tan bien se han *portao*, teniéndoles alojados todo este tiempo.

— La verdad es que sí, madre — confirmó Esther—. Cuando le comenté a la señora marquesa que ya venían ustedes para Madrid, me dijo que no se preocupara por el trabajo, que primero se acomoden bien. Mire usted si son buena gente...

— Ya, pero no conviene abusar de la bondad de las personas. Yo, en pocos días, ya estaré dispuesta para comenzar a trabajar.

— Como usted vea mejor —acordó Esther, sonriéndole—, pero prisa ya ve que no hay ninguna.

— ¿Vendréis los cuatro a comer? —preguntó Rosario mientras se alcanzaba una rosquilla de la fuente.

—Imposible, madre, los domingos tenemos mucha faena —repuso Dolores—. Vendrán ellos dos en el Metro.

— ¿No se perderán? Mira que Madrid es muy grande, y ese invento a saber dónde les lleva.

Ante la observación de Rosario, las dos hermanas rieron.

—¡ Anda que no coge el Metro Carlos todos los días para ir a trabajar! —evidenció Esther, que todavía reía—. Se le ha olvidado a usted que sus hijos ya son dos hombrecitos, madre...

— Pero ¿el Metro llega hasta aquí? — indagó Fernando, mostrando sorpresa.

— No, les deja en Atocha, pero desde allí pueden llegar andando, solo es subir el paseo de las Delicias hasta aquí. Ahora están ampliando la red, seguro que pronto lo tienen en la puerta de casa — puntualizó Esther, sonriendo.

— Menudo invento ese del Metro — dijo Rosario—. En el pueblo hablaban de que te puedes ahogar porque está muy profundo y te falta el aire.

— Eso son tonterías, madre. Hay respiraderos, y se respira igual que en la calle, bueno casi, que a veces huele muy mal — explicó Dolores, poniendo cara de repulsa.

— Según leí es todo eléctrico, ¿no? — quiso saber Fernando.

— Claro, padre, y va por una vía como un tren, pero subterráneo.

— Sí, dentro de un túnel todo el tiempo; menudo agobio —añadió Rosario, arrugando la cara.

— A ver, esto se hace para evitar el tráfico. Así se llega antes a los sitios. Es más rápido.

— Eso ya lo sé, anda que no han hablado de ello en los periódicos. Bueno, ya lo probaremos —concluyó Fernando, mostrando así su interés por conocerlo.

— Yo también quiero ir en el metro, padre — dijo de pronto Miguel.

— ¡Y yo! — chilló Tomás, que pintaba en un papel con un lápiz, tumbado en el suelo a un extremo del comedor.

—¡ Levántate de ahí ahora mismo!, que luego te enfrías y andas además con las rodillas llenas de roña.

Ante el chillido autoritario de la madre, el crío se levantó y se sentó en el regazo de Dolores, que ya había abierto los brazos para arroparlo.

— No hago carrera de él —se quejó Rosario—. Ayer abrió la puerta y se salió a la calle, menos mal que le vio la portera y le trajo de vuelta.

— Tomás, esto no es el pueblo. —Dolores le reñía con cariño—. No puedes ir solo a la calle, te puedes perder. Tienes que hacer caso a los padres, ¿de acuerdo? Luego, cuando vayas al colegio, ya tendrás amiguitos. — Tomás movió la cabeza asintiendo, mientras que Dolores le pasaba la mano por el pelo.

Rosario contemplaba la escena sonriendo. Dolores tenía buena mano con los niños, había que reconocerlo, y recordó que mucho trabajo le había quitado en el pueblo cuidando a los más pequeños cuando ella tenía que ir a la siega. Ya, con diez años, estaba al cuidado de Miguel y de Tomás más tiempo que ella misma. Les vestía, les lavaba, les daba de comer... En fin, que había hecho el papel de madre casi desde que tuvo uso de razón. Con este reconocer que hizo para sí, se levantó y salió hacia la cocina. Sacó un envoltorio de la fresquera y volvió al comedor.

— ¿Qué trae usted ahí? — preguntó Dolores al verla aparecer con el paquete en las manos.

— Qué van a ser..., ¡farinatos! — contestó su padre con rapidez—. Ya los hizo hace casi un mes, y bien que hemos venido cargando con ellos.

— ¡Ay, madre! ¡Qué ilusión! — Esther se levantó y le dio un abrazo a Rosario.

— Quita, tonta... ¡Qué los vas a aplastar! —exclamó Rosario, escabulléndose—. ¡Hale!, así os quitáis el mal año del cuerpo. Ya están bien secos, listos *pa* freír y comer.

— Pero, madre, estos son muchos, déjenlos para ustedes —demandó Dolores, con cara de pesar.

— ¡Quita, mujer! — intervino su padre—. Si ha traído un porrón de kilos... Casi acabó con toda la manteca del pueblo.

Al unísono rieron las dos hermanas.

— Es usted tremenda, madre.

— Nada de tremendismos, Esther. A saber si aquí encuentro buena manteca para hacerlos. No me fio yo...

— Que sí, madre, no tema —afirmó Esther—. En Madrid hay de todo.

— Bueno, eso no lo discuto, pero a saber cómo. No todas las mantecas son buenas.

— Esther, se nos está haciendo tarde. —Dolores recordó en ese momento que tenían que irse.

— Pero aún es de día. ¿Tenéis que ir os ya? —Rosario mostraba su pesar.

— Sí, madre, aún tenemos mucho camino para volver, además quiero comprarme unas medias de paso, antes de que cierren.

— Bueno, pues no os entretengáis. ¡Ay!, esperad un momento... —Rosario salió rápida hacia su dormitorio.

Enseguida volvió con un hatillo en las manos.

— Mirad, son dos jerséis de lana que tejí para Vicente y Carlos. Se los lleváis.

— Pero, madre, si dentro de unos días ya vienen para quedarse con ustedes... Además, ahora aún no hace tanto frío.

— Tiene razón Dolores, para qué andar llevándoles ropa si luego tienen que venir con la que ya tienen —añadió Fernando, al tiempo que hacía un gesto con la mano hacia el hatillo.

Rosario frunció el ceño, no le gustaba que le quitaran la razón, pero en este caso comprendió que no le quedaba más remedio que ceder.

— Bueno, también es verdad... —confesó con pocas ganas—. ¿Andan bien de camisas?

— En eso ya le digo yo que les hacen falta un par de ellas —repuso Esther—. Sobre todo a Carlos, que ya las tiene muy gastadas. El otro día estuve cosiéndole dos botones en una, y ya me fijé que estaba muy pasadita. Ya pensaba decírselo. Le quise comprar una, pero me dijo que cuando llegaran se la compraría usted. —Esther sonreía ahora—. No gana mucho en la tienda,

poco jornal, pero saca buenas propinas, y ayer me dijo, todo contento, que había ahorrado unos duros. No me quiso decir cuánto, pero está todo ilusionado. Hace un mes le hizo un pantalón una pantalonera que conozco, porque el único decente que tiene para salir ya le queda corto, y casi tuve que obligarle. Y en cuanto a Vicente, se va apañando, pues le dieron un par de monos cuando entró en el palacio y un par de camisolas de faena, y como tampoco sale mucho...

— Bueno, a partir de ahora las cosas van a ir mejor. Ya lo veréis —dijo Rosario, moviendo la cabeza hacia adelante, como queriendo recalcar así la seguridad de sus palabras.

## 2

El día amaneció gris, pero sin amenaza de lluvia. Rosario llevaba de la mano a Tomás y caminaba deprisa, calle arriba, mirando bien que en la segunda bocacalle tenía que girar a la izquierda, luego seguir derecha hasta una plaza, y allí encontraría el colegio. Según le había comentado la portera, era una buena escuela, pequeña, pero enseñaban bien, y cobraban muy poquito, porque era para hijos de obreros. Sería solo para este año. Había traído una carta de recomendación de su hermano Carlos, que era un buen médico, establecido en Salamanca, para que ingresara el curso siguiente en las Escuelas Pías de San Fernando. Para este año no había habido forma de conseguirle plaza, ya estaban todas solicitadas, según le había dicho su hermano.

Tomás no paraba quieto. Por dos veces se le soltó de la mano. Rosario le pegó un cachete en el culo.

— ¡Pero, madre, que por aquí no hay coches, ni carros! — protestó el muchacho al sentir el golpe.

— ¡Es igual!, esto no es el pueblo. ¿Olvidas lo que te dijo tu hermana ayer? Si te portas mal, el próximo día que venga, se lo digo.

Rosario sabía de la devoción de su hijo más pequeño por Dolores, y de eso se aprovechaba cuando el crío se le ponía terco.

No hubo problemas, y Tomás fue admitido en el colegio. Aunque habían comenzado las actividades hacía ocho días, era muy poco tiempo para que el niño quedara retrasado del resto. Así que ya lo dejó allí. Rellenó una ficha y le pidieron que tenía que llevar un babi para que el niño no se manchara en clase. A la vuelta, entró en la tahona a comprar el pan. Cuando llegó a la casa, fue junto a la señora Elvira, la portera, para preguntarle dónde podía comprar el babi.

La portera la miró con agrado. Aquella mujer bajita era muy educada y

tenía remango; le empezaba a caer bien.

— A ver, señora Rosario, por aquí cerca, que yo sepa, no hay comercios de esos, pero no le puedo asegurar —le informó con amabilidad—. Lo mejor es que cuando vaya usted a buscarle para comer, le pregunte a una de las madres de los demás niños. Ellas le orientarán.

Agradeciendo la información, Rosario subió al piso para hacer las faenas. A la una y media tenía que volver a recoger a Tomás. Cuando entró en la vivienda, encontró a Miguel sentado en el comedor, leyendo un libro.

— ¿Ya se marchó tu padre? —preguntó mientras dejaba sobre la mesa de la cocina la hogaza de pan todavía caliente.

Miguel levantó los ojos del libro y miró hacia la cocina.

— Sí, ya hace un rato —contestó, levantando la voz—. Dijo que volvería para comer. Y ¿Tomás?

— Se quedó en el colegio.

— ¿Ya?

— Sí, y parece que se quedó contento.

— Madre, y yo... ¿No podía seguir estudiando? — preguntó con notorio aire de tristeza.

Rosario, que estaba atizando la lumbre en la cocina, al oír la voz lastimera de su hijo, colocó de nuevo la tapa sobre la hornilla y se asomó al comedor.

—A ver, hijo, tú ya cumpliste los catorce, acabaste este año las cartillas y sacaste el libro de cuentas muy bien. Ya te puedes manejar para aprender un oficio, y sabes que nos hace falta el jornal. Tu padre ha ido a mirar trabajo también para ti.

— Pues nada me dijo. —Miguel miró a su madre sin que de su cara se borrara la tristeza.

— Bueno, ahora solo va a ver si hay algún letrado donde ponga que buscan dependiente o aprendiz...

— A mí me hubiera gustado ser médico, como el tío Carlos —dijo de

repente Miguel, y al tiempo bajó la cabeza, como si tratara de esconder la cara en el libro.

Rosario se sentó en una silla, al otro lado de la mesa del comedor, justo enfrente de su hijo, y se le quedó mirando con sumo cariño.

—No sabes cuánto nos gustaría a tu padre y a mí poder pagarte los estudios para que lo fueras —le dijo, con cariñosa voz—, pero esos oficios no están al alcance del pobre. ¿Piensas que no nos duele a tu padre y a mí, sabiendo que desde renacuajo ya querías ser médico como tu tío? Esos estudios valen muchos duros, hijo. —Rosario extendió su mano por encima de la mesa y agarró a Miguel por un brazo—. Mira, eres muy listo y muy voluntarioso —le dijo con gran sinceridad—, y encontrarás un buen trabajo, pero tú nunca dejes de leer y de aprender.

—Ya lo sé, madre, nunca dejaré de hacerlo, y encontraré un trabajo para traerles un jornal. Usted no se ponga triste por mí. —Los ojos azules de Miguel miraron a los de su madre con determinación y cariño.

Rosario, a su vez, contemplaba a su hijo con ternura. De sus ocho hijos, era el más quebradizo en cuanto a salud, pero tenía una gran nobleza y ponía mucho empeño en todo cuanto hacía.

Cuando Fernando llegó, ya estaban sentados a la mesa, esperando para comer.

—Siento llegar tarde, pero me perdí — se disculpó nada más entrar—. Me metí por no sé cuántas calles y acabé en una plaza enorme que llaman de Legazpi. Y fíjate tú por dónde —continuó, mirando a su mujer—, que allí pregunté, y resultó que estaba a poco más de cien metros de aquí. Con todas las vueltas que di...

—Porque andarías en redondo — aclaró Rosario, que ponía en ese momento una olla con legumbres en el centro de la mesa—. Bueno, así es como mejor se aprende. Seguro que ya sabes ir sin perderte a la plaza... como se llame.

— Plaza Legazpi —puntualizó Fernando—. Esa ya no se me olvida.

— Tomás ya tiene escuela —medió Rosario—. Esta mañana le han admitido en una que está muy cerquita de aquí. Hay que comprarle un babi.

— Y ¿eso qué es? — preguntó Fernando mientras revolvía con la cuchara las legumbres de su plato para enfriarlas.

— Es como un blusón que se ponen encima de la ropa los niños para no mancharse de tinta o de tiza. Esta tarde voy a comprarlo. Cuando fui a llevarle, después de que comiera, ya me dijo una de las madres de los otros niños dónde los venden. Apunté la dirección en un papel, y me indicó, más o menos, cómo ir andando. No está muy lejos de esta zona. Luego, por la tarde, si te parece, vamos los tres a recoger a Tomás y nos damos una vuelta por ahí.

—Sí, padre, que yo llevo todo el día en casa metido —dijo Miguel, que con buen gusto comía las alubias preparadas por su madre.

—De acuerdo —sentenció Fernando—, así también sigo mirando a ver si encuentro algún trabajo.

— ¿No encontraste nada? —le indagó Rosario.

— No, pero me dijeron de preguntar en el Matadero, que está al lado de la plaza esa de Legazpi. Todas las mañanas contratan peones para descargar. Mañana a primera hora volveré por allí ahora que sé bien el camino — concluyó, sonriendo.

—¿No vio nada para mí? — pregunto Miguel.

— En una carnicería vi un cartel para repartidor. Entré a preguntar, pero me dijeron que no pagaban salario, solo las propinas.

Rosario se encogió de hombros.

— Bueno, si no hay otra cosa por el momento...

— No estamos tan necesitados, Rosario —cortó Fernando a su mujer—. Ya saldrá algo para el chico, aunque le paguen poco, que reciba un jornal.

—Está bien, pero dejemos de hablar y comamos.

Rosario, mientras comían, ya en silencio, pensaba que Fernando tenía razón en lo que le había dicho momentos antes.

Cuando volvieron de Argentina, en 1910, con el dinero que allí reunieron durante cuatro años, pudieron comprar un buen terreno cercano a la casa. Allí sembraron trigo y centeno, y dispusieron también de un trozo de tierra para montar un pequeño huerto. Hasta hicieron un pozo, que buena y fresca agua les diera todos aquellos años. Al morir su padre en 1912, le dejó a Rosario tres fanegas de tierra y una docena de cabras, así que, en los primeros tiempos, les fue bastante bien, pero hubo cuatro cosechas malas seguidas y tuvieron pérdidas cuantiosas. Y a partir de aquí, ya no levantaron cabeza; tuvieron que vender las cabras y deshacerse de parte del terreno para poder sobrevivir. Finalmente, Rosario pensó que lo mejor era vender lo poco que les quedaba y migrar a Madrid. Vendieron el terreno y la huerta al alcalde —que era primo de Rosario— por 340 duros; por la burra, las gallinas y las dos cabras sacaron otros 35 duros. La casa no era de ellos, pertenecía a su tío Ramón, hermano de su padre, que aún vivía con 85 años. En total no es que sacaran mucho, pero con los tiempos que corrían, bastante bueno había sido. Y con ese dinero, administrándolo con cuidado, tirarían una buena temporada, si las cosas no les fueran bien al principio.

Rosario se consideraba una mujer de recursos y no tenía miedo a los desafíos de la vida, desde muy joven lo venía demostrando. Ya cuando se casó con Fernando tuvo que hacer frente a la imposición de sus padres, que no le consideraban un buen partido para ella. De un pueblo cercano al suyo, era un apuesto jornalero, de familia de labradores, que conoció durante las fiestas del Rosario, allá por 1898, y se quedó prendada de él. Así que, contra viento y marea, acabaron casándose en la primavera de 1900.

Ella nació en una familia de nivel medio, que poseía varias fanegas de tierra cultivable, así como ovejas y cabras. Contrataban peones que venían todos los años a ayudar en la siembra, a segar y recoger el grano, y dos pastores que cuidaban y llevaban a pastar a las ovejas. Por lo tanto, tuvo una niñez y primera juventud bastante apanada. Estudió las tres cartillas y aprendió cuentas hasta dividir, que en aquella época, finales del siglo XIX, era un privilegio entre las mujeres, que solían ser, en su inmensa mayoría, analfabetas. Se casó con Fernando, y nunca se arrepintió de ello. Estaba contenta y orgullosa de haber seguido lo que su corazón le indicó. Su familia solo les cedió una pequeña casa, que Fernando fue arreglando e incluso ampliando, comiéndole terreno al corral. Contaban con muy poco, pero el

tesón de ambos y las ganas de medrar en Fernando, que trabajaba en las tierras hasta que se metía el sol, fueron dando su fruto, sobre todo en el respeto de sus parientes, que, poco a poco, aceptaron a su marido al ver que era un gran trabajador y, sobre todo, muy buena persona.

— Madre, ¿entonces esta tarde podemos ir en el metro?

La pregunta de Miguel sacó a Rosario de sus meditaciones.

— ¡Ay, hijo! ¡Qué manía con el metro! Además, queda algo lejos de aquí, según me dijo la portera. Aunque, por lo visto, solo es seguir toda la calle hasta su comienzo. Pero está bien, si tanto empeño tienes, iremos en el metro.

Miguel miró muy sonriente a su madre.

\*\*\*\*

Y llegó el domingo.

— ¡Dios mío! — fue lo primero que exclamó Rosario al ver a sus hijos, Vicente y Carlos—. ¡Qué altos estáis!, pero también... ¡qué delgados! Ya me encargaré yo de haceros buenos pucheros, pero ahora ¡dadme un abrazo, venga!

Los dos muchachos no pudieron reprimir las lágrimas al ver a sus padres, pues ya hacía siete meses que no los veían. Después de abrazar profusamente a su madre, Carlos abrazó a su padre con fuerza y este le revolvió el pelo con una mano, mientras que, con la otra, le palmoteaba los hombros.

— Sí que has crecido, ya estás tan alto como yo — le dijo, intentando no dejar escapar su emoción—. Y tú, Vicente, no te digo nada... Ya me sacas un buen pedazo.

Vicente sonreía observando a su padre, a quien veía algo más envejecido, pero sin perder aquella mirada que tanta calma les transmitía siempre a todos.

— No saben las ganas que teníamos de verles. Les hemos echado mucho en falta — dijo Vicente, pasando un brazo por los hombros de Rosario.

Miguel también observaba a sus hermanos con una mezcla de admiración

y cariño. Mientras, Tomás daba vueltas alrededor de todos, intentando hacerse notar.

— ¡Anda!, mira al renacuajo... ¡Cómo ha crecido! —exclamó Vicente en ese momento. Y, cogiéndole del suelo por la cintura, le subió encima de su hombro.

—¡Hemos ido en el metro! —soltó Tomás, mientras reía sobre el hombro de su hermano mayor.

—Bueno, ayer..., ¡no veáis!, qué guerra me dieron con que querían ir en el dichoso metro —aclaró Rosario, oscilando la cabeza.

—Pero ¿a dónde fueron? —preguntó Carlos, sorprendido.

—Hasta la Puerta del Sol. Y no me quedaron ganas de volver —intercaló su padre, con rostro severo—. Tanto bajar y subir escaleras, y ese ruido que aturde... Vamos, lo que es yo, poco voy a montar en ese infierno. Prefiero ir andando, aunque tenga bien que patear.

Vicente sonrió al oír las quejas palabras de su padre.

—Bueno, hombre, ya se acostumbrará usted —le dijo, dándole una palmada en el brazo—. A nosotros también nos pasó igual cuando subimos la primera vez, y ya ve ahora... Sobre todo Carlos, que viaja en él a diario. Además, también tiene el tranvía...

—Pues te gastarás unas buenas *perras* a la semana si vas y vienes todos los días en el cachivache ese —le dijo Rosario a Carlos tras echar sus cuentas —, porque nada tiene de barato para un obrero.

—Ya, madre, pero desde palacio me pilla muy lejos la charcutería. Tengo que ir hasta la plaza del Progreso que está muy largo —se disculpaba—, además saco el billete de ida y vuelta, que me sale mucho más barato.

—Lo cubre de sobra con las propinas. —Vicente intervino para echar una mano a su hermano—. Figúrese, madre, le pagan nueve pesetas a la semana, y que le diga cuánto viene a sacar de media con las propinas.

Carlos pensaba.

—Pues..., más o menos... entre dos..., tres pesetas a la semana.

—¿Sacas todo eso en propinas? —Rosario se quedó sorprendida.

—Así es, madre —le respondió, mostrando un semblante orgulloso—. Es una gente muy maja la de ese barrio, y me tienen simpatía. Hay un par de señoras que, cuando les subo el pedido, también les llevo el pan y el periódico para su marido, que me pillan al lado, y todos los días me dan una *perra chica* cada una. Y a otra, cuando vuelvo, le acerco la tartera con la comida a su marido, que trabaja en una imprenta que me coge de camino, y me da otra *chica*.

Rosario miró a su hijo Carlos con satisfacción. Era guapote, y con aquel pelo moreno, fuerte y tan rizado, que a duras penas se podía hacer la raya, empezaba a tener su encanto. Sin darse cuenta, se le había hecho un buen mozo.

—Y... ¿cuánto has *ahorrao*? Porque, aparte de lo que gastas en el dichoso metro, ya me dijo Esther que te hace un bocadillo todas las mañanas para comer, y desayunas y cenas con ellas en palacio. —Rosario ejercía de nuevo su papel de administradora, y así lo pensó Carlos antes de responder.

—Pues, no se lo van a creer, pero ayer lo conté y ya tengo casi ciento cincuenta pesetas, y eso que me hicieron unos pantalones; mire, son estos... —Y, orgulloso, se separó un poco para que los vieran bien—. ¡Ah!, y unas alpargatas nuevas.

Fernando emitió un silbido.

—Pues ya son *perras*, ¿eh, Rosario? —dijo, guiñándole un ojo a su hijo Carlos.

—Bien nos van a venir, que hay que comprar muchas cosas.

—Yo tengo también un dinerillo *ahorrao* —dijo Vicente, y, al decirlo, pareció un poco dolido, como si pensara que a él no le tenían muy en cuenta —; ya saben que trabajo para la finca de los marqueses, poco me pagan, ya que me mantienen, pero algo hay.

Fernando miró a su hijo esbozando una sonrisa.

—Muy bien. Estamos muy contentos de los dos, ¿verdad, Rosario?

—Bueno, ahora vamos a comer —dijo Rosario como respuesta, y, dando

una palmada, salió hacia la cocina—, que os he hecho un arroz con bacalao que está para chuparse los dedos, ya me lo diréis. Venga..., ¡todos a la mesa!

### 3

Fernando encontró trabajo en el matadero, y mejor de lo que pensó, pues se encargaba de lavar las reses una vez eran sacrificadas. Para ello, se compró una botas altas de caucho y un delantal de hule. Solo trabajaba de mañana, de seis de la mañana a dos de la tarde, sin descanso, y aunque era un trabajo duro, peor hubiera sido tener que descargar las reses. Así que, dentro de lo malo, estaba contento. Tampoco el salario era para pegar botes, pero con los tiempos que corrían, no se podía quejar. Y lo mejor: que disponía de la tarde, así que él se encargaba de ir a buscar a Tomás a la escuela y darle la merienda; al mediodía lo recogía Miguel, ya que aún no tenía trabajo, y de paso compraba el pan y la leche.

Rosario salía para el palacio de los marqueses en cuanto dejaba a Tomás por las mañanas en la escuela, y allí estaba hasta las siete de la tarde. Lavar ropas no le resultaba tan penoso, acostumbrada a hacerlo en el río del pueblo, sobre todo en el invierno, que, a veces, tenía que romper la capa de hielo que se formaba por el frío intenso para poder meter las manos en el agua, y luego moverlas con rapidez para que no se quedaran congeladas. Aquello sí que era una condena, pero en esta casa, donde se podían echar barreños de agua caliente, y con lo poco sucia que estaba la ropa, que casi no había que frotar... Esto, en comparación, era una maravilla. Y lo mejor de todo: tenía a Esther y a Dolores allí, que aunque andaba cada una a sus ocupaciones, se veían, comían juntas y charlaban. Vamos, que estaba contenta y agradecida. La señora marquesa era muy buena mujer, tenían razón sus hijas, aunque ella ya lo supo cuando no puso reparo en dejar que Carlos y Vicente pararan allí, y sin cobrarles nada, que eso pocos lo hacían. Como agradecimiento, les trajeron del pueblo un jamón bien curado, que anda que no les gustó. Hasta el señor marqués fue al lavadero a darle las gracias.

A Carlos ya lo tenían en casa, desde allí no le quedaba tan lejos la tienda, así que iba y venía andando. El gasto en el transporte lo tenía ahora Rosario, pero ella prefería el tranvía. Tardaba algo más en llegar, pero poco le importaba perder ese tiempo y no tener que pasar agobios bajando al metro; no

le gustaba entrar en ese maloliente subterráneo. Vicente, por el momento, se quedaba en el palacio de los marqueses. Pasaba más tiempo en la finca que en otra parte, y allí le llevaban y traían en camioneta. Era mejor eso que no andar yendo a diario hasta palacio para luego ir a la finca. Si así lo hiciera, gastaría dinero y tiempo, todo a la vez.

\*\*\*\*

Aquel domingo, 27 de octubre, se juntaron todos en casa para comer. Rosario hizo un cocido castellano con todas las de la ley, hasta le echó un buen trozo de morcillo de ternera, que últimamente, decía, estaba por las nubes. Pero por tenerlos a todos allí, y con buena salud y trabajo, este dispendio merecía bien la pena.

Estaban todos en casa a excepción de María.

—Cuánto tarda María, ¿no? —dijo Rosario, mientras iba colocando las viandas del cocido en una fuente.

—La verdad es que sí, pero ya sabe que vive muy retirada de aquí, estará al caer —repuso Esther, que ayudaba a su madre en la cocina.

Fernando leía El Imparcial en el comedor. Ahora, en Madrid, se le brindaba la suerte de poder leer la edición del día, y no como en el pueblo, que tenía que leerlo hasta con dos o tres días de retraso. Solo lo compraba los domingos. Costaba un poco más, pero traía más artículos, y así le valía para ir leyéndolo luego a lo largo de la semana.

—Qué mal anda la cosa —comentó Fernando, de repente, alzando la voz—. No hacen más que hablar de la caída de las acciones en la Bolsa de Nueva York durante esta semana pasada. Hablan de que puede venir una recesión económica.

—Y a nosotros eso qué más nos da, ese problema lo tienen los ricos —dijo Vicente, alzando los hombros.

—Cómo se ve que todavía sabes poco de la vida. Los ricos siempre salvan el pellejo, somos los pobres los que sufrimos verdaderamente las consecuencias de los desastres económicos.

—No sé cómo, padre. —Vicente mantenía su punto de vista—. El pobre nada tiene que perder; sin embargo, ellos sí. Ayer le oí decir al secretario del marqués que este lunes iban a vender no sé qué rollo de títulos. Aunque se pierdan muchos cientos de duros, decía por el teléfono, más vale recoger algo que quedarse sin nada. Y no vea usted lo nervioso que andaba.

—El jueves vino Monseñor a comer, como todas las semanas, y toda la comida se la pasaron hablando de eso, de la Bolsa —añadió ahora Dolores—. Y es verdad que estos días anda el secretario muy intranquilo. ¿Tan gordo es el problema, padre? Y ¿qué es eso de la re... recesión?

Fernando levantó la vista del periódico y miró a su hija.

—Pues que volvemos para atrás. Dejamos de crecer para decrecer. En resumen: los salarios bajan y los precios suben. Yo ya he pasado varios vaivenes de esos, así que sé muy bien lo que digo. El último, no hace muchos años, allá por el veinticuatro, al poco tiempo de empezar esta dictadura de Primo de Rivera. Y aunque duró poco, se pasó mal. Dios quiera que, esta vez, los políticos se pongan de acuerdo y no líen una gorda.

—Padre, cuando se fueron ustedes para Argentina, ¿fue por una recesión de esas? —preguntó Carlos, que estaba muy atento a la conversación.

—En aquel entonces aún era más dura la pobreza, por eso nos fuimos —repuso su padre.

Repentinamente, sonó el timbre de la puerta.

—Esa debe de ser María —anunció Esther, que salió de la cocina, limpiándose las manos en el delantal.

María entró sudorosa y jadeando. Traía una bolsa de lona sujeta de una mano y con la otra agarraba la cuerda que ataba una caja de cartón.

—Pero ¿cómo vienes tan cargada, mujer? —Con rapidez, Esther le quitó la bolsa y el paquete de las manos—. ¡Madre mía! —exclamó a continuación—, y con lo que pesa. Mira que eres bruta.

Rosario, que asomaba al pasillo, al ver a Esther avanzar renqueando por él, se echó las manos a la cabeza.

—¡No me digas que has venido cargada con todo esto! Pero hija, ¡por

Dios! Haber dejado abajo los bultos, ya irían tus hermanos a buscarlos.

—Bueno, ya está hecho, y tampoco es para tanto, no seáis exageradas.

María era una mujer de complexión fuerte; tenía una espalda ancha y unos buenos y robustos brazos. Algo más alta que sus hermanas, sí que destacaba, sobre todo, por su mayor corpulencia cuando estaba junto a ellas. Rosario, cuando hablaba de María, siempre decía que de sus cuatro hijas, esta era la más *echá palante*. Antes de venirse a Madrid, trabajó en la era como un hombre. Cargaba con los rastrojos después de la siega, con tal fuerza y arrojo que dejaba asombrados al resto de los segadores. No tuvo suerte en amoríos, y aunque todavía estaba a tiempo de encontrar un buen muchacho, la faena que le hizo aquel tunante de Servando la dejó una profunda huella. Tal vez, demasiado profunda.

Sus hermanos también fueron a la cocina; estaban todos esperando a ver qué traía María. Solo quedó en el comedor Fernando, que marcó una ligera sonrisa al ver salir a todos tras María, y continuó con la lectura del periódico.

—Mira que venir tan cargada... —volvió a repetir Rosario—. Estos excesos acabarán dándote un disgusto. Y ¿de dónde traes todo esto?

María miró a su madre mostrándole una amplia sonrisa.

—Me he dado una vuelta por el Rastro. Hoy los señores van a comer de invitados, así que al mediodía ya estaba en la calle. Aunque buen tute me di para acabar las faenas.

—Mira, también los marqueses y los señoritos marcharon ayer a Cuenca, por eso están hoy Esther y Dolores en casa. Pero, dime, eso del Rastro es como un mercado muy grande donde venden cosas usadas, ¿no? —comentó Rosario, recordando haberlo oído por ahí.

—Sí, pero hay que ir los domingos, pues hay muchos más puestos —le aclaró María, mientras abría la caja ayudada por Miguel—. ¿Qué tal estás, rubiales?, ¿te gusta Madrid?

Miguel esbozó una amplia sonrisa antes de responder a su hermana.

—Claro que me gusta, aunque echo un poco de menos el pueblo.

—Eso es normal, hombre, pero ya verás, en cuanto empieces a conocer a

otros muchachos y hagas amiguetes, no te vas a acordar más del pueblo.

—Yo nunca voy a olvidarme del pueblo. —Miguel se había puesto serio y su hermana María le miró con cariño.

—Pues claro que no, tonto. Es una forma de hablar. Del pueblo no nos olvidaremos nunca, y volveremos más de una vez, pero ahora tienes que acostumbrarte a empezar aquí una nueva vida, ¿vale, rubiales?, que tienes el pelo como la paja. —Y dando un tirón final, María desató la caja.

—Mirad lo que os traigo. —Y ante la expectación general, extrajo de la caja un bulto considerable, cubierto con papel de periódico.

Todos estaban atentos, rodeando a María. Esta, apoyando el paquete, que pesaba lo suyo, sobre la mesa de la cocina, retiró el papel.

—Mire, madre..., qué dos planchas de hierro tan estupendas. No me diga que no están bien. Estas las pone usted a calentar en la chapa de la cocina, y no vea usted cómo planchan.

Rosario miraba las planchas entre sorprendida y reacia.

—Pero si yo traje mi plancha del pueblo, la de toda la vida, y con ella me doy muy bien...

—¡Quite, mujer! —rechazó María—. Ese cachivache pesa un quintal, el doble que estas, y además tiene que estar metiéndole carbón y aspirando el humo mientras plancha; sin embargo, con estas, las pone, como le digo, sobre la chapa de la cocina y, cuando estén calientes..., ¡a planchar! Y duran mucho tiempo, porque guardan mucho el calor.

—Y ¿por qué dos? —preguntó Rosario, que seguía estando poco convencida.

—Pues muy sencillo. Cuando planche las pone juntas a calentar, luego coge una y se pone a planchar, y cuando se empieza a enfriar, coge la otra, así no tiene que esperar a que se caliente de nuevo. Además, tienen otro uso. Ahora que llegan los fríos, las pone a calentar de noche, y, un poco antes de acostarse, las envuelve en un papel y las pone entre las sábanas, ya verá cómo lo van a agradecer cuando se metan en la cama.

Por la cara que puso Rosario, parecía que ahora sí que le empezaba a

gustar el obsequio de las planchas de hierro.

—Madre, yo quiero una en mi cama, ¿eh? —dijo Tomás antes de que otro se le adelantara—, que ya sabe que soy muy friolero.

Los demás rieron la salida del pequeño.

—¡Mírale qué listo! —avanzó Vicente, alzándole del suelo—. A ti lo que te voy a dejar yo es sin culete... —Y, subiéndole por encima de su cara, le mordió en una nalga.

—Bueno, entonces os gusta, ¿no?

—Has tenido una idea estupenda —le alabó Dolores—. Desde luego, hija mía, tienes una cabeza... Yo nunca habría pensado en comprarles unas planchas.

—¿Habéis usado alguna la plancha eléctrica? —dijo Vicente en ese momento—. Esa sí que tiene que ser de aúpa.

—Sí, pero a ver quién compra una de esas... —apostilló María—. Hace unos días, me dijo la señora condesa que la compró una amiga suya y que estaba muy contenta con ella, pero que le parecía muy cara. Por lo visto, le costó cincuenta y ocho pesetas.

—¡Jesús! —exclamó Rosario—. Eso ni lo gana un obrero al mes.

—¿Cuándo vamos a comer?! —La voz apremiante de Fernando sonó desde el comedor.

—¡Ya vamos ahora, padre, aguarde una pizca! —chilló María, que con rapidez sacó otro paquete de la caja. Este era aún mayor, envuelto igualmente en papel de periódico, pero al dejarlo sobre la mesa, algo sonó en su interior.

—¿Qué es esto? —preguntó Carlos, que quedó tan sorprendido como el resto de sus hermanos.

María, sonriendo, rasgó el papel, y ante los asombrados ojos de su madre y hermanos, apareció una jaula con dos pajarillos dentro.

—¡Por Dios! —exclamó Rosario—. ¡Son dos pájaros!

Tomás salió escopetado hacia el comedor, gritando.

—¡Padre! ¡Padre! La María ha traído dos pájaros en una jaula.

Fernando levantó la vista, y vio a su hijo que avanzaba hacia él corriendo, sin tener muy claro qué había dicho.

—¡Venga, padre! —le apremiaba el pequeño de sus hijos, agarrándole de la manga de la chaqueta.

Fernando se levantó y marchó hacia la cocina sintiendo los tirones que ejercía Tomás sobre su brazo.

—Mire, padre, ¿lo ve?

Al ver a Fernando entrar en la cocina, todos le miraron con suma ternura. Rosario, sin embargo, fruncía los labios observando a los dos pajarillos.

María se colgó del brazo de su padre y comenzó a hablarle con mucho cariño.

—Seguro que tuvo que darle mucha pena dejar allí a sus pájaros, y a Tomasa, la gata, y a Duque, su lebel. ¿Verdad, padre? Por eso pensé que le gustaría tener y cuidar a estos dos jilgueros. Aún no han desarrollado del todo, por eso tienen mucho plumón. ¿Le gustan?

Fernando miraba los pájaros tan sorprendido como emocionado, luego miró a María y la besó en la frente.

—Gracias, hija —fue todo lo que pudo decir.

## 4

—Vengo asustada —dijo Rosario nada más entrar en el piso—. ¿Me creerás si te digo que el cuartillo de aceite ha subido cinco céntimos? ¡No sé dónde vamos a llegar! Estuve mirando el precio de la manteca de cerdo y también ha subido lo suyo, pero con la que traje del pueblo nos vamos apañando, y así ahorramos unas *perras*. Desde luego, hay que ver lo que ha subido todo en tan poco tiempo.

—Y más que va a subir —comentó Fernando, mientras limpiaba su reloj de bolsillo—. Hoy, cuando salía del matadero, oí decir a unos que estaban hablando a la puerta de una cafetería que por lo visto el rey quiere quitarle el apoyo a Primo de Rivera.

—Y ¿eso qué significa? —interrogó Rosario, ya desde la cocina—. ¿Van a intentar dar otro golpe de estado como a principios de año? Pues espero que no se lie otra buena.

—No sé qué decirte —respondió Fernando, enfrascado en la limpieza del reloj—, pero leí en el *Heraldo* el otro día que los militares no andan muy contentos, sobre todo por Andalucía, y algunos políticos tampoco. Hablaban de que se podía estar cocinando una conspiración para echarle, y si ahora además pierde el apoyo del rey...

—Pues sería una pena, porque no nos ha ido tan mal en estos años, dentro de lo que cabe, y aunque tampoco hizo mucho por los pobres, más que otros sí que ha hecho. Por lo menos sacó a tanto cacique como había, e hizo lo del retiro obrero... ¡Cuándo nos dejarán en paz estos *jodíos* politicuchos!

—Ya..., bueno, ha habido cosas buenas y malas en estos años —templó Fernando, al tiempo que daba por finalizada la limpieza del reloj—. No sé yo... También hablan de que el General está mal de salud, problemas con el azúcar, decía el periódico. Ya veremos a ver en qué queda todo.

De repente, Rosario echó en falta a Miguel.

—Oye, y ¿Miguel dónde anda? —preguntó, al tiempo que salía de la

cocina.

—¡Ah, es verdad! Se me olvidó decirte. Ha comenzado a trabajar en una farmacia. Le dijeron que fuera ya esta tarde, y mañana, si ven que es dispuesto, comienza la jornada completa.

Rosario miró sorprendida a su marido.

—Y ¿quién le habló de ese trabajo? —indagó curiosa.

—Fue Elvira, la portera. Por los visto, se enteró de que necesitaban a un aprendiz, y se lo dijo. Me fue a buscar al matadero. No veas lo contento que vino.

—Pues sí, estará como pez en el agua, con lo que le gusta a él todo eso de la medicina. Y ¿queda muy largo de aquí?

—¡Qué va! Aquí mismo, en el paseo, a unos cien metros.

Rosario sonrió complacida.

—Bueno, Dios quiera que tenga suerte y se quede a trabajar allí.

\*\*\*\*

Y suerte hubo. Miguel llevaba ya mes y medio en la farmacia y se le veía contento. Aparte de los pedidos que realizaba, ayudaba al químico farmacéutico a preparar ungüentos, cremas, polvos de talco, brillantinas, colonias... Y le fascinaba ver cómo elaboraba algunas recetas, sabiendo en cada momento los ingredientes que debía usar. No había día que no llegara a casa relatando alguna nueva experiencia adquirida. El salario era de una peseta diaria, que le pagaban por semanas, pero había días que de propinas en los repartos sacaba hasta un real. Sin duda que era feliz. Rosario y Fernando lo comentaban ahora, dentro del lecho.

—¡Cuánto me alegra ver a Miguel tan contento! —profirió Rosario, en voz baja, arrimadita a Fernando para darse calor—. ¿Te fijaste con cuánto entusiasmo hablaba después de la cena? Seguro que dentro de *na* ya sabe hacer él también todos esos potingues de los que habla. Oye, fue buena idea lo

de las planchas —dijo ahora, soltando una risita—. Esta María... ¿A que notas las sábanas más calientes por los pies? Tuve la plancha metida ahí más de media hora. Y Tomás, no hay noche que no me pida que se la ponga. Esta casa no es muy fría, pero ahora, ya en diciembre, hay que encender el brasero. Mañana, cuando vuelvas del matadero, compras un par de kilos de carbón de encina, que se está acabando, y lo prendes. —Ante el silencio de Fernando, Rosario le rozó el hombro, pero solo le respondió un ligero ronquido—. ¡Vaya! —exclamó muy quedo—, se ha quedado dormido. —Y, tapándole bien con la manta hasta las orejas, se acurrucó aún más a su vera. Dio gracias a Dios y se dispuso a rezar, como todas las noches hacía antes de rendirse al sueño.

Aquella mañana del 17 de diciembre, Miguel se marchó contento hacia la farmacia, como hacía todos los días desde que entró a trabajar en ella. Al mediodía, don Pedro, el farmacéutico, un hombre que rondaba los cuarenta años, alto, con incipiente calvicie y complexión delgada, le dijo que volviera esa tarde una hora antes de abrir la farmacia, pues tenía un trabajo para él.

Miguel llegó a casa, como hacía a diario, sobre las dos y media para comer. Tomás ya estaba poniendo la mesa cuando él entró. A diario, comían solos los tres, puesto que Carlos comía en la charcutería. Su madre le dejaba preparada la tartera antes de irse a trabajar

—¡Padre! —llamó, y entró precipitadamente en la cocina.

Fernando, que acababa de llegar del matadero, probaba las lentejas que dejó hechas Rosario por la mañana. El calor que aún irradiaba la chapa de la cocina las mantenía calientes.

—Me ha dicho don Pedro que esta tarde vaya una hora antes de abrir, que tiene un trabajo para mí —dijo, al tiempo que tomaba un trozo de pan.

—¡Deja el pan, que vamos a comer! —le paró su padre—. Y ayuda a Tomás a poner la mesa, no vaya a romper algo.

Ya, sentados los tres, Miguel volvió a hablar a su padre.

—No sé si me oyó antes, le dije que don Pedro quiere que esta tarde entre una hora antes. A las cuatro.

—Sí, ya te oí. Bueno, tú eres el que trabaja allí, ¿no?

Miguel comía las lentejas pensativo.

—¿Qué querrá que haga? —La pregunta pareció que se la hiciera a sí mismo.

—Algo urgente será, para hacerlo antes de abrir al público —repuso su padre, al tiempo que cortaba una rebanada de pan de la hogaza.

Aún no habían dado las cuatro cuando Miguel llegó a la farmacia. Era aquel un edificio de cuatro plantas. Don Pedro, el farmacéutico, ocupaba el bajo y el primer piso. Estaba casado con Sofie, una mujer francesa, rubia, algunos años más joven que su marido, que pocas veces solía bajar a la farmacia. Le gustaba mucho poner discos en el gramófono, que Miguel oía desde la botica, sobre todo tangos, que de tanto oírlos ya se sabía parte de la letra de algunos.

El cierre estaba echado, ya que no abrían hasta las cinco, así que Miguel entró por el portal y fue directo a llamar al timbre de la puerta de entrada a la trastienda. Lo hizo sonar dos veces antes de que por el hueco de la escalera oyera la voz de su patrón.

—¡Miguel! —llamó desde el rellano—. ¡Sube!

Algo extrañado, subió hasta el primer piso. Allí vio a don Pedro tras la puerta a medio abrir, invitándole con la mano a que se acercara.

—Pasa, hombre, no te quedes ahí —le dijo, mostrándole un rostro muy sonriente.

Cuando Miguel entró en la vivienda, se quedó asombrado al ver aquel vestíbulo tan elegante, con un gran mueble, que poseía un espejo tan grande que toda su imagen quedaba reflejada en él. Una vez dentro, don Pedro cerró la puerta y le dijo que esperara un momento. Al poco rato, volvió el farmacéutico con un pequeño paquete en la mano.

—Vamos a ver, Miguelillo, tú ya sabes que me caes muy bien, porque eres muy buen aprendiz y pones mucho empeño en lo que haces, y además, en este mes y medio, me has demostrado que eres un muchacho honrado, en quien

se puede confiar. —Don Pedro puso la mano sobre el hombro derecho de Miguel y continuó hablando—. Te voy a encargar un trabajo muy importante, y estoy seguro de que sabrás desempeñarlo con toda diligencia.

Miguel miraba a su jefe entre sorprendido y halagado. Este le mostraba ahora el pequeño paquete que llevaba en su mano derecha.

—Mira —le dijo sonriendo—, vas a llevar este paquetito a una dirección que te voy a dar. No está muy lejos de aquí. ¿Conoces el paseo de María Cristina?

Miguel frunció levemente el ceño, luego contestó pensando que sabía la respuesta.

—Sí —su voz sonó segura—, es el que está pasando la estación de Atocha.

—Exactamente —Don Pedro no dejaba de sonreír—, en el número 24, pasando la iglesia de Nuestra Señora, verás un palacete. Toca el timbre y espera. Saldrá un señor con una gorra de cuadros en la cabeza. Te preguntará «¿A quién busca?», y tú le responderás «Al pájaro azul». Entonces, él te entregará un billete de veinticinco pesetas, y luego tú le darás este paquete. ¿Lo has comprendido bien?

Miguel había prestado mucha atención a su jefe, pero ahora meditaba sobre lo raro que le parecía aquella información.

—Sí —afirmó sin dejar de mostrarse sorprendido—, pero ¿por qué tengo que decir eso del «pájaro azul»?

—Bueno, tú no te preocupes, el caso es que te hayas quedado bien con las instrucciones. —Don Pedro, con la misma sonrisa bonachona, miraba con suma atención a Miguel—. Esto que vas a llevar es una medicina muy escasa, muy difícil de conseguir, por eso es tan cara, y solo la distribuyo a clientes muy importantes. Ahora, he recibido unas cuantas, pero no puede enterarse nadie de que las tengo. Hay que ir con mucha prudencia... ¿Lo entiendes?

Aunque Miguel no llegaba a comprenderlo bien, asintió con un movimiento de cabeza.

—Eres muy listo, muchacho, llegarás lejos. —Don Pedro le palmoteaba

la espalda—. Pues si lo tienes todo claro, ya puedes irte. ¡Ah!, no vayas andando, aquí mismo coge el tranvía, que te dejará muy cerquita de la casa. — Sacó unas monedas de cobre y se las dio— Aquí tienes, para el transporte.

Miguel salió apresurado de la casa y se marchó hacia el tranvía. Tuvo la suerte de no esperar más que un par de minutos. Ya subido en él, se fue repitiendo mentalmente las instrucciones recibidas de don Pedro. Le hizo gracia recordar lo del *pájaro azul*, era como una especie de contraseña, como esas que le refería su padre en las historias que le contaba de soldados y batallas. Miró el pequeño paquete que llevaba sujeto con mucho cuidado, y se preguntó cómo podía costar tanto dinero una medicina, «seguro que debe de curar todos los males», se dijo, convencido.

Todo sucedió tal y como le había dicho don Pedro. El hombre que apareció tras la verja de la gran casa llevaba puesta la boina de cuadros, y le preguntó exacto, con las mismas palabras. Estuvo a punto de reírse cuando tuvo que responder lo del *pájaro azul*. Y ahora, tras observar bien el billete de veinticinco pesetas, lo dobló y lo guardó bien en el bolsillo del pantalón. Estaba contento de haber hecho tan bien el recado.

Cuando bajó del tranvía, don Pedro estaba subiendo el cierre de la farmacia. Al verle llegar, le indicó, con el dedo índice sobre su boca, que guardara silencio. Cuando llegó el otro empleado, el joven químico, llamado Abelardo, don Pedro se dirigió al interior de la botica, donde preparaban las mezclas, y poco después llamó a Miguel.

Al entrar, ya su jefe le interrogaba con la mirada.

—Todo salió de perlas, don Pedro.

—Chsss..., habla más bajo —le conminó su jefe—. ¿Te dio el dinero?

—Sí, aquí lo tiene. —Miguel sacó del bolsillo de su pantalón el billete doblado.

Los ojos de don Pedro parecieron iluminarse al ver el dinero.

—Muy bien, Miguelillo, hiciste un buen trabajo. Toma, te has ganado una peseta. —Y, abriendo uno de los cajones de la mesa, sacó una pequeña caja de

metal y extrajo de ella una moneda.

Miguel miraba el brillo de la plata sin dar crédito. ¡Una peseta! — exclamó para sí, cogiendo la moneda que le ofrecía su jefe.

—Y cada vez que lleves un paquetito de estos, recibirás otra.

Atónito, Miguel miraba a su jefe.

—Solo te pongo una condición —don Pedro, ahora, se le arrimó más y se le quedó mirando muy fijo—, esto tiene que quedar entre tú y yo. No puedes contárselo a nadie.

Miguel mostró confusión en el rostro. Don Pedro se percató de ello.

—Como te dije antes, estos son medicamentos muy importantes, que no están a la venta, y que yo sirvo a enfermos muy graves que los pueden pagar, porque son muy caros, como ves. Los recibo del extranjero, porque aquí no los hay, pero si llegaran a saberlo, me los quitarían y ya no podría sanar a estos pobres enfermos. —Aquí, don Pedro, con toda intención, guardó silencio, esperaba la reacción de Miguel. Esta no tardó en llegar.

—No se preocupe, comprendo lo que me quiere decir. No contaré nada a nadie, le doy mi palabra.

\*\*\*\*

Esa noche, a Miguel le costaba dormir. Aunque a veces escondiera cosas a sus padres, era la primera vez que se guardaba un secreto tan importante, y esto le hacía encontrarse mal. Además, ¿qué iba a hacer con la peseta? Él, entregaba todo lo que ganaba en casa, y a diario le daba a su madre lo sacado de propinas, pero ¿cómo se iban a creer que le habían dado una peseta de propina? Seguro que pensarían que la había robado. Se quedó mirando la oscuridad del techo; estaba en un buen lío. Era la primera vez que se veía él solo para resolver un problema gordo. No contar con sus hermanos le desazonaba, pero no podía hacerlo, se lo había prometido a don Pedro. Finalmente, decidió, como si una lucecita se le encendiera en la mente, que lo mejor era dividir la peseta en céntimos, así iría dándole a su madre cada día unos céntimos, y de esa forma no sospecharía nada. Más tranquilo, creyendo

que con esta solución todos quedaban contentos, y él, más que ninguno, se dio la vuelta en la cama, se arrebujó bien bajo la manta y se dispuso a dormir. Su último pensamiento antes de dormirse le hizo sonreír, había recordado la contraseña del *pájaro azul*.

## 5

Rosario se afanaba con soltura en la cocina. La lumbre ardía poderosa, y hacía que sus mejillas estuvieran muy coloradas. Tomás entró feliz, agarrando a su madre de las faldas.

—*Ay, del chiquirritín, chiquirriquitín metidito entre pajas... Ay del chiquirritín, chiquirriquitín, queridín, queridito del alma...* —cantaba Tomás, haciendo que Rosario sonriera.

—¡Saca, hombre, que me vas a tirar! —protestó Rosario con cariño, pero Tomás seguía cantando, dando vueltas a su alrededor, hasta que su madre le acompañó. Oír cantar a su madre hizo que Miguel entrara en la cocina tocando una zambomba. Luego entró Carlos, que hacía sonar la pandereta, y los cuatro cantaron *El chiquirritín* con verdadera alegría.

A las nueve y media llegaron por fin María y Vicente. Los condes, para quienes trabajaba María, cenaban esa Nochebuena en casa de un hermano del conde, así que ella tuvo la noche libre para cenar con su familia, con la que no celebraba las navidades desde hacía dos años. Esther y Dolores, por el contrario, no iban a estar; los marqueses cenaban en el palacio con un buen número de invitados, así que ambas eran imprescindibles allí. Vicente quiso quedarse con ellas, pero le convencieron para que no lo hiciera. La ilusión de sus padres y hermanos por tenerle esa noche junto a ellos no podía ser truncada; además, ellas tendrían mucho trabajo.

Cuando Carlos abrió la puerta, se extrañó de ver a sus dos hermanos llegar a la vez.

—¡Anda! ¿Y cómo venís juntos? —preguntó con la pandereta en la mano.

—Nos encontramos justo en Atocha —respondió María—, y bien que me vino, así me trajo el paquete, que pesa lo suyo.

Carlos miraba el paquete con ojos golosos, mientras que su hermano Vicente avanzaba con él sobre el hombro hacia la cocina.

—¿Son dulces de Navidad? —preguntó Carlos, con manifiesta glotonería. María le sonreía—. ¡A que sí! —insistió.

Rosario tenía ya hecho el cochinillo y lo mantenía en dos cazuelas de barro sobre la placa de la cocina, que seguía arrojando calor. En otra olla de barro, de buen tamaño, pequeñas pompas se formaban, anunciando que dentro de ella hervía algo lentamente. Un calor agradable se sentía dentro de la cocina, y, en el aroma que emanaba, se notaba la mezcla de sabores que hacía fácil adivinar lo bueno y rico que se estaba cocinando en ella.

—Madre..., ¡por Dios!, ¡qué bien huele! Mira que guisa usted bien — alabó Vicente, al tiempo que besaba a su madre. Detrás, María, aplaudió al ver el cochinillo.

—¡Olé! Y ¡qué pinta! Y no me diga usted que hizo sopas de ajo.... Dijo ahora María, mirando hacia la olla.

—Así es —repuso Rosario, sin querer ocultar su satisfacción—. Llevan cociendo a fuego muy lento desde las ocho de la tarde. El tocinillo es de lo mejor que encontré en el mercado, y lleva seis huevos que acabo de escalfar. Tienen que estar como para chuparse los dedos —concluyó, al tiempo que apoyaba las manos sobre la cadera—. Y vosotros... ¿qué traéis ahí? — Rosario se acababa de percatar del paquete que había dejado Vicente sobre la mesa.

—Es cosa de María, madre —contestó Vicente, que alzó los hombros, indicando así que no tenía la menor idea.

—A ver, son unas cosillas que me dio la señora condesa para celebrar la Nochebuena. —Y sin más ceremonia, María abrió el paquete—. Lo primero que asomó fue una ristra de chorizos, después una lata grande de atún, un frasco de café, un cucurucho de higos secos, otro de pasas, un saquito de nueces y otro de avellanas, media libra de chocolate para hacer, y lo que más les gustó a Carlos, Miguel y Tomas: una caja de mazapán con la forma de una serpiente enroscada y dos hermosas tabletas de turrón de Jijona, una del duro y otra del blando. Y por último, dos botellas, una de moscatel y otra de anís.

Rosario contemplaba todas aquellas mercancías que lucían sobre la

pequeña mesa de su cocina y no sabía qué decir. Tomás ya había salido corriendo a llamar a su padre, que leía el periódico en el comedor.

—Pero, hija, esto es una barbaridad —pudo decir por fin Rosario, sobrepasada al ver tanta cantidad de cosas.

—Para nosotros sí, madre, pero no para ellos. Lo que sí le digo es que son personas muy generosas y agradecidas —puntualizó María, agarrando a su madre por el brazo y acercando su mejilla a la de ella.

La cena resultó espléndida. El cochinillo estaba de rechupete, y las sopas de ajo no le anduvieron a la zaga, tal y como vaticinara Rosario. En el frutero de cristal, se pusieron las nueces, los higos secos y las avellanas. Fernando fabricaba los capones: cascaba una nuez y la introducía dentro de un higo seco abierto, y esto hacía las delicias de sus hijos. Rosario daba buena cuenta de las pasas. En una fuente pequeña, ovalada, María puso varios trozos de turrón y de mazapán, y cuando apareció en el comedor con ella, Tomás aplaudió como un loco. Se cantaron villancicos, Rosario soltó más de una lágrima recordando a sus hijas ausentes, y evocaba en su mente a toda su extensa familia, los que ya se fueron y los que había dejado en el pueblo. Bailaron unas jotas, que, con gracia, cantaron, y se acompañaron con el sonido de las panderetas y del tonillo que daba Fernando con maestría rascando una cucharilla contra el cristal tallado de la botella de Anís del Mono. Era su primera Nochebuena en Madrid, la primera de muchas otras que se habrían de suceder.

Mientras María se bailaba una jota con Vicente, observó a su madre, que, sentada frente a ella, se había quedado como ausente y con los ojos llenos de lágrimas. Su rostro traslucía hondo pesar, y María sabía por qué. Terminado el baile, se sentó medio exhausta junto a su madre.

—Madre —pronunció al cabo de un rato—, he tenido carta de Isabel, envía un retrato con la niña. Está guapísima. La he traído, la...

—No quiero verla —cortó su madre de manera tajante. Y, levantándose, se fue hacia la cocina. María la siguió.

—Ya han pasado más de dos años de aquello, madre... —María le hablaba con un tono dolido a la vez que cariñoso. Rosario, sin responder, iba colocando cacharros en la pila de fregar.

—Tiene que perdonar —prosiguió María—, y olvidar...

—¡Olvidar! ¡¿Olvidar, dices...?! ¡Nunca! Una mala hija, eso es lo que es, y mala hermana, que no le importó ver a sus hermanos trabajar con las camisas rotas. Maldita sea la hora en que la dejé con mi madre, que en gloria esté. Tenía que habérmela llevado a la Argentina. De eso sí que me arrepiento, ¡bien lo sabe Dios! —Rosario, excitada, trasteaba en la pila.

—Bueno, madre, déjelo estar, siento haberla disgustado.

Rosario, al escuchar las palabras de su hija, pareció tranquilizarse y se secó las manos en el delantal, luego suspiró.

—Si yo sé que tu intención es buena, hija —le dijo mucho más calmada—, y no me parece mal que te cartees con ella, y si te vas a quedar más a gusto enseñame la foto, que la niña ninguna culpa tiene.

María no esperó más, la actitud de su madre era, por primera vez, propicia, así que rápida fue hacia el perchero de la entrada y sacó la carta del bolsillo de su abrigo.

Entregado el sobre a su madre, esta extrajo la carta y la dejó sobre la mesa, luego quitó el retrato y, entonces, María pudo ver cómo su rostro se transformaba y expresaba viva emoción.

—No me diga que no es preciosa, madre. —María se acercó a Rosario, colocándose tras ella—. Yo le saco parecido con Tomás.

—Se parece más a mi hermano Carlos —afirmó Rosario, que por primera vez veía a su nieta—. Ya debe de tener más de dos años.

—Así es, madre. En junio cumple los tres. Y se llama Inmaculada.

—Sí, eso ya lo sabía. ¿Siguen en el mismo pueblo o ya le cambiaron de destino a su marido?

—No, pero me dice en la carta que le van a ascender a cabo, y que seguro que le trasladan a otro sitio.

—Tuvo suerte casando con Ramiro —mientras hablaba, Rosario no dejaba de mirar el retrato—, es un buen trabajador, y su familia nunca dio que hablar en el pueblo. Cuando tu padre y yo supimos que se había ennoviado con él, nos alegramos. Un guardia civil siempre tiene los garbanzos asegurados.

—Madre, tengo otra noticia que darle —dijo ahora María, mostrando contento en su voz.

—Por cómo lo dices, debe de ser buena esa noticia —arguyó Rosario, medio sonriendo.

—¡Y mucho! Isabel me dice en la carta que está embarazada, y ya de cuatro meses.

Rosario ladeó la cabeza y miró a María. Su expresión era de sorpresa, y tal vez no lo quiso, pero sus ojos revelaron, repentinamente, un asomo de alegría.

Tarde se acostaron, cansados pero felices. Se acomodaron bien, pues Tomás se acostó con Miguel, para dejarle a María una de las dos camas. Tendría que levantarse temprano para regresar a la casa de los condes, así que le pidió a su madre que le dejara el despertador, no quería que sus padres se despertaran para levantarla a ella. Al otro día era Navidad y ninguno de ellos tendría que ir a trabajar.

Rosario, ya en la cama, no podía dormir; su cabeza no dejaba de pensar y el sueño no llegaba a ella. Le había pedido a María que no comentara nada de la carta a su padre ni a sus hermanos, porque ya decidiría ella si lo hacía o no, así que María le dejó la carta.

Durante los últimos dos años, Rosario no volvió hablar con la mayor de sus hijos. «Motivos tenía para ello», y esto se repetía cada vez que su corazón flaqueaba y volvía a recordar aquel día en que después de encontrarse muy agobiada, casi con lo imprescindible para comer, y viendo a sus hijos Vicente y Carlos trabajar en el campo con las camisas rotas porque ya estaban pasaditas y llenas de remiendos, decidiera pedir ayuda a su hija mayor. Isabel ya estaba casada y embarazada de seis meses. Vivía bien en la casa que le

había dejado su abuela cuando falleció un mes después de su boda. Rosario nunca vio bien el empeño de su difunta madre porque Isabel viviera con ella, pero, aún con descontento, lo dejó estar.

Cuando marcharon a la Argentina en mayo de 1906, ya habían nacido Isabel y María. Isabel tenía cuatro años y María poco más del año. Rosario no se perdonaba haber accedido finalmente, ante la persistencia de su madre, a dejar a Isabel con ella. María aún mamaba, así que la llevó con ellos. Tenían un contrato para ir a trabajar a la Argentina, conseguido y enviado por su primo hermano Teófilo, que ya llevaba seis años allá. Irían de guardeses a una quinta en la Provincia de Jujuy, al norte del país. El sueldo era muy bueno, casi increíble, comparado con la miseria que ellos conseguían labrando la tierra en el pueblo. Se decidieron a marchar al ver lo bien que le iba a Teófilo; este, en sus cartas, siempre les animaba a emprender el viaje, así que le pidió a su hermano Carlos, que oficiaba de médico en Salamanca, el dinero prestado para el viaje. Trabajo le costó dejar a Isabel; dolor y pesar, que les acompañaron los cuatro años que pasaron en la Argentina. Allí nacieron sus otras hijas, Esther y Dolores.

Al regresar, Isabel ya tenía ocho años. Apenas los recordaba, y aunque la obligaron a vivir con ellos, siempre que podía se escapaba a casa de su abuela. Cuando Isabel tenía quince años, la abuela cayó enferma de la gripe, la temible epidemia de 1918 que a tanta gente se llevó. Isabel quiso pasar a casa de su abuela a atenderla. Gracias a Dios no se contagió, y la abuela consiguió vencer la enfermedad, pero Isabel ya no volvió con ellos. Un año después, a los diecisiete años, se marchó a trabajar a Salamanca con su tío Carlos. Rosario tenía un gran apego a su hermano, así que no le importó; por el contrario, se alegró. Casada ya con Ramiro, veía cómo Isabel parecía apartarse cada vez más de ellos. Viviendo en el mismo pueblo, era raro que fuera a verles, y se mostraba altanera y poco cariñosa. Al morir la abuela, le dejó a Isabel, en usufructo, la casa para que continuara viviendo en ella. También le dejó todas sus cosas, entre ellas una colcha muy buena, que siempre guardó en el baúl.

Rosario fue a ver a su hija para pedirle prestados un par de duros y comprar tela para hacerles unas camisas a sus hermanos y unos pantalones de pana para su padre, pues los únicos que tenía para vestir ya estaban muy

gastados. Isabel le dijo no tener dinero porque habían comprado una cama nueva y un somier. Recordando, entonces, la colcha de seda de su madre, creyó ver la solución. «Vende la colcha de mi madre», le dijo, «siempre estuvo en el baúl, seguro que sacamos dos duros por ella». Ante su sorpresa, Isabel se negó a venderla, aduciendo que era muy querida por la abuela y nunca se desharía de ella. Rosario le rogó, le dijo que pensara en sus hermanos, lo mal que lo estaban pasando, la pena que daba verlos... Pero Isabel, cerrada en banda, y ante la insistencia de su madre, le dijo que buscara por otro lado, porque no vendería la colcha. Rosario estalló, ya no pudo ni quiso evitarlo: «Siempre fuiste mala, le espetó con ira, Nunca te importamos nada... Jamás ayudaste en casa, y eso que tu padre y yo juntamos los pocos dineros que teníamos para dártelos de regalo de boda. No sientes ninguna pena, ni lástima de tus hermanos, pero te diré una cosa: como no me ayudes, no volveré a hablarte más». Rosario se revolvió en la cama al recordar cómo su hija mayor, mirándola seria y altanera, le dijo: «Por mí puede usted hacer lo que quiera». ¿Cómo podía perdonarla? Aquella frase jamás la olvidaría.

Decidió en ese momento enseñarle la carta con la foto a Fernando. No podía ni debía escondérsela a su marido; él era su padre, que decidiera, pero ella no leería la carta. El dolor en el recuerdo aún no la dejaba hacer otra cosa. Finalmente, se fue quedando dormida.

## 6

Rosario regaba los geranios que había colocado en el alféizar de la ventana del comedor, y para que los tiestos aguantaran, Fernando instaló una barra por fuera de la ventana. Mientras echaba el agua en los tiestos, pensaba en qué rápido había pasado el tiempo desde que habían llegado a Madrid. Ya estaba a punto de entrar la primavera, y un tibio calor comenzaba a sentirse. Después de regar, se marchó a la cocina a mirar qué tal iba el puchero que tenía puesto al calor de la lumbre. Aquella tarde, Rosario había salido de trabajar a las tres; la señora marquesa le concedió esta licencia por haber aceptado ir el domingo anterior a ayudar en la cocina, ya que se juntaron veintiuna personas para comer.

Fernando, al estar Rosario en casa, aprovechó la tarde para acudir con su hija María a ver un puesto de mercado en la zona de la calle Torrijos que traspasaban. La idea surgió de María, pues decía que para salir de pobres, lo mejor era abrir un negocio. No tardó en convencer a su madre, así que habían quedado el día anterior con el dueño del puesto.

Cuando Fernando regresó a casa, ya eran más de las ocho.

—¿Cómo vienes tan tarde? —le preguntó Rosario en cuanto le vio aparecer—. Desde las cuatro que te fuiste...

Ya, mujer, pero es que estuvimos más de una hora aguardando al dueño del puesto —contestó Fernando mientras avanzaba hacia el váter. Venía con ganas de orinar.

—Y ¿qué tal os fue? —le interpeló Rosario, alzando la voz—. ¿Habéis llegado a algún acuerdo?

—Ahora te digo —repuso Fernando—. Al final lo hemos cogido —alegó al salir del aseo, y con pesadez se dejó caer en una silla.

—¿No le habréis dado lo que pedía, supongo? —Rosario le miró de reojo para ver qué cara ponía.

—Nos ha rebajado dos duros; por más que porfió María con él, no

conseguimos más.

—Si hubiera ido yo, seguro que le saco más, pocas agallas tenéis vosotros dos. —Y lo dijo altanera y llena de razón—. Bueno, y al final ¿por cuánto os lo ha dejado?

—Por doscientas cuarenta pesetas —afirmó para después continuar hablando, temía que si dejaba de hablar, Rosario protestara—, pero está muy bien, tiene hasta toldo, y es de hule grueso y muy nuevo, así evitamos mojarnos cuando llueva.

Rosario le miró, frunciendo el ceño.

—Oye —le dijo, y por la forma de decirlo, Fernando supo que iba a protestar—, que yo sepa, todos los puestos tienen toldo, por lo menos aquí, en Legazpi, o ¿es que viste algún puesto sin toldo en Torrijos? —Fernando no contestó, sabía que eso era cierto—, así que no vengas a decir que eso es una bicoca —concluyó Rosario, y al tiempo se puso a mirar el guiso que ya estaba casi hecho.

—Bueno, mujer, me refería a que el puesto es muy bueno —recalcó Fernando—. Ya lo verás, además tiene tres partes, una de frente y las otras dos a los lados.

—Pero es de verduras, ¿no? —le indagó Rosario—, porque nosotros de charcutería, pescados o carnes no sabemos nada —añadió, poniendo las manos sobre el delantal.

—Sí, claro, eso ya lo sabíamos —contestó Fernando, afirmando a la vez con la cabeza—. Además, este hombre vende limones y también tiene especias en el puesto. Y, según sonsacó María a los vendedores colindantes, vende mucho.

—Y ¿tú crees que podrá llevarlo María sola? Yo no sé si esta chiquilla hace bien dejando la casa de los condes, aunque es fuerte y tiene desparpajo... —Rosario, a la vez que exponía sus dudas, mostraba confianza en su hija.

—Bueno, con lo que es ella... no tengas ninguna duda. —A Fernando se le notaba seguro—. No veas cómo se manejaba charlando con los otros vendedores. Lo preguntaba todo, y como es tan dicharachera, ni te figuras cómo los hacía de reír.

—Es cierto que es espabilada y tiene su gracia —dijo Rosario, mostrándose orgullosa, luego fue hacia el puchero—. Bueno, esto ya está, así que vamos a cenar —ordenó después de levantar la tapa del puchero—. Llama a los chicos que están en su cuarto. Ya deben de ser las nueve, ¿no?

Fernando dio un tirón de la cadena de su reloj, y este salió del bolsillo del pantalón.

—Sí, señora, van a dar las nueve —afirmó con media guasa, volviendo a guardar el reloj en el bolsillo, mientras que Rosario le miraba algo mosqueada.

\*\*\*\*

Desde la primera vez que hizo el encargo, que guardaba bien en secreto, Miguel realizó ocho entregas más. Las últimas seis las había llevado a cabo en el transcurso de las horas laborables, pues la segunda vez que le dijo a su padre que tenía que ir a las cuatro, una hora antes de la apertura de la farmacia, este le indicó que la próxima vez que el farmacéutico le dijera de ir a esa hora, iría a hablar con él. A pesar de que Miguel mintió a su padre diciéndole que iba para ayudar a don Pedro a preparar unos ungüentos para el dolor de huesos, aquel no cedió en su negativa. «La jornada empieza a las cinco de la tarde», le dijo, «y no voy a permitir que te exploten, y no hay más que hablar». Ante esta postura de su padre, Miguel habló con don Pedro, y este pensó que era más conveniente hacer las entregas durante el horario de trabajo. Así que, desde entonces, se llevaban a cabo a partir de las cinco de la tarde.

Fue el dieciocho de marzo. Miguel, llevando uno de los paquetes, llegó a la puerta de la casa donde tenía que entregarlo y llamó al timbre, salió un individuo, que ya conocía Miguel, y en el momento de darle el paquete, como si surgieran de la nada, aparecieron dos hombres, y empujando a Miguel con fuerza, agarraron al otro hombre por lo brazos. Lo que a continuación escuchó Miguel le dejó totalmente atemorizado y pegado al suelo.

—¡No se mueva! —dijo uno de los hombres—. ¡Queda usted detenido!, y

sacando el mismo hombre que hablaba unos grilletes del bolsillo de la chaqueta, le colocó los brazos a la espalda y se los puso. Al mismo tiempo, surgieron cuatro policías más, a estos sí los reconoció Miguel porque iban uniformados, y entraron veloces en la casa.

Miguel se quedó tan impresionado, que no se movió del sitio. Luego, le agarraron del brazo y le llevaron junto con otros tres detenidos, pero a él no le colocaron los grilletes. Al dar la vuelta a la esquina, se dirigieron hacia un amplio coche de color negro. De él salió otro policía. Luego, se metieron todos en el coche, y este arrancó ante los ojos de un temeroso Miguel, que no comprendía lo que estaba pasando.

Habían dado ya las nueve de la noche cuando llamaron al timbre.

—¡Voy! —anunció Rosario desde la cocina—. Por la hora, debe de ser Miguel —dijo, limpiándose las manos en el delantal.

Cuando abrió la puerta, vio a su hijo Miguel escoltado por dos hombres, uno de ellos llevaba el uniforme de policía. Primero, no comprendió, luego, al ver la cara descompuesta de su hijo y la seriedad de los hombres que le acompañaban, le entró temor.

—Pero... ¿qué es lo que pasa? —Su voz sonó temblorosa—. ¿Por qué vienen ustedes con mi hijo?

El hombre de paisano, que vestía un traje gris oscuro, y con el sombrero en la mano, le habló a Rosario.

—No se inquiete usted, el chico está bien —dijo con voz que intentaba ser tranquilizadora—. ¿Podemos pasar?

Durante unos segundos, Rosario se quedó indecisa, pero al fijarse en el policía uniformado, se echó a un lado permitiéndoles el paso.

Entraron en el comedor, donde Fernando, que estaba arreglando un cajón del aparador, se quedó pasmado al verles entrar.

—Buenas noches, permítanme que me presente, soy el comisario Argimiro Sánchez —se presentó el hombre del traje gris—. Suponemos que este chico es su hijo, ¿es así? —preguntó, mirando a Fernando, que solo

respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

Miguel, de pie ante su padre, parecía que iba a echarse a llorar.

—Su hijo trabaja en la farmacia de Pedro Gil —afirmó el comisario con voz determinante—. Esta farmacia ha quedado cerrada y precintada a partir de hoy; su dueño y esposa han sido detenidos y puestos a disposición judicial esta misma tarde, acusados de tráfico y venta de estupefacientes. Formaban parte de una red que ha sido desarticulada en una operación llevada a cabo por el cuerpo de policía.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Rosario echándose las manos a la cara.

Mientras, los ojos de Fernando paseaban su mirada entre los dos policías y su hijo. Miguel, muy asustado, se mantenía cabizbajo.

—Dígame, señor comisario, ¿por qué han acompañado a mi hijo hasta casa? —preguntó, preocupado, pero sereno.

El comisario posó su sombrero sobre la mesa del comedor.

—¿Permiten que me siente? —preguntó—, y rápidamente Fernando hizo ademán con la mano para que así lo hiciera el comisario.

—Miren, no deben preocuparse demasiado, pero he de decirles que, desde hace un tiempo, su hijo hacía de enlace entre el farmacéutico y sus distribuidores.

En ese preciso instante, Miguel se echó a llorar.

—¡Padre, le juro que yo no sabía nada! ¡Se lo juro! —exclamó con la voz entrecortada por el llanto.

El comisario intervino de nuevo.

—Así es —afirmó este con resolución—. Estos sinvergüenzas se aprovecharon de la inocencia del chico y le hicieron creer que hacía una buena obra llevando medicamentos a personas muy enfermas; le engatusaron de esta manera, usando artimañas, para convencerle de que no contara nada. Una vez detenido, el farmacéutico declaró estos últimos hechos, corroborando así la versión que nos había dado su hijo. Por lo visto, le daba una peseta cada vez que llevaba la droga al distribuidor. No le regañen demasiado, el chico es un buen muchacho, y esto le servirá de aprendizaje y escarmiento para el futuro

—concluyó el comisario, y en ese momento se levantó de la silla—. Bueno, nosotros ya les dejamos, y, a partir de ahora, miren bien con quién ponen a trabajar a sus hijos.

Cuando los dos policías salieron, Rosario le pegó un tortazo a Miguel en plena cara.

—¡Cuántas veces te habré dicho que no nos mientas! —exclamó encolerizada—. Mira que a tu padre le extrañó eso de que fueras una hora antes a la farmacia... Y tú, engañándole. ¡Sinvergüenza! ¡Vete al cuarto!, que hoy te quedas sin cenar. ¡Vamos! ¡Y deja de lloriquear!

Miguel salió casi corriendo del comedor.

—Este tiene que aprender —dijo Rosario algo más calmada—. Y ¿sabes lo que estoy pensando?, que nada de colocarse. ¿No tenemos ya el puesto?, pues que vaya con María a trabajar en él.

—No es mala idea —admitió Fernando, para añadir a continuación—: y no regañes demasiado al muchacho, mujer. Esto es Madrid, y él se cree que todavía está en el pueblo. Como dijo el comisario, seguro que esto le sirve de lección para no fiarse de nadie a partir de ahora.

—Más le vale —advirtió Rosario—, porque no le voy a pasar una. O se endereza o le enderezo yo —concluyó, dirigiéndose con bríos hacia la cocina.

Cuando Fernando oyó cómo Rosario andaba ya liada, terminando de hacer la cena, se marchó al cuarto de Miguel y Tomás. Al abrir la puerta, vio a Miguel sobre la cama echado boca abajo. Tomás, arrodillado a su lado, le acariciaba el pelo. Miguel lloraba y se sorbía los mocos. A Fernando le enterneció la escena.

Al ver entrar a su padre, Tomás se levantó y le abrazó las piernas.

—Padre, ¿qué le pasa a Miguel? —preguntó gimoteando—, no deja de llorar y no me lo quiere contar.

—Nada, hombre —le apaciguó Fernando, tocándole con mimo la cabeza—, está disgustado porque cerraron la farmacia.

—Y ¿ya no va a ir más a trabajar? —preguntó Tomás, y levantó la cabeza para mirar la cara de su padre.

—En la farmacia no, pero ¿sabes una cosa? Hemos comprado un puesto en el mercado y va a trabajar allí. —Fernando sonreía y Tomás le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad?

—¡Pues claro, hombre! —Al decir esto Fernando, Miguel se dio la vuelta y luego se sentó en la cama. Lo que acababa de oír a su padre hizo que dejara de llorar de golpe.

—¿Ha comprado usted un puesto en el mercado? —le preguntó con ojos llorosos marcados por la sorpresa.

—Así es, hemos pagado el traspaso, y el domingo vamos a verlo.

Miguel estaba muy contento, ya llevaba casi un mes trabajando en el puesto con María y se encontraba a gusto y feliz. Aunque su pasión era la medicina y todo lo que tenía que ver con ella, la nefasta experiencia vivida le hizo olvidar, por de pronto, su deseo. El trato tan abierto con la gente que desde primera hora de la mañana concurría por el mercado, el desparpajo de su hermana María y la simpatía y agrado con que era tratado por los demás vendedores le habían abierto los ojos a un mundo distinto, donde ellos eran los amos sin tener que estar a las órdenes de ningún dueño.

El puesto les iba muy bien, ya tenían nuevos clientes fijos, aparte de los habituales que ya acudían con el anterior dueño. Con la labia que tenía María, poco les podía sorprender. A diario y a primera hora, marchaba ella al Mercado Central de Abastos de la plaza de la Cebada a por el género. Tenía su carné de minorista, y Miguel quiso tener otro para él, pero no se lo dieron por no tener aún los años. Sobre las nueve de la mañana, Miguel abría el puesto y colocaba el género que habían dejado recogido y guardado bajo las lonas la tarde anterior. A eso de las diez ya llegaba María, y sobre las diez y media les servían el nuevo género adquirido en el Mercado Central.

En aquellos años, pocos mercados existían en Madrid; los puestos callejeros se distribuían por varias zonas, y los había de frutas y verduras, carnes, pescados, también de cereales, legumbres, huevos, quesos y pan. La poca higiene existente iba haciendo cada vez más perentoria la construcción de mercados. Además, el crecimiento de la ciudad, que ya contaba al comienzo de los años treinta con un millón de habitantes, lo aconsejaba de manera rápida. El mercado de la Cebada, destinado a la venta al por mayor de frutas y verduras, se había quedado muy pequeño, y se estaba construyendo otro de mucha mayor envergadura en la zona de Legazpi. También, en el barrio de Salamanca, en la zona de Torrijos, entre la calle Hermosilla y General Díez Porlier, habían comenzado las obras para la construcción de un mercado que cobijara en su interior todos los puestos callejeros de esa zona.

\*\*\*\*

Reconcomía un poco a Miguel el hecho de haberse quedado con seis reales del dinero que le había dado don Pedro por hacer las malditas entregas aquellas, pero cuando su madre le preguntó sobre lo que había hecho con aquel dinero, le dijo que cambió las pesetas en monedas de céntimos y que se las fue dando, haciéndolas pasar por propinas. Y la verdad es que así lo había estado haciendo, hasta que la policía se llevó preso a don Pedro. Luego, se dio cuenta de que aún le quedaba una peseta entera y media cambiada por entregar. No se lo dio a su madre. Temió que le volvieran a surgir los demonios al recordar aquello y se ganase otra buena reprimenda. Estuvo tentado de contárselo a María, pero sentía vergüenza. Así que, por el momento, pensó que lo mejor sería mantenerse callado.

El tiempo era bueno, la primavera había entrado con fuerza y el sol daba alegría a las calles. María extendió un poco más el toldo para que tapara bien las verduras, y, luego, sentada de nuevo en el cajón, se colocó un poco mejor las horquillas en el pelo. Eran cerca de las tres de la tarde, una hora de poco trabajo, así que la aprovechaban los dos hermanos para comer. Ya por la noche, entre su madre y ella, dejaban preparada la tartera que, por la mañana, transportaba Miguel cuando iba a abrir el puesto.

—¡Qué bueno hace, ¿verdad, Miguelillo? Da gusto este sol. —María levantó el rostro hacia el cielo y cerró los ojos.

—Sí, pero ya verás tú cuando llegue el invierno —dijo Miguel, pasando a llevarse un trozo de tortilla a la boca.

—¡Virgen Santa! Aún no ha llegado el verano y tú ya piensas en el invierno... Y este sí que va a ser malo, pues como arrecie el calor... ¡allá van a ir las acelgas!

Esta expresión de María, que hizo acompañada de un ademán con la mano, hizo reír a Miguel. Y María, contagiada por la risa de su hermano, también rio.

—María, ¿sabes que han sacado un cuaderno para pegar unas... estampitas?

—¿Estampitas? —María preguntó extrañada. —Y ¿de qué santos son?

Miguel rio con ganas.

—¡Que no son de santos, tonta! Salen dentro de las chocolatinas Nestlé. Creo que las llaman... ¡cromos!, eso es. Con diez envoltorios de las chocolatinas ya te regalan el cuaderno, y cada cromo tiene un número por detrás, y tú tienes que pegar el cromo en el cuaderno, donde esté ese número. Me lo dijo hace unos días Jacinto, el hijo del churrero.

—Ya no saben qué inventar —dijo María, a la vez que se levantaba para coger el botijo.

—Pues todos los chicos del barrio andan con ello. Y hay cromos de animales, de flores, de coches..., de muchas cosas. Y como por lo visto salen repetidos, se los cambian unos a otros.

—Nadie da los duros a cuatro pesetas —dijo María, y echó un trago de agua del botijo—. Cuando hacen esto es porque buenas ganancias sacarán —acabó diciendo. No le gustaba la idea esa de los cromos.

—Pues estás equivocada, porque las chocolatinas valen lo mismo, eso me dijo Jacinto.

María miró a su hermano con cara de sorpresa. Luego, antes de hablar, meditó un momento.

—¡Claro! —exclamó, dándose una palmada en la pierna—. Con el cuento de la estampita, seguro que venden el doble de chocolatinas. Ahí está el negocio. Seguro que tú ya has comprado varias.

Miguel se puso algo colorado antes de responder a su hermana.

—Pero muy pocas —declaró, señalando a María con el dedo índice—. Solo llevo seis, me quedan cuatro para conseguir el cuaderno. ¿Se lo vas a contar a madre? —añadió, poniendo cara de circunstancias.

María sonrió. ¡Ay, su Miguelillo!, pensó mientras le miraba el cabello, que bajo los rayos del sol brillaba como si estuviera formado por hebras de oro.

—Será nuestro secreto —le dijo, y Miguel marcó una sonrisa de oreja a oreja—. Y ¿se puede saber cuánto valen las chocolatinas?

—Quince céntimos —repuso rápido Miguel.

—Pues si te portas bien, te compro una cada semana. Y cuando te den el cuaderno, me lo enseñas, ¿vale?

\*\*\*\*

Aquel domingo, 27 de abril de 1930, Fernando leía en el comedor tranquilo el periódico que acababa de subirle Carlos.

—Fijaos que rascacielos tan altos vienen en la portada del ABC —dijo, girando el periódico en sus manos para que vieran las imágenes—. Son los más altos del mundo.

—Y ¿dónde están? —preguntó María, que zurcía calcetines sentada al otro lado de la mesa.

—En Nueva York. En la isla de Manhattan.

—Usted estuvo en Estados Unidos, ¿no, padre? —preguntó ahora Carlos, mientras le ponía comida a los jilgueros.

—Sí, en Chicago, y precisamente construyendo un rascacielos, el de la Casa Singer. Allí me tiré dos años largos.

—Cuánto mundo conoce usted ya, padre —intercaló María, sonriendo.

—Conocer, lo que se dice conocer, no mucho, pero bregar por el mundo *alante*, eso sí —dijo Fernando, y continuó enfrascado en la lectura del periódico.

Carlos terminó de arreglar a los pájaros, y dijo que iba a dar una vuelta hasta la hora de comer. Su padre le mandó que pasara antes por la cocina y le preguntara a su madre si necesitaba algo.

María ya llevaba tres calcetines zurcidos. Algunos tenían unos *tomates* tan grandes en los talones, que ya no merecía la pena coserlos más. Separó dos con la idea de tirarlos, pero primero se lo consultaría a su madre, a ver qué

decía. Se quedó un rato observando a su padre. Hacía poco más de un mes que se ponía lentes para leer, y le causaba gracia ver la expresión de su cara mientras leía.

—¿Sabe una cosa, padre? Le quedan muy bien las lentes. Le dan... no sé... como importancia.

Fernando dejó de leer y miró a su hija por encima del arco de las gafas.

—¿Tú crees? —preguntó, poniendo cara de interesante, lo que provocó la risa de María.

—Pues, sí, aunque no se lo crea —dijo María entre risas—. Parece todo un intelectual, de esos que se ven por las cafeterías del centro.

Reían ambos cuando Rosario entró en el comedor.

—Mira qué bien se lo pasan los dos. —La voz de Rosario sonaba con guasa—. A ver, contadme, ¿a qué vienen tantas risas?

—Le estaba diciendo a padre que con las gafas está muy interesante —aclaró María, y, al observar la cara que ponía de su madre, volvió a echarse a reír.

—Sí, es cierto —afirmó Rosario después de mirarle con atención—. Pareces ese escritor que sale mucho en los periódicos.

—¿Quién dice usted, madre? —preguntó María, curiosa.

—Sí, mujer, ese que tiene barba y va siempre con sombrero. ¡Ay!, lo tengo en la punta de la lengua.

—Unamuno, Miguel de Unamuno —pronunció Fernando, con rotundidad.

—¡Ese mismo! Que no me salía —sentenció Rosario, dando una palmada en la mesa.

—Pero, madre, ese señor ya es muy mayor, y además tiene barba.

—No es tan mayor, que andará por los sesenta y pocos años. Y yo me refería a él por las gafas —definió Rosario—. Además, es un hombre con mucho empaque.

María miró a su madre con la boca abierta.

—Pero ¿usted la oye, padre? Mucha admiración veo yo por ese señor...

—¡Oye! ¡Más respeto! —Rosario se había puesto algo colorada.

María reía a carcajadas, y Fernando se contagiaba. Rosario cogió un calcetín de la mesa y comenzó a darle a María con él. Al final los tres acabaron riendo.

Ya habían transcurrido cerca de seis meses desde la dimisión del general Primo de Rivera, ocurrida el 28 de enero de 1930, y el país pasaba por una gran crisis, tanto política como económica, agravada por la situación de depresión mundial que se vivía tras la caída de la Bolsa norteamericana en el otoño de 1929. El nuevo gobierno, bajo la batuta del general Dámaso Berenguer, que había sido jefe de la casa militar del rey, no había calmado las aguas. Elegido por Alfonso XIII con el propósito de retornar a la normalidad constitucional, no fue acogido con agrado por los constitucionalistas, pues cifraban sus expectativas en la formación de un gabinete presidido por José Sánchez Guerra, que convocaría cortes constitucionales. Tal solución fue rechazada de plano por Alfonso XIII, pues consideraba que el primer día de las constituyentes sería el último día de su reinado. Había comenzado así una dictadura “blanda”, como se dio por llamar, pero los graves problemas políticos y económicos no cesaban de aumentar. Miguel Primo de Rivera, tras su dimisión, se marchó, muy enfermo ya de diabetes, a Francia, donde murió en París el 16 de marzo de ese mismo año, 1930.

El jueves, 26 de junio, llegó la noticia a casi todos los rincones de España de los graves problemas que estaba causando la huelga obrera en Andalucía. Aunque el gobierno, en un principio, quiso esconder la importancia de los hechos, la prolongación del conflicto había hecho inevitable que el problema obrero andaluz se divulgara. En el puesto de verduras, María y Miguel lo comentaban con los clientes y los otros vendedores.

—Pues dicen que ya van varios muertos —comentaba una señora de mediana edad, dándose aire con un gran abanico, mientras era atendida por María—. No sé qué querrán estos sucios paletos andaluces... Lo que tenían que hacer es trabajar más y protestar menos.

María, en silencio, observaba a la señora. Sabía que era la mujer de un abogado de la calle Ayala. Aunque altanera y rancia, era una buena clienta, y

María tenía que oír, ver y callar, aunque a veces, como era en esta ocasión, la llevasen mil demonios.

—El campo es muy esclavo, señora. Yo lo sé bien. Se trabaja mucho y se gana una miseria —intercaló María, queriendo mostrarse gentil, pero sin esconder una verdad que había sentido en sus propias carnes.

—¡Déjate de tonterías, María!, si ganan poco es porque trabajan poco. — La clienta se mostró inflexible—. ¡Que yo lo sé bien! Tengo una prima en Jaén y me dice siempre que si no fuera por que está encima de ellos, los jornaleros que tiene estarían todo el día *tumbaos* a la sombra. Ayer, precisamente, le puse una conferencia para preguntarle cómo iban las cosas, y me dijo que son unos sinvergüenzas, que han dejado todo tirado y llevan cuatro días sin ir a trabajar. Ya me dijo que, cuando volvieran, iban a tener que trabajar gratis hasta que recupere todos los duros que está perdiendo. Pero la culpa es de este gobierno, que no sabe emplear bien la mano dura. Bueno, dime qué te debo, que hoy tengo prisa.

María, con la rabia contenida, le cobró, y en cuanto la vio alejarse, no pudo contenerse.

—¡Qué sabrá esta lechuza lo que es trabajar! —escupió las palabras con auténtico coraje, y Miguel la miró sorprendido—. Levantarse todos los días antes de que salga el sol y partirse los lomos trabajando las tierras de otros por cuatro miserables *perras*. —María seguía mostrando su furor sin disimulo.

—¡Cuánta razón tienes, niña! —Petra, la que vendía quesos en el puesto de al lado, había escuchado las palabras encorajinadas de María. Era una mujer madura, de La Mancha, y le caían muy bien los dos hermanos—. ¡Cuánto hay que aguantar y morderse la boca! —añadió la quesera—. A mí, a veces, me dan ganas de arañarle la cara a alguna de estas señoritingas.

Miguel sonrió al oír a la señora Petra.

—El otro día, no sé si os fijasteis en una gorda que siempre va muy estirada —continuó la quesera—. Bueno, pues es la hija solterona de un notario que vive en la calle Goya, aquí al lado. A esta se la tengo yo jurada. — Petra se llevó la mano a la boca haciendo con los dedos la señal de la cruz—. Ya por dos veces me ha devuelto la mercancía porque dice su padre que los quesos están rancios. Esta se cree que yo soy boba.

María y Miguel se quedaron aguardando a que Petra continuara más tarde con su chismorreó, pues una clienta se acercó en ese momento al puesto de los quesos.

—Pues, como os decía —prosiguió la quesera en cuanto la clienta se marchó—, se cree que yo soy boba, pero no... Ya he visto el cuento que se trae. La muy *zorróna* se come un buen trozo y me devuelve menos de lo que se llevó, diciendo que estaba rancio. Pero un buen trozo, no creáis... que lo he *comprobao*.

Miguel y María se echaron a reír.

—Y ¿no se lo ha dicho? —curioseó María.

—¡Quita! No vale la pena. La Petra es más lista que ella. Yo no tendré estudios, pero a pícara no me gana nadie. Se lleva siempre de este queso curado de oveja que está a 2,40 pesetas el kilo. Pues ahora, mirad —Petra sacó de debajo del mostrador un cartón con números—: veis que aquí pone a 2,80 el kilo, ¿no? Pues en cuanto la veo venir, cambio el cartel y pongo este otro. ¡Hale! Y mañana que me devuelva el queso.

La pícara ocurrencia de la quesera hizo que María y Miguel soltaran una fuerte carcajada.

\*\*\*\*

Aquel mismo jueves, por la tarde, llegó una carta de Isabel a nombre de María. Cuando María y Miguel entraron en casa, Rosario se la entregó a su hija sin decir nada.

—¡Ha sido un niño! —exclamó María al poco de comenzar a leer—. Nació el 18 de mayo y dice que pesó tres kilos y medio.

—Pues ya tardó en escribir, que estamos terminando junio —fue lo único que comentó Rosario mientras ponía el hule sobre la mesa. Luego se marchó hacia la cocina.

María, como si no escuchara a su madre, siguió leyendo. Fernando, que leía el periódico, parecía abstraído en su lectura, pero estaba muy atento a María.

Cuando terminó de leer, María dobló la carta y se la guardó en el bolsillo de su bata. Luego fue a la cocina y ayudó a su madre a poner la mesa.

Durante la cena, apenas se habló. Los chicos se mantenían callados, pues sabían que a su madre no le gustaba que hablaran mientras comían. «El que come y habla, el juicio le falta», decía siempre, y sabían que no hacer caso a esa premisa llevaba consigo un seguro pescozón.

Fue cuando ya se hallaban madre e hija fregando la loza, que Rosario preguntó:

—¿Dice cómo le han puesto de nombre? —Su voz sonó algo áspera.

—Sí, le han llamado Carlos.

Rosario alzó las cejas. María continuó hablando.

—Como nuestro Carlos y... su hermano de usted, que ha sido el padrino.

—¿Lo han bautizado en Salamanca? —Rosario parecía ir mostrando mayor interés.

—No. En Belchite, creo que dice. Llevan allí tres meses. Ascendieron a Ramiro a cabo y le destinaron allí.

—Pero ¿eso no está por Zaragoza? —preguntó Rosario, sorprendida—. Allí vive una prima mía, la Jacinta. Se casó con un buhonero de ese pueblo. Pues anda que no los han enviado lejos —añadió, guardando los platos ya secos en la alacena.

—No sé, pero dice que les va muy bien. Que es una gente muy maja.

—Y ¿hasta allí viajó mi hermano? —Rosario habló con retranca—. Ya le vale también a ese; llevamos todos aquí desde hace ocho meses y no se ha dignado a venir una sola vez, y no será porque no se le ha invitado... Bueno, allá les vaya bien a todos.

—Madre, no es igual —María trató de paliar el mosqueo de su madre—. Si le pusieron de padrino, es normal que se desplazara hasta allí. Así es como tiene que verlo usted.

—Mira, no vamos a discutir otra vez por lo mismo. Ya ves tu padre: la

otra vez, casi ni quiso ver la foto de la niña, y eso que es un sensiblero... ¡Es que nos hizo mucho daño, María! —estalló Rosario de pronto—. Y sigue haciéndolo, ¡coño! ¿Por qué no ha escrito a nombre de tu padre? Envía la carta a nuestra dirección, pero lo hace a tu nombre. ¿A ti eso te parece bonito? —Rosario estaba muy dolida, y María no supo qué argumento darle en ese momento.

Miguel, que entró en la cocina sin que su madre se percatara de ello, había oído lo suficiente para saber que hablaban de su hermana mayor. Ya, cuando antes de la cena, María leyó la carta, notó el gesto serio de su padre y recordó cómo, después de la Navidad, tampoco este comentó nada cuando su madre les enseñó la foto de la niña. No tenía muy claros los conceptos, pero sí sabía que no era aconsejable hablar de su hermana Isabel desde que hubo aquel problema en el pueblo. De hecho, entonces, aun viviendo cerca, su madre no les dejaba visitarla, y cuando alguna vez Isabel se acercaba a la siega a llevarles un trozo de queso, lo hacía a escondidas y les rogaba que no lo comentaran. Cuando se vinieron a Madrid, Isabel ya se había marchado hacía unos meses para un pueblo de Zamora, a donde habían trasladado a su marido, y no se fueron a despedir. Eso sí que lo recordaba bien Miguel, pues se enteró al cabo de unos días por un primo, y al llegar a casa y comentarlo, su madre le cerró la boca con unas palabras que nunca podría olvidar: «En esta familia no se volverá a hablar más de ella. ¿Me oyes bien? Jamás vuelvas a nombrarla». Desde entonces, Miguel no volvió a hablar de su hermana mayor. Tomás era muy pequeño, él nunca la recordó en casa, así que el tiempo se encargó de que la olvidara casi por completo, y el resto de sus hermanos hablarían entre ellos, pero ante sus padres nunca salía el tema, salvo en la Navidad pasada, así conocieron Miguel y todos los demás a su sobrina, y ahora acababa de enterarse de que había nacido un nuevo sobrino.

—Madre, y ¿los vamos a ir a conocer? —Esta pregunta de Miguel cogió a Rosario por sorpresa, y María, antes de que su madre dijera nada, rápidamente le contestó.

—Están muy lejos, Miguel, no se puede. Y ahora vete para el comedor, anda.

Miguel salió veloz; por la forma de hablar de su hermana, comprendió que debía salir zumbando de allí.

Rosario, con el rostro contraído, se sentó.

—Estoy cansada de todo —confesó, con la voz derrotada—. Toda la vida luchando, haciéndome la dura para tirar del carro... Sin rendirme nunca... Mirando siempre *pa lante*. ¡Ay, Virgen Santísima!, tanto luchar...y ¡para qué!

—Bueno, madre, no se me venga ahora abajo..., que no nos va tan mal y...

—¡No me refiero a eso, mujer! —le cortó Rosario chasqueando la lengua—. Es por esta hija, que me tiene el alma encogida. ¿Tú crees que yo no sufro? —preguntó al tiempo que giraba la cabeza para mirarla—. ¿Sabes lo triste que es para mí todo esto?

—Claro que lo sé, madre...

—¡No! No puedes saberlo; hay que ser madre para entender este dolor. ¡Qué pena no tener nada que agradecerle! Ni recordar nada bueno de ella. Eso es lo que me reconcome, María, no tener dónde agarrarme para sentirme yo culpable de algo. Y ese maldito orgullo que la domina y que no sé de dónde demonios lo habrá sacado.

Repentinamente, Rosario cambió de cara y el color pareció volver a sus mejillas, dio con las palmas de ambas manos sobre la mesa y se levantó.

—Bueno, dejémoslo estar —dijo, alzando la barbilla—. Y vente para el comedor que tu padre y yo queremos hablarte sobre algo.

María intentaba dormir, pero aquella idea propuesta por sus padres le daba vueltas en la cabeza y no la dejaba conciliar el sueño. Y no porque la idea fuera mala o imposible de realizar, sino por la responsabilidad que ella conllevaba.

Por lo visto, un compañero de su padre en el matadero tenía un hermano que traspasaba una frutería en el barrio de Salamanca, en la calle General Díez Porlier, precisamente tres manzanas de casas más arriba de donde tenían ellos el puesto de verduras. No era un local muy grande, pero sí estaba muy bien situado, y tenía, por lo visto, muy buena clientela. El precio del traspaso era muy bueno y el alquiler muy ajustado a lo que se venía a pagar por la zona. María sonreía ahora, pensando en la tozudez de su madre, pues cuando una cosa se le metía en la cabeza, ya era un imposible hacerle cambiar de opinión. El caso es que Rosario había echado sus cuentas, y decía que podían seguir con el puesto de verduras y hacerse con la frutería. «Dinero tenemos de sobra para el traspaso», les había dicho muy segura, «sería de tontos dejar el puesto. Con lo que nos queda de lo que trajimos del pueblo y lo poquillo que vamos ahorrando, lo podemos cubrir perfectamente».

Lo complicado después fue decidir quién llevaría la frutería, pero para eso también su madre tuvo la solución: «La lleváis tu padre y tú», dijo sin pestañear, «y Miguel sigue en el puesto, pero ahora con Carlos, que dejará la charcutería». María, en el lecho, volvió a sonreír: «Dios nos coja *confesaos*», se dijo santiguándose», porque cuando a madre se le pone algo entre ceja y ceja, ni mil demonios la apean de la burra».

Y así fue. El lunes cuatro de agosto de 1930, inauguraron la frutería. Pudieron hacerlo antes, pero el charcutero le pidió a Carlos que siguiera hasta mediado julio, y como se había portado siempre muy bien con él, no le pusieron inconvenientes. Acordaron con el frutero vendedor comenzar ellos en agosto, así que le dieron una señal y fueron preparando los papeles.

Carlos, a partir del dieciséis de julio, fue yendo al puesto a diario con Miguel y María para aprender a manejarse. El fin de semana anterior a abrir, todos estuvieron volcados haciendo arreglos en el local. Vicente y Carlos le dieron una mano de pintura, Fernando arregló algunas banastas y enderezó un poco el cierre metálico de la puerta. Rosario y María, ayudadas también el domingo por Dolores (Esther no pudo estar por ser necesaria en el palacio de los marqueses), le dieron una buena limpieza al suelo y a los azulejos de las paredes, y ordenaron la pequeña trastienda, que como había dicho Rosario, aquello parecía la jaula de los monos.

\*\*\*\*

Aquel lunes, a las cinco y media de la mañana, salieron Fernando y María hacia el mercado de la Cebada. En el bolsillo del pantalón, llevaba Fernando bien guardado el dinero para hacer las compras, así como el papel donde habían apuntado el género para llevar. También tenían que hacerse con el género para abastecer el puesto de verduras.

Rosario, durante todo el pasado mes de julio, en cuanto tenía un momento, se iba a recorrer la zona donde estaba la frutería que iban a abrir, y de la mano llevaba a Tomás, que ya estaba de vacaciones. Tenía su motivo: el piso donde vivían les quedaba muy alejado y tendrían a diario que coger transporte. Aparte del gasto, también contaba el tiempo que se llevarían en ir y venir, así que decidió mirar por la zona de la frutería algún piso de alquiler que estuviera apañado.

Encontró uno en la calle Don Ramón de la Cruz, que era la perpendicular a la calle donde estaba la frutería. Un tercer piso interior, pero con mucha luz, ya que uno de los patios daba a una fábrica de gaseosas, y el tejado de la misma estaba por debajo del piso tercero de la finca. A Rosario le gustó bastante más que el otro. Tenía también tres dormitorios, pero la cocina era más grande y muy luminosa, como el comedor. «Le entra el sol hasta el pasillo», le dijo la portera. Pero lo que más le gustaba a ella era que la casa tenía ascensor. No había casi muebles, pero eso hasta le pareció mejor. Los irían comprando poco a poco y a su gusto. En el Rastro ya había visto ella

cosas a muy buen precio. El alquiler sí era algo más elevado, pero tampoco tanto, teniendo en cuenta el barrio. Además, ahora, con el puesto y la tienda, podrían apañarse económicamente mucho mejor. Otra cosa muy buena para ella fue que siguiendo la calle de Don Ramón de la Cruz iba a salir casi frente al palacio de los marqueses. Vamos, que en poco más de quince minutos podía llegar andando. Ahora ya no hacía las coladas; la marquesa, cuando supo que cosía bien, la puso a repasar la ropa. Así que el trabajo era mucho menos pesado, sin comparación, pues aunque siempre tenía faena, desde entonces, ya no volvía tan agotada a casa.

Fernando también estaba contento. Ya, desde el primer día, le gustó la atención al público. María se desenvolvía que daba gloria verla, y manejaba la balanza como una experta; se notaba que los pocos meses pasados en el puesto le habían servido de mucho. Los habituales clientes, casi todos mujeres, del frutero anterior, fueron tomando confianza, y María, con su buen desparpajo, se los iba ganando a todos. Así que Fernando se encontraba muy a gusto y muy bien respaldado por su hija María.

\*\*\*\*

Aquel mes de agosto les fue mucho mejor de lo que pensaron. No hizo excesivo calor, y las frutas veraniegas aguantaron bien el estío de aquel verano. De noche, sobre las bandejas de la fruta más delicada, extendían unos lienzos delgados de algodón, empapados, pero bien escurridos, en agua fresquita, y así se mantenían los productos con buena presencia. El cierre metálico tenía, en su parte más alta, una rendija estrecha a todo lo largo, y dejando la ventana abierta de la trastienda, que daba a un ancho patio de luces, la corriente ayudaba a mantener fresco el local durante la noche.

Rosario estaba feliz en el nuevo piso, «hasta los jilgueros pían más», decía satisfecha. Lo iba poniendo a su gusto, «sin correr demasiado, que las prisas no son buenas», le comentaba a la portera, una mujer bastante corpulenta al lado de Rosario, que era más bien bajita. Asturiana, de Gijón, se llamaba Cándida, y estaba viuda, con tres hijos varones, dos de ellos adolescentes, que comenzaron a hacerse amigos de Carlos y Miguel.

Ya, desde mitad de agosto, vivían en la nueva casa. Del piso de Delicias, ya acordaron con el casero pagarle medio mes. «Y contento puede estar», afirmó Rosario, «que hay que ver cómo le dejamos el piso de limpio y curioso, nada que ver con lo que nosotros encontramos al llegar».

Apañó tres camas en el dormitorio mayor del piso. Una de ellas, algo más pequeña, que ocuparía Tomás. En otro dormitorio, puso dos camas. Sería el de María, pero no venía mal ponerle otra cama, por si se quedaba algún día Dolores o Esther a dormir. Fernando y ella se apañarían bien en la habitación más pequeña. Puso la cama de matrimonio pegada a la pared, y una sola mesilla, así les entró bien el armario y una pequeña cómoda. En el dormitorio de los chicos, les puso un buen armario, sin puerta, pero con una cortina azul oscura de cretona que lo cerraba muy bien, y una mesa con una silla, que fue lo que más le gustó a Miguel. A María le colocó, junto al armario, que tenía una luna en la puerta, un pequeño lavabo con su jofaina y jarra de porcelana, que le sacó a muy buen precio a un chamarilero de la calle Alcántara, muy cerquita de allí. Al fondo del pasillo, había otro lavabo, que ya estaba en el piso. Era muy hermoso, con un buen espejo algo picado por los lados, pero que aún daba buena imagen. La parte baja del mueble, donde se guardaba un cubo grande de zinc, estaba tapada por una tela de flores, que a Rosario le pareció horrible, y que fue una de las cosas que cambió primero.

La mesa del comedor fue una ganga que encontraron en el Rastro. Lo malo fue llevarla hasta el piso, pues tuvieron que hacerlo portándola en un carro que les alquilaron en una cochera cercana. Tuvieron que ir tirando del carro los chicos mayores hasta casa. Aprovechando el viaje, con la mesa también compraron diez sillas con asiento de madera, tres somieres de metal, una docena y media de platos de porcelana y metal —que eran los mejores según Rosario, pues se podían desportillar pero no romperse—, dos sartenes y dos buenas ollas. Sudaron lo suyo hasta llegar a casa, pues desde el Rastro hasta allí no dejaba de haber una buena tirada. Fernando los quiso acompañar, pero no le dejaron, así que junto con María y Rosario, se volvieron los tres en el tranvía.

\*\*\*\*

Rosario se tumbó en la cama cansada pero satisfecha. Había valido la pena tanto trajín durante los pasados ocho días para ver ahora todo tan bien dispuesto. Miró hacia su marido y comprobó que dormía plácidamente vuelto hacia la pared. El primer día que se acostaron en la nueva cama, Rosario se metió al rincón, pero Fernando no la dejó. Lo justificó diciendo que si tenía que levantarse de noche para algo, le sería muy incómodo saltar por encima de él. Y aunque le porfió un poco, finalmente reconoció que tenía razón, pues rara era la noche que ella no se levantaba para hacer pis en el orinal.

El día había sido caluroso, pero ahora corría una ligera brisa que le hizo taparse bien con la colcha, después se acomodó en la almohada y cerró los ojos. «Solo hace diez meses que llegamos a Madrid», se dijo, dejando escapar un suspiro, «y parece que ya han pasado años». Reconocía que todo les iba yendo bien, tal vez demasiado bien, y todo muy deprisa, y esto sí que le daba cierto vértigo. Pero no; había que ir sin miedos, que ella era una mujer de recursos, siempre lo fue, desde bien niña, que ya su madre le decía: «pareces una leguleya, siempre buscando soluciones *pa to*». Lo que sí sabía bien era que la vida no estaba hecha para los melindrosos y faltos de decisión. «Hazte de miel y te comerán las moscas». Ese dicho de su padre lo tuvo siempre presente, y bien que le fue no olvidándolo. Ya, cuando marcharon para Argentina, la gente del pueblo, y hasta sus mismas primas, le dijeron que estaba loca, que adónde iba con una niña tan pequeña, y a un sitio tan lejano. Varios vecinos del pueblo se marcharon para América, sobre todo a la Argentina y al Uruguay, dejando a sus mujeres, pero ella le espetó a Fernando: «O vamos juntos o tú no vas». Y no es que tuviera miedo de que Fernando no volviera, que lo conocía bien, pero intuía que todo les iría mejor con ella allí, y Fernando también lo pensaba, que no le puso ninguna objeción cuando se lo planteó. Así que fue la primera mujer que salió del pueblo rumbo a las Américas, y ahora lo recordaba con gozo. Claro que entonces tenía treinta años, eso también había que decirlo; y sí, ella era pequeña y menuda, pero el coraje, y el genio sobre todo, le dieron siempre fuerzas para vencer cualquier obstáculo. No pocas vicisitudes pasaron por aquellas tierras, y de todas salieron, algunas veces con apuros, pero siguieron adelante, sin nunca rendirse. Así que cuando le planteó a su marido la idea de irse todos para Madrid una vez que se hubiera marchado María, este solo le preguntó: «¿Estás segura?», y al decirle que sí, Fernando solo añadió: «Pues entonces, a los

Madriles».

Rosario miró con cariño a su marido, que dormía como un bendito, y, girándose hacia él, le pasó la mano por el pelo, ya un poco escaso por las sienes, y aquellas palabras de su padre cuando llevaban un año de casados acudieron con fuerza a su mente: «Mira, Rosarito», le dijo, «tú eres una mujer fuerte y valiente, y te puedes defender bien en la vida, pero tu mayor logro ha sido casarte con este hombre». Entonces agradeció mucho a su padre estas palabras, pues eran muchos los que la criticaron por haberse casado con Fernando, y ahora, con los años transcurridos, reconocía también cuán sabio fue su padre, que supo ver siempre en el corazón de las personas.

\*\*\*\*

Miguel estaba más contento que unas pascuas. Desde que había empezado la colección de cromos Nestlé, ya tenía lleno más de la mitad del álbum. Además, los nuevos amiguetes que había hecho en el recién estrenado barrio hacían la misma colección, así que intercambiaban cromos casi todos los días. Aquel sábado, a la hora de cenar, le pidió a su padre permiso para ir el domingo con Primitivo y César, que así se llamaban los hijos de la portera, a la Puerta del Sol, pues allí se reunía, por lo visto, un gran número de personas cada domingo para intercambiar los cromos.

—Menuda fiebre hay por todo Madrid con eso de los cromos —comentó Fernando mientras cortaba el pan—. Hasta los cambian las mujeres en la frutería para sus chicos, ¿verdad, María?

—¡Bueno, yo no he visto una cosa igual! —exclamó María—. Figúrese, madre, que esta mañana la señora Patro, la zurcidora, estaba intercambiando cromos en plena calle con otras dos.

—No tendrá otra cosa que hacer —adujo Rosario, moviendo la cabeza—. Poca sangre la veo yo a esa. Y, tú, ¡que no me entere yo que te dedicas en el puesto a cambiar cromos de esos! —Rosario dijo esto apuntando con el dedo a Miguel—. Vigila a tu hermano, Carlos, que este es capaz de perder el tiempo con eso, y hasta puede que alguna lagartona se aproveche y os apañe alguna

que otra lechuga.

—Pierda cuidado, madre, que en el puesto se porta muy bien —afirmó Carlos, guiñando un ojo a su hermano.

—Bueno, pero tú por si acaso estate al tanto.

—Entonces, ¿puedo ir mañana, padre? —Miguel no se olvidaba de su petición.

—Por mí no hay cuidado —repuso Fernando, mirando a Rosario.

Miguel no quitaba ahora la vista de su madre.

—Está bien, ya has oído a tu padre —confirmó Rosario—. Pero mañana, antes de ir, te mudas y te lavas bien, pero bien. —Miguel afirmó rápido con la cabeza—. Y ahora, dejad de parlotear y vamos a cenar, que ya es tarde.

El domingo solo fue a comer Vicente. Dolores y Esther casi nunca podían ir a comer con ellos. Los festivos eran días de mucho ajetreo en el palacio, y cuando no celebraban una cosa festejaban otra; el caso era, como decía Rosario, andar siempre de jarana. No entendía, aunque la vida de los ricos no era para ser entendida por ellos, cómo siendo solo el matrimonio con dos hijos y un hermano soltero de la marquesa podían llevar una vida con tanto dispendio, aparte del ajetreo que se traían, porque raro era el día que en palacio no hubiera algún invitado a comer. Eran dieciocho personas de servicio, y todas tenían que hacer, que allí no había nadie desocupado. Solo para el jardín ya eran tres, y desde primera hora de la mañana ya estaban trabajando en él; así lo tenían, hecho un primor. En la cocina eran otros tres: el cocinero —un hombre fondón de mediana edad, que era francés, aunque llevaba muchos años en España— y dos pinches, una de ellas, Esther, que se dedicaba más que a otra cosa a la repostería, y la otra, Rosa, que ya llevaba varios años con los marqueses y que se manejaba tan bien como el cocinero. Allí no paraban, hasta toda la bollería la hacían ellos, incluso los helados. Luego, estaba el mayordomo y un mozo de comedor. Un ayuda de cámara para el marqués y para el señorito. Tres doncellas, una para el servicio exclusivo de la marquesa y de su hija, y las otras dos que se repartían el trabajo de mantener la limpieza. Había también un secretario, dos chóferes, un portero en

la garita de entrada y dos lacayos. Y luego, estaban las externas, que eran tres: la lavandera, la planchadora y la costurera, que era ella.

Cuando Rosario explicó toda esta disposición a su familia, Fernando hasta silbó, y después les dijo a todos: «Estas gentes tendrán mucho y gozarán de muchas cosas, pero seguro que nunca han sentido la alegría que supone echarse un buen trago de agua fresca en el gáznate después de una jornada de siega bajo el ardiente sol. Eso nunca lo sabrán».

Ya estaban todos a la mesa cuando llegó Miguel tan sofocado que se le salía el corazón por la boca.

—¿No te dije que volvieras a las dos? —La reprimenda de Rosario estaba cantada—. ¡Venga, siéntate!, que estamos aguardando por ti.

Miguel, sin decir nada, y secándose el sudor de la frente con el antebrazo, se fue a sentar.

—¡Alto! —le frenó su madre—. Mira cómo vienes de *sudao*... Vete a la fregadera y refréscate esa cara, y lávate bien las manos, que seguro que las traes bien sucias de tanto tocar los dichosos cromos.

Miguel se marchó veloz hacia la cocina, y, cuando regresó, todos rieron. Se había mojado el pelo, y como se había echado fijador por la mañana, lo traía todo de punta.

Comieron casi en silencio, norma que Rosario mantenía, como le inculcaron a ella sus padres, pero en cuanto María se levantó a por el frutero, Miguel soltó lo que le quemaba en la lengua desde que había llegado.

—¿Sabéis lo que me ha *pasao*? —Por la manera de decirlo, todos le miraron expectantes—. Pues estaba con Primitivo cambiando cromos con otros chavales, cuando de repente llegó un señor muy bien *trajeao*, y preguntó: «¿Tenéis el número doce?». Empezamos a buscarlo, y lo tenía yo. Se quedó muy *asombrao*, y me dijo que se lo enseñara. Entonces, al verlo, me dijo: «Te doy dos pesetas por él», pero yo vi que estaba muy *interesao*, que enseguida sacó las dos pesetas del bolsillo, así que le dije: «Se lo vendo por un *duro*, por menos nada».

Todos le miraban con la boca abierta.

—¿Y...? —preguntó Vicente.

—Pues..., que se lo vendí. —Y nada más decirlo, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un duro de plata que puso sobre la mesa.

—¡Jesús bendito! —exclamó Rosario al ver brillar la moneda—. Le han dado un duro por un papelillo de esos...

Miguel exultaba de gozo.

—¿Puedo comprarme *El libro de la selva*, madre? Vale tres pesetas, aún le sobrarían dos.

Hacía tiempo que Miguel andaba tras ese libro, pero sabía que era caro, y nunca se atrevió a pedirlo; pero ahora, con ese duro, pensaba que, tal vez, le dejaran comprarlo.

Su padre le miró sonriendo. Aquel hijo suyo... ¡mira que era noble! Y así, antes de que Rosario se pronunciara, le dijo:

—¡Pues claro que sí, hombre! Te lo has *ganao* por listo.

## 10

Ya mediaba octubre cuando Rosario, al llegar a casa, se encontró con algo que no esperaba. Se le había hecho tarde, pues María le encargó ir a la calle Pontejos a comprar hilos para zurcir, unos botones y un corte de tela blanca para remendar unas sábanas. Al abrirle Miguel la puerta, ya se extrañó de verle tan sonriente, pero más se sorprendió al llegar al comedor y observar que estaban todos callados y mostrando una alegre sonrisa.

—¿Se puede saber qué os pasa? —preguntó Rosario, dejando el cesto en el suelo.

—A ver, madre, díganos algo que le haga ilusión. —Este requerir de María aún dejó a Rosario más sorprendida.

—Pero ¡qué tontería es esta! ¡Venga, dejáros de bobadas, que aún hay que hacer la cena!

—Madre, que no son bobadas —aclaró Carlos, sonriendo—, y no se preocupe por la cena, que ya la está haciendo María. Usted venga aquí y siéntese.

Rosario, poco convencida y bastante mosqueada, se sentó, mirando ahora a su marido, que mantenía la cabeza algo gacha, y hacía soniquete con los dedos sobre la mesa.

—¿No ve nada raro? —La pregunta de Miguel hizo que Rosario echara una mirada por el contorno del comedor.

—¿Qué es eso? —preguntó al ver un bulto grande, tapado con una tela, entre el aparador y la ventana.

—¡Venga, madre! ¡Destápelo! —le apremió el pequeño Tomás.

Rosario no se decidía, ella no estaba acostumbrada a las sorpresas, y todo aquello la estaba agobiando un poco.

Finalmente, ante el empuje de todos, se levantó, fue hacia el rincón y tiró de la tela.

Primero, se quedó muda, con la boca abierta, luego se echó las manos a la cara, y después exclamó:

—¡Es una máquina de coser! —Sus ojos recorrían aquel mueble color caoba sin dar crédito aún de lo que veían.

—Pero ¿os habéis vuelto locos? ¡Una máquina de coser! ¡Con lo que cuestan! Y encima es una Singer. —La reacción de Rosario fue la que todos esperaban.

—Escuche, madre —comenzó a hablar María—, se la hemos comprado a la señora Ascensión, la del quinto, la madre de Maruja, ya sabe... Ya no la usa hace tiempo, le falla mucho la vista, y a la hija no le gusta coser. El domingo pasado me comentó Maruja cuando fuimos al cine si sabía de alguien a quien le pudiera interesar. Se lo comenté a padre, y bueno... ¡aquí esta!

—Y ¿cuánto os sacó por ella? —Rosario se empecinaba en el gasto-. Porque está casi nueva.

—Ochenta pesetas —reveló Fernando—. Pedía cien, pero María se la acabó sacando por eso.

Rosario no hizo comentario. Ella las había visto en el escaparate de la Singer que se encontraba en la calle Velázquez. Siempre que pasaba por allí, se paraba a mirarlas, y el precio oscilaba entre las cien y doscientas pesetas. Y este modelo, que ahora ya miraba con mejor gesto, era de los más caros.

—Bueno, no es mal precio —acabó confesando—. Estas son caras, y es parecida a la que teníamos en el pueblo, aunque esta creo que es mejor, bueno, ya lo veré cuando le quite la tapa.

Cuando Fernando volvió de Chicago, una vez concluyeron las obras mayores de la construcción del edificio de la Singer, con el dinero que le pagaron, también le dieron un vale para canjear en España por el valor de una máquina de coser. La sacaron de la franquicia que existía en Salamanca, y Rosario aprendió a coser en ella; hasta les hacía las camisas a los chicos y aún se ganaba un dinerillo cosiendo tiras de encajes a las sábanas de algunas paisanas del pueblo. Cuando se vinieron a Madrid, Rosario se la dejó a su hermana Manuela, que le dio por ella cuarenta pesetas; ya tenía casi veinte años, aunque estaba muy bien conservada, y seguía cosiendo como el primer

día. Fernando se encargaba de engrasarla, y no se hubiera desprendido de ella, pero las circunstancias no le permitieron hacer otra cosa. Ahora, viendo esta nueva máquina, le volvió a nacer el deseo de coser en ella. Le quitó la tapa con cuidado y su cara se iluminó ante la imagen de la negra y reluciente máquina con adornos dorados. María, que había salido un momento del comedor, regresaba con un trozo de tela en la mano.

—Tenga, madre —le dijo, extendiendo la tela ante sus ojos—. Pruébela, a ver cómo funciona.

—¿Ahora? —preguntó Rosario, sonriendo.

—¡Pues claro, madre! —animó Carlos, y los demás le siguieron en la petición.

Rosario aproximó una silla y se sentó ante la máquina. Colocó las piernas sobre el ancho pedal, y vio que se movía suavemente. Comprobó que tenía puesta la canilla y enhebrada la aguja.

—Ya está montado el hilo —comentó, sorprendida.

María sonrió.

—Sí, ya se lo puse yo, para que la probara cuanto antes. Tenga la tela y póngase a coser, a ver cómo se le da.

Rosario cogió la tela que le pasó María, y comprobando que era un retal de una sábana vieja, la metió en la máquina, le dio a la rueda y comenzó a coser en ella. Con gran soltura y maestría, Rosario iba cosiendo, dirigiendo y doblando el tejido para coser en curva. Cuando paró de coser, todos aplaudieron.

—¡Cómo maneja usted la máquina, madre! —exclamó Carlos ante una orgullosa Rosario que miraba, complacida, el resultado de su trabajo.

—Cose muy bien, la verdad sea dicha —declaró satisfecha—, y está muy bien engrasada. Pero esto es mucho derroche, y hemos tenido muchos gastos últimamente.

—Madre, con lo *apañá* que es usted, seguro que en poco tiempo ya le saca rendimiento a la máquina —medió Carlos.

—Nos va muy bien en la frutería, y el puesto tira cada día mejor. Así que

aún nos podemos permitir algún que otro caprichillo —terció ahora Fernando, mientras se liaba un cigarrillo.

—Mira que te ha entrado manía ahora con el tabaco, cuando tú nunca has *fumao* —intervino Rosario al verle con el papel de fumar—. Y de caprichos nada, que hay que ahorrar para comprar una camioneta.

Todos la miraron boquiabiertos. Hasta Fernando, que estaba pasando la lengua sobre el engominado del papel para acabar de liar el cigarrillo, quedó parado.

—¿Una camioneta? —La primera en reaccionar fue María—. Pero ¿para qué necesitamos una camioneta?

Rosario, que acababa de ponerle la tapa a la máquina de coser, se sentó de nuevo ante la mirada expectante de todos.

—No he dicho ninguna tontería —aclaró seria—, nos hace falta una camioneta. ¿Habéis echado cuenta de lo que ahorraríamos en transporte trayendo nosotros el género del mercado central? ¿Y las verduras...? Con una camioneta podíamos traerlas directamente de las vegas, que anda que no hay por los alrededores de Madrid. ¿No decías tú el otro día —dijo, señalando a Carlos—, que el señor Facundo vende las verduras más baratas porque las compra directamente de unas huertas por Algete, a donde va a buscarlas con su viejo carricoche?

—Sí, pero el señor Facundo sabe conducir —esclareció Carlos.

Rosario frunció los labios antes de dar una palmada en la mesa.

—Eso no es problema —dijo convencida—. Ya lo hablé en palacio con don Ricardo, el secretario del señor marqués, y me dijo que Vicente ya tenía edad para sacarse el carnet, y que en la finca ya conduce vehículos, y con muy buena maña, así que no le será difícil sacarlo. Aparte, él le recomendará.

Todos miraban perplejos a Rosario.

—Pero ¿lo has hablado con Vicente? —preguntó su marido, que no salía de su asombro.

—Todavía no; hasta ayer estuve dándole vueltas a la cabeza, pero cuando me dijo hoy don Ricardo que él nos ayudaría, ya me decidí, y a él seguro que

le gusta la idea. Esto es bueno para Vicente y para todos.

Durante un rato, todos se mantuvieron callados. Hasta el pequeño Tomás, que estuvo escuchando, no se atrevía a pronunciar palabra; se limitaba a mirar la cara de sus padres y hermanos. Y Rosario miraba complacida la máquina de coser.

El domingo, 25 de enero de 1931, estrenaron la camioneta. Era un Ford de 1926 en muy buen estado y con un amplio cajón tras una holgada cabina, donde podían ir sentados cómodamente hasta tres personas. Llevaba una gruesa lona color verde oscuro, que se podía desmontar en verano. La consiguieron a muy buen precio, y Vicente, que ya tenía el carné desde diciembre, no tuvo mucho reparo en hacerse con ella. Le gustaban los coches; desde muy chico le llamaba la atención ver funcionar los motores, y en palacio, en cuanto tenía un rato, estaba con Enrique, el chófer del marqués, que siempre tenía alguna reparación que hacer en alguno de los tres coches de la casa.

Esa tarde dominguera, salió la familia —menos Esther y Dolores, que tenían que trajinar en palacio—, a dar una vuelta por Madrid con la camioneta. Vicente ya estuvo con su padre el sábado por la tarde funcionando con ella. Visitaron huertas cercanas y llegaron hasta Torreldones, y acordaron con dos hortelanos para ir el lunes a primera hora a recoger lechugas, acelgas, pimientos rojos y boniatos. Por toda esta zona había muchas huertas muy bien preparadas, algunas cerradas, estilo invernadero, para que no se helaran los productos durante el invierno.

En la cabina iban sentados junto a Vicente, sus padres, y Tomás, que aunque quiso ir detrás, en el cajón, Rosario no le dejó, así que iban un poco apretados. Detrás, ocupando el banco de madera del fondo del cajón, iban María, Carlos y Miguel. Era un día bastante frío pero soleado en Madrid ese 25 de enero, pero la lona que cubría el cajón, y que iba bien cerrada, mitigaba mucho el frío. La parte de lona que se extendía a la altura del banco, se podía doblar y sujetar con unas pequeñas correas de cuero, lo que permitía la visión, y a la vez hacía de respiradero. Así, iban los tres hermanos, bien tapaditos y con una buena manta sobre las piernas, mirando el paisaje. Salieron poco después de comer, sobre las tres y media, para aprovechar todo lo más las horas de sol, y Vicente los llevó por la Cuesta de las Perdices, para que vieran la finca de los marqueses, luego pasaron por el Plantío y las Rozas, y casi

llegaron a Galapagar, pero en las cerradas curvas, Rosario comenzó a marearse y tuvieron que dar vuelta antes de llegar.

Pararon de regreso en los Carabancheles, pues allí, en Carabanchel Bajo, tenía Rosario un sobrino que llevaba un merendero y hacían unas tortillas de patatas que te chupabas los dedos. Solo habían ido un par de veces desde que estaban en Madrid, pues quedaba muy alejado, pero a los chicos, sobre todo a Miguel y a Tomás, les encantaba ir. Así que cuando Fernando habló de ir por la Venta de Mariano, saltaron de alegría.

Allí dieron cuenta de unas buenas chistorras, unos boquerones fritos y una suculenta tortilla de patatas, regado todo ello con un buen vino de Valdepeñas y gaseosas para los chicos. Fernando estaba feliz de ver a sus hijos contentos e ilusionados. Desde que llegaron a Madrid todo había ido a mejor. En los largos quince meses que llevaban en la capital, su situación, tanto económica como familiar, había cambiado de forma muy visible. Quitando a Esther y a Dolores, que seguían trabajando para los marqueses, el resto ya estaba independizado, trabajando todos en el creciente negocio familiar. Vicente dejó el palacio ya a primeros de este año de 1931, y Rosario había anunciado la semana pasada que, en cuanto acabara de ponerle los bordados a un juego de sábanas que tenía pendiente, dejaría el trabajo. La marquesa, muy comprensiva, solo le deseó mucha suerte en la nueva andadura. Rosario se dedicaría, a partir de ahora, a llevar la casa. Fernando así lo quería y todos sus hijos también. «Bastante lleva usted bregado, madre», le dijeron todos ellos. «Ya con la casa tiene usted trabajo de sobra». Y la verdad es que lo necesitaba —se reconocía así misma—, su cuerpo ya no era lo que fue, y cada año se le ponía todo más cuesta arriba.

Después de la merienda, mientras los chicos echaban una partida de cartas con su padre, Rosario miró con fijeza a María. Durante todo el día la había visto pensativa, como alojada en su interior, y esto era señal de que algo le preocupaba.

—A ver, María, ¿qué te pasa? —le preguntó en voz baja—. Porque a ti te pasa algo, y no me digas lo contrario.

María puso los brazos sobre sus piernas, agarrándose con las manos ambas rodillas.

—En sí no es nada, madre. Cosas más —dijo, intentando esquivar a su madre.

—Te conozco bien, venga desembucha —insistió Rosario con empeño.

—Tuve carta de la prima Palmira —acabó diciendo María; conocía a su madre y sabía que no iba a ceder—. Me dice que Servando deja a Rosa y al niño en el pueblo y marcha a trabajar a Mallorca dentro de un mes.

—Y se va solo, el muy sinvergüenza... A apañarse bien la vida, ¿no?

—Bueno, madre, dice Palmira en la carta que luego irían ellos...

—Tú pareces medio boba. —Rosario se acercó más a María para no subir la voz—. Este es un faldero y no piensa en otra cosa. Y me pregunto yo... ¿por qué a las Baleares? ¿No había trabajo más cerca? Este solo llamará a su mujer cuando se le acabe el dinero. De buena te libraste.

María, muy seria, seguía con las manos sobre sus rodillas y miraba hacia el suelo.

—Le pidió nuestras señas a Palmira, porque dice que estará en Madrid un par de días antes de salir para Valencia a coger el barco. Dijo que... que quería verme. —Estas últimas palabras las pronunció María casi en un susurro.

Rosario soltó un respingo, luego puso una mano sobre el hombro de María.

—¡Ni muerta! —Pronunció estas palabras en voz baja, pero con tal firmeza que hicieron a María estremecerse—. Entérate bien. ¡Mírame a la cara! —María levantó los ojos y vio una determinación fría brillar en las pupilas verdes de su madre—. Después de lo que te hizo ese *desgraciao*, que ni se le ocurra ponerse delante de ti. Y a tu padre ni una palabra. Mañana mismo le escribes a Palmira, y dile que no quieres verle. ¿Me oyes bien, María? No consentiré que ese hombre vuelva a hacerte daño.

María, con los ojos desbordados en lágrimas, solo sacudió la cabeza en señal afirmativa, porque fue incapaz de hablar en ese momento.

\*\*\*\*

Los acontecimientos políticos iban de mal en peor. En agosto de 1930, políticos republicanos, socialistas y catalanistas de izquierdas se pusieron de acuerdo en una estrategia y objetivos comunes, dando lugar al Pacto de San Sebastián. También los intelectuales, como Marañón, Pérez de Ayala y Ortega, se decantaban resueltamente por la República. El movimiento obrero intentó llevar a término en diciembre una huelga general sincronizada con una sublevación militar en Jaca a favor de la República. Cada vez más, la monarquía iba perdiendo la adhesión de los militares. Por otra parte, a principios de 1931, el Rey perdió el apoyo de los sectores acomodados y las clases medias. Los partidos Conservador y Liberal estaban desorganizados, e intentaron dar una salida constitucionalista que no consiguieron. Sin remedio, el poder de la monarquía se tambaleaba.

Ante la necesidad de celebrar elecciones, se creyó más prudente comenzar con las municipales, así se convocaron para el 12 de abril. El resultado fue un claro triunfo, en las ciudades más grandes, de la coalición de republicanos y socialistas.

En todas las ciudades españolas se celebró el éxito de la coalición con entusiasmo. En vista de ello, los ministros del gobierno, con el rey al frente, excepto Juan de la Cierva, se mostraron enemigos de recurrir a la violencia. Los altos mandos del ejército y de la Guardia Civil, se inclinaron por una posición prudente y neutral. El rey, entonces, aceptó el ultimátum del Comité Revolucionario, presidido por Alcalá Zamora, y, abandonando el ejercicio de sus funciones, abandonó España y dejó paso a la República. El 14 de abril de 1931, constituido el Comité Revolucionario en Gobierno Provisional, se proclamó la II República en medio del entusiasmo general.

Rosario y su familia vivieron estos hechos con la gravedad que requerían. De tendencia conservadora, sobre todo Rosario, observaban los acontecimientos con preocupación, pero también con ilusión, no sabiendo bien si arrastrados por la marea de cambio que sacudía al país o por la esperanza de que un cambio de régimen les facilitaría las cosas. Era innegable que los

últimos años habían resultado penosos para la nación; se había perdido mucho poder adquisitivo, y muchas familias vivían en absoluta pobreza. La crisis mundial que comenzó en los últimos meses de 1929 también había contribuido a empeorar aún más las cosas. Sin embargo, a Rosario y su familia no les había ido mal. Tal vez, sin tener plena consciencia de ello, eligieran el momento más propicio para establecerse por su cuenta. La frutería y el puesto funcionaban muy bien, y desde que adquirieron la camioneta, el resultado era aún mejor.

Vicente marchaba de madrugada hacia las vegas, le acompañaba su padre. Tenían llegado hasta dentro de la provincia de Cuenca e incluso, en una ocasión, recogieron un buen cargamento de tomates en una huerta de Albacete.

Rosario acudía a las nueve a abrir la tienda, y, a esa misma hora, abrían el puesto Carlos y Miguel. María iba al Mercado Central a buscar el resto del género, y sobre las nueve y media ya solían regresar Vicente y Fernando con lo abastecido de las huertas; así, subían a la camioneta los bultos comprados por María y salían con todo ello hacia la frutería y el puesto.

\*\*\*\*

El 5 de mayo fue el cumpleaños de Rosario. Aquel año de 1931, cumplió 56 años. Decidieron celebrarlo el día 10 por ser domingo. La recién proclamada República trajo nuevos aires de libertad y esto se constataba en las tertulias y reuniones vecinales. Un halo de ilusión parecía rodear a aquella España convulsa, y la esperanza naciente traía alegría a la cara de la gente, notándose, con mayor fuerza, en el rostro de los más necesitados. Todos tenían proclamas que hacer, deseos que realizar y sueños por cumplir. Mucho tenía que dar de sí la República por tanto como se esperaba de ella. Y así, aquel domingo 10 de mayo, salió el sol con fuerza iluminando los rostros y los corazones de los madrileños.

A primera hora ya estaba Rosario levantada trajinando en la cocina. Iba a preparar un buen cocido; a todos les gustaba, y a ella le salía muy bien. El sábado se agenció de buenas viandas; llevaría todos los ingredientes y en buena cantidad. No le faltaría su buena carne de morcillo, los chorizos de Salamanca, las morcillas de Burgos, su buena gallina, los huesos de jamón y

de espinazo (que le encantaban a Fernando), la panceta, el tocino, la costilla de cerdo... Vamos, un cocido de ricachones, como decía ella. María le trajo de la frutería buenas patatas, zanahorias, puerros, apio y un gordo repollo. Además, le echaría unas hojas de hierbabuena que le daría un rico aroma.

A media mañana, el aroma del cocido, haciéndose en la cocina, llegaba a toda la casa. Así, cuando llegaron Esther y Dolores, que ese domingo la marquesa les dejó librar, dijeron que desde el portal del edificio ya se olía a cocido.

—¡Qué exageradas sois! —exclamó Rosario con la cara sonrojada y llena de satisfacción.

Esther traía un gran envoltorio en la mano.

—¿Qué traes ahí? —le preguntó el pequeño Tomás nada más ver el paquete.

—¡Anda, cotilla! —Esther reía, esquivando a su hermano, que se encaramaba sobre ella por si veía algo.

Entraron en el comedor, donde estaban todos los demás, y todos sonreían a la espera de descubrir que traería Esther. Con cuidado y regañando con cariño a Tomás, que pretendía arrancar el papel por los extremos, desató el cordel y lo desembaló, dejando a la vista un hermoso *brazo de gitano* bañado en chocolate y con adorno de guindas.

—¡Ahí va! —exclamó Carlos, manteniendo la boca abierta.

Tomás intentó meter el dedo, pero ante el manotazo de María, retiró corriendo la mano.

—¡Menuda pinta más buena! —dijo Vicente, y a continuación todos halagaron el pastel.

—Ayer le pregunté a la señora marquesa si podía hacerle una tarta —comenzó a explicar Esther ante la sorpresiva mirada de Rosario—, descontando los ingredientes y el tiempo empleado de mi sueldo. Me dijo que sin ningún problema y que no había nada que descontar. Así que esta mañana me levanté muy temprano, y ayudada por Dolores..., ¡aquí la tiene usted! ¿Le gusta?

Rosario estaba emocionada, nunca le habían regalado una tarta por su cumpleaños, y además hecha por sus hijas.

—También nos dio la señora marquesa este paquete para usted, madre, y nos dijo que la felicitáramos en su nombre. —Y Dolores entregó a Rosario algo envuelto en un papel de seda.

—¿Para mí? ¡Jesús! Qué cosas... —Rosario se empezaba a encontrar desbordada.

Todos esperaban expectantes a que abriera el pequeño paquete.

Con cuidado, Rosario fue desdoblando el fino papel hasta dejar al descubierto una pañoleta de seda de fondo negro con pequeñas flores blancas y moradas.

—¡Qué bonito! —exclamó María, y todos fueron alabando el colorido pañuelo.

Rosario estaba emocionada y desconcertada.

—¿No será muy llamativo para mí? —dijo como avergonzada de tener una prenda tan buena entre las manos.

—¡Quite! De llamativo nada —intervino ahora Dolores, a la vez que extendía el pañuelo que le había quitado a su madre ante los ojos de todos—. Va usted a estar guapísima, y menudo tacto tiene. Ya verá cuando se lo vean las vecinas.

—Bueno, yo te tengo otro regalo.

La voz de Fernando sonó clara, y toda su familia clavó la vista en él.

—¿Tú?! —pronunció Rosario, ya en el paroxismo de la sorpresa.

Fernando, sonriendo, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo una cajita de carey.

—Toma, Rosario. Felicidades.

Entre nerviosa y confundida, Rosario alargó el brazo y cogió la pequeña caja. Le temblaba la mano cuando la abrió.

—¡Jesús bendito! —exclamó al ver brillar unos pendientes charros de

plata finamente elaborados—. Son los que vimos el otro día en esa joyería de la calle Hermosilla. Pero... ¡*condenao!*, ¿cómo haces este dispendio?

—Bueno, somos una extensa familia, ¿no? Y ya todos aportamos, a excepción de Tomás —señaló Fernando, guiñando un ojo al pequeño de sus hijos—. Creímos que ya era hora de que tuvieras un buen cumpleaños.

María estaba nerviosa. Según le comunicaba Palmira en su carta, Servando iba a estar en Madrid el día 8 de junio, y el 9 ya marcharía de mañana en el tren hacia Valencia, donde cogería el barco rumbo a Mallorca. No siguió las instrucciones de su madre, así que no advirtió a su prima de que no quería verle. No pudo hacerlo. Ahora estaba en la frutería temiendo que en cualquier momento pudiera aparecer por la puerta. Palmira no tenía las señas, pero él podía ir hasta casa y pedírselas a la portera.

Ya eran pasadas las dos de la tarde y María, después de una mañana llena de zozobra, comenzó a respirar más tranquila. Miró a su padre, que despachaba a una clienta, y sintió alivió, aunque no pudo negarse a sí misma que una pena también rondara por su corazón. Había estado muy enamorada de Servando, y, a pesar de todo, aún lo seguía estando; la traición y el tiempo mitigaron el dolor, pero no conseguían erradicar el amor de sus entrañas. Salió a la calle y comenzó a colocar las manzanas de una banasta del saliente, y, de repente, le vio.

Allí, parado en la esquina, con las manos en los bolsillos del pantalón, la miraba con una sonrisa que a María le pareció que rallaba el cinismo.

Sintió que se le paralizaba el corazón. Entró rápida en la frutería y se fue directa a la trastienda. Creyó que se ahogaba por la fuerza de los latidos en su garganta. Habían pasado cuatro años y el impacto de verle de nuevo fue para ella más fuerte de lo que esperaba. Se fue sosegando, despacio le volvió la firmeza y abandonó la trastienda. Echó una ojeada a su padre, que escribía una nota, y fue hacia a la calle, diciendo de espaldas, mientras salía:

—Padre..., voy un momento a la mercería antes de que cierren.

Se dirigió temblorosa, pero decidida, hacia la esquina. Servando aguardaba apoyado en el tronco de un árbol.

—¿Qué haces aquí? —le espetó, queriendo marcar en la voz seguridad e

indiferencia—. Vete, antes de que te vea mi padre.

—¡Hola, María! —repuso el hombre sonriendo y mostrando un semblante cariñoso—. Tenía muchas ganas de verte. Estás muy guapa.

Una mezcla de sensaciones encontradas luchaba dentro de María. Sentía amor y odio, repulsa y atracción, ganas de abofetearle como de besarle. Finalmente, apretó con fuerza los puños, respiró con vehemencia y le miró con los ojos brillantes y a la vez fríos.

—Eres un desalmado, y no quiero ensuciarme la boca llamándote algo peor.—María apretaba los puños con fuerza, a la vez que luchaba por no dejar traslucir su emoción—. Me engañaste, me heriste en lo más profundo, te llevaste mi inocencia y me robaste la ilusión. No sé cómo tienes el cuajo de acercarte a mí.

—María, aquello fue un desliz que tuve, pero yo siempre te quise y te quiero, y me gus...

—¡Cállate! —le cortó María que seguía con los puños muy apretados—. ¡Tú solo te quieres a ti mismo! ¡Vete y no vuelvas más! ¡*Desgraciao!* Escapa antes de que te vea mi padre.

Con enorme furia, María le agarró de las solapas de la chaqueta y le empujó con tal fuerza que casi cayó al suelo. Luego, mientras él se componía, se dio la vuelta y caminó rápida hacia la frutería.

Fernando, al verla entrar tan marcial, la miró sorprendido.

—¿Qué te pasa? ¿Has discutido con alguien? —preguntó, extrañado.

—No. Es que vengo haciéndome pis.

Ya en la trastienda, María lloró su amargura.

—¡Canalla! ¡Canalla! —repetía entre sollozos, secándose las lágrimas con el delantal. Se sentó sobre unos sacos y se fue calmando. Según iba alejándose de ella el sentimiento de ira, sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, y, en silencio, dejó que corrieran por sus mejillas. No podía evitarlo, este hombre le había traspasado el corazón, y por mucho que lo intentaba era imposible dejar de quererle. Ya más serena, se recogió un poco el pelo, se lavó la cara y fue a ayudar a su padre a retirar los salientes para

cerrar la tienda e ir a casa a comer. Decidió no contar este encuentro con Servando a nadie, ni tan siquiera a su prima Palmira. Tenía que arrancarle, aunque fuera a mordiscos, de su mente y de su corazón, y si había alguna forma, tendría que ser esa: no hablar más de él, ni dejar que nadie le mentara. Mientras echaba el cierre, se juró así misma llevar a cabo su decisión, y el ruido del metal al chocar contra el suelo, pareció sellar esta promesa.

\*\*\*\*

Dolores bajó a la cocina con premura, acababa de hablar con María por teléfono. Encontró a Esther en plena faena, elaborando unos postres.

—¡Esther! —llamó nada más verla—, ha llamado María. Por lo visto, le ha dado un ataque a Miguel y han tenido que llevarle al hospital.

—¡Ay, Dios mío! Pero... ¿un ataque de qué? —Esther, nerviosa, dejó el rodillo sobre la mesa y se limpió las manos en un paño blanco.

—No lo sé, me dijo María que tenía convulsiones y se echaba las manos a la tripa. La portera llamó al practicante del segundo, y este dijo que le llevaran al hospital, así que marcharon padre y Vicente con él en un taxi.

—Y ¿a qué hospital le llevaron? —preguntó Esther, que se mostraba asustada.

—Parece ser que al Provincial, el que está al final de Atocha. Me dijo María que no nos preocupáramos que nos tendrían informadas. Como hoy es domingo y no se trabaja en la tienda, iba a ir ahora madre con Carlos, y María se quedaba con Tomas en casa, aguardando.

—Hablaremos con la señora marquesa, a ver si podemos acercarnos esta tarde —señaló Esther ante la seria cara de Maurice, el cocinero francés, que las escuchaba en silencio.

—¿Qué le habrá pasado? —se preguntó Dolores con preocupación—. Me dijo la última vez que comimos juntos que le dolía la tripa con frecuencia. Desde que se cayó al pozo, Miguel tiene problemas de salud.

—Aquello pasó hace mucho tiempo —terció Esther que volvía a trabajar

la masa—, y no creo que eso tenga nada que ver.

—Pues yo no me lo saco de la cabeza. Estuvo mucho rato entre las frías aguas del pozo, y cuando padre consiguió sacarle, estaba medio congelado. Recuerda que pensamos que se moría.

—Dolores, tenía tres años y ese susto le mantuvo un par de años mal, pero seguro que ya ni él mismo se acuerda.

—Pero yo no puedo olvidarlo —afirmó Dolores con rotundidad. Y dando media vuelta salió de la cocina, dejando a su hermana con el rostro apesadumbrado.

Cuando Rosario llegó con Carlos al hospital, Miguel aún se encontraba en observación. A Fernando los médicos le informaron de que parecía ser un fuerte dolor en la zona estomacal, y estaban intentando averiguar qué lo había producido. Por el momento, solo cabía esperar.

—Menos mal que le ha pasado en casa y un domingo, que estábamos todos —señaló Rosario que aún jadeaba por las prisas de llegar—. Pero... yo no sé qué puede haberle hecho daño, hacía poco que habíamos desayunado y pareció sentarle bien.

—Anoche ya se quejaba, madre —intercaló Vicente—, después de la cena dijo que le dolía la tripa.

—Sí, lleva ya varios días diciéndolo —agregó Carlos.

—¡Y yo sin enterarme de nada! —exclamó Rosario, alzando la voz—. Y vosotros... bien me lo podíais haber dicho, ¿no?

—Porque no le dimos importancia, se quejaba poco. —Ante este comentario de Vicente, Rosario aún se alteró más.

—¡Pues ya ves el resultado! —chilló sin cuidado de que la escucharan—: ¡vuestro hermano en el hospital! Bien conocéis a Miguel, que siempre tiene miedo de que se le llame quejica y aguanta lo que Dios no sabe. ¿O no lo sabéis vosotros?

Ante la reprimenda de su madre, los dos hermanos se mantuvieron en silencio y con la cabeza gacha.

—Bueno, lo importante es que se reponga —apaciguó Fernando, con voz templada—. Ahora vamos a sentarnos allí que hay un banco libre y esperaremos a que nos informen los médicos.

Todos fueron hacia el banco, pero al llegar, Rosario dijo que no quería sentarse, que prefería estar de pie. Ninguno insistió, la veían muy nerviosa.

Dos horas después, ya dadas las dos de la tarde, les llamaron para informarles.

Miguel tenía úlceras en el estómago. No sabían bien el número, pero eran varias y algunas en muy mal estado que podían producirle una perforación si no se trataban de inmediato y adecuadamente. Iban a dejarle hospitalizado una semana para descartar posibles hemorragias e iniciar una dieta que luego debería seguir en casa durante los próximos meses.

Como estaban sin comer, decidieron comprar unos bocadillos en un bar de la calle Atocha. Después, sobre las cinco de la tarde, les dejaron subir a planta para ver a Miguel. Vicente y Carlos, que era la primera vez que entraban en un hospital, contemplaron impresionados aquella enorme nave donde se extendían docenas de camas separadas entre sí por una cortina blanca, estando algunas descorridas. Entre las camas había una mesilla de noche y una silla de madera. Todo estaba pintado de blanco, y las paredes tenían azulejos blancos hasta una altura de un metro, más o menos. Miguel se hallaba a media sala, en la cama número 28. Cuando vio a sus padres y hermanos a los pies de la cama, rompió a llorar.

—¡Eh, chavalote! —saludó Vicente, tocándole el pie por encima de la sábana—. Si te querías librar de nosotros, lo tienes claro.

Rosario se acercó veloz a la cabecera de la cama. Ver llorar a Miguel le traspasaba el corazón.

—¡Ay, hijo mío! ¡Qué susto nos has dado! —dijo, y después le besó varias veces en la frente.

Fernando se acercó, despacio, por el otro lado de la cama. Al verle,

Miguel, sollozando, le dijo:

—¡Lo siento, padre! Pero me dolía mucho y no pude aguantarme.

Fernando, puesto de cuclillas, apoyó su mano en la frente de Miguel.

—No quiero que te calles más cuando te duela algo —le dijo su padre con la emoción contenida—. No eres menos hombre por hacerlo, Miguel, ni te vamos a regañar por ello. Tú déjanos a tu madre y a mí valorar tus dolores. Ahora tienes que ponerte bien. Vas a estar una semana en el hospital, estarás bien atendido, y luego te pondrán una dieta que habrás de seguir en casa.

—Pero ¿qué es lo que tengo? —Miguel no parecía estar informado de su dolencia.

—Tienes un problema en el estómago —le respondió su padre—. Son unas úlceras, y hay que tratarlas. Pero no te preocupes, ya verás cómo enseguida te pones bien.

—Pero no puedo quedarme aquí, tengo que ir mañana al puesto.

—¡Olvídate del puesto! —Esta vez habló Rosario—. Ya irá Vicente a echar una mano a Carlos. Tú no te preocupes de nada, solo de ponerte bien. ¿Está claro?

Miguel miró a los ojos verdes de su madre, y como siempre sucedía, aquella mirada le trajo sosiego.

Al poco rato, Carlos y Fernando marcharon para casa, María ya tenía que andar preocupada, sin tener noticias desde hacía horas. A los pocos minutos de irse, llegaron Esther y Dolores.

Miguel estuvo acompañado por parte de su familia hasta las ocho, que despidieron a las visitas. Varias monjas, con largos delantales y manguitos blancos sobre sus hábitos, iban desalojando a las visitas. Rosario ya había hablado con un par de médicos y, al tener Miguel solo quince años, le permitieron ir por las mañanas a primera hora a estar con él y pasar el día, pero no permitían que nadie pasara las noches en el hospital.

De vuelta a casa, cenaron todos, y poco se habló. Solo después de la cena, cuando ya Vicente, Carlos y Tomás habían ido a acostarse, Rosario,

intentando hablar lo más quedo posible, comentó un hecho que le venía dando vueltas en la cabeza desde que abandonaron el hospital Provincial.

—Dolores no se perdona la caída de Miguel al pozo. Me comentó esta tarde Esther que cuando llamaste tú —dijo, señalando a María—, dándole la noticia, ya se tiró todo el tiempo alicaída, y que incluso llegó a decirle que Miguel tiene tantos males porque se cayó al pozo.

—Pero, madre, de eso ya hace muchos años y además fue un accidente —declaró María, quitando relevancia al hecho.

—Sí, pero ella siempre se sintió culpable.

—¡Por Dios! Si era una niña —indicó María, mirando directamente a su madre.

—Ya lo sé, María. Tal vez tú no te acuerdes, pero yo bien que me acuerdo de cómo no se apartaba de la cama de Miguel después del accidente, y que en cuanto le oía quejarse, iba corriendo a ver si le pasaba algo. Y luego se convirtió en su sombra, que hasta yo tuve que regañarle en más de una ocasión.

—Sí, eso es verdad, desde entonces se volcó con Miguel —reconoció María—. Pero, madre..., también para ella fue muy duro.

—Claro que lo fue —dijo Fernando ante la sorpresa de madre e hija—. Se le echó una buena regañina por descuidar a Miguel, o ¿no lo recuerdas, Rosario?

—Y ¡qué querías! Si dejó sobre el pretil del pozo sentado a Miguel mientras ella jugaba al *Diábolo*... Nadie le echó la culpa a ella, solo se le regañó por descuidar a Miguel —Rosario trataba de justificar su actitud de entonces, aunque en el fondo sabía con certeza que su genio le hizo acusar con demasiada vehemencia a su hija Dolores, que sólo contaba entonces con nueve años de edad.

\*\*\*\*

El quince de agosto, día de la Virgen, que en Madrid la celebran como

“Virgen de la Paloma”, decidieron irse todos en la camioneta al río Alberche, allá por la Aldea del Fresno, una localidad a unos cincuenta kilómetros de la capital. Al lugar le llamaban la Playa de Madrid, y eran muchos los madrileños que acudían allí los días festivos de mucho calor. El agua del río venía muy fresca y se podía gozar de un fabuloso baño los días de calor. No solo fueron ellos en la camioneta, también fue la señora Cándida, la portera, y sus tres hijos, y la vecina del quinto, la señora Ascensión (la que les vendió la máquina de coser) y su hija Maruja que se había hecho muy amiga de María, y dos amiguetes de Carlos del barrio. Llevaron, entre todos, cestos con buenas tortillas de patatas, filetes empanados, conejo al ajillo, pimientos fritos, lechugas, tomates, pepinos y condimentos para hacer una buena ensalada; abundante pan, dos gordas sandías y dos melones. Esther y Dolores también acudieron, y llevaron una cesta de rosquillas que hicieron la noche anterior. En un hermoso cubo de cinc que llevó la portera, metieron un buen trozo de hielo y varias botellas de cerveza y vino que taparon con un trozo mojado de harpillera, y un hermoso garrafón de agua, dentro de una funda trenzada de esparto que mantenían húmeda, para que no se calentara. Las mantas del camión les harían buen apaño para tumbarse por el suelo, así como dos grandes manteles de tela que extendieron para comer.

Pasaron un fabuloso día, y buenos chapuzones se dieron los chicos. Miguel y Tomás estrenaban su primer bañador. El de Miguel era negro con unas pequeñas rayas blancas en la cintura, de tirantes, que le cubría el torso, y la pernera terminaba unos centímetros por encima de las rodillas. El de Tomás era muy similar, solo que de color azul oscuro. Ese año estaban de moda y se destacaban por dejar los brazos y hombros al descubierto y el pantalón terminar por encima de la rodilla. Dolores también se puso en bañador, ante la mirada poco probatoria de su madre, que veía descarado que una mujer enseñara tanta *carne*, y así lo comentaba con Cándida, la portera.

—No me dirá usted que no es indecente esta moda, si esa faldilla apenas les tapa los muslos, y llevan casi toda la espalda al aire. ¡Qué vergüenza! Pero, mire..., mire..., todas andan igual. ¡No sé a dónde vamos a llegar! — criticaba Rosario, mientras que la portera, haciendo ganchillo, movía afirmativamente la cabeza con el mismo gesto de desaprobación.

—Yo nunca me puse en bañador —comentó orgullosa la portera, al

tiempo que dejaba la labor sobre sus extendidas piernas—. Qué manía les ha dado ahora a todas. Y ¿sabe que la hija del pescadero, los que viven en el 4º C, va a la piscina de El Lago casi todos los domingos?

Rosario la miró sorprendida.

—Pero... si esa chiquilla no llegará a los veinte años —comentó con asombro.

—Diecinueve recién cumplidos —recalcó la portera—. Va con otra algo mayor que vive en el 61 de la calle, y con su madre, que es viuda. Seguro que la conoce usted. Es una mujer rubia, muy bien *plantá* ella, con muchas ondas en el pelo...

—¡Ay, sí! ¡No me diga usted más! —exclamó Rosario gozosa al saber de quién le hablaba la portera—. Suele comprar en la frutería de vez en cuando. Si le soy sincera, no me da buena espina. No quiero decir que sea mala mujer, pero eso de llevar las cejas pintadas y los labios de rojo brillante no me parece lo más adecuado en una viuda.

—Pienso lo mismo que usted. Aunque el marido haya muerto hace bastantes años, debe una guardar siempre ese respeto. —Antes de seguir, la portera se acercó un poco más a Rosario—. Me dijo Máxima que suele venir un señor a visitarla casi todas las semanas.

—¿Máxima la portera? —preguntó Rosario muy interesada.

—¡Claro, mujer! La portera del 61. Pero usted no comente nada, ¿eh?

—¡Qué voy a comentar! —aludió Rosario muy digna—. Ya sabe usted que no me gustan los chismes.

—Pues como le digo, yo creo que debe de ser un “amigo especial”, ya me entiende...

—¡Jesús! No me extrañaría... Así va ella tan peripuesta siempre.

Ya de vuelta, fueron casi todo el viaje cantando canciones dentro de la caja del camión. Unos sentados sobre la manta y otros sentados en el banco; reían y se les notaba felices y gozosos.

Rosario, dentro de la cabina, junto a Vicente que conducía, y con la señora Ascensión a su lado, que estaba delicada y no la dejaron ir en el cajón, iba contenta pensando en lo bien que se había puesto Miguel en los dos meses transcurridos desde que le ingresaron en el hospital. Parecía otro, aunque buen cuidado tenía ella de que no se pasara con las comidas. En la última visita al médico, ya les dijo el doctor que parecían haber cicatrizado bien las úlceras abiertas, pero que no debía dejar la dieta durante un largo tiempo. Cuando sintiera ardor, les dijo que le dieran bicarbonato sódico. Y reconocía Rosario que era un remedio estupendo, pues enseguida se le pasaba la acidez cuando lo tomaba.

El Gobierno Provisional con que empezó la República, estaba a punto de terminar. El parlamento que surgió tras las elecciones constituyentes celebradas el 28 de junio de aquel año de 1931, tuvo por misión elaborar una Constitución que se aprobó el 9 de diciembre. Esta Constitución supuso un gran avance en el reconocimiento y defensa de los derechos humanos por el ordenamiento jurídico español. Casi un tercio de su articulado lo destinaba a recoger y proteger los derechos y libertades individuales y sociales, y hacía residir el poder legislativo en el pueblo a través de un órgano unicameral que recibió el nombre de Cortes o Congreso de los Diputados, ampliando el derecho de sufragio activo y pasivo de los ciudadanos a la edad de 23 años (a partir de 1933, este derecho se amplió a las mujeres, que hasta entonces no podían votar). Un artículo de esta Constitución que dio mucho que hablar fue el número dos, que declaraba el laicismo, que iba más allá de la separación de la Iglesia con el Estado, eliminando totalmente la religión de la vida política, y se reconocía el matrimonio civil y el divorcio.

No gustaron a Rosario estas últimas disposiciones; ella consideraba que el matrimonio debía celebrarse en la iglesia y ser para toda la vida. Esas modernidades no iban a traer nada bueno, de eso estaba ella bien segura.

—Ganas de complicarnos la vida —comentó Rosario a la lectura realizada por Fernando sobre el articulado de la Constitución que traía el periódico—. Que se preocupen de los pobres para que tengan trabajo y un jornal para vivir, y se dejen de monsergas de religión y demás.

—Pero conviene tener una Constitución que mire por el bienestar y las libertades de todos —declaró Fernando sin levantar la vista del periódico.

—Y yo no te digo lo contrario. Todo eso está muy bien, pero que no revuelvan. —Rosario creía ver peligro en según qué temas—. A mí tanta libertad no me parece juiciosa. Hay cosas que conviene dejarlas atadas y seguras, y no que cada cual haga de su capa un sayo.

Fernando levantó la vista del periódico y miró a su mujer por encima de las gafas.

—¿A qué diantres de refieres? —le preguntó con asomo de duda.

Rosario dejó de coser en la máquina y se volvió hacia su marido.

—¿No recuerdas lo que pasó hace unos meses, recién proclamada la República?

Fernando la miró con los ojos entornados, no entendía muy bien por dónde iba su mujer.

—Me refiero a la quema de los conventos. Tiempo les faltó a algunos para comenzar de nuevo a hacer de las suyas.

—Ya, pero eso fue al principio, a raíz de los disturbios que se armaron tras la creación del Circulo Monárquico Independiente. —Fernando veía aquellos infortunados hechos bastante lejanos ya.

—Lo que tú quieras, pero eso ya fue suficiente para que la emprendieran con los conventos, y no fueron uno ni dos, que quemaron varios y destrozaron muchas obras de arte que había en ellos. Tú mismo lo dijiste entonces, ¿o no lo recuerdas? Unos energúmenos, eso es lo que son estos libertarios. Y si no llega a ser por que el gobierno paró la cosa, hubieran quemado también el colegio de San Jose de Calasanz donde estudia Tomás. Poco le faltó. Por eso te digo, que como sigan así, volveremos a otra dictadura, y si no..., ¡al tiempo!

A Rosario se la veía muy indignada, y Fernando decidió, como mejor, no continuar hablando sobre el tema.

—¿Qué te parece si vamos al cine este domingo? —preguntó, mostrándose animado.

—Y ¿qué película quieres ver? —le preguntó a su vez Rosario, que había vuelto a la sábana que estaba remendando.

—Podíamos ver una de risa, y llevamos a Tomás con nosotros. En el Tívoli echan *El conflicto de los Marx*.

Rosario sonrió.

—Mira que te gustan a ti las bobadas que hacen esos tontos —dijo, al

tiempo que le daba al pedal de la máquina.

—Sí, la verdad es que me hacen reír —reconoció Fernando.

—Bueno, pues vamos si quieres, que ya hace tiempo que no vamos al cine. Ahora, desde que hablan, las películas me gustan más.

\*\*\*\*

Como estaba previsto, la nueva Constitución se aprobó en las Cortes el 9 de diciembre de 1931, y el día 10 fue nombrado presidente de la República Niceto Alcalá Zamora; sin embargo, la coalición republicano-socialista retiró su apoyo, provocando la caída del recién formado gobierno, y Alcalá Zamora tuvo que encargar la formación de un nuevo gobierno a Manuel Azaña, líder de la coalición republicano-socialista.

Así, aquel nuevo año de 1932, comenzó con cambios que asustaban a Rosario y le hacían tener cada vez más claro que acabarían con un nuevo golpe de estado. El 23 de enero, el Gobierno disolvió la Compañía de Jesús por un decreto del Ministerio de Justicia, revirtiendo todos sus bienes al Estado. Rosario, al conocer la noticia, juntando las manos, las levantó hacia el cielo.

—¡Jesús! ¡Dios nos asista! —exclamó en clara plegaria—. Ya volvemos otra vez... ¡Por qué demonios no dejarán en paz la religión!

—Mujer, no se meten con la religión —terció Fernando con mucha calma—. Por lo visto, la Compañía de Jesús tiene mucho poder e instiga contra el Gobierno, eso es lo que cuenta la prensa.

—La que tú lees —expresó rápidamente Rosario—, como las octavillas, que las hay por todos lados hablando mal de la Iglesia. Ayer, en la puerta del Beato Orozco, encontraron colgados de las manillas un par de gatos *degollaos*. Los muy salvajes quieren asustar a los creyentes, y lo van consiguiendo...

—Esos son cuatro chalados, no hay que darle importancia.

—¡Tú a nada la das importancia! —A Rosario le enfurecía lo que ella

veía como parsimonia en su marido—. Queman los conventos, son cuatro *chalaos*. Persiguen a los curas, es que son instigadores... Pues ya te lo dije y te lo repito de nuevo: esto va a acabar muy mal; no se pueden machacar las ideas de los que no piensan como tú a golpe de martillo, ni pisotear las creencias de uno sean las que fueren. ¡Malditos políticos!

—Pero ¿qué le pasa, madre?! —Vicente acababa de entrar en el comedor—. ¿Qué le hace usted, padre, para que se enfade así? —añadió, sonriendo y guiñando un ojo a Fernando.

—Tú, calla y vete a buscar el pan, que los domingos enseguida se agota.

Ante la petición de Rosario, que ahora se mantenía sería zurciendo unos calcetines, Vicente se le acercó y la agarró por detrás del cuello.

—¡Ay, ella! Mírala cómo se enfada con los politiquillos...

Rosario se quiso escabullir, pero Vicente la sujetó con más fuerza y la besó en el pelo.

—¡Quita, hombre! —se quejó, mimosa—, que vas a deshacerme el moño.

Mientras que sus padres hablaban en el comedor, Miguel contemplaba su álbum de cromos. Desde que lo terminó, lo guardaba como un tesoro y no se cansaba de mirarlo y leer los comentarios que había al lado de cada imagen. Algunos ya se los sabía de memoria. Le gustaban, sobre todo, aquellos cromos de animales. Había de todas las especies y a todo color. Incluso de peces, de mar y de río, e insectos que jamás había visto. También los paisajes de muchas partes del mundo y monumentos que le dejaban con la boca abierta y que soñaba con verlos algún día.

Ya había cumplido los 16 años, y, aunque bajo de estatura, tenía una cara agradable, con unos ojos azules muy expresivos y un pelo rubio que encantaba a las chicas. Hacía un par de meses que comenzara a afeitarse, pues ya le crecía la barba, y su padre le fue enseñando a usar la navaja de afeitar. Este domingo, había quedado por la tarde con su amigo Jacinto, el hijo mediano de la portera, para ir al cine. Iban a ver *Frankenstein*, una película que se había estrenado hacía un mes y de la que todo el mundo hablaba. Decían que iba sobre un científico que creó un ser monstruoso con trozos de hombres muertos.

Tanto Jacinto como él estaban ilusionados con verla. Su padre le daba todos los domingos 2,50 pesetas, y con eso le llegaba para el cine y comprar un bocadillo. El cine era lo más caro, pues aun yendo a general, si era de estreno, salía por 1,50 pesetas, y, además, cuando iba con Jacinto, se lo pagaba él, pues en casa de su amigo muy poco jornal entraba, y él, de las 2,50 que le daba su padre a la semana, aún solía ahorrar, pues había domingos que no gastaba casi nada y durante la semana no tenía gastos.

Miguel sonreía ahora mirando cómo brillaban los zapatos recién estrenados que le había comprado su madre la tarde anterior. No le habían dicho nada, así, cuando llegó del puesto, se encontró con la sorpresa. Eran unos zapatos de color marrón, con la puntera algo más oscura que el resto del material. Estaban muy de moda entre la gente joven. Hacía unos días que los había visto, yendo con su hermana María, en la zapatería que estaba en su calle y que hacía esquina con la calle Torrijos, y le comentó cómo le gustaban. Los que usaba para vestir ya tenían las suelas muy gastadas, e incluso comido el material por la puntera, así que María lo habló con su madre y decidieron que ya era hora de comprarle unos zapatos nuevos a Miguel. Acertaron con el número de pie, y Miguel saltó de contento cuando se los probó, ante la mirada un poco celosa de Tomás, que enseguida reclamó unos zapatos nuevos para él.

Cuando Miguel y su amigo Jacinto llegaron al cine, ya había una buena riada de gente, y eso que aún faltaba más de media hora para el comienzo del pase. Rápidamente se pusieron ambos a la cola. No llevaban más de cinco minutos, cuando Miguel vio venir por la acera a su hermano Carlos, y lo que le llamó poderosamente la atención es que una chica muy morena iba agarrada de su brazo; ambos reían y parecían muy contentos. Miguel se volvió hacia la pared, dando la espalda a su hermano. No quiso que le viera.

El lunes, después de abrir el puesto y mientras colocaban la mercancía, Miguel, que desde que había visto a Carlos la tarde del domingo no dejaba de pensar en la chica morena que le acompañaba, se decidió a indagarle.

—No veas lo bien que está la película de *Frankenstein*, tienes que ir a verla. Ayer quise contarte algo pero tenía sueño y me acosté pronto. Tú fuiste a

ver la carrera de galgos con Pedro y Ramiro, ¿no?

—Al final no fui... con ellos —repuso Carlos.

—Y ¿dónde fuiste?

—A dar una vuelta.

—¿Tú solo?

Durante unos segundos, Carlos no contestó. No quería mentir a su hermano, pero tampoco se decidía a contarle la verdad. Finalmente, pensó cómo mejor hacer.

—A ver, Miguel, tengo que contarte algo, pero no quiero que cuentas nada en casa, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo —Miguel se preparó para escuchar con interés a su hermano.

—Estoy saliendo con una muchacha —confesó, con algo de timidez.

—¡Ah! Y ¿quién es? —preguntó rápido Miguel.

—No la conoces, no es del barrio.

—Y ¿dónde la conociste?

—En la Casa de Campo, el verano pasado.

—Y ¿sales con ella desde el verano? —preguntó muy sorprendido.

—Sí, pero solo hemos salido unas cuantas veces. Trabaja en una zapatería de la calle Velázquez.

Miguel estaba algo confundido.

—Y ¿por qué no se lo cuentas a los padres? Tú ya vas a hacer 19 años, no es raro que tengas novia. —Miguel pensaba con la lógica que le otorgaban sus 16 años.

—Es que hay un problema —A Carlos parecía costarle hablar.

—¿Qué clase de problema?

—Que... que es Americana.

—¿Americana? Y ¿de qué país? —preguntó Miguel sorprendido.

—De Puerto Rico.

—Bueno, pero no creo que les parezca mal que tengas una novia de allí. Además, es muy guapa; aunque la vi de lejos, a mí me lo pareció. —Miguel se dio cuenta de que acababa de descubrirse, e intentó arreglarlo—. Es que os vi ayer, estaba en la cola del cine cuando pasasteis.

—¡Ah! Lo entiendo, no te preocupes. Y sí que es guapa —y, al decirlo, los ojos de Carlos se iluminaron.

—Y ¿ese es todo el problema? ¿Que es de Puerto Rico?

—No, es que hay más.

Miguel le miró extrañado.

—¿A qué te refieres?

—Verás... Resulta que es... mulata, pero casi no se le nota —añadió con rapidez.

Miguel abrió ampliamente los ojos.

—¿Es negra?

—¡No, hombre!, ya la viste... Su padre es blanco, pero su madre sí es negra.

—¡Ah! —Miguel seguía algo desconcertado—. Ya decía yo, pues la vi muy morena, pero no negra.

—Pero eso no es lo peor —siguió diciendo Carlos—. Lo peor es que su familia no es católica.

—¡Ostras! —exclamó Miguel—. Pues... ¿qué son?

—Son evangélicos.

—Y ¿eso qué es?

—Pues no lo sé muy bien... Son cristianos, pero tienen otra Iglesia, y no oyen misa... Y además no creen en la Virgen como nosotros.

—Eso sí que no le va a gustar a madre —aseguró Miguel—. Ya sabes

cómo es ella para eso de la religión.

—Por eso te pido que no les digas nada, por ahora.

—Está bien, Carlos. No diré nada.

Como le había prometido, Miguel guardó celosamente el secreto de la relación de su hermano Carlos. Pero solo con pensar que su madre lo pudiera averiguar, le entraban mareos. Y esto es lo que le mantenía intranquilo, porque su madre era muy avispada, y había que andarse con mucho cuidado para que nada sospechara. Carlos lo tenía muy difícil; si su novia no creía en la Virgen, nunca la aceptaría su madre.

Carlos, por su parte, cada vez estaba más enamorado de Mary Luz (que así se llamaba la portorriqueña), y ahora ya salían casi todos los domingos a escondidas de sus padres y hermanos (salvo Miguel). No quería pensar en otra cosa. La sombra de la segura y rotunda negativa de su madre a aceptar su relación, pesaba demasiado, y, por el momento, solo entraba en su mente continuar así.

\*\*\*\*

El jueves, 25 de febrero de 1932, el cartero le entregó a Rosario una carta que la dejó muy pensativa. Venía a nombre de su marido, y en el remite figuraba el nombre de su hija Isabel. En un principio, dudó de abrirla, pero luego le pudo la curiosidad y el temor de que la carta indicara algún asunto grave, y así, temblándole las manos, rasgó el sobre y extrajo una hoja escrita por ambas caras.

*Queridos padres y hermanos: Ya hace mucho tiempo que no sabemos nada los unos de los otros. Yo siento una gran pena por que estén así las cosas, por eso me decido a dar este paso para intentar arreglarlo. Como supongo que sabrán por María, tengo dos hijos, Inmaculada y Carlitos. La niña tiene 4 años y el niño va camino de dos. Y ahora estoy esperando otro, que si Dios quiere, vendrá para principios del verano. Ramiro y yo estamos muy bien. A Ramiro le ascendieron a cabo hace ya un tiempo, y hemos vivido en Belchite hasta hace quince días, que le volvieron a trasladar a la casa cuartel de Tembleque, un pueblo de Toledo, y piensa que le van a ascender*

*pronto a cabo I. Ya ven que ahora estamos mucho más cerca de ustedes. Ya supe por María y la prima Palmira que se habían establecido con una frutería y un puesto de verduras en el mercado y que les iba muy bien. Me alegro mucho, sobre todo porque no tienen que trabajar para nadie de fuera. Supongo que los muchachos ya estarán muy crecidos. Tengo muchas ganas de verles a todos. Ahora, como estamos más cerca será más fácil. Y supongo que ustedes también querrán conocer a sus nietos, que ya verán lo guapos que son. El niño tiene los ojos azules y el pelo muy rubio, como Miguel. Ramiro me da muchos recuerdos para ustedes y yo les envío muchos besos y abrazos de su hija que lo es, Isabel. Postdata: Las señas las tienen ustedes en el remite por si quieren escribirme.*

Los ojos de Rosario se habían llenado de lágrimas. No lo esperaba... La carta de Isabel la había trastocado, y ahora su corazón luchaba en plena batalla con la razón. Con la carta entre las manos, se sentó en una de las sillas del comedor; parecía abrirse una luz en aquel túnel donde se había metido ya hacía unos años, y esto le causaba alegría y a la vez angustia. Decidió no poner trabas, ni tampoco posicionarse; dejaría que su marido y sus hijos tomaran la decisión.

Pasadas las tres de la tarde, ya estaban en casa para comer. Primero llegaron Fernando y María, pero Rosario creyó conveniente aguardar a que llegaran Vicente, Carlos y Miguel. El último en llegar fue Vicente, pues tuvo que llevar la camioneta a la cochera donde la guardaban, en la calle Alcántara.

Sentados todos a la mesa, aguardaban a que Rosario y María sirvieran la comida. Con cara seria, Rosario se acercó a su marido y le entregó la carta.

—Hemos tenido carta de Isabel —dijo, ante la sorpresa de todos—. Viene a tu nombre —añadió enseguida.

Fernando tomó el sobre con duda, mirando a su mujer. Esta se mantenía seria pero con una expresión relajada.

Vio que el sobre estaba abierto, y saber que ya su mujer la había leído, le tranquilizó. Extrajo las gafas del bolsillo de la chaqueta y comenzó a leer la carta bajo la atenta mirada de sus hijos que guardaban absoluto mutismo.

Cuando terminó de leer, todos observaron cómo el semblante de Fernando había cambiado.

—Dice que está esperando otro hijo, que nacerá para el verano — comentó, volviendo a introducir la carta en el sobre—, y que han trasladado a Ramiro a Tembleque, un pueblo de Toledo —al decir esto, guardó silencio—. También dice que tiene muchas ganas de vernos a todos —añadió con clara emoción en la voz.

—Y nosotros a ellos —dijo María, y todos vieron cómo las lágrimas corrían por sus mejillas.

\*\*\*\*

Esa misma noche, la tormenta no cesaba; los truenos sonaban con tal fuerza que hacían retumbar las paredes de la casa, y Rosario, tumbada en la cama y acurrucada a su marido, cada vez que un relámpago iluminaba la alcoba, soltaba un lastimoso quejido y rezaba una oración.

—¡Ay! Santa Bárbara bendita que en el Cielo estás escrita con papel y agua bendita, líbranos de la centella y del rayo mal parado. Amén.

—Con lo valiente que pareces, y luego eres una *cagada* con las tormentas —comentó Fernando con cierta chunga.

—Ya sabes que no puedo con ellas. Desde que el rayo aquel mató al burro del tío Honorio, me dan pánico.

—Pero mujer, si cuando pasó eso tú eras una cría...

—Ya, pero no estabas allí como yo. Fue horrible, le partió por la mitad, y a mí me dejó cegada el fogonazo.

—Pues sí que te dejó marcada —reiteró Fernando, al tiempo que un tremendo trueno sonó en la madrugada, y Rosario, estremecida, aún se acurrucó más en los brazos de su marido.

—Ja, ja, ja, ja —reía Fernando, divertido. Este sí que ha sido bueno —añadió con chanza.

—Mira que eres malo —le regañó Rosario con cariño—. Parece que

apacigua —señaló al poco rato.

Momentos después, un trueno apagado indicó que la tormenta se alejaba.

—¡Gracias a Dios y a Santa Bárbara! —exclamó Rosario, comenzando a estar más tranquila—. Oye, Fernando, ¿qué te pareció la carta de Isabel?

Desde que había leído la carta, Fernando no hizo más comentarios al respecto, pero Rosario le notaba, desde entonces, muy pensativo. Conocía a su marido ¡Cómo no iba a conocerle después de tantos años! Y sabía que no era hombre rencoroso; por mucho que le doliera una afrenta, era fácil de reconciliar. Fue doloroso para ellos ver la falta de generosidad en su hija mayor cuando se le pidió ayuda, pero más les dolió su despecho e ingratitud. Sin embargo, bien cierto es que el tiempo todo lo va curando, y tal vez, ahora, llegaba el momento de restañar las heridas. Ella, al ser más compulsiva y dejarse llevar en ocasiones por la cólera, reconocía que el buen temple de su marido le había evitado tener más de una confrontación, e incluso librarla de cometer más de una torpeza. Isabel era una espina que les cercenaba el corazón, y debían arrancarla de una puñetera vez. El paso que había dado su hija con aquella carta podía ser el principio de un acercamiento, y ella no pondría impedimento alguno a que lo fuera; así que, ahora, esperaba la decisión de su marido, confiando en que sería, sin lugar a dudas, la más correcta.

Después de un corto silencio por parte de ambos, Fernando cambió de postura en la cama y tosió levemente.

—Si te digo la verdad, Rosario, no sé qué pensar. Ha sido algo inesperado. Desde que leí la carta estoy dándole vueltas a la cabeza, aunque sí he de reconocer que el gesto la honra, conociendo lo orgullosa y terca que es.

—En eso estamos de acuerdo —terció Rosario, volviendo a guardar silencio.

—También pienso en sus hermanos, en lo ingrata que tiene que ser esta circunstancia para ellos. —En ese momento se volvió hacia Rosario; las sombras en la alcoba permitían ver el contorno de la cara de su mujer. Fernando observó el brillo de sus pupilas—. ¿No crees que deberíamos poner ahora algo de nuestra parte?

La abierta pregunta no sorprendió a Rosario. No podía esperar otra cosa de su marido.

—Haremos lo que tú creas conveniente —repuso, mostrando sinceridad en la voz.

—No, Rosario, esa respuesta no me vale ahora. No se trata de lo que sea bueno para mí tan solo; si es nuestra hija, la decisión que tomemos, debemos tomarla juntos.

Rosario solo meditó un corto espacio de tiempo.

—Está bien, tienes razón —dijo, al tiempo que buscó con su mano la mano de su marido por debajo de la sábana—. Deseo verla, Fernando, no sabes cuánto, y conocer a esos preciosos nietos que nos ha dado Dios.

Isabel se manejaba en la cocina de la Casa Cuartel de Tembleque cuando llegó el cartero. Escuchó el ruido de las llantas de la bicicleta chocar contra la tierra y salió al patio.

—Buenos días, doña Isabel —saludó el cartero, mientras bajaba de la bicicleta y se quitaba la gorra—. Tiene usted una carta de los “madriles”.

Presurosa, Isabel cogió la carta de manos del cartero.

—Se le ve cansado, Melquiades, échese un trago de agua del botijo, que está bien fresquita.

—De agradecer, doña Isabel. La verdad es que la polvareda del camino le seca a uno el gaznate.

Una vez que se marchó el cartero, Isabel corrió a tomar asiento, y con nerviosismo rasgó el sobre donde ya había leído en el remite el nombre y apellidos de su padre. Lo primero que extrajo fue una fotografía que le llenaron los ojos de lágrimas. En ella aparecían sus padres, sentados, rodeados de sus hijos, sus siete hermanos. Mucho rato estuvo Isabel contemplando aquel retrato. Sobre todo, le causaba impresión ver a Miguel y a Tomás tan mayores. También le causó gracia el rostro de su hermana Dolores con aquel corte de pelo, y la encontró guapísima. Y al resto de sus hermanos, que iba parándose un rato en el rostro de cada uno de ellos, sonriendo y llorando al mismo tiempo. Y sus padres, a los que encontró más envejecidos, pero con buena y saludable cara. Luego, desdobló el papel, y lentamente comenzó a leer aquella carta tan deseada. Reconoció al instante la letra de su padre, clara y sencilla.

*Querida hija: Damos contestación a tu carta del 25 de febrero pasado, que nos agradó mucho a todos, y nos alegramos que estéis todos bien, nosotros quedamos bien por el momento (gracias a Dios). Ya nos dices que estás de nuevo en cinta, y que esperas para el verano. Ha sido una buena*

*noticia, pues la llegada de los hijos es lo que más debe alegrar a una familia. Ya vimos en fotografía a Inmaculada que está muy guapa, y todos tus hermanos se pusieron muy contentos de conocer a su primera sobrina. También tu madre y yo nos alegramos mucho. Como bien dices, Tembleque no está lejos de Madrid, y eso nos da la oportunidad de teneros más cerca. Creemos tanto tu madre como yo que no es bueno que estemos tan distanciados. Las rencillas del pasado deben olvidarse, pues entre padres e hijos todo debe ser pasajero menos el cariño y el respeto. Te agradecemos tu carta, y el haber dado este primer paso que tanta falta nos hacía dar. Ahora, solo decirte que aquí tienes tu casa y la de tu marido y tus hijos para todo lo que gustéis. Dios nos conceda la dicha de veros pronto, y mientras tanto, recibid todo el cariño de vuestros padres y hermanos que lo son”.*

*En Madrid a 13 de marzo de 1932.*

Isabel, muy emocionada, cogió la carta y el retrato, y poniéndose una chaqueta de punto por encima de los hombros, salió disparada a ver a su marido. Ramiro se iba a alegrar mucho de la buena nueva.

\*\*\*\*

Esther y Dolores estaban muy preocupadas por lo que acontecía en palacio.

La hija pequeña de los marqueses tuvo que ser operada hacia unos días del apéndice. La operación fue sencilla y la joven volvió a los tres días a casa; sin embargo, la mejoría que experimentó quedó truncada por unas fuertes e inesperadas fiebres que surgieron y que los médicos no llegaban a controlar. A los diez días, en vista de que las fiebres no remitían e incluso iban en aumento, el marqués hizo venir a un médico inglés que era una eminencia en el mundo de la medicina moderna, aunque sus métodos para algunos fueran poco ortodoxos.

Dolores estuvo continuamente atendiendo a la joven enferma. A veces tenía que cambiarle la cama hasta cuatro veces al día, pues empapaba las

sábanas con el sudor. A la alta temperatura corporal había que añadirle el calor que hacía en Madrid aquellos primeros días de junio. El estado de la enferma, a pesar de los múltiples cuidados, empeoraba día a día.

Cuando por fin llegó el médico inglés, la joven llevaba horas delirando, su empeoramiento era notorio. El doctor mandó que la despojaran de todas las ropas de cama, dejando al descubierto el cuerpo, solo tapado con un blanco y sudado camisón que el mismo médico le subió hasta los muslos. La observó atentamente, luego le palpó las piernas, después el vientre, y al hacerlo, notó que la paciente se estremecía. Mandando salir a todo el personal de la alcoba, le subió el camisón dejándola desnuda de cintura para abajo. Se sorprendió enormemente al ver el lado derecho del bajo vientre hinchado y de un color violáceo, con supuración en los puntos de la cicatriz realizada tras la reciente intervención quirúrgica. Con urgencia, pidió que la trasladasen al hospital de inmediato.

Pasadas un par de horas, todo el servicio aguardaba, con gran preocupación, noticias sobre el estado de la joven.

—¡Dios mío, qué mal la vi marchar! —exclamó Dolores—. Lo que ha perdido en tan pocos días. Está consumida.

—Y ¿de qué le vendrían esas malditas fiebres? Con lo bien que volvió del hospital —comentó Esther, tan sorprendida como el resto de los sirvientes.

—Yo creo que algo hicieron mal en la operación. —La observación la hizo Maurice, el cocinero francés.

—Pero si la dieron de alta, y estuvo muy bien los cuatro primeros días —señaló Ricardo, el secretario del marqués.

—No importa —aseveró de nuevo el cocinero—. Las operaciones pueden traer muchas complicaciones. *Bien sûr* —terminó diciendo en francés.

—Dios quiera que este doctor haya llegado a tiempo y la pongan bien —Rogó Esther, que estaba muy abatida—. Con lo buena niña que es...

Pero desgraciadamente no fue así. La joven hija de los marqueses murió

aquella misma noche a los 18 años. Una terrible infección, esparcida por todo su cuerpo, acabó con ella. Entonces, aún estaba por descubrir la penicilina, y se llegó demasiado tarde. Cuando, como última esperanza, el médico inglés encabezó un equipo de cirujanos para intervenir, al abrir se encontraron con un olor nauseabundo que salía de las entrañas de la joven. Enseguida, los médicos descubrieron el porqué de aquella fetidez; con las pinzas, extrajeron una especie de tejido purulento que depositaron en un cubo de metal para analizar. Luego se supo que era una gasa, que los cirujanos, en un despiste mortal, dejaron dentro de la herida cuando la intervinieron la primera vez.

La muerte de la joven, querida en todos los círculos de la sociedad, fue muy comentada en todos los mentideros madrileños. El entierro fue muy concurrido y su cuerpo fue depositado en el panteón de los marqueses en la cripta de la iglesia de la Almudena.

Fernando y Rosario no faltaron al entierro ni a la misa funeral que tuvo lugar en la iglesia de Los Jerónimos. Huelga decir que los marqueses, aunque rotos de dolor, se mantuvieron firmes durante todo el sepelio, como es de esperar en los personajes de alta alcurnia.

Dos meses después de este triste acontecer, el marqués mandó pintar en el techo de uno de los salones del palacio un fresco que recogía la imagen de su hija siendo portada por ángeles entre las nubes del cielo.

\*\*\*\*

El veintidós de julio de aquel año de 1932, nació el tercer hijo de Isabel. Era una niña, y se le puso de nombre Rosario. Cuando el tres de agosto les llegó la carta comunicando la buena noticia, Rosario se sintió feliz y muy contenta con que su hija hubiera decidido ponerle su nombre a la recién nacida; esta, sin duda, era una buena muestra de querer arreglar las cosas. Ese fin de semana lo decidieron: irían unos días a verlos a Tembleque, entraba el mes de agosto y decrecían bastante las ventas, así que el tiempo era el más propicio.

Vicente recibió la carta donde le comunicaban su próxima incorporación a filas. Se le citaba en enero del siguiente año para ser tallado, y si todo era correcto, entraría en Caja a la espera del sorteo. La profunda reforma militar llevada a cabo por Manuel Azaña, nombrado Ministro de la Guerra a poco de ser proclamada la República, supuso un cambio radical en todos los estamentos militares. Muy aplaudida por muchos, hizo que Manuel Azaña, mantuviera la cartera ministerial, después de ser nombrado presidente de la República, simultaneando ambos cargos. Mantuvo la duración del Servicio Militar Obligatorio marcado por el gobierno del general Primo de Rivera en 1930, en doce meses, y se redujo el número de quintos.

Vicente era el primer hijo de Rosario que iba al Servicio Militar, y esto le causaba preocupación y también orgullo, pues era, en ese momento, cuando se le empezaba socialmente a considerar como un “hombre”. También Fernando mostraba clara complacencia.

—Bueno, a ver si tienes suerte en el sorteo y no te envían lejos — comentó, dándole a Vicente una palmada en la espalda.

—También puede librarse —añadió rápida Rosario.

—Eso sí que es una lotería, madre —dijo María—. Sería el primer caso de todos los que conozco.

—Pues el hijo de Gertrudis, la del segundo izquierda, se libró el año pasado. Así que no andan tan lejos.

—Ya, madre, pero no se libró en el sorteo, sino porque es medio cegato —aclaró Miguel, y todos, a excepción de Rosario, se rieron.

—¡Venga, madre! Que bien contenta se va a poner cuando le vea vestido de militar. Mírele... ¡con esa facha que tiene! —dicho esto, María le dio un pellizco a su hermano en la mejilla.

—Bien, aún quedan unos meses para ello, así que vamos a dejarlo, ¿no os parece? —Vicente no se mostraba muy alegre.

—Tiene razón el chico —refrendó Fernando—. Y en cuanto el viaje a Tembleque, ¿hablaste por teléfono con Ramiro en el cuartel, María?

—Sí, ya se lo dije a madre. Me dijo que estarán encantados y que no nos

preocupemos por el acomodo, que ya nos lo busca él.

—Pero ¿le dijiste que íbamos los siete? Yo sigo pensando que vamos a ser muchos.

—Mire que es tozuda, madre. Ya se lo dije antes. Yo insistí que tal vez fuéramos muchos, pero Ramiro me dejó muy claro que no había problema, incluso me dijo que sentía que no pudieran ir también Esther y Dolores.

—Se nota que tienen ganas de vernos —comentó Carlos, mostrando alegría en su cara.

—¡Pues claro! Pero más tenemos nosotros, por lo menos yo —añadió Miguel—, que no veáis la ilusión que me hace conocer a los zagalillos.

—Fijaos, de repente nos hemos *juntao* con tres sobrinos; esto sí que tiene *tela marinera* —dijo Vicente riendo, y haciendo reír a los demás.

Decidieron salir para Tembleque el 10 de agosto. Habían dejado unos días para acabar el género, así que el día nueve ya no quedaba nada en la frutería ni en el puesto. Apartaron unas banastas con manzanas, peras, naranjas, melones y sandías, y algunos albaricoques y nísperos. Verduras no llevarían, pues ya les dijo Isabel, que habló con María el día anterior por teléfono, que la Casa Cuartel tenía una frondosa huerta con vegetales. A pesar de ello, Rosario le dijo a María que llevara unos buenos tomates, pues seguro que no los tenían tan hermosos como “estos nuestros”. También Rosario hizo cuatro docenas de rosquillas y compró unas ristras de chorizos en la mantequería del señor Julián, que se los servían directamente de Salamanca, y, aunque le porfiaron, Rosario se empeñó en llevar la máquina para hacer farinatos; para ello, había ido al centro a por manteca y tripas. También compraron alguna cosilla para los niños, y María adquirió un faldón, que les encantó a todos, en una tienda para niños de la calle Goya, para la recién nacida. Aquella noche del nueve de agosto, todos estaban felices y contentos haciendo los preparativos para la partida al día siguiente. Tembleque estaba a poca distancia de Madrid, no llegaba a cien kilómetros, así que en poco más de dos horas podían estar allí con la camioneta. Vicente iría sobre las siete de la mañana a sacarla de la cochera, y a ver si a las nueve ya podían salir.

Cuando Vicente salió a la calle a buscar la camioneta aquella mañana del 10 de agosto de 1932, al llegar a la calle Torrijos, vio pasar varios camiones y coches militares. Le llamó la atención este hecho, y más le extrañó ver cómo a la altura de la Caja Postal de Ahorros, se paraban y varios soldados portando fusiles descendían de los camiones. Luego comenzaron a sonar disparos, los soldados se dispersaron por la calle y Vicente, sin pensarlo dos veces, corrió de nuevo hacia casa.

Aquella madrugada, el general José Sanjurjo se había sublevado desde Sevilla en un claro Golpe de Estado contra la República. El golpe fracasó a las pocas horas de haberse iniciado, ya que solo lo secundó una pequeña parte del ejército español. En Madrid constituyó un fracaso desde el principio. El Presidente, Manuel Azaña, ya conocía el plan a través de un sople, así que poco les costó desactivar la intentona golpista. Un variopinto grupo armado se encaminó hacia la plaza de la Cibeles con intención de entrar en el Ministerio de la Guerra, pero los defensores ya estaban preparados y los recibieron a tiros, teniendo que retirarse dejando atrás varias bajas. Otro grupo armado quiso entrar en el Palacio de Telecomunicaciones, y otro en el Banco de España. En medio del caos reinante, por las calles adyacentes a Cibeles, comenzaron a surgir guardias de asalto, y la mayoría de los rebeldes fueron detenidos tras un breve tiroteo. En otras partes de Madrid, en menor importancia, ocurrieron otros actos de rebelión contra instituciones del Estado, siendo reprimidas todas ellas en escaso tiempo.

Sin saber muy bien lo que hacían, Rosario y su familia decidieron salir para Tembleque pasadas las diez de la mañana. Ya hacían más de dos horas que se habían dejado de oír tiros, y la calle parecía estar en orden. La radio del vecino no comunicaba nada, y solo a las nueve y media se retransmitió un mensaje oficial donde se señalaba que había tenido lugar una pequeña sublevación militar que estaba totalmente sofocada, después sonó el himno oficial de la República. No dijeron más, así que, aún con algo de temor, decidieron partir. Vicente pensó que mejor sería llevar la camioneta por caminos secundarios hasta coger la carretera de Toledo. Vieron algún vehículo militar por la carretera, pasaron un control al llegar a la Casa de Campo, sin

ningún problema, y finalmente, sin más complicación, llegaron a Tembleque a la una menos cuarto de la tarde.

Rosario cosía a la máquina una tira de encaje a un nuevo juego de sábanas. Este era el cuarto que preparaba para el ajuar de sus hijas; desde que le regalaron la máquina de coser, y ya que ahora tenía más tiempo, se tiraba buenos ratos cosiendo y realizando labores diversas. Sus tres hijas solteras ya estaban en edad casadera y quería que llevaran un buen ajuar, y como todavía las manos y la vista le funcionaban bien, aprovechaba las horas que podía para avanzar en ese empeño. Mientras retiraba los hilvanes, Rosario recordaba aquellos doce días pasados en Tembleque, y al hacerlo añoraba a sus nietos; sobre todo a Inmaculada, que le pareció un encanto de niña y muy despabilada para los cinco años que tenía. Sonreía al hacerse presente en su memoria la imagen de la niña con sus ricitos, que le costaba al principio llamarla *abuela*, y que la observaba con ojos indagadores, pendientes de sus reacciones. Rosario, con astucia y mucho cariño, se fue ganando su confianza y así, a los tres días, ya no quería separarse de ella, cosiéndola a preguntas. Carlitos, con sus dos años cumplidos, era un niño muy inquieto, y en cuanto se descuidaban hacía alguna trastada, así que Miguel y Tomás andaban todo el día tras él. En cuanto a Rosarito, era una monada, tan rubita y sonrosada... que se pasaba las horas en los brazos de María, siendo reñida en más de una ocasión por su hermana Isabel, que decía, y con razón, que acostumbraba mal a la niña.

Ahora, Rosario, revivía en su memoria aquellos doce días con añoranza y alegría, pues tanto su hija Isabel como su yerno Ramiro procuraron, en todo momento, que lo pasaran lo mejor posible. Incluso realizaron juntos varias excursiones, una de ellas a Toledo, que les cautivó, aunque ella acabase agotada con tantas cuestas. La verdad: había que reconocer que se volcaron con ellos, y esto era muy de agradecer. Vio a Isabel más cercana con ella, aunque procuraron, tanto una como la otra, evitar ciertas conversaciones. La notó satisfecha y orgullosa, pero bastante menos imperiosa que antaño, y valoraba el esfuerzo que realizó durante aquellos días. En resumen: aquel viaje sirvió para afianzar una unión familiar que desde hacía años todos deseaban.

\*\*\*\*

Aquella tarde del 5 de septiembre de 1932, después de terminar de coser, Rosario se acercó a la frutería antes de que cerraran, quería coger unos pimientos de freír para acompañar la tortilla de patatas que tenía pensado hacer de cena. Al salir del portal, casi se dio de bruces con Miguel, que entraba con un pañuelo aplicado a la nariz y lleno de sangre.

—Y ¿tú? ¡Si estás a todo sangrar! —exclamó al verle de esa guisa.

—No se apure, madre, es una hemorragia por el calor —repuso Miguel sin retirarse el pañuelo que le tapaba también media boca.

—¡Déjame ver! —Rosario alargó la mano con intención de quitarle el pañuelo, pero Miguel se lo impidió, echándose hacia atrás.

—¡No seas terco! —insistió Rosario, tirando del pañuelo—. Pero ¿qué es esto? —añadió al ver la nariz amoratada y el labio partido de Miguel.

—Ha sido un accidente, madre...

Rosario se fijó ahora en la manga izquierda de la camisa de su hijo que estaba rasgada hasta el codo.

—¿Accidente? ¡Tú te has pegado con alguien! Es eso, ¿verdad?

—Es que se metieron con Carlos, madre. Yo sólo le defendí —se explicó un Miguel nervioso que comenzaba a llorar de rabia y dolor.

—¡Y a tu hermano... ¿qué le ha pasado?! ¡Ay, Dios mío!

—Nada, madre. Está bien, se quedó en la frutería con padre y María.

—¡Vamos, sube! Que te limpio esas heridas, a ver si te libras de ir a la Casa de Socorro. Y luego me cuentas toda la verdad. ¿Has oído? ¡Toda la verdad!

En la frutería, Carlos, con la camisa desgarrada por toda la pechera, algún rasguño en el cuello y un gran moratón en la mejilla derecha, explicaba a su padre y hermana lo sucedido.

—No los vimos venir, padre. Aparecieron de pronto en el puesto y

empezaron a insultarme y a quererme sacudir.

—Pero ¿quiénes demonios eran? —preguntó María, mientras le aplicaba unguento en la cara.

Carlos pareció dudar unos segundos antes de contestar.

—No... no lo sé bien —repuso nervioso.

—Y... ¿por qué se metían contigo? Si no sabías quiénes eran, no tiene sentido; porque a robar no fueron, ¿no es así? —indagó Fernando, que estaba algo confundido ante las dudosas explicaciones de Carlos.

—No lo sé, padre. Sucedió todo tan de pronto...

—Pero solo iban a por ti, según se explicó tu hermano antes de irse para casa a que le cuide vuestra madre. —A Fernando no se le escapaba que Carlos le escondía algo—. ¿No te habrás metido en algún asunto feo?

—¡Le digo que no, padre! —exclamó Carlos, que sentía un fuerte dolor en toda la mandíbula y que le dificultaba hablar—. Debían de ser dos locos.

—Menos mal que os ayudaron los vendedores de los otros puestos — comentó María—, si no os muelen a palos.

—Sí —masculló Carlos—. Y ya habíamos cerrado el puesto cuando nos atacaron por sorpresa.

—Bueno, va siendo hora de cerrar. Ya hablaremos en casa —sentenció Fernando, que seguía mosqueado. Conocía bien a su hijo y se barruntaba que algo intentaba ocultarle.

Cuando entraron en casa, Rosario había logrado que el corte en el labio superior de Miguel dejase de sangrar. Le aplicó una gasa sujeta con un trozo de esparadrapo, y sobre la nariz hinchada llevaba buena cantidad de unguento.

—Creo que no habrá que darle puntos, aunque se llevó un buen corte — dijo Rosario al verlos entrar en la cocina. —¡Virgen Santísima! ¡Cómo llevas también tú la cara! ¡Y menuda camisa...! Esa ya va directa a la basura — añadió, al ver la lastimosa situación con que venía Carlos.

María bajó un momento a la frutería a buscar los pimientos de freír. Mientras, Rosario hacía la tortilla de patatas y Fernando, después de darles una aspirina a Carlos y a Miguel, que se quejaban de fuerte dolor en la cara, se puso a limpiar la jaula de los jilgueros, labor que desarrollaba todas las noches al volver de la frutería.

Tomás no hacía más que reírse de la cara de sus hermanos mayores, así que Fernando le ordenó que se fuera al dormitorio hasta la hora de la cena.

Los dos hermanos, después de lavarse, se cambiaron de camisa y se sentaron juntos en el comedor. Carlos notaba huido a Miguel. Casi no hablaba, aunque eso fuera normal con el labio partido, pero se mantenía con la cabeza gacha.

—Miguel, ¿te pasa algo? —le preguntó Carlos bajando lo más posible la voz. Luego añadió de forma casi inaudible—: ¿No habrás contado nada?

Miguel, con la cabeza aún más gacha, no pronunció palabra.

María volvió con los pimientos, y después de entregarlos a su madre, entró en el comedor decidida a poner la mesa.

—Qué cara tenéis los dos —dijo mientras extendía el hule sobre la mesa—. A ver si con suerte el unguento consigue que no se os hinche la cara demasiado. Todavía no entiendo por qué fueron esos dos a pegaros. ¿Seguro que no los conocíais?

Carlos volvió a negar con la cabeza. Miguel no movió un músculo, y Fernando observaba muy atento a sus dos hijos. Hasta que Rosario apareció con la fuente de la tortilla, no pronunciaron más palabras.

Cenaron tranquilos, aunque Carlos y Miguel con muchísima dificultad, y María se encargó de aplastarle a Miguel con el tenedor la tortilla, pues apenas podía masticar con el labio partido.

—Pareces un crío chico, que le tienen que moler la comida —dijo Tomás en un tono muy guasón, por lo que recibió un sopapo de su madre.

—¡Tú a cenar y a callar! —le ordenó Rosario—. Y en cuanto termines, te vas a la cama.

—¡Pero si he quedado un rato con Luciano!

—He dicho que te vas a la cama, y... ¡Santas Pascuas!

Tomás vio que su madre estaba muy encorajinada y comprendió que lo mejor era no insistir.

—Y ¿Vicente? —preguntó Fernando.

—Iba al cine con esa chica..., ¿cómo se llama...? —repuso Rosario.

—Mónica, madre —María le salió al paso.

—Eso..., Mónica. No parece mala muchacha, pero que se ande con *cuidao* que hay mucha pájara suelta. —Rosario pronunció estas palabras de forma bastante airada, lo que no dejó de asombrar a su marido.

—Pero ¿no es la hija del relojero? —le interpeló de nuevo Fernando.

—Sí, esa es. La hija pequeña; la otra, la que despacha en el mostrador, se llama Lourdes. Y dejáros de chacharea, que ya sabéis que no me gusta hablar mientras comemos.

Una vez terminada la cena, Miguel hizo ademán de levantarse para ir a la cama.

—¿Te vas a acostar? —le indagó María con mimo—. ¿Te duele mucho?

—Bueno..., sí, pero menos que antes —pronunció Miguel con bastante dificultad.

—Si ves que no puedes dormir, me llamas y te aplico un pañuelo mojado con agua fresquita, ¿vale?

Miguel sonrió como pudo ante la cariñosa atención de su hermana María, y, dando un beso a su madre en la mejilla y otro a su hermana, salió del comedor.

—¡Tomás, vamos! —ordenó Rosario, tajante—. Deja de hacerte el remolón y sal para el cuarto.

Con el ceño fruncido, el pequeño Tomás que ya había cumplido los 13 años, salió del comedor, malhumorado, sin despedirse. Carlos también hizo ademán de levantarse, pero la voz de su madre le frenó.

—Tú, quédate. Que ahora vamos a hablar.

Separando unas migas del hule, Rosario cruzó las manos sobre la mesa y miró a su hijo Carlos muy seria.

—¿Tú dónde andabas metido? —Estas primeras palabras, que parecían iniciar un interrogatorio, les pilló a Fernando y a María de sorpresa.

—¿Tienes idea de lo peligrosa que puede ser esa gente? —prosiguió Rosario, con la voz endurecida. —¿Qué querías, terminar con el cuello cortado?

Carlos, muy nervioso, se retorció las manos por debajo de la mesa. Seguro que Miguel se había ido de la lengua, pensaba.

—Pero ¿se puede saber lo que pasa, Rosario? —preguntó Fernando, muy consternado al oír hablar así a su mujer.

—Pasa que este insensato se ha juntado con gentuza. Y de la peor calaña.

—¿Es eso cierto, Carlos? —preguntó Fernando, que no podía creer las palabras de su mujer

—Lo siento, padre, de verdad —contestó, y entre la rabia y el dolor que sentía, comenzó a llorar—. No debí meterme en ese sitio, pero el dueño es un hermano de Mari Luz... —Carlos calló de golpe.

—¿Mari Luz...? ¿Quién es Mary Luz? —preguntó Fernando, pero Rosario ya estaba enterada de todo, o de casi todo.

—Una portorriqueña que le ha absorbido el seso a este bobo —comentó Rosario, que se mantenía rabiosa pero tranquila—, y que por encima su padre y sus dos hermanos regentan un bar con una sala de juegos clandestina. O ¿no es así?

—Un momento... Que yo me aclare —cortó en ese instante Fernando—. ¿Tú sales con una tal Mari Luz, que es de Puerto Rico y que su familia tiene un bar con una timba oculta?

Carlos asintió con la cabeza.

—Y ¿eso que tiene que ver con lo que ha pasado esta tarde?

—Pues que este...

—Que me conteste él, Rosario —interrumpió Fernando a su mujer.

Carlos no quería contar nada, pero la mirada tan severa de su padre le hizo recapacitar en ese mismo instante.

—Un domingo, Mari Luz me presentó a su hermano Rufo, que tiene un bar en la calle Leganitos. Y, bueno, también tiene una sala detrás donde juegan con dinero. Rufo me enseñó a jugar al póker y también algunos trucos que él sabía.

—¿Trucos para qué? —preguntó Fernando.

—Pues para ganar a los demás jugadores.

—Es decir, te enseñó a hacer trampas.

Carlos se llevó la mano derecha a la mandíbula, le dolía mucho.

—Sí —repuso con vergüenza—. Luego, cuando ya sabía manejarme bien, me dijo Rufo que pasara a la sala de juego a servir las bebidas a los jugadores que jugaban con él. Me ponía un traje negro, y allí, mientras servía las copas, miraba las cartas y le pasaba las señas a Rufo.

—Menuda familia de rufianes —declaró en ese momento Rosario.

—Y... ¿cuánto te pagaban por hacer eso? —preguntó Fernando.

—No me pagaban nada.

—Y si no cobrabas, ¿por qué lo hacías?

Carlos miró a su padre directamente a los ojos.

—Lo hacía por Mari Luz. Ella fue quien me lo pidió. Hasta que me negué a hacerlo. Mari Luz quiso convencerme, pero al ver que yo no cedía, me despreció y me insultó. Me llamó “pobre desgraciado español” y me escupió a la cara. Así que a la mañana siguiente le dije a Miguel que tenía que resolver un asunto, me fui a la Comisaría de Centro y los denuncié. Más tarde se lo conté todo a Miguel.

—Y esa denuncia casi te cuesta la vida —sentenció su padre—. A ti y quién sabe si a tu hermano también. Porque no hay duda de que se enteraron que fuiste tú quien les denunció, y fueron a ajustarte las cuentas.

—Claro que ha sido eso —reafirmó Rosario—, y por lo que me ha contado Miguel, gracias a que la señora Petra, la quesera, al ver cómo les zurraban, salió pidiendo ayuda, si no les muelen a palos a los dos. ¡Ay, Virgen

Santísima, qué disgusto podíamos habernos *llevao*!

Carlos se echó a llorar. Ya no podía más. Se sentía culpable en todos los sentidos. Le dolía la cara a rabiar, y el costado, pero lo que más le dolía era el alma. Descubrió el amor con Mari Luz, y ahora ese amor le había llenado de heridas tan profundas que iban a tardar muchos años en curar. Maldecía la hora en que la conoció, y lo peor de todo era la fuerte desconfianza que dejaba en su corazón roto.

María, que había estaba escuchando sin intervenir, se acercó a su hermano y le pasó la mano por la cabeza con mucha ternura. Carlos dejó escapar un sollozo.

—Vete a la cama, Carlos —ordenó Fernando sin acritud—. Ahora tienes que descansar, hijo. Mañana hablamos.

—Hay que tomar medidas —dijo Rosario en cuanto Carlos abandonó el comedor—. En principio, creo conveniente que, durante un tiempo, Carlos deje el puesto y pase a trabajar a la frutería. Tú, Fernando, puedes ir con Miguel al puesto.

—Creo que es una idea acertada —corroboró Fernando—, y aunque no creo que vuelvan, sí es bueno mantener durante un tiempo la precaución. Esta gente del hampa puede ser muy peligrosa, pero si se les deja tranquilos, no hay por qué temerles.

—Y ¿cómo sabe usted eso, padre? —preguntó María, mirándole sorprendida.

—Recuerda que me tiré dos años trabajando en Chicago, y allí el hampa andaba entonces como Perico por su casa. Se podía decir que eran los amos de la ciudad.

—Pobre Carlos —se lamentó María—. Menuda decepción se ha llevado con esa sinvergüenza.

—Eso le ha ocurrido por insensato —dijo Rosario—. Liarse con una portorriqueña, que además creo que era mulata, o eso le entendí a Miguel. Menuda locura, y hasta puede que fuera pagana... ¡Mira que ha sido bobo!

—No sea tan dura, madre —se dolió María—. El que más lo sufre es él, y recuerde que sólo tiene 19 años.

—Pues que empiece a aprender, que en la vida o te espabilas o te espabilan. Y vámonos a acostar que ya son las tantas.

Y dicho esto, Rosario se levantó y salió del comedor. María se acercó a su padre, y, dándole un beso en la mejilla, le deseó buenas noches, y también se marchó a su alcoba.

Al quedarse solo, Fernando comenzó a liarse un cigarrillo. A Rosario poco le gustaba verle fumar en casa, así que aprovechó a hacerlo ahora, y aspirando el humo pensó en lo jodida que se puede poner la vida si no sabemos tirar bien de las riendas.

La vida les sonreía, así lo reconocía Rosario, que no cesaba de dar gracias a Dios, pues después de tantas fatigas pasadas, ahora atisbaba una vejez tranquila, sin muchos sobresaltos, viendo a todos sus hijos bien establecidos y teniendo por delante un futuro prometedor.

Vicente tuvo mucha suerte en el sorteo de *quintos* y fue destinado a los cuarteles de Campamento, un gran complejo militar inaugurado a finales de los años veinte en Carabanchel Alto. Carlos, ante la marcha de su hermano al ejército, se preparó para sacarse el carné de conducir, y así, cuando Vicente se incorporó a filas en el mes de junio, él llevaba ya un mes conduciendo la camioneta con su hermano y aprendiendo de los sitios a donde tendría que ir a buscar las mercancías.

Aquel año de 1933, avanzaba también sin sobresaltos en la política del gobierno republicano, y el verano llegaba sin grandes alarmas. Las mujeres andaban muy contentas, pues iba a suceder ese año un hecho de gran relevancia y repercusión: en noviembre se celebrarían las segundas elecciones generales, donde por primera vez votarían las mujeres. Este logro de la diputada Clara Campoamor, que consiguió cambiar la Constitución para recoger este derecho, por fin iba a hacerse efectivo. Se estimaba que la participación femenina podía ser muy alta. Y así, la mayor parte de las mujeres, comenzaron a tener en sus charlas discusiones políticas, considerándose dentro de un papel participativo en un mundo que antes era exclusivamente de hombres.

\*\*\*\*

Rosario volvía contenta aquella calurosa tarde de julio; más bien radiante, pues todo le había salido de perlas. Su instinto no la había engañado cuando decidió entrar a preguntar en aquel local de la calle Hermosilla y que

correspondía a una señorial casa cuyo portal daba al bulevar del Príncipe de Vergara, una de las calles con más distinción de Madrid. La casa, de reciente construcción, ofrecía el alquiler de sus locales. Todos estaban ya alquilados, a excepción de uno que tenía un buen tamaño, pero sin trastienda, y por lo tanto, sin entrada por el portal de la casa. Era claro que este era el principal motivo por el cual estaba aún por alquilar. Rosario llevaba tiempo dándole vueltas a la idea de coger otro local y dejar el puesto del mercado. Aunque este último funcionaba bien, eran mucho mayores los beneficios que se obtenían en la frutería, se pasaba menos frío en los inviernos y menos calor durante los veranos, y las mercancías estaban mucho más protegidas. Aunque el mercado de Torrijos ya estaba en construcción, aún le faltaba tiempo para concluirse, y no merecía la pena esperar si saliera al paso una buena oportunidad, y esta parecía haber llegado.

Cuando Rosario entró en la frutería, María acababa de atender a una clienta, así que en cuanto salió esta, se dirigió a su madre.

—¡Buenoooo! Con la cara que trae usted, seguro que algo bueno tiene entre manos.

—¡Pues sí! —declaró Rosario muy satisfecha—. Ya es nuestro el local.

María la miró boquiabierta.

—Pero... ¿Cómo...? ¿Así, por las buenas? —dijo, muy sorprendida.

—Por las buenas y veinte duros de fianza.

—¡Jesús, madre! ¿No tenía que haberlo consultado antes con padre?

—¡Qué *porras* voy a consultar! Él estará de acuerdo —arguyó, muy segura de sí misma—. ¿Tú sabes lo que es abrir una frutería en esa calle, donde viven nobles y generales? La suerte es que estuviese aún sin alquilar, y que el administrador vea muy bien que abramos una frutería en él, puesto que no hay ninguna otra en cien metros a la redonda.

María seguía bastante perpleja.

—Y ¿usted cree que es buena idea hacerlo ahora? —preguntó sin menguar en su desconcierto.

—El momento es el mejor —repuso Rosario sin titubeos—. Estamos en

verano, buena época para hacer las obras y abrir en septiembre.

—No me refería a eso, madre. Vicente está en la mili, ¿cómo vamos a llevar el puesto y dos fruterías?

—¡Olvídate del puesto! —soltó con aplomo Rosario—. En agosto se cierra y se pone en traspaso.

María miraba a su madre asombrada; a pesar de conocerla bien, no dejaba de sorprenderle esa actitud tan dominante y enérgica en una mujer físicamente tan menuda.

—Ya lo tengo *pensao* —continuó Rosario, decidida—. Y espero que lo veas bien, porque creo que es lo mejor —agregó con calculada intención de mostrarse menos autoritaria.

—Madre, Dios me libre de poner en tela de juicio sus decisiones. Sabiendo, además, que siempre acierta usted.

Rosario sonrió ampliamente. Le había agradado la observación de su hija.

—Ya sabes, María, que todo lo hago por vuestro bien. Quiero... Bueno, queremos tu padre y yo arreglaros bien el porvenir, que para nosotros ya nada queremos, solo veros bien *colocaos* y felices.

—Es usted una gran luchadora, madre —alabó María—, y nada se le puede echar en cara, pero ahora, dígame: ¿ya tiene una idea de quién va a llevar la frutería de Hermosilla?

—No, eso habrá que hablarlo entre todos, pero si pudiéramos traernos a Dolores... La última vez que vino a comer, no la vi yo muy convencida de continuar en palacio. Además, le oí comentar que a ella le gustaría también estar en la tienda. No sé, ya veremos...

—Pero, madre, cuando vuelva Vicente licenciado, se irá Carlos —dedujo María con rapidez—; ya me dirá usted, si se llevan menos de dos años...

Rosario movió la cabeza pensativa.

—Eso es cierto —declaró—, y luego, cuando vuelva Carlos, le tocará a Miguel —añadió apesadumbrada.

María sonrió.

—Bastante suerte tiene usted que las mujeres no hacemos el servicio militar, así que no se me queje —manifestó María, soltando una de sus carcajadas.

—¿Dónde anda Carlos? —preguntó Rosario en ese momento—. ¿Ya marchó a casa?

—Fue a llevar un pedido a la calle Ayala. Estará al llegar.

—¿A estas horas? —se extrañó Rosario, echando un vistazo al reloj de pared que había colgado Fernando sobre el muro del fondo.

—Sí, a casa de doña Pura; vino la mujer a por patatas y verduras, y ya sabe cómo está de las piernas, así que Carlos quedó en llevarle el pedido.

—Hizo muy bien—alegó Rosario—. Hay que ser atentos con los buenos clientes. Ahora, en cuanto llegue, que se marche a casa. Ya le dejé yo algo de cena, que mañana ha de levantarse a las cuatro para ir a por género a las huertas de Valdemorillo. Bueno, parece que se le ve más contento, que bien nos tuvo a todos en vilo por culpa de esa portorriqueña —añadió ahora Rosario, mostrando claro alivio—. Y menos mal que le dejaron en paz.

—Sí, eso parece —asintió María—. Sufrió un gran desengaño, pero sacarse el carné de conducir y empezar a ir con la camioneta le sirvió de distracción. Ahora, ya parece otro.

—Así es, gracias a la Virgen —invocó Rosario—. Buen susto que pasé.

—Bueno, ya pasó todo. Lo importante es que ya no existe ese problema.

—Tienes razón. Mira, ahí regresa Carlos.

\*\*\*\*

Como estaba pensado, todo salió a las mil maravillas y el cuatro de septiembre, martes, de 1933, inauguraban la nueva frutería. La llevarían Fernando, Rosario, Dolores (quien finalmente se decidió a dejar el palacio de los marqueses) y un joven contratado para repartir los pedidos a domicilio. La frutería de la calle Porlier la seguiría llevando María ayudada por Miguel y

Carlos (este último cuando el trabajo de la camioneta le dejara tiempo). Tomás ya había terminado los estudios primarios, pero Fernando quiso que aprendiera el oficio de mecánico —lo que Rosario aceptó a regañadientes—, pues les gustaban mucho los coches, aunque ya se le advirtió que como no se aplicara, iba a la frutería con sus hermanos.

En la frutería de Hermosilla, habían tirado la casa por la ventana, como repetía María, pues imprimieron tarjetas que se distribuyeron por las grandes casas del bulevar Príncipe de Vergara y calles de Goya y adyacentes, anunciando la apertura, en donde figuraba el número de teléfono y se hacía mención, en lugar destacado, que se servía a domicilio.

Rosario miraba extasiada la fachada, que buenas pesetas había costado, pues los paneles que cubrían las paredes y rodeaban los dos amplios huecos de entrada eran de cristal pintado con cestos de frutas, verduras y paisajes de huertas a todo color, que en aquellos años estaban muy en boga. Con grandes letras muy estudiadas, figuraba en la parte superior central el nombre de la frutería, que denominaron LA SALMANTINA. También, y en lugar destacado, figuraba el número de teléfono y se hacía constar el “Servicio a domicilio”. En el interior, al fondo, y en los laterales, bonitos cestos de mimbre colgaban de las paredes, ofreciendo los productos artísticamente colocados en ellos de forma piramidal. El lustre de las distintas variedades de frutas (que habían sido frotadas pieza a pieza con una gamuza) ofrecía una visión tan magnífica que daban ganas de comerlas allí mismo. Igual pasaba con los cestos mayores, que, a ras de suelo, recogían las verduras. La limpieza y el orden eran totales. Así, cuando levantaron los cierres, a las nueve en punto de la mañana, ya había gente en la acera esperando a que abrieran.

Fue una mañana de no parar. Aparte de los clientes de paso, que no cesaron en todo el día, los pedidos a domicilio fueron tantos que tuvo que salir hasta Dolores a repartir. La caja registradora, un modelo de nueva generación que Fernando tardó en saber manejar bien, relucía en el centro de la tienda, al fondo, entre ambas entradas, situada encima de una mesa con cajoneras, ajustada a la pared y que ofrecía un pequeño mostrador a cada lado.

No fueron a comer a casa, pues aunque Rosario pensara marchar a media mañana para ir haciendo la comida, el alto trajín no se lo permitió, así que echaron el cierre y fueron a picar algo a Casa de Santos, un bar situado frente

a la frutería, que buena fama tenía de servir buenas tapas y comida casera. El joven repartidor marchó a su casa, ya que solo lo contrataron para las mañanas, y buena paliza llevaba encima, que hasta Rosario, al verle marchar, observó cómo renqueaba el pobre chaval. Llamaron por teléfono a la frutería de Porlier, y les avisaron de que comían en el bar, así que se juntaron todos esa calurosa tarde del 4 de septiembre para celebrar el éxito de la inauguración.

Mientras comían, con buen apetito, Rosario hacía recuento de los pedidos que se habían servido, y le salieron treinta y dos, lo cual causó gran asombro en María y Carlos, pues ellos el día que más, no habían pasado de quince.

—¡Qué buen comienzo, madre! —exclamó Carlos, aplaudiendo—. Les habrán dejado sin género, ¿no? Mañana tendré que salir temprano a las huertas.

Rosario, después de decir esto Carlos, quedó pensativa.

—Me he estado dando cuenta —dijo al cabo de unos minutos— de que en los pedidos que hacían por teléfono exigían sobre todo buena calidad y presencia; quitando tres o cuatro, el resto no preguntó por los precios.

—Natural, madre, es gente pudiente y lo que quiere es buena fruta. —Miguel mostró su buena lógica, que los demás aprobaron con movimientos de cabeza.

—Ahí es adonde yo quería llegar —manifestó ahora Rosario—. Tenemos que ofrecer muy buen género, muy seleccionado. Hoy devolvieron varias cosas en los pedidos porque algunas piezas estaban un poco maceradas. Así que seamos espabilados.

—No alcanzo a comprenderla, madre —dijo María, confusa por estas últimas palabras de Rosario.

—Vamos a ver si me entiendes ahora, si me entendéis todos. Tenemos que traer muy buena fruta, escogida, y esta solo la podemos conseguir en el Mercado Central. Ya no estamos vendiendo a gente común y corriente, esta es

gente principal, con muchos recursos. Hay que ofrecerles lo que quieren, porque el precio no les importa, y si nosotros no se lo damos así, no hay duda de que seguirán comprando en las fruterías selectas de las calles de Velázquez y de Alcalá, aunque les pillen mucho más lejos, y nos quedaremos con cuatro clientes. Hoy ha sido la prueba de fuego para nosotros; nos han *tanteao*, y algún error hemos cometido, aunque estuvimos hábiles y supimos escoger de lo mejorcito que teníamos. Desde mañana, traeremos de lo mejor, incluso cosas que han pedido y que nunca trajimos por ser de poca venta. Pero esta frutería es otra cosa, esta es una frutería para *ricachones*. A partir de ahora, cuando lleguen las cocineras o las señoras de estas grandes casas a la frutería, ya me encargaré yo de enseñarles bien el nuevo género. Y lo mismo diré por teléfono. Vamos a ser de las fruterías más selectas de todo el barrio.

Todos miraban a Rosario con asombro y admiración. Hasta el mismo Fernando sonreía por este hecho: tenía que reconocer que su mujer era un lince para los negocios.

Como Rosario aventurara, con gran sentido comercial, la apertura de la frutería en la calle Hermosilla fue todo un acierto. No solo ofrecían la mejor variedad de frutas, sino que todas ellas tenían una calidad insuperable. Traían frutas y verduras de las mejores huertas españolas (Murcia, Logroño, Navarra, Valencia, Aragón...) que adquirían en el Mercado Central. Carlos seguía trayendo género de las huertas madrileñas, sobre todo verduras, sandías y melones, y a veces de muy buena calidad. Incluso los plátanos, para la frutería de Hermosilla, se los servía un señor llamado Miguel, que los recibía directamente de Canarias y, en algunas ocasiones, de las Azores.

Así, sin haber llegado al año desde su apertura, ya tenían tres repartidores contratados por la mañana y uno por la tarde. Vicente estaba a punto de licenciarse, solía bajar a Madrid casi todos los fines de semana que no tenía guardia, como aquel domingo, 17 de junio, que aprovechando el buen tiempo que hacía, salieron todos en la camioneta a darse un chapuzón en las pozas de La Pedriza.

El año 1934 había comenzado relativamente bien bajo el gobierno de los radicales, que apoyados por la Confederación Española de Derechas Autónomas, con fuerte ideología clerical, recibía la simpatía de toda la ciudadanía católica. Rosario estaba contenta al ver cómo la última Semana Santa había transcurrido en medio de un gran fervor, presidiendo los actos religiosos relevantes figuras del gobierno y de la política. Así, aquella mañana dominguera, Rosario se levantó muy temprano para preparar las viandas que llevarían al campo, y luego, mientras su familia se arreglaba y desayunaba, salió a misa de nueve junto con la señora Cándida, la portera, y doña Ascensión, la vecina del quinto, aquella que les vendió la máquina de coser y que habían pasado a ser buenas amigas.

—Qué buena mañana hace —comentó doña Ascensión, mientras caminaban las tres hacia la iglesia del Beato Orozco—. Van a pasar un día estupendo en la sierra, Rosario.

—Ya le dije a su hija Maruja que la animara a venir —medió Rosario—. Va usted delante en la camioneta, y luego allí habrá poco que andar... Además, llevamos sillas de tijereta, de esas plegables; precisamente ayer, Dolores compró otro par de ellas en el bazar de Serapio, así que no será por falta de comodidad.

—Y yo bien que se lo agradezco, pero tengo las piernas muy pesadas, ya ve lo que me cuesta llegar a la iglesia.

—Yo estoy con doña Rosario —dijo ahora la portera—, es bueno que tome un poco esos aires tan sanos... La vendrán muy bien.

—¡Ay, por favor, no insistan! Ya sé que lo hacen con todo cariño, pero de verdad que no me encuentro con fuerzas para ir. —Ante esta petición, Rosario y la señora Cándida cruzaron la vista.

—Cómo han mejorado las cosas ahora que gobiernan las derechas —comentó Rosario, cambiando el tema de conversación—. Hasta se ve a la gente más feliz.

—Sí, bueno..., pero figúrese el año que llevamos de cambios de Gobierno —puntualizó la señora Cándida.

—¡Jesús! Es cierto —añadió doña Ascensión—. Desde las elecciones de noviembre del año pasado yo ya he perdido la cuenta. Estos políticos no tienen más cosas que hacer en el día que discutir y no ponerse nunca de acuerdo.

—A mí, este Samper, que salió en Abril, me resulta majo —confesó Rosario—. Cuando recorrimos las estaciones mi marido y yo esta Semana Santa, le vimos en la iglesia de la Concepción. Me lo señaló Fernando, que se los conoce a todos de ver sus fotos en los periódicos.

—Parece buena persona —señaló doña Ascensión—, aunque... ¡vaya usted a saber! Al final son todos iguales.

—Démonos prisa —apuró la portera—, solo quedan cinco minutos para las nueve y aún estamos cruzando Ayala.

Y las tres mujeres, agarradas del brazo, cubiertas con sus velos de encaje negros y sus misales y rosarios entre las manos, apremiaron el paso.

\*\*\*\*

Vicente ya llevaba casi un mes licenciado y había retomado su puesto en la camioneta, cosa que no gustó demasiado a Carlos, pero su madre lo decidió así, porque, y según lo comentó con Fernando, veía a Vicente más juicioso y pausado para llevar la camioneta, a parte de que Carlos tenía un carácter muy alegre, y esa era una buena condición para atraer al público. Así que Carlos, que además, en un año se tendría que ir a la mili, se incorporó sin demasiada queja a la frutería de Hermosilla y Miguel siguió con María en la de Porlier.

Por mucho que Rosario machacó con Esther para que dejara el palacio de los marqueses, no hubo forma de convencerla.

Mira que es cabezota —le comentaba Rosario a Dolores, mientras ambas cosían en el comedor—. Con lo bien que podría estar con nosotros. De hecho, nos hace pagar a un trabajador de más, porque si se viniera, Carlos podría ayudar a repartir, y nos ahorrábamos un jornal.

—Se está usted volviendo muy interesada, me parece a mí —la censuró Dolores, con el ceño fruncido.

—Es que en esta perra vida, como no mires por lo tuyo, nadie va a mirar —le clarificó Rosario—. ¿O caso te crees que trabajando para otros vas a llegar algún día a ser alguien?

—Según el trabajo —le contravino Dolores.

—¡Qué equivocada estás! Nadie sale de pobre percibiendo un salario, ni tan siquiera esos que trabajan para el Estado, a no ser los ministros, y esos ya vienen todos de familias adineradas —Rosario hablaba a su hija poniendo fuerte convicción en sus palabras—. Mira, Dolores, los pobres, y más aún, los que apenas tenemos estudios, sólo contamos con el ingenio y la voluntad. Que no se te olvide. Y aparte, yo te digo que si quieres medrar en la vida, no trabajes siempre para el rico.

Y sin más que decir, Rosario volvió a la tarea.

\*\*\*\*

Tomás, ya con quince años cumplidos, se había convertido en un mozo espigado, algo más bajo que Vicente, pero con muy buena planta. De todos sus hijos, éste era el más extrovertido, y Rosario sentía un cariño especial por él. Primero por ser el más pequeño, y en segundo término porque era un consumado zalamero; sin embargo, aquella tarde de septiembre de 1934, Rosario sufrió una fuerte decepción. Fernando volvió de la frutería con la cara sombría, mucho más serio que de costumbre. Tomás, detrás de él, entró en casa con las orejas gachas y las mejillas muy coloradas.

—¿Qué sucede? —preguntó al verles entrar, luego se quedó mirando la cara encendida de Tomás, y supo que le habían dado un par de guantadas—. Algo gordo hiciste, ¿no? —volvió a preguntar, dejando el calcetín que estaba zurciendo encima de la mesa.

—¿Qué si ha hecho algo? —Fernando no disimulaba su cabreo—. Cuando ya venía para casa, me encontré con Cirilo, el del taller mecánico, y me preguntó por este... ¡ya ni sé cómo llamarle! Por lo visto lleva toda la semana sin aparecer por el taller porque dijo que estaba enfermo...

—¿Cómo que está enfermo? —le cortó Rosario, sin comprender bien lo que quería decir su marido.

—Que te lo diga él. ¡Dile a tu madre que clase de enfermedad tienes!

Tomás, con la cabeza muy gacha, apretaba con fuerza los labios.

—Pero... ¿No has estado yendo a trabajar? —preguntó ahora Dolores, muy sorprendida.

—Sí... ¡En el billar de Pardiñas! —declaró Fernando, muy exaltado—. ¡Allí me encontré a este golfo...! Allí se pasa los días, con esa pandilla de holgazanes. ¡Y fumando!

Rosario, que no podía dar crédito a lo que decía su marido, se levantó y fue hacia Tomás.

—Levanta la cabeza —le dijo al llegar frente a él.

Tomás continuó con la cabeza gacha.

—¡¡Qué levantes la cabeza!! —al categórico grito de Rosario, Tomás levantó los ojos y miró a su madre.

Aguantando la rabia por la inesperada decepción, Rosario miró los ojos gris verdoso de su hijo pequeño, que la miraban asustados, pero sin perder la firmeza.

—Vacíate los bolsillos del pantalón —ordenó imperiosa—. ¡¡Vamos!! —le chilló, al ver que no se movía.

Tomás metió las manos en los bolsillos, y extrajo seis monedas (dos de real y cuatro de diez céntimos), un pañuelo y unas pipas. Extendió la mano para dárselo todo a su madre.

—Sácalo todo —Rosario estaba muy seria.

—No tengo más —le dijo un Tomás altanero.

Sin mediar un segundo, al oír esta negativa, Rosario se abalanzó sobre su hijo, y sujetándole por el pantalón, metió con rapidez su mano en el bolsillo derecho y extrajo de él un chisquero con poca mecha y cinco colillas.

Dolores se llevó las manos a la boca. Rosario tenía la cara congestionada y Fernando, situado detrás de Tomás, avanzó un par de pasos y le sacudió un manotazo en el cogote.

—¡Qué no me pegue! ¡Coño! ¡Joder con el viejo!—exclamó un Tomás envalentonado, que, ante la sorpresa de todos, se había girado, enfrentándose a su padre.

Rosario sintió cómo la sangre se le acumulaba en las sienes, y poniéndose delante de Tomás, comenzó a pegarle una sarta de tortas en la cara, en la cabeza y en los hombros, que no pararon hasta que la separó Dolores.

—¡¡Por Dios, madre!! —gritó esta, asustada—. ¡Qué lo va a matar!

—¡¡Sinvergüenza!! ¡¡Hablarle así a su padre!! ¡¡Golfo!! ¡¡Gandul!! —Profería Rosario, fuera de sí.

Dolores tuvo que sujetar a su madre de los brazos.

Ya, más calmada, Rosario, respirando con dificultad, se sentó en una silla. Dolores lloraba, mirando a su hermano que tenía la cabeza protegida con ambos brazos. Fernando, muy conmocionado aún por lo ocurrido, se pasó las manos por la cabeza.

—Tomás, vete a tu cuarto, y no salgas de él hasta que se te avise —Estas palabras de su padre, pronunciadas en un tono autoritario, pero calmado, hicieron que sin rechistar, Tomás abandonara el comedor.

Cuando salía Tomás, se abrió la puerta de la casa y entraron María y Miguel. Llegaban riendo, pero pronto acallaron las risas al contemplar la cara de sus padres y ver llorar a Dolores.

La solución al problema con Tomás llegó rápida. Abandonó el taller y le pusieron a repartir pedidos en la frutería de Hermosilla. Todos los días, a las nueve de la mañana, acudía con su madre y su hermana Dolores a abrir el negocio. Durante dos meses largos, estuvo castigado, sin salir los domingos, a no ser que fuera con ellos, o con sus hermanas, al cine, de paseo o a comprar. Ni tan siquiera podía salir con sus hermanos varones, Rosario no se fiaba de ellos: “Son todos hombres —decía—, y seguro que le dejan entrar en ese refugio de gandules, donde todos acaban de delincuentes”. Por mucho que porfiaron con ella, no hubo forma de convencerla. “O eso, o va a un internado” —amenazaba—, aunque todos sabían que aquello sólo era una forma de meter miedo. Rosario tenía, como asunto más perentorio, separarle de esa pandilla de rufianes que pululaba por los billares.

En octubre —días después del disgusto—, por las fiestas del Rosario, marcharon al pueblo unos días María y Tomás. Fue una idea que se le ocurrió a María, pues pensó que podía ser bueno para Tomas reencontrarse con sus raíces, puesto que cuando salió del pueblo sólo contaba con diez años, y apenas sentía apego por el terruño. Tal vez, estar en contacto con los primos y amiguetes que dejó allí, serviría para centrarle. Y bien que le fue, tanto que María llamó a sus padres, y al decirles lo bien que le iba, decidieron que se quedaran una semana más, a pesar del sacrificio que eso conllevaba, puesto que Rosario tuvo que ocupar el puesto de María en la frutería de Porlier, y en la de Hermosilla, hubieron de coger a otro repartidor durante esos días. A pesar de que vino muy arrepentido y cambiado, Rosario no le levantó el castigo, hasta que tuvo la certeza de que no volvía ya por los billares.

\*\*\*\*

El 5 de octubre de ese año de 1934, comenzó un movimiento huelguístico e insurreccional decretado por el Comité Revolucionario Socialista presidido por su líder D. Francisco Largo Caballero. En Madrid, apenas tuvo actividad, igual que ocurrió en Extremadura, Andalucía y Aragón. En Vascongadas y

Cataluña se dieron algunos conatos revolucionarios, pero enseguida fueron sofocados; sin embargo, en Asturias, la Alianza Obrera triunfó. Los mineros asturianos, pasaron rápidamente a la acción y se hicieron con toda la cuenca minera. Se coordinaron acciones de los obreros que, en las primeras horas, consiguieron que se rindieran 23 cuarteles de la Guardia Civil. El resto de los cuarteles, fueron ocupados al día siguiente, tras la huida de sus defensores. A los tres días de comenzada la Insurrección, buena parte de Asturias ya se encontraba en manos de los mineros. El Gobierno adoptó, entonces, una serie de medidas enérgicas, considerando que la revuelta asturiana era una guerra civil en toda regla. Se trajeron tropas de la Legión y de Regulares desde Marruecos. Se desarrollaron duros combates entre los mineros y las fuerzas militares que duraron casi quince días, hasta la rendición total de los mineros. A parte del número, muy elevado, de muertos y heridos durante estos días, la represión posterior llevada a cabo por las tropas coloniales de África fue muy dura y hasta se dieron casos de violaciones, saqueos y ejecuciones sumarias. Fue este uno de los episodios más tristes acaecidos durante los años de República; y, por qué no decirlo: claro vislumbre de lo que dos cortos años después vendría con la Guerra Civil.

1935 comenzó aún con la amargura de los sucesos acaecidos dos meses y medio antes. Los periódicos seguían hablando sobre aquellos terribles hechos, y el ambiente en las calles era de tensión entre partidarios y contrarios a las actuaciones del Gobierno durante la contienda asturiana. Por otro lado, la vida cotidiana de la gente seguía su curso.

Rosario le tenía preparadas ya unas mudas, pañuelos, y un par de toallas a Carlos, pues en poco más de un mes se incorporaba a Filas, y ahora le estaba tejiendo un jersey de lana.

—Qué pronto han llamado a los quintos en este reemplazo, ¿no? —dijo Dolores, que sentada junto a su madre, bordaba unas letras en una sábana

—No lo sé, pero el tiempo se me pasa volando —repuso Rosario, contemplando el curso de lo calcetado—. Parece que fue ayer cuando vino licenciado Vicente, y ya se marcha Carlos. ¡Dios mío! —profirió, dando un suspiro.

—Se llevan tan poco...

—Exactamente un año y nueve meses —puntualizó Rosario de inmediato.

—Pues ya me dirá... Una cosa, madre, antes de que me olvide: llamó por teléfono esta tarde Isabel a la tienda, es por la comunión de Inmaculada, que la hace el domingo 19 de mayo. Dice que cuenta con todos.

Rosario, dejó de contar los puntos y posó la calceta sobre la mesa del comedor.

—Pero eso ya lo sabía; me lo dijo María la semana pasada —aclaró, mientras se levantaba—. Voy al váter —añadió, cuando ya salía del comedor.

—Ya, es que han cambiado la fecha, antes era el 12 de mayo —aclaró Dolores, levantando la voz.

—¡Ah! ¡Vale! —la voz de Rosario sonó lejana y con eco.

—¡Hola! —saludó Miguel que entraba en ese momento en la casa.

—Y tú, ¿cómo tienes llaves? —le preguntó Dolores.

—Son las de María, se quedó hablando con la portera. Es que me estoy haciendo pis —y salió disparado hacia el váter.

—Pues está madre —dijo Dolores, sonriendo.

—¡Jo! ¡Madre! —chilló Miguel—, ¡dese prisa, que me hago pis!

—¿Qué tal la película? —preguntó Dolores—. ¿Había mucha gente?

—Estaba el cine hasta los topes. Pregúntale a María, verás...

—Pues el cine Pardiñas es bastante grande.

—Sí, pero no veas tú que colas; yo pensé que no entrábamos —Miguel, cruzaba las piernas-. ¡Madre! ¡Dese prisa, por favor! —suplicó, ante la risa de Dolores.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y Miguel fue a abrir.

—Pero a ti, ¿qué te pasa? —le preguntó María al verle dar saltitos.

—Madre, que está en el váter y yo me voy a mear.

María rio con ganas.

—Eso te pasa por tonto —le acusó, riendo—. ¿No te dijo Cándida que lo hicieras en la portería?

—Ya, pero a mí me da corte...

—Pues ahora te aguantas —le soltó María, a la vez que entraba en el comedor.

—¡Jesús! ¿Aún sigues bordando? —dijo, asombrada, al ver a Dolores.

—Sí, pero ya lo he terminado —declaró orgullosa, y, sacudiendo los hilos cortados de la sábana, le mostró a su hermana el bordado.

—Mira, ¿qué te parece?

María tomó la sábana y comprobó las letras bordadas.

—Hija mía, tienes unas manos... —dijo, con manifiesta sinceridad—. Te podías dedicar a ello. Haces unos bordados preciosos, y tan bien acabados...

—Bueno, deja de halagarme, ¿qué tal la película? Ya me dijo Miguel que estaba el cine hasta los topes.

—¡Calla, mujer! He pegado unos gritos que Miguel se tronchaba de la risa.

—Ja, ja, ja, ja —rio abiertamente Dolores—. Me lo imagino, ¿pero es de tanto miedo?

—Para mí sí, ese mono tan grande... ¡Pegaba unos sustos!

—Se llama King Kong —apuntó Miguel que ya saliera del váter y entraba en el comedor.

—Pues no sé cómo puede tener tanto éxito —terció Dolores—, si es sobre un mono gigante... ¡Menuda tontería!

—De eso nada —concretó rápido Miguel—. Es un peliculón. Yo pienso verla la semana que viene otra vez.

—Mucho te absorbe los sesos el *jodio* cine, me parece a mí —observó Rosario que entraba en el comedor en ese momento—. Bueno, voy a ir preparando la cena.

—Vamos, madre, que la ayudo —se ofreció María.

—Pues vete tú calentando el aceite, que tengo unas croquetas de huevo ya preparadas, y las vas friendo. Y luego fríes unos farinatos. Yo, mientras, subo un momento a casa de doña Ascensión, a que me enseñe cómo hacer el cuello del jersey.

—Pero si usted sabe hacerlo —le dijo Dolores extrañada.

—Sí, pero me dijo el otro día que ella sabía una forma para hacerlo más subido, así que voy a ver. No tardo.

Y diciendo esto, Rosario cogió la calceta y salió por la puerta.

A los pocos minutos, llegaron Fernando y sus hijos Vicente, Carlos y Tomas. Aquella tarde de domingo, habían ido los cuatro a ver una carrera de galgos en el Stadium. Un cliente de la frutería les había regalado las cuatro entradas, así que se fueron a ver un espectáculo que, por su precio, y las apuestas que allí se realizaban, solía ser más bien frecuentado por las gentes de dinero.

—¿Qué tal? —les preguntó Miguel, nada más ver entrar a su padre y hermanos en casa.

—Ufff... No veas tú —le dijo Vicente, que se le notaba emocionado— Es algo increíble...

—Este nos ha dado un camino de vuelta que no os quiero decir —le cortó su padre—. Y eso que no se decidía a venir.

—Porque no imaginaba que fuera así —aclaró Vicente—, además no veáis que ambiente. Y aposté en una ocasión, ¿verdad, padre? Y casi gano...  
*¡Cago en diez!*

—No me gusta que digáis palabrotas y menos delante de mí —sentenció Rosario.

—Disculpe, madre, se me ha *escapao* —se corrigió Vicente—. Pero, de verdad, Miguel, tenía razón Carlos, es increíble... ¡Tienes que ir!

Vicente, después de decir esto, cogió la gorra de la mesa y se la puso sobre la cabeza.

—¿Vas a salir ahora? —le preguntó su madre al ver el ademán.

—Sí, aún no es tarde, y le prometí a Mónica que si volvíamos pronto iba un rato a verla.

—Pero a las diez estás de vuelta para cenar.

—Qué si, madre... Venga, ¡hasta luego!

Y silbando, Vicente salió de nuevo ante la mirada complaciente de su padre.

\*\*\*\*

Hacia pocos días que concluyeran las obras de un nuevo edificio en la misma calle donde ellos vivían. No distaba ni cien metros. Rosario pasaba todos los días justo por delante y, esa mañana de marzo, se quedó un rato parada, mirando la entrada del portal. No le desagradaba, era amplia y los escalones que subían hasta el vestíbulo parecían de mármol blanco. Tenía muy buena apariencia, así que se asomó y observó con un poco más de detenimiento. La voz de un hombre a su espalda, la sobresaltó.

—Buenos días, señora, ¿desea entrar y ver algún piso?

—¡Ah! Perdona, no le había visto —saludó Rosario, un poco azorada—. Soy vecina, de aquí de la calle, y estaba mirando el portal, que es muy hermoso...

—Es un edificio muy bien construido, y aún quedan pisos por alquilar, pero muy pocos. Si tiene interés, debe darse prisa —alegó el hombre, que iba muy bien trajeado, con una amplia sonrisa.

Rosario sonrió a su vez, haciendo intención de marcharse; pero, sin saber cómo, en ese momento, cambió de parecer.

—¿Es usted el administrador de la casa? —preguntó, mirando ahora al hombre con fijeza.

—Así es, señora. Mi nombre es Luciano Sánchez, y encantado de conocerla —le dijo, haciéndole un gesto cortés con la cabeza. ¿Le interesaría

ver algún piso?

Subieron ambos al primero, pues en esta planta —le dijo— quedaba un interior por alquilar.

A rosario, le llamó la atención que sólo hubiera cuatro puertas por planta. Y le preguntó al administrador por ese detalle.

—Así es. Esta casa sólo tiene cuatro viviendas en cada planta. Dos pisos son exteriores y dos interiores. La casa cuenta con seis alturas, un sótano con dos viviendas y un bajo con otras dos, más la vivienda de la portería. En total son 28 vecinos y el portero.

Entraron en la vivienda, y Rosario observó que disponía de un largo pasillo, que incluso hacía hasta ángulo. Tenía tres dormitorios, una cocina, más bien pequeña, pero con un buen fregadero y amplia fresquera bajo la ventana que era de dos hojas. Los dormitorios estaban bien, sobre todo uno le llamó la atención por lo largo que era, y el comedor la dejó con la boca abierta, pues era casi el doble del que ellos tenían en la otra casa. Con dos buenas ventanas, la luz entraba a raudales, como en el dormitorio que se hallaba tras el comedor.

Después, subieron al tercero, donde quedaba un exterior aún por alquilar. No era, en tamaño, mucho más grande que el interior del primero; incluso, aun teniendo dos balcones que daban a la calle, la luz le pareció a Rosario mucho menor. Y la diferencia en el precio del alquiler lo hacía aún menos atractivo. El resto que quedaba libre eran las dos viviendas del sótano.

Salió Rosario muy pensativa de aquella casa; sobre todo, al decirle el administrador el alquiler mensual del piso que le gustaba, y que resultaba ser sólo veinte pesetas más al mes de lo que pagaban ahora. Ni llegó a la esquina, rápida se volvió, y con fuerte determinación se dirigió de nuevo hacia la casa.

\*\*\*\*

El 15 de abril de 1935 inauguraron el nuevo piso. A Rosario le encantaba el azulejo del suelo, que formaba dibujos geométricos; sobre todo el del

comedor con aquellos mosaicos de cuadritos con muchos colores que iban formando dibujos. Y todos estaban entusiasmados con el torrente luminoso que entraba por aquellas dos hermosas ventanas. Aun siendo un primero e interior, tenía mucha entrada de luz por esa zona ya que en altura venía a ser un como un tercer piso, pues estaba por encima de los pisos bajos y sótanos, con la buena fortuna que el muro frontal del patio terminaba por debajo de ellos, siendo, a partir de aquí, un patio abierto, pues el edificio de enfrente era una fábrica de muebles y el muro llegaba hasta la terraza de dicha fábrica.

Compraron un aparador más grande con vitrina de cristal y encimera de mármol. El dormitorio alargado les vino muy bien para colocar una cama al fondo de 135 cruzada, arrimada a la pared, con su mesilla. A continuación, un buen armario ropero que adquirieron de segunda mano y frente al armario dos camas en litera. Incluso les quedó sitio para colocar un mueble lavabo con su espejo. Allí, dormirían los chicos. Dolores y María ocuparon el otro dormitorio junto al comedor. Fernando y Rosario se acomodaron en el que estaba pasado el váter, que era muy hermoso; compraron dos mesillas, una para cada lado de la cama y se hicieron con un armario de dos amplias puertas con luna. Por último, adquirieron una cama mueble que pusieron en el amplio comedor, por si se quedaba Esther alguna noche a dormir, o les venía algún familiar del pueblo.

Rosario contemplaba satisfecha su nuevo comedor. La máquina de coser lucía, colocada justo al lado de la ventana del fondo. El viejo aparador, que trajeron de la otra casa, seguía ofreciendo su servicio para guardar la loza, pero lo que más le gustaba a Rosario era contemplar la vitrina de cristal del mueble nuevo, donde lucían las copas que trajera del pueblo y que pertenecieron a su abuela Isabel. Y las dos jarras de cristal talladas, y el juego de café esmaltado en negro con dibujos de flores rojas y blancas con hojitas verdes, que trajera de La Argentina. Y en la encimera de mármol blanco, sobresalían el frutero de cristal con pie, la pipa de plata para fumar mate y los dos candelabros de alpaca de tres brazos que estaban como nuevos, pues era un regalo de bodas que nunca expuso hasta ahora.

Rosario lo contemplaba todo con una relajada expresión; sus labios no sonreían, pero si sus ojos.

—¡Por fin! —dijo en voz alta, y abrió los brazos—. ¡Mis cosas! —y, sin poder evitarlo, una lágrima comenzó a resbalarle por la mejilla.

El doce de mayo de 1935 celebraron todos juntos la comunión de Inmaculada. Hasta la prima Palmira vino del pueblo para asistir. Llegó a Madrid cuatro días antes, y bien que se portó, echándoles una mano en las tiendas. Al no poder cerrar las fruterías en pleno mayo, y puesto que Isabel quería que fueran todos, tuvieron que salir para Tembleque el sábado por la tarde. Cerraron un poco antes de las ocho, y ya, con todo dispuesto, salieron cerca de las nueve. Antes de las once ya estaban en el Cuartel. Vicente condujo con prisa, aunque Rosario en cuanto notaba que corría demasiado, le hacía aminorar la marcha.

El domingo amaneció espléndido, y toda la familia acompañó a Inmaculada a la Iglesia (hasta Carlos consiguió permiso en el cuartel). Estaba muy guapa, con su traje blanco y su velo de gasa que se sujetaba a la cabeza con una guirnalda de pequeñas y coloridas flores naturales que le había trenzado su madre. Se hicieron varios retratos, e Isabel prometió enviarles alguno.

Rosario estuvo muy feliz, casi como no recordaba haberlo estado en mucho tiempo. Veía a toda su familia reunida, y ya sólo este hecho le hacía estar muy contenta. Inmaculada, a pesar de la distancia, se notaba que la tenía mucho cariño, y no sé cuántos besos le dio aquel domingo. Carlitos era un muchachito muy guapo, pero muy trasto, que bien que le hacía rabiar a Inmaculada, y Rosarito, que ya contaba tres años, era también una preciosidad. Tan rubita como Miguel, tenía unos ojos azules que se le salían de la cara, y le hacía mucha gracia el hecho de que su abuela se llamara igual que ella. Así, en la Iglesia, le preguntó: “¿De verdad que te llamas como yo?” Y al afirmar Rosario con la cabeza, la niña volvió a preguntarle: “¿Y también te llamabas así cuando eras pequeña?”

Regresaron a Madrid ya a la caída de la tarde de aquel magnífico e

inolvidable domingo. En la camioneta, sentadas en el banco del cajón, María y su prima Palmira charlaban, algo alejadas del resto, que se entretenían contando chistes.

—No te lo quería decir, María, pero Servando estuvo en el pueblo hace un mes —confesaba en ese momento Palmira—, vino al entierro de su madre.

—¿Murió la señora Flora? —preguntó María, sorprendida.

—Sí, llevaba unos meses enferma, algo de la pleura. Vino él sólo, pues Socorro se quedó en Mallorca con el niño.

María, ante este comentario de su prima, guardó silencio.

—Yo sólo me acerqué a darle el pésame —continuó Palmira—, y... bueno, me preguntó qué tal te iba...

—No quiero saber más —la interrumpió María, mostrando un tono de voz tan tajante, que Palmira calló de golpe—. Me prometí a mí misma no volver a hablar de él —en este instante, miró a su prima a los ojos y continuó hablando—. Está casado, tiene a su mujer y a su hijo; lo nuestro pertenece sólo ya al pasado, y te juro, Palmira, que no voy a revolver en él.

Durante un buen rato, ambas mujeres se mantuvieron en silencio; luego, se les acercaron Esther y Dolores riendo ambas.

—¡Hay que ver la cantidad de chistes que sabe Carlos! —comentó Dolores jocosa.

—Es cierto —corroboró Esther—, y algunos bien verdes... ¡Si le llega a escuchar madre! Y vosotras, ¿qué? De cotilleos, ¿no? —añadió, dando un codazo a su prima Palmira.

—Bueno... hablando de las cosas del pueblo —repuso María con rapidez.

—Oye, Palmira ¿se llegó a casar Lorenzo, el herrero, con Pili, su prima hermana? —preguntó Dolores, curiosa.

—¡Qué va a casar! Al final, la prima quedó preñada de uno de Peñaranda.

Ante la inesperada noticia, las tres hermanas soltaron una carcajada.

—¡Jesús! ¡Con la que liaron! —exclamó Esther, sin dejar de reír—. ¿Y cómo fue eso?

—Ya ves, pues con eso de que son primos, no aceptaban los padres de él ni los de ella. De eso os acordaréis —las tres hermanas movieron la cabeza afirmativamente—. ¡Claro que os acordáis! —exclamó Palmira—. Si se tiraron con el tira y afloja cinco años. Bueno, pues al final, pidieron la dispensa papal; pero, un día, los pilló Marcial, el padre de la Pili, en el pajar, y se armó una que se enteró *to* el pueblo. Como la dispensa tardaba en llegar, decidieron enviar a Pili a casa de una tía, hermana de su madre, para evitar problemas, pero allí debió echar tan en falta los encantos de su primo, que se consoló con otro bien *consolá*.

Las tres hermanas, reían con ganas.

—Mira con la Pili... ¡Y parecía tonta! —dijo Dolores, muerta de la risa.

—Tonta, no lo creo, pues se casó con el de Peñaranda —añadió Palmira—, que tiene una taberna, y *pa allá* se marchó... de tabernera.

—Ja ja ja —reía Esther—. Y el pobre Lorenzo... ¿Qué fue de él?

—¿Ese? Ahí sigue, poniendo herraduras a los burros y arreglando pucheros y sartenes.

—Y la dispensa papal, ¿llegó? —preguntó Dolores.

—Sí, al mes de casar con el tabernero. Creo que la guardan, por si acaso en un futuro...

Las tres hermanas no paraban de reír. El hecho tenía su gracia, y contándolo Palmira, mucha más.

—¡Cuándo lo sepa madre, se troncha! —dijo Esther, que lloraba de la risa.

—Dolores está tonteando con un chico —soltó de repente María.

—¡Calla, boba! —Dolores se ruborizó.

—¿Es cierto? —preguntó Palmira, sorprendida.

—¡No hagáis caso! Son cosas de esta liante.

María sonreía muy picarona.

—Es un vecino de la nueva casa. Es sastre y ya la ha invitado a salir dos veces.

—Mira que eres chivata —Dolores, muy colorada, miró furiosa a María—. ¿Y por qué no les cuentas tú que has ido al cine con Rubén, el relojero de Pardiñas?

María quedó con la boca abierta. Pensaba que no lo sabía nadie.

—Pero, bueeeno... Así que las dos andáis con moscones. Y tú, ¿Esther? —Palmira estaba disfrutando de lo lindo.

—¿Yo...? No tengo tiempo, hija, con todo lo que tengo que trabajar en palacio... —Esther se mostró pesarosa—. Más quisiera yo...

—Oye, Dolores, un sastre es un buen partido —Palmira volvió a la zaga—. No le dejes escapar. ¿Y cómo se llama?

—Alejandro —contestó rápida María.

—Ya habló la chivata —protestó Dolores.

—Pero, ¿te gusta o no? —Palmira quería saber más.

—¡Mujer! Apenas le conozco...

—Pero te habrás hecho una idea, digo yo —Palmira, seguía recurrente.

—¡Bueno! Dejadlo estar —Dolores empezó a ponerse nerviosa—. Y a madre no le digáis nada, ¿vale? —exigió, apuntándolas con su dedo índice—. Luego se levantó del banco y volvió junto a sus hermanos, sentándose con ellos en la manta.

—Está claro que le gusta ese Alejandro —afirmó Palmira, mirando con una cariñosa sonrisa hacia Dolores, y sus dos primas oscilaron afirmativamente la cabeza.

\*\*\*\*

El lunes, 7 de junio de aquel 1935, Fernando entró en casa portando un gran paquete en las manos. Al pasar delante de la cocina, hacia el comedor,

Rosario que estaba terminando de hacer la cena, le miró de reojo.

—Pero, ¿qué traes ahí? —preguntó, y al no obtener respuesta, se secó las manos y fue hacia el comedor.

Sobre la mesa, Fernando había dejado el paquete. Vicente, que estaba intentando arreglar un reloj, miró el considerado bulto extrañado, y Dolores que estaba bordando debajo de una de las ventanas, dejó de bordar.

—¿Qué es eso, padre? —preguntó Dolores, adelantándose a Vicente.

—Un aparato de radio —declaró Fernando, con suma satisfacción, en el instante que Rosario entraba en el comedor.

—¿Una radio? —repitió Vicente, visiblemente sorprendido.

Fernando ya había desembalado el paquete, y todos los presentes contemplaban la brillante madera de aquel invento del que tanto hablaba la gente, pero que era un artículo sólo para ricos, por su elevado coste.

—¿Te has vuelto loco? —fue lo primero que dijo Rosario—. ¿Cuánto has pagado por eso?

—Nada —la respuesta de Fernando les dejó muy extrañados.

—¿Cómo qué “nada”? —preguntó Rosario incrédula—. Déjate de milongas, que eso vale un *potosí*.

—Te repito que “nada”. ¿Os acordáis de aquella cartera que me encontré en la calle con 700 pesetas?

—¡No me voy a recordar! —dijo Rosario.

—¡Claro que te acuerdas! Como que discutimos, porque tú hablabas de no devolver el dinero —acusó Fernando a su mujer, pero con moderado tono.

—Porque no somos ricos —se defendió con rapidez Rosario—, y seguro que quién lo perdió tiene muchos cuartos.

—Ya te he dicho siempre que el hombre honrado es aquel que mide un derecho por su deber. Dentro de la cartera —continuó Fernando, sin dejar de sonreír—, estaba la cédula de identidad y la dirección de su dueño, y era mi deber devolverla.

—Y te quiso dar un dinero de recompensa, y no se lo admitiste —le achacó Rosario.

Fernando, seguía sonriendo.

—Pues, mira por donde, el dueño de la cartera, fabrica aparatos de radio. Así que esta tarde, poco antes de echar el cierre, llegó un mozo con este paquete. Me dijo que era un obsequio de Francisco Alcobas, y me entregó junto a el, esta carta —y extrajo del bolsillo de su pantalón un sobre doblado por la mitad.

Vicente tomó el sobre.

—Ábrelo... Ábrelo, y lee lo que dice la carta —le pidió Fernando.

Con interés, Vicente extrajo la carta y comenzó a leerla.

*“Estimado amigo, Fernando: Permita que le llame así, pues su generosidad y demostrada honradez me obligan a considerarle como tal.*

*Le estaría muy agradecido si aceptara de mi parte este pequeño obsequio. Supongo que no pondrá inconveniente en ello, pues me dedico a fabricar aparatos de radio, y este que le entrego, lo he hecho especialmente para usted. Adjunto a el, va un pequeño libro dónde podrá leer sobre este invento y algunas instrucciones de uso.*

*Deja usted en mí un amigo para todo lo que crea menester.*

*Con mi más alta consideración:*

*Fdo.: Francisco Alcobas*

*Presidente de la Compañía Ibérica de Telecomunicación”*

Tras la lectura de la carta, Rosario, Vicente y Dolores quedaron tan impresionados que no sabían que decir. Dolores miraba a su padre con una mezcla de admiración y cariño. Sin pensarlo, se levantó, fue hacia él y le dio un abrazo, besándole con fuerza en las mejillas.

Aquel verano de 1935, en España se vivía una fuerte convulsión política. Desde la llamada “Revolución de Octubre” las cosas habían ido de mal a peor, y las crisis en el gobierno se sucedían de continuo. El nuevo ministro de Agricultura, Nicasio Velayos, miembro del Partido Agrario y gran terrateniente, inicio inmediatamente una política claramente “contrarreformista”. Lo primero que hizo fue no renovar la Ley de Yunteros por lo que miles de familias se vieron expulsadas inmediatamente de las tierras que cultivaban, lo que se tradujo en un notable deterioro de las condiciones de vida de los jornaleros, que tuvieron que aceptar salarios más bajos si querían tener trabajo. También, con la “contrarreforma socio-laboral”, miles de obreros fueron despedidos con el pretexto de haber participado en las huelgas de la “Revolución de Octubre”, o, simplemente, por pertenecer a un sindicato. Se congelaron los salarios y se aumentó la jornada laboral en muchos sectores. Las clases trabajadoras vivían una difícil situación, y el desempleo iba en aumento día a día.

—Esto está cada vez peor —comentó Fernando, que leía las noticias en el periódico—. No se ponen de acuerdo las derechas con las izquierdas, y esto sólo acarrea más inseguridad y mayor pobreza. Tantos partidos se han formado, que ya no sabe uno quién es cada cual.

—Nosotros no podemos quejarnos, que tan mal no nos ha ido en estos últimos tiempos —argumentó Rosario, que cosía sentada muy cerca de su marido—. Y tampoco hay tantos alborotos por las calles. Yo no entiendo de política —prosiguió—, pero, el otro día, oí comentar en la frutería a dos clientas, que un hijo del General Primo de Rivera, encabeza un partido político de esos, y hablaban muy bien de él.

—Sí, se llama José Antonio y ha fundado un partido que llaman “Falange Española”. No me gusta, le he escuchado por la radio en el resumen de un mitin que dio, y emplea un lenguaje violento y revanchista.

—Pero son de derechas, ¿no? —preguntó Rosario.

—Sí, pero es una derecha bastante dura —respondió Fernando—; ahora, andan muy amigos de los fascistas italianos, eso hablan en los periódicos. No me gusta nada esa gente, me refiero a los fascistas. ¿Te acuerdas de aquella mujer que vendía verduras en el mercado y que mataron el año pasado? —Rosario, negó con la cabeza—. ¡Sí, mujer! Creo reordar que se llamaba Juanita y la dispararon a ella y a dos hermanos en la calle. Si fue muy comentado...

—¡Ah!, ya lo recuerdo —dijo, Rosario—. Se liaron a tiros con ellos. La mujer murió y un hermano quedó paralítico, ¿no?

—Así es; bueno, pues por lo visto ella era de las juventudes socialistas, y los dispararon a bocajarro desde un coche. Aquello dio mucho que hablar. Hubo hasta una gran manifestación. Imputaron a un aristócrata, pero fue absuelto por falta de pruebas, y, ¿sabes quién fue su abogado defensor? —Rosario negó con la cabeza—, pues José Antonio Primo de Rivera.

—Pero, ¿es abogado, también? —Rosario se mostró asombrada.

—Pues claro. Ahí hubo gato *encerrao*. En el juicio tuvo que intervenir hasta la guardia de asalto porque hubo tumultos.

—Y ¿Por qué la mató un aristócrata? No lo entiendo.

—Fueron varios, pero sólo pillaron a uno. Le llamaron “El crimen de los señoritos de sangre azul”. Por lo visto, se rumoreó que esta muchacha estuvo presente en una reyerta anterior donde murió un joven falangista, y que, dicen, se orinó encima de él cuando aún estaba moribundo.

—¡Jesús! ¡Qué barbaridad! —exclamó Rosario poniendo cara de repulsa—. Y, ¿sería verdad?

—No lo sé, pero si la mataron a tiros desde un coche, seguro que fue por un ajuste de cuentas.

—Señor, Señor... ¡Qué mal anda esta España nuestra! —se quejó Rosario, mientras remataba la prenda que estaba cosiendo.

\*\*\*\*

Aquellas calurosas noches de agosto, Rosario solía bajar un rato a la

puerta de la calle y allí se juntaba con la señora Cristina, la portera de la nueva casa, y varias vecinas. Pasaban un rato, hasta la medianoche, más o menos, charlando y haciendo “trajes” —como decía Fernando.

—Es que no corre una brizna de aire —dijo la portera—. Menudo verano de calor llevamos.

—Yo dejo abiertas las ventanas del comedor y la del pasillo toda la noche para que corra un poco el aire —matizó Rosario—. Y aun así, hasta el amanecer, no se nota que entre fresco.

—¿Y no se le llena la casa de moscas? —preguntó doña Pilar, una vecina del cuarto “A” que era viuda de un capitán de la guardia civil y que —según decía Rosario— se daba mucho *pote*

—Pues no, porque al apagar las luces se van —repuso Rosario, algo altanera.

—Las moscas son pesadísimas —intercaló la portera—, y como tenemos tan cerca la vaquería...

—¡Es cierto! Eso es lo peor... ¡La vaquería! —protestó doña Pilar, y mientras lo decía se daba unos buenos golpes con el abanico abierto en el pecho—. ¡Qué bochorno, Dios mío!

—Qué raro que esta noche no bajara la señora Rufa —comentó Rosario en ese momento.

—Sí, es extraño —añadió doña Pilar.

El ruido del motor de un coche sonó en ese momento. Las tres mujeres miraron curiosas; pocos coches pasaban por la calle y mucho menos a esas horas.

—Es un taxi —dijo la portera cuando el vehículo paso por delante de ellas—. Seguro que va a la Casa de Socorro.

—Muy convencida lo dice usted —señaló Rosario.

—A estas horas, y un taxi... Ya le digo yo que sí —sentenció la portera, con una seguridad pasmosa a los ojos de Rosario.

—Yo no sé cómo aguanta doña Concha tomar el sol todas las mañanas en

la azotea —comentó Rosario, después de un breve silencio.

—Eso mismo me pregunto yo —habló doña Pilar—. Así está de quemada, que parece una africana.

—Es una mujer muy aparente —indicó Rosario—, claro que aún es bastante joven, y le gusta lucirse. Su marido, según me dijo la señora Rufa, estuvo varios años en Almería destinado por su Empresa, de ahí debe ser que le guste tanto estar morena. Desde luego, tiene la cara como una campesina... de tanto sol.

—Pues no sé si debía contarles algo que me han comentado hoy mismo —dijo, en ese momento la portera, y al tiempo las dos mujeres la miraron al unísono.

—Hable usted, señora Cristina, que ya sabe lo discretas que somos nosotras, ¿verdad, Rosario?

—De eso no debe tener duda; lo que usted cuente aquí se queda —revalidó Rosario, muy digna.

—Pues el caso es que me ha comentado la señora Rufa, que esta mañana, sobre las dos de la tarde, fue a recoger las sábanas que tenía tendidas en la azotea, y dice que se quedó muerta cuando vio a doña Concha tomando el sol con todo al aire.

—¿Qué nos dice usted...! —doña Pilar se mostró escandalizada—. ¡La pobre Rufa...! Por eso no bajó esta noche, debe estar afectada. Pero... ¿Estaba desnuda?

—Bueno, eso me dijo, que estaba tumbada en una toalla y que se había quitado toda la ropa.

—¡Jesús! —Rosario mostraba ahora la misma cara de escándalo que su vecina—. Pero... ¿desnuda del todo?

—Chssss —silenció la portera—, no levanten tanto la voz, que están las ventanas abiertas.

—¿Cómo tuvo que quedarse la pobre Rufa! —exclamó Rosario, bajando el tono.

—Ya le digo —confirmó la portera—, y con el mal genio que ya saben

ustedes que gasta... Creo que la llamó de todo. Bueno, hasta me dijo que la llamó “*guarra*”.

—No me extraña, menuda es la asturiana... —doña Pilar mostró al decir esto una sonrisa guasona.

—No quiero imaginármelo —añadió, Rosario—, con lo que es ella de puritana, lo tuvo que pasar fatal.

—Si les cuento además lo que me dijo —dejó caer la portera.

—¡Cuenta! ¡Cuenta! —pidieron las dos mujeres a la vez.

—Según me comentó —la portera se acercó a las dos todo lo que pudo, mirando hacia las ventanas de la casa—, dice que de rubia nada, que tiene el pelo teñido, porque los pelos de abajo... ya me entienden... son negros.

Rosario al ver la boca abierta de doña Pilar, con una cara que parecía que iba a desmayarse de un momento a otro, no pudo aguantarse y soltó una carcajada.

—¡Por Dios! ¡Qué vergüenza! ¡Y usted encima se ríe! —riñó escandalizada la vecina, que levantándose recogió la silla y comenzó a irse hacia el portal de la casa.

—Pero, doña Pilar, ¡no sea tonta, mujer! —Rosario, intentaba disculparse, esforzándose a la vez por dejar de reír—. ¡Venga, siéntese!

—Ya me retiro, que es tarde —alegó doña Pilar muy digna, y sin dar más razones, entró en el portal.

Dolores y María se troncharon de risa al oír el cuento de doña Concha en la azotea que les acababa de relatar su madre.

—Buena debe de estar la señora Rufa —dijo María—. Las cosas que la habrá llamado...

—¡Ya ves! Se mete conmigo porque dice que llevo la falda demasiado corta... —manifestó Dolores—. Sin ir más lejos: El otro día abro la puerta para salir, y en ese momento salía ella. Me miró de arriba abajo, y me dijo: “Dolores, no debes llevar la falda por mitad de la rodilla. Una señorita que se

dé a valer tiene que ser más recatada”

—Y tú, ¿qué le contestaste? —preguntó Rosario, mostrando el ceño fruncido—. Porque seguro que no te quedarías callada.

—Es una metomentodo, madre, pero supe guardarle el respeto, así que sólo le sonreí, le di los buenos días y bajé la escalera.

—Pues es muy buena mujer, lo único es que como la hija trabaja, está mucho tiempo sola, y se le ha avinagrado un poco el carácter, pero a nosotros nos ha tomado mucho aprecio.

—Madre, Luisa no es su hija —aclaró María—. Ya nos dijo ella que la señora Rufa trabajó toda la vida en casa de sus padres, y que cuando se casó y se vino a Madrid, la trajo con ella.

—Pues para mí como si lo fuera —afirmó Rosario tozuda—. Y ya os digo que es muy buena persona.

Dolores y María se miraron, sabían que si su madre decía que hacía sol cuando llovía, había que cerrar el paraguas.

—Y vosotras dos, cuidadito de ir contando nada sobre esto de la azotea —avisó Rosario, señalándolas con el dedo índice estirado—. Y ahora vamos a acostarnos que ya son pasadas las doce.

—No se preocupe madre —apuntó María con sorna—, que ya se encargará la portera y la señora Rufa de divulgarlo.

—Ja, ja, ja —rio Dolores—, y espérate que no lo publiquen en la Gaceta.

—Bueno, ellas sabrán lo que hacen, pero vosotras dos... ¡Chitón!

Carlos estaba a punto de licenciarse, y Miguel ya cumpliera los veinte años, así que pronto le llamarían también a filas. Esto preocupaba a Rosario, pues Miguel, aunque bastante recuperado, seguía con el estómago débil y hacía malas digestiones, algunas de ellas con fuertes dolores. Acudieron al médico, pero éste les dijo que no era preocupante, que padecía de gastritis, y que, por ese motivo, algunas comidas no le caían bien; así que recurría con frecuencia al bicarbonato que parecía ser lo único que le aliviaba. Por otro lado, el otoño de aquel año de 1935 venía caliente, y no sólo por la temperatura ambiente, que en Madrid, aun estando ya en octubre, los termómetros seguían marcando temperaturas veraniegas. El ambiente en las calles madrileñas se había corroído: había altercados y fuertes discusiones entre simpatizantes de izquierdas y derechas, que a veces acababan en algarada.

Aquella tarde, Rosario supo que Miguel estaba militando en el partido de Falange Española.

—¿Cómo es que tú tienes carné de falangista? —le preguntó Rosario, cuando escuchó a Miguel cómo se lo refería a su hermano Carlos.

—¿Eh? —contestó Miguel sorprendido, pues no contaba con que su madre le oyera.

—Ya me has oído. No quiero yo verte metido en follones, así que explícame ahora mismo qué es eso del “carné”.

—No es nada malo, madre. Es un partido que me gusta, así que me he hecho miembro...

—¿Miembro? —Rosario cortó en seco la explicación de Miguel—. ¿Pero no os he dicho mil veces que os alejéis de la política? ¿Acaso no veis cómo están las calles?

—Bueno, madre, tampoco pasa nada —terció Carlos, que se había licenciado hacía pocos días—. En el cuartel había muchos que eran militantes

de partidos, y de sindicatos. Además, este partido defiende la religión y...

—¡Y vuelta la burra al trigo! —exclamó Rosario ya malhumorada—. ¡Y qué me dices con eso! Me río yo de la religión de los políticos. Pertenecer a un partido, sea el que sea, solo sirve para meterse en líos y llenarles el saco; porque, dime: ¿Cuánto pagas por tener ese dichoso carné?

—Sólo es una peseta al mes —repuso Miguel azorado, porque sabía que la respuesta en nada iba a gustar a su madre.

—Ya ves... ¡Una peseta! Y ellos, a ti ¿qué te dan? ¡Aire! Hay que ser palomino para dar de comer a estos caraduras. Y encima *pa* hacerles el *caldo gordo*.

—Pero, madre, yo lo pago de lo mío —Miguel intentaba mantener su postura, aun sabiendo cuán difícil lo tenía—. De lo que me dan ustedes.

—Yo sólo os digo una cosa —dijo Rosario, muy seria, y mirando a sus dos hijos alternativamente a los ojos—. No quiero veros involucrados en ningún altercado. ¿Me habéis oído bien? —Tanto Carlos como Miguel movieron afirmativamente la cabeza—. Ni que andéis repartiendo octavillas ni gaitas por las calles, que buenas están con tanto papelillo *tirao*. Y nada de ir haciendo alarde por ahí de ningún partido, cuanta menos gente sepa lo que pensáis o queréis, mejor. ¿Os lo habéis metido bien en la sesera?

—Sí, madre, no se preocupe —declaró Carlos, y Miguel asintió con otro “sí”.

—Y tú —dijo ahora, dirigiéndose a Miguel—, mucho *cuidao* por donde andas. Hay mucha gente retorcida y mala que te puede buscar las cosquillas, así que ándate con ojo. Y no te fíes de lo que digan, porque hay mucho lobo *disfrazao* de cordero. Advertido quedas.

—Gracias, madre, ya sabe que yo agradezco siempre sus consejos y los tengo en cuenta.

—Pues, no se hable más —dijo Rosario, complacida, pero intentando no mostrarlo, al ver la buena disposición de sus hijos—. Y ahora, enséñame ese carné, quiero ver cómo es.

\*\*\*\*

El nuevo gobierno, formado el 25 de septiembre de 1935, se vio envuelto de lleno por el escándalo del estraperlo que provocó la salida de Lerroux del Gabinete y del resto de radicales el 29 de octubre. El hundimiento de los radicales trajo una mayor desestabilización en el poder político que obligó al Presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, a disolver el Parlamento el 7 de enero de 1936 y convocar elecciones para el 16 de febrero, la primera vuelta, y el 1 de marzo la segunda.

Y así, llegaron las elecciones del 36. Los partidos de izquierdas se habían aglutinado en un llamado “Frente Popular” y la campaña electoral se vivió como una gran confrontación entre la izquierda y la derecha. Con una participación del 72,9% ganó el Frente Popular, aunque, en realidad, el reparto de votos fue muy equilibrado, puesto que la izquierda sacó un 47,1% frente al 45,6% de la derecha; sin embargo, como el sistema electoral primaba a los ganadores, esto se tradujo en una holgada mayoría para la coalición del Frente Popular. La Falange Española no se quiso integrar en las coaliciones de la derecha, y sólo sacó el 0,5% de la totalidad de los votos. El Frente Popular, con sus 236 diputados, marcaba fuerte diferencia con la derecha que obtuvo 156.

Nada más conocerse la victoria del Frente Popular, se produjo un primer intento de “golpe de fuerza” por parte de la derecha para intentar frenar la entrega de poder a los vencedores. Intentaron, sin éxito, que el presidente del gobierno en funciones, señor Portela Valladares, declarase el “estado de guerra” y anulase los comicios. El General Franco, aún jefe del Estado Mayor del Ejército, se adelantó a dar las órdenes pertinentes a los mandos militares para que declarasen el “estado de guerra”, pero fue desautorizado por el presidente del gobierno y por el ministro de la guerra. Este percance hizo que el presidente del gobierno entregase antes de tiempo el poder a la coalición ganadora sin esperar a que se celebrase la segunda vuelta de las elecciones, prevista para el 1 de marzo. Así, el 19 de febrero, Manuel Azaña, líder del Frente Popular, formaba el nuevo gobierno de la Nación.

Rosario estaba asustada. La radio, donde Fernando pasaba mucho rato escuchando las noticias, hablaba de tumultos y actos de violencia en varios lugares de España. Ya, durante la campaña electoral, se desarrollaron mítines cargados de ira y con afán revanchista. Incluso varias personas perdieron la vida en reyertas a la salida de algunos mítines. El resultado electoral, según comentaban por la radio, aunque diera la victoria al Frente Popular, no estaba claro y tenían que repetir votaciones en varias ciudades de España. En este clima de tensión, durante aquellos primeros días después de las elecciones, las noticias no eran nada aclaratorias, incluso se hablaba de fraude electoral.

—¡Dios mío! ¿Tú qué crees que puede pasar? —le preguntó Rosario a su marido, visiblemente afectada por las noticias que daban en la radio.

—Pues no lo sé, pero el Frente Popular ha ganado las elecciones, de eso no hay duda, y por mayoría, y las calles ya ves como están, que llevan tres días de manifestaciones, celebrándolo.

—Sí, pero dicen por la radio que vuelven a votar en no sé cuántos sitios, eso es que todavía no es seguro. Mira cómo andan en Málaga y en Canarias...

—¡Va! Esas son minucias... —Fernando le quitaba importancia al temor de Rosario—. El Gobierno ya es de izquierdas, nos guste o no.

—¡Ay, Dios mío! Qué no vuelvan a quemar las iglesias... y no se peguen tiros por las calles.

—Eso sí que no te lo puedo asegurar —dijo Fernando mientras liaba un cigarrillo—. Pero si sé que una de las primeras medidas que tomará el nuevo gobierno es la puesta en libertad de los que encarcelaron como consecuencia de la revolución de Octubre del 34. Y son muchos miles.

—Bueno, yo eso no lo veo mal —señaló Rosario—. Oye, ¿y cómo quedaron esos de la Falange?

—Nada, ni sacaron un diputado. Fueron de independientes y se han *estrellao*.

—¿Qué opinas tú de ese partido? —Fernando, ante la pregunta de su mujer, levantó la cabeza y la miró.

—Pues, no sé qué decirte... Hay cosas que me van, y otras, no tanto.

—Y cuáles son esas cosas, si puede saberse —siguió indagando Rosario.

—Pues me va el hecho de que sea un partido cristiano, que mira por las tradiciones y buenas costumbres, pero la forma en que exponen su ideario no me convence en absoluto. Ya te conté aquel incidente con la verdulera —llegado a este punto, Fernando arrugó el ceño—. Y tú, ¿a qué viene tanto interés por la Falange?

Rosario, que terminaba de zurcir un calcetín, lo dejó sobre la mesa y clavó la aguja en el ovillo.

—Verás, es que hace unos meses, le pille a Miguel contándole a Carlos algo sobre un carné de falangista. Le pregunté, y me dijo que se había hecho socio de ese partido.

—Militante, quieres decir —le corrigió su marido.

—Sí, vamos que paga una peseta al mes por ser del partido.

—¿Y desde cuándo lo es? —preguntó Fernando que se había quedado pensativo.

—No se lo pregunté a él ese día, pero luego hablé con Carlos y le sonsaqué que lleva como un año. ¿Tú que piensas de esto? —Rosario mostraba su duda—. A mí, con tanto lío político que hay formado, me tiene intranquila; temo que se pueda meter en alguna gresca callejera.

—Pues la verdad es que no sé bien que opinar. Por un lado, no pasa nada por militar en un partido, son muchos miles los que lo están hoy en día; pero, por otro lado, y según están las cosas de complicadas, no conviene ser un militante activista.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Rosario, que no veía claro este último comentario de su marido.

—Pues que no debe participar en campañas, ni en actos de partido, ni ser colaborador en ningún asunto —aclaró Fernando, que fumaba pensativo.

—De eso ya me encargué yo de advertirle, y bien avisado que fue. También le advertí que no comentara con nadie que tenía el carné ese, que nunca sabes lo que puede pasar.

—Hiciste muy bien. Con los tiempos que corren, toda precaución es poca.

Ya hablaré luego con él.

\*\*\*\*

El domingo 23 de febrero, una semana después de las elecciones, volvía Dolores de dar un paseo con Alejandro, el vecino del bajo, el sastre, y con quien llevaba saliendo hacía unos meses. Al llegar a la calle de Lista, un grupo bastante numeroso la atravesaba dando gritos de “Viva el Frente Popular” “Abajo la tiranía”, entre otras consignas. Se pararon en la acera para dejarles pasar, justo en la esquina con la calle Alcántara, y, en ese momento, a gran velocidad, tres coches negros aparecieron de pronto; al llegar justo al cruce, y sin detenerse, comenzaron a disparar contra los manifestantes, atropellando a varios de ellos. Dolores, muy asustada, se agarró con fuerza del brazo de su acompañante, mientras oía los disparos y los gritos lacerantes de hombres y mujeres. En cuestión de segundos, los coches desaparecieron calle arriba, dejando detrás una estela de muerte y dolor.

Recuperados parcialmente del impacto que les causó ver aquella escena, Dolores y Alejandro, acudieron veloces a socorrer a las víctimas. Dos de ellas habían muerto a consecuencia de los disparos, otras diez estaban muy malheridas por heridas de bala o por el atropello de los vehículos, y un elevado número presentaba heridas superficiales de diferente consideración. Con prontitud, fueron trasladando a pie a los heridos a la Casa de Socorro de la calle Montesa que se encontraba a poca distancia de allí. Varios minutos tardaron en acudir cuatro ambulancias y tres coches de la policía.

Dolores, muy afectada, con las mangas de su abrigo manchadas de sangre, así como parte del frontal y ambas medias, lloraba desconsolada. Era la primera vez que veía algo así, y la impresión le causó un enorme dolor. La policía comenzó a preguntar a los manifestantes y viandantes de la zona, y Alejandro, agarrando del brazo a Dolores, la sacó de allí con celeridad.

Se refugiaron en un bar cercano, pues a Dolores le temblaban las piernas y además tenía muchísima sed.

—¿Te traigo una gaseosa? —le preguntó Alejandro que también tenía

manchadas las mangas de su gabardina, y se intentaba quitar, en lo posible, la sangre de las manos con un pañuelo.

—No, agua. Que te den una jarra de agua, por favor —pidió con voz temblorosa Dolores.

—Ahora mismo. Si quieres, entra mientras en el lavabo y te limpias un poco.

—¿Estoy muy sucia? —preguntó Dolores, mirándole con ojos llorosos.

—Bueno, un poco en la mejilla izquierda y en la frente, y también las manos, las tienes con... sangre.

Dolores se miró las manos y comenzó a llorar de nuevo.

—¡Aquel niño! ¡Tan pequeño! ¿Viste su carita llena de sangre? Y no se movía... —Dolores, lloraba con desconsuelo, luego apretó los puños—. ¡Canallas! ¡Bestias! —gritó sin poderse contener—, después, posó los brazos sobre la mesa y apoyando la cabeza en ellos, lloró sin que Alejandro encontrara palabras para consolarla.

Cuando salieron del estudio fotográfico, se fueron a la calle Goya a tomar el aperitivo. Rosario cumpliría 61 años el 5 de mayo de 1936, y para celebrar el acontecimiento —como declaró Fernando—, se fueron ese domingo día 3, a hacerse una segunda foto familiar (la primera se la hicieron en 1932) con clara idea de mandarla a Isabel y a los familiares del pueblo.

En la Cruz blanca, famosa cervecería, se sentaron en la terracita, pues aquella mañana primaveral hacía un día espléndido en Madrid.

—Está usted guapísima —comentó Esther, observando a su madre.

—¡Quita, zalamera! Guapa, dice... Nunca lo fui, así que ahora de vieja, menos.

—Desde luego, mire que es usted tremenda —la regañó María, sonriendo—. Con ese vestido tan bonito que estrena hoy, y lo bien peinado que lleva el moño...

—Eso ha sido cosa de Dolores, que se empeñó esta mañana en peinarme —comentó Rosario, y posiblemente, sin ser consciente de ello, se pasó la mano por el pelo de manera muy coqueta.

—¿Tienes que volver al palacio? —preguntó Vicente a Esther.

—No, le dije que celebrábamos el cumpleaños de madre, y me dio permiso todo el día. Oye, he dejado en la portería, antes de venir, una tarta —le confesó a su hermano en voz baja—. No digas nada, que es una sorpresa —ante la confesión de su hermana, Vicente sólo sonrió y le guiñó un ojo.

—Vamos a mandarle una copia del retrato a Isabel —dijo Fernando—, y a los primos del pueblo.

—Es una idea estupenda, padre —aplaudió Esther—. ¡Ah! Tenía que deciros una cosa. Este año han decidido irse todo el verano a San Sebastián, así que me tendré que ir con ellos. Me han dicho, que si quiero puedo coger unos días de vacaciones en agosto.

—¿Y cómo les ha dado por ahí? Hasta ahora sólo iban a pasar el mes de agosto, ¿no? —preguntó Rosario.

—Lo hacían así por la señorita Paz, que prefería estar más tiempo en la finca de la Cuesta de las Perdices. Como le gustaba tanto montar a caballo... Pero, ahora, desde que murió, prefieren ir a San Sebastián. Ya el pasado año, estuvieron a punto de hacerlo, pero ciertos asuntos del marqués se lo impidieron.

—Bueno, hija, lo voy a sentir —se dolió Rosario—, pero estarás mejor allí, que el verano es menos caluroso cuando se está cerca del mar.

—Tú y María sois las únicas que conocéis el mar —dijo de repente Carlos—. Bueno vosotras... y los padres.

—Sí, es verdad —añadió Miguel—. Tiene que ser enorme, ¿no? Por lo que se ve en el cine...

—Yo me acuerdo de esas noches en el pueblo que nos contaba aquellas historias después de cenar, de cuando estuvieron en la Argentina —señaló Vicente— ¿Se recuerda usted, padre? De lo grande que era el mar..., y aquel lago, que no se veía la orilla de la otra parte, y de los grandes buques que entraban a diario en el puerto de Buenos Aires. Y aquel viaje que tardaron cinco días en llegar a un lugar muy lejano, subidos en una diligencia de la que tiraban cuatro caballos...

Fernando, ante este recordar de Vicente sonrió, con la vista perdida; tal vez su recuerdo le llevaba, en ese momento, muy lejos de allí.

—Yo recuerdo el mar —dijo María de repente, con asomo de orgullo en la voz—; cuando volvíamos de Argentina, recuerdo verlo desde el barco.

—Pero eras muy cría, ¿no? —preguntó Tomás, que escuchaba con suma atención lo que hablaban sus padres y hermanos.

—Bueno, ya tenía seis años —repuso María.

—Aún no los habías cumplido —matizó su madre—, pero si es cierto que cuando te mareabas, te acercaba a la barandilla de la cubierta y te quedabas allí, agarrada, mirando al mar sin apenas pestañear, y se te pasaba el mareo.

—Por eso te acuerdas —aclaró su hermano más pequeño—. Como yo me

acuerdo de cuando la mula del tío Serapio me dio la coza, y tenía cuatro años.

—Sí, hay cosas de la niñez que se quedan muy grabadas y no se olvidan nunca —dijo Dolores, con un tono de voz tan triste que hizo que todos la mirasen, pero ninguno pronunció palabra; todos sabían el porqué de esa tristeza.

\*\*\*\*

El nueve de junio recibieron carta de Isabel. Acusaba recibo de la que le enviaran ellos a mediados de mayo junto con el retrato familiar. Sobre este, refería que le causara mucha emoción verles a todos, y que ya lo tenía enmarcado y colocado en el comedor de su vivienda, junto al anterior. Venía una noticia que les alegró a todos, aunque también, y en la misma medida, les preocupara, y era que anunciaba su visita a Madrid para primeros de julio, pues iban a llevar a Rosarito, que ya iba a cumplir cuatro años, a un oftalmólogo de la capital que les recomendaran, ya que observaban que a la niña le lloraban a veces los ojos, y además parecía como si no viera bien de lejos.

Después de la cena, cuando estaban ya con los postres, comentaron sobre la carta de Isabel

—¡Ay, mi niña! —exclamaba en ese momento Rosario—. Espero que no sea nada grave.

—¡Qué va a ser, madre! —puntualizó Miguel. Seguro que le ponen unas gafas y ya está.

—¡La pobrecita! —exclamó ahora Dolores—, con gafas... tan pequeña.

—Pues no sería la primera —Miguel le quitaba importancia—. Sin ir más lejos, en la frutería hay una clienta que tiene cuatro niños y los cuatro llevan gafas, ¿verdad, madre?

—Ya, pero están muy feos. No me digáis que no... —matizó Dolores, poniendo cara de desagrado.

—Bueno, dejáros de hablar, que no sabemos aun lo que tiene —señaló Fernando.

—Eso es cierto —abundó María—, a lo mejor es algo que se cura con un tratamiento sin necesidad de ponerle lentes.

—¿Sabéis? A pesar de todo, me hace mucha ilusión que vengan —declaró Rosario—, aunque no sé cómo nos vamos a apañar para alojarnos todos en casa.

—Seguro que sólo vienen para el día —evidenció Tomás—. Tembleque está muy cerca, vendrán al médico y luego se volverán a ir.

Los demás asintieron ante este razonamiento del hermano pequeño, que ya tenía 17 años.

—Sí, es probable —reconoció Rosario un poco mustia—. Me hace tanta ilusión ver a los niños...

—A todos nos la hace, madre —apuntó Dolores—. Bueno, yo me voy a dar una vuelta con Alejandro, que hace muy buena noche.

—Pero a las once en casa —ordenó Rosario, con rapidez.

—Que sí, madre, no se preocupe.

Después de salir Dolores, Fernando se puso a escuchar la radio, y los chicos también se quedaron en el comedor echando una partida a la brisca, a excepción de Tomás que se fue a leer a la habitación. María y Rosario se dirigieron a la cocina a terminar de recoger la loza de la cena.

—¿Qué tal tú con el relojero? —preguntó de repente Rosario.

—¿Con Rubén? —contestó María, preguntando a su vez, y como queriendo quitarle importancia.

—¡Pues claro! ¿A quién iba a referirme...? Pero últimamente te oigo hablar poco de él.

—Ya sabe, madre, él tiene sus ocupaciones y yo las mías. Nos vemos de vez en cuando.

—¿No salís los domingos? —Rosario se empecinaba en el tema.

—Sí, solemos salir los cuatro. Nosotros y Maruja con Ignacio, el

muchacho que es fotógrafo.

—Ya sé quién dices, pero no te me vayas por la tangente: ¿Te ha hablado de ennoviarse contigo?

Ante esta pregunta tan directa, María se volvió con rapidez, encarándose a su madre.

—¡Pero... ¿qué dice?! —exclamó como si se sintiera ofendida—. Claro que no.

—Pues, hija, sería lo más normal, después de casi un año que lleváis saliendo, y además, María, que tú ya vas a cumplir 32 años. Estás en una edad que...

—Esas son cosas mías —le cortó María irritada—. Usted no se meta en eso, que para nada le importa.

Y sin más palabras, se quitó el delantal y abandonó la cocina.

El domingo 12 de julio, sobre el mediodía, se presentó Isabel con Carlitos y Rosarito. Cuando María abrió la puerta, le dio un brinco el corazón.

—¡Ay, qué alegría! —gritó, y luego aún chilló más fuerte—: ¡¡Madre!! ¡¡Padre!! ¡Qué ha llegado Isabel con los niños!

Todos los que estaban en casa, acudieron a la puerta de entrada. Y en todas sus caras se mostraba una fuerte expresión de emoción y alegría.

—¡Qué guapos! —exclamó Dolores.

—¡Mis niños! —profirió Rosario.

—¿Pero vienes tú sola con los niños? —preguntó Fernando.

—Sí, padre, Ramiro no pudo venir, así que he venido sola con Carlos y Rosarito.

—¿E Inmaculada? —preguntó Rosario con un tono triste de voz

—Tuve que dejarla en el pueblo, madre, para que atendiera a Ramiro.

—¿Tan niña? —Rosario, seguía mostrando su pesar.

—Ya tiene nueve años, y se defiende muy bien, no crea...

—No lo pongo en duda —confirmó Rosario rotunda—, seguro que la tienes bien enseñada, pero me da pena no verla.

—No se apure, este verano se vienen unos días con nosotros y así la ven.

—¡Míralos que guapos! ¿Habéis desayunado?

—Claro, madre. Ya salimos del pueblo desayunados.

—Pero yo ahora tengo hambre —dijo Carlitos, con algo de timidez.

—No me extraña, cariño, desde que desayunasteis... ¡Hala! Veniros con la abuela a la cocina que tengo hechas unas rosquillas muy ricas, ya veréis...

Mientras los niños iban felices detrás de su abuela, Isabel, agarrada por

María del brazo y seguidas de Dolores, entraron en el comedor.

—¡Qué hermoso! —exclamó, al entrar en él—. Y cuánta luz... Teníais razón, aquí sobra espacio. ¡Anda! La máquina de coser —indicó al verla abierta bajo la ventana del fondo—. Seguro que madre se pasa las horas sentada a ella.

—Como lo sabes —dijo Dolores—. Y padre escuchando la radio, que no se separa de ella, y yo, ahora, con tanto lio político, estoy de noticias hasta el moño.

—Ya ves —sonrió Isabel—, con lo revuelto que anda todo... Oye, Dolores, te quería pedir un favor.

—Tú dirás —repuso Dolores, solícita.

—Quisiera poner unas iniciales en unos juegos de sábanas, y como tú bordas tan bien, hija mía... ¿Me las podías bordar?

—¡Pues claro mujer! ¡Qué tontería! ¿Las has traído?

—Es mucho bulto. Son dos juegos de sábanas grandes. Había pensado que podías venirte unos días al pueblo. Verás: Es para hacer un regalo a la hija del alcalde, que se casa en agosto. Tenemos mucha amistad con ellos.

Dolores se quedó pensando un rato.

—Bueno —dijo al cabo de unos segundos—, no creo que sea mucho trastorno puesto que ahora ya está Carlos licenciado, pero habrá que hablarlo con madre, y ya sabes cómo es...

—Ya lo había pensado —aludió Isabel, mostrando una pícaro sonrisa—, por eso le voy a proponer dejarle a Rosarito. Sólo será una semana, más o menos, luego puede traerte Ramiro y se lleva a Rosarito de vuelta.

María, que estaba escuchando, soltó una risotada.

—¡Ay, Virgen Santa! ¡Cómo la conoces! —declaró, entre risas.

Las dos hermanas, ante lo dicho por María, rieron también con ganas.

Los cuatro hermanos varones fueron llegando a casa para comer, y todos

saltaron de alegría al ver allí a su hermana mayor y a sus dos sobrinillos.

Durante la comida, que Rosario preparó con todo lo que pudo encontrar por casa, se habló muy animadamente. Todos estaban felices. Los niños se portaban, para regocijo de Rosario, con mucha responsabilidad, atentos a todo lo que se les pedía.

—Qué bien educados los tienes, hija —reconoció con orgullo—. Da gusto con ellos, y Rosarito es tan dulce...

Al decir esto su madre, Isabel aprovechó para lanzarle el plan que traía preparado y del que había hablado con sus hermanas.

Rosario, con el ceño fruncido, escuchaba a Isabel, pero su expresión cambió en cuanto le relató lo de dejar a Rosarito en Madrid esos días.

—¡Hombre! Se va a notar la falta de Dolores, pero si tu padre y tus hermanos lo ven bien, por mí no hay ningún problema.

Sin que su madre se percatara, María guiñó un ojo a Isabel.

Y como era de esperar, ni su padre, ni sus hermanos pusieron objeción alguna.

\*\*\*\*

El lunes, Fernando acompañó a Isabel y a su nieta al oftalmólogo, que tenía la clínica en la calle Velázquez. Después de observar los ojos de la niña por unos aparatos que a Fernando le parecieron de otro mundo, porque nunca viera tal cosa, el diagnóstico que dio fue de lo más favorable. Por lo visto, la niña tenía algo de astigmatismo y un poco de miopía, nada que no solucionasen unas gafas que debía ponerse sobre todo para leer y escribir, o ver el cine. Felices, salieron los tres de la clínica con la receta para adquirir las gafas en una óptica y para comprar en la farmacia unas gotas que debían echarle en los ojos cuando se los notaran irritados o llorosos.

Las gafas no estarían en la óptica hasta dentro de cinco o seis días, así que quedó Fernando en recogerlas, y como se quedaba la niña con ellos, así las probaba para comprobar si veía bien con ellas.

Al día siguiente, 14 de julio, salieron por la mañana a primera hora, Isabel, Dolores y Carlitos para Tembleque. Rosarito, ante la sorpresa de todos, no puso reparo en separarse de su madre y hermano. Isabel le dijo, con mucho cariño, que se quedaba unos días con sus abuelos y sus tíos, y que volvería papá para recogerla. La niña sonrió, y sólo preguntó: ¿Y me van a llevar a ver los escaparates de las muñecas?

Ese mismo día, por la tarde, recibieron carta de Esther desde San Sebastián. Ya llevaba allí desde el día 2 de julio. Fernando y Vicente, habían ido con la camioneta a llevarla a la estación del Norte junto a cuatro empleados más; favor que le pidió la marquesa, a través de Esther, pues también portaban tres grandes baúles. Los marqueses, el hermano de la marquesa y el secretario, salieron esa misma mañana en el coche.

En su carta, Esther les relataba que tenían un tiempo buenísimo, y que ya bajara tres tardes a la playa de la Concha. Que el trabajo era mucho menos pesado que en Madrid, pues la repostería pasaba a ser mucho menos laboriosa, y la mayor parte de ella se la servían de un horno cercano al palacete, que confeccionaba muy buenos productos. Por lo tanto, tenía más tiempo libre. También les preguntaba cómo iban las cosas por Madrid, pues los últimos días observaba muy nervioso al marqués, y que estaba de seguido hablando por teléfono. El secretario, decía, tampoco paraba en la casa, estaba de continuo yendo a San Sebastián y se le veía muy apurado. Maurice, el cocinero francés, comentaba que algo gordo se estaba cociendo y que tenía que ver con la política.

—Es cierto que anda todo muy revuelto —apostilló Fernando, tras leer la carta de Esther—. Esta mañana, escuché por la radio que, por lo visto, el asesinato ayer de José Calvo Sotelo, un día después de que asesinaran al teniente José Castillo, parece indicar que lo cometieron por venganza.

—¿Y de qué te extrañas? —apuntó Rosario con entereza—. Si ese es el pan nuestro de cada día. Llevamos ya meses que cada dos por tres hay tiroteos por las calles. Desde las elecciones de febrero, ya me dirás tú cómo vamos... de mal en peor.

—Sí, pero esto de ahora es mucho más grave. Al teniente Castillo, que era guardia de asalto y militante socialista, se rumorea que lo mataron a tiros los falangistas.

—¿Pero no metieron en la cárcel a su jefe, el tal José Antonio Primo de Rivera? —intercaló Rosario.

—Sí, por tenencia ilícita de armas. Le pillaron con una pistola. Por eso debe ser que sus seguidores andan aún más revueltos.

—Espero que Miguel, después de lo que se le advirtió, haya dejado ese partido. ¡Jesús! Cada día odio más a estos políticos.

—Pues, como te decía —continuó Fernando—, eso parecían anoche querer decir por la radio. Hace dos días, cuando lo asesinaron —me refiero al teniente—, hubo una concentración muy numerosa en la puerta del cuartel de Pontejos entre policías y militantes socialistas, y muchos clamaban venganza por este y otros asesinatos cometidos por pistoleros derechistas. Algunos policías le pidieron, según contaban, al ministro de gobernación, Juan Moles, autorización para detener a algunos falangistas que todavía siguen en la clandestinidad, y que éste accedió siempre y cuando sólo se detuvieran a las personas que estaban fichadas, entregándolas a la autoridad competente. Dicen, que esa misma noche, salieron, desde Pontejos, varias camionetas policiales con listas de falangistas para detener.

Rosario, que estaba cosiendo en la máquina, escuchando la explicación de su marido, al oír estas últimas palabras, dejó de coser.

—O sea, que según tú crees, esos policías fueron a por Calvo Sotelo y se lo cargaron —dijo, con un tonillo de sorna en la voz.

—Yo no lo digo. Te estoy diciendo que por la radio hablaron de esto, y que esta mañana, tras el asesinato del diputado, están dejando caer que puede haber sido así. Lo fueron a buscar a su casa, lo prendieron y lo mataron de un tiro en la nuca.

—¡Qué animales! Son todos unos bárbaros. Después de esto que me has contado, estoy deseando ver a Miguel aparecer por esa puerta —Y dicho esto, se levantó, recogió lo cosido y salió del comedor, al tiempo que Fernando volvía a encender el aparato de radio.

—Voy a ver cómo está Rosarito que se quedó pintando en un cuaderno que le trajo María —se explicó Rosario al salir.

Cuando Miguel entró en casa, y Rosario, desde la cocina, le oyó hablar, le llamó con imperiosa voz.

—A ver, ¿tú no andarás metido en jaleos políticos? —le preguntó muy resuelta en cuanto asomó por la puerta.

—¡Qué no, madre! —le contestó Miguel un poco airado—. Ya le dije que no tengo nada que ver con la política.

—Sí, pero tú tienes el carné ese de falangista —siguió machacona Rosario—, y mira cómo están las calles, y ayer mataron a ese diputado de derechas.

—Ya me he enterado, menuda anda liada —confirmó Miguel—. Ahora, cuando cogimos el metro en Atocha, se oían tiros cerca de la estación.

—¡Lo ves! Y encima lo dices tan *pancho* —Rosario se mostraba furiosa e intranquila—. ¡Dame ese carné! Que lo rompo ahora mismo en mil pedazos.

Miguel dudó un instante.

—Ya no lo tengo, madre. Me di de baja en el partido hace unos días.

Rosario le miró fijamente.

—¿No me estarás engañando?

—¡Qué no! ¡Mire que es usted pesada!

—¡Oye, a mí no me hables así! —Rosario se colocó ambas manos sobre la cadera—. ¡Pero, bueno...! Y espero que sea verdad esto que me dices. Ahora vete a ver a Rosarito que ya preguntó antes por ti, y de paso dile a María que vaya poniendo la mesa para cenar.

Miguel fue a ver a su sobrina con un hormigueo en el estómago. Sabía que acababa de mentir a su madre; se palpó el bolsillo derecho del pantalón y sintió los bordes duros del carné. No se dio de baja en el partido e incluso, el

domingo pasado, había acudido a una asamblea. Sí era cierto que él nunca participó en ningún acto, ni formado parte de manifestaciones o distribuyendo panfletos; se había limitado, hasta el momento, a escuchar en las reuniones.

Se encontraba confuso, y dudaba de seguir o no formando parte de la militancia falangista; las actuaciones llevadas a cabo por el partido en los últimos meses no le agradaban en absoluto. El gobierno del Frente Popular llegó a declarar ilegal al partido como responsable de desórdenes públicos, aunque luego los tribunales revocaran esta medida; su líder, José Antonio, estaba preso en el penal de Alicante condenado a cinco meses de cárcel por tenencia ilícita de armas, y además tenía otra causa pendiente por amenazas al tribunal. Desde su encarcelamiento, José Antonio seguía dirigiendo el partido, y a finales de abril redactó una carta dirigida a los oficiales del ejército que se distribuyó el 4 de mayo. En dicha carta, se hacía un llamamiento a la sublevación. Miguel, aún si tener un claro conocimiento de estos hechos, sí sabía que la Falange conspiraba contra el gobierno y, como militante, llegó a sus oídos que se estaba preparando una insurrección. Al no tener muy claros todos estos conceptos, pero reconociendo la gravedad del tema, no comentó nada en casa, y, por ese mismo motivo, mintió a su madre. En aquel momento, decidió no acudir a ninguna asamblea más del partido y no aparecer por la sede. Luego, sacó del bolsillo del pantalón su carné de militante, y lo escondió en el fondo de una caja de zapatos donde guardaba los cromos repetidos que le sobraron de cuando hiciera la famosa colección de las chocolatinas Nestlé.

\*\*\*\*

Esa noche del 14 de julio, Fernando se fue a dormir muy preocupado. La radio había estado informando sobre el entierro del diputado Calvo Sotelo. Al cementerio acudió una gran multitud de gentes de la derecha española; allí se vocearon consignas vengativas e incluso fueron atacados y abucheados, por muchos asistentes, el vicepresidente y el secretario permanente de las Cortes que estuvieron presentes en el entierro. Al terminar este, se leyó un sentido discurso, que habían divulgado por la emisora radiofónica, y ahora Fernando recordaba una frase en él que le ponía los pelos de punta: “*Vengar tu muerte y salvar a España, que todo es uno y lo mismo, porque salvar a España será vengar tu muerte*”.

También recogía la radio que, al salir del cementerio, algunos de los congregados intentaron marchar en manifestación hacia el centro de Madrid y tras ser cacheados varias veces por guardias de asalto, surgieron disturbios entre algunos falangistas y las fuerzas del orden, llegando a haber algunos disparos. El día terminó con cinco muertos y más de treinta heridos.

—“Esto se está poniendo verdaderamente feo. Sólo Dios sabe cómo acabará todo” —se dijo para sí Fernando, antes de rendirse al sueño.

La mañana del 18 de julio de aquel 1936, trajo incesantes rumores sobre una supuesta sublevación militar en Melilla y otras plazas del Protectorado.

En la frutería de Porlier, Fernando atendía a una clienta, esposa de un periodista que trabajaba en el ABC.

—Créame, Fernando, que la cosa es bastante seria —le comentaba la mujer—. Ayer noche me dijo mi marido que no sólo se habían levantado los militares en Melilla, que también lo estaban haciendo en otras ciudades de España, y hoy le llamaron a las cinco de la mañana para que fuera urgentemente a la redacción.

—Entonces, ¿se trata de un golpe de estado? —preguntó Fernando después de escuchar a la esposa del periodista con atención.

—Yo no sé qué decirle, pero algo muy gordo se está cocinando, de eso no me cabe la menor duda.

Una vez que la clienta se marchó, Fernando llamó por teléfono a la frutería de Hermosilla. Carlos fue quien atendió la llamada.

—Oye, Carlos, ¿está todo tranquilo por ahí? —preguntó inquieto.

—¿A qué se refiere, padre?

—¿No hay movimiento militar por esa zona? —Fernando sabía que residían por allí varios generales del ejército.

—Que yo haya visto, no, pero esta mañana pasaron dos camiones con sindicalistas por Príncipe de Vergara que iban dando gritos de muerte contra los fascistas y algo decían sobre los legionarios y los regulares de África. ¿Está pasando algo grave, padre?

—No lo sé, hijo, no lo sé... Hay noticias muy confusas. Vosotros, en

cuanto echéis el cierre, os venís rápido para casa. Y a madre no le digas que he llamado, no quiero que se alerte sin necesidad.

Aun no dieran las dos y media cuando Fernando echó el cierre a la frutería de Porlier. Estaba nervioso por llegar a casa y escuchar las noticias. María le dijo oír por la radio en la mercería, a donde fue a recoger unas medias, que una parte del ejército en Marruecos se levantaba en armas contra la República.

En un boletín urgente, a las tres de la tarde, el Ministerio de la Gobernación, facilitaba la siguiente nota para su difusión:

*“Una parte del Ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas contra la República, sublevándose contra la patria propia y realizando un acto vergonzoso y criminal contra el poder legítimamente constituido. El Gobierno declara que el movimiento está exclusivamente circunscrito a determinadas ciudades de la zona del Protectorado, y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a este empeño absurdo. El Gobierno se complace en manifestar que heroicos núcleos de elementos leales resisten a los sediciosos en las plazas del Protectorado defendiendo con el honor del uniforme el prestigio del Ejército y la autoridad de la República. En estos momentos, las fuerzas de tierra, mar y aire que, salvo la triste excepción señalada, permanecen fieles al cumplimiento del deber; se dirigen contra los sediciosos para rechazar, con inflexible energía, un movimiento insensato y vergonzoso.”*

Aquella nota oficial no podía ser más optimista y alentadora, así como otras que se fueron sucediendo durante la tarde. Pero el pueblo, en general, no compartía el mismo optimismo. Fernando recordaba los acontecimientos que se habían ido sucediendo durante los últimos meses; él también presentía que aquello podía ser el germen de algo difícil de predecir, pero estaba seguro de que nada bueno traería.

Más avanzada la tarde los rumores crecieron considerablemente. Los periódicos vespertinos ya traían en sus portadas con gran titular la sublevación de los militares en África y el comunicado dado por el Ministerio de la Gobernación. Por las calles del centro, comenzaban a surgir riadas de obreros

sindicalistas y militantes de izquierdas gritando consignas como: “*A por ellos... A por ellos*” “*¡Muerte a los fascistas!*”

El presidente de la República, Manuel Azaña, durante todo la mañana, intentó pactar con los generales rebeldes; ante la contundente negativa del general rebelde Mola, que encabezaba el golpe, Azaña pretendió abortar la rebelión firmando decretos de cese para los principales cabecillas de la sublevación; sin embargo, algunos de los jefes militares, conscientes del gravísimo riesgo que se corría ante las vacilaciones del presidente, decidieron obrar por su cuenta y riesgo.

Al saber, ya a última hora de la tarde, que Guadalajara, Alcalá de Henares y Toledo estaban prácticamente ganadas para la rebelión y que en Madrid había ya varios regimientos formalmente sublevados contra el Gobierno, se repartieron armas a los paisanos afiliados a distintas organizaciones de izquierda, que se empezaron a concentrar en sus respectivos centro de barrio o bien tomando posiciones en torno a los principales edificios públicos, emisoras de radio y centros de extrema derecha. A su vez, y durante toda la noche, gentes de las organizaciones de extrema derecha, y clérigos en traje de paisano, estuvieron entrando en los cuarteles rebeldes para unirse a los militares sublevados.

\*\*\*\*

Llegamos al 19 de julio. Es domingo, y a pesar del mucho calor reinante, los madrileños, acostumbrados a salir al campo los días festivos veraniegos para librarse de la canícula de este abrasador mes en Madrid, decidieron, en su inmensa mayoría, quedarse en casa. La gente comenzaba a tener miedo.

Vicente acordó marchar a primera hora con sus hermanos y un grupo de amigos comunes, a pasar el día en San Fernando, para darse unos buenos chapuzones en el río Henares, pero los acontecimientos del día anterior se habían ido agrandando ostensiblemente durante toda la noche, y era, cuando menos, temerario salir. Decidieron quedarse todos en casa, lo cual tranquilizó a Rosario.

Las calles aparecían ahora, de mañana, invadidas de militantes de izquierdas, por todas las zonas, por todos los barrios, y portando armas

muchos de ellos. Se convocó una concentración masiva de todas las fuerzas antifascistas de la capital en la Puerta del Sol para pedir la inmediata dimisión del gabinete gubernamental que pretendió pactar con los generales rebeldes a espaldas del pueblo.

Una multitud enardecida, compuesta por una amalgama de gente en su mayoría obrera, vistiendo la indumentaria que caracterizaba el oficio o empleo que desarrollaban: Albañiles, barrenderos, tranviarios, carteros, camareros, dependientes, etc..., se dirigía a la Puerta del Sol por la calle Mayor. Antes de llegar a ella, se detuvieron frente a una tienda de venta de armas de caza y cartuchería. Uno de los manifestantes, que arengaba al resto, saltó el candado del cierre metálico y la muchedumbre invadió a tropel el establecimiento. En breve tiempo, un gran número de escopetas de uno y dos cañones, pistolas de varios calibres, cartucheras, y un millar de pequeñas cajas conteniendo diversa munición, cayeron en manos de los asaltantes en medio de una gran vocería.

En la Puerta del Sol, más de sesenta y cinco mil personas, totalmente apretujadas, aguardaban a que el general Sebastián Pozas les dirigiera la palabra. Se cantaban, mientras tanto, himnos revolucionarios y se coreaban consignas antifascistas. El discurso de Pozas, asegurando que el Gobierno y el pueblo no estaban solos, porque contaban con la lealtad insobornable de la parte más sana y patriótica del Ejército, de la Marina y de la Aviación, así como con la fidelidad de las fuerzas de Asalto, Seguridad y Carabineros, y de la Guardia Civil, cuyos jefes y oficiales acababan de ratificar su inquebrantable lealtad a la República, levantó una atronadora ovación, mucho más fuerte cuando el general anunció a continuación que el Gobierno daba las órdenes para que se entregaran armas al pueblo.

Antes de que el General Pozas terminara su discurso, ya se hizo correr la voz entre los congregados de que estaban repartiendo armas en el Ministerio de la Guerra y en la Casa del Pueblo, previa presentación del carné de afiliado, a cualquiera de las organizaciones del Frente Popular, partidos de izquierdas o sindicatos.

Esa misma tarde-noche, se supo que salía de Asturias por tren y en

camiones un contingente de más de cinco mil mineros asturianos y leoneses que venían a Madrid para defender al Gobierno legítimo.

A la petición del subsecretario de Guerra, coronel Hernández Sarabia, al cuartel de la Montaña para que entregase 45.000 cerrojos de fusil que se guardaban allí, le sucedió una rotunda negativa y le comunicaron que el cuartel estaba en abierta rebeldía contra el Gobierno.

A las ocho de la tarde, comenzó el asedio al famoso y gran cuartel de la Montaña, emplazado en la montaña del Príncipe Pio, tristemente célebre porque en ella tuvieron lugar el 3 de mayo de 1808 los fusilamientos en masa de los paisanos madrileños que se levantaron en armas contra las tropas de Napoleón.

Al mismo tiempo, comenzaron a oírse disparos aislados de pistola en distintos puntos de Madrid. Era la “Quinta Columna” que tenía que allanar el terreno a las otras cuatro columnas rebeldes que procedentes de las provincias de Castilla la Vieja y Navarra, bajo las órdenes del general sedicioso Mola, principal cabecilla de los rebeldes, se proponían ocupar la capital de España.

\*\*\*\*

Todos los demonios ya estaban desatados. Aquella interminable noche de domingo, grandes columnas de fuego comenzaron a verse sobre el cielo estrellado de Madrid. Como si de gigantescas antorcha se trataran, las iglesias de San Cayetano, San Andrés, San Lorenzo y las Escuelas Pías... todas ellas situadas en distintas zonas de Madrid, ardían vorazmente. Se produjeron asaltos y saqueos de tiendas de tejidos y comestibles. Sin embargo, y aunque parezca un contrasentido, no prestaron atención los asaltantes a los escaparates de las joyerías, o tiendas de objetos valiosos y antigüedades.

Intentaron forzar los cierres de la frutería de Hermosilla, pero alertada por unos vecinos los guardias de asalto, que controlaban la zona, estos consiguieron hacer huir a los asaltantes.

Rápidamente, tras los actos de enorme violencia que se sucedían, de manera casi simultánea, se constituyeron los Comités de Defensa de Barrio.

Una de las primeras medidas que tomaron, aparte de intentar que cesaran los desmanes callejeros, fue la incautación de algunas tiendas de comestibles para distribuir alimentos entre la población civil obrera mediante vales que expedían dichos Comités. En aquel momento, a consecuencia de las huelgas en la construcción, muchos miles de familias madrileñas carecían de lo más imprescindible para vivir.

\*\*\*\*

El lunes, 20 de julio, Fernando y Rosario, entregaron al Comité del Barrio varias banastas de frutas y verduras. Decisión que tomaron inteligentemente, pues aparte de colaborar, también evitaban que les incautaran los productos, o incluso que tomaran alguna clase de represalia contra ellos. Ese lunes, abrieron las dos tiendas una hora más tarde de lo habitual, y con temor. Un reparador de cierres consiguió, con disposición y buena maña, arreglar los estropicios causados en la chapa de uno de los cierres de la frutería de Hermosilla la tarde anterior.

La madrugada pasada había sido espantosa.

Fernando, Vicente y Carlos permanecieron, casi hasta el amanecer, pegados al aparato de radio. Radio España y Unión radio transmitían intermitentes boletines de noticias, cada vez más angustiosos y alarmantes: “El general Aranda proclamaba en Oviedo el estado de guerra y se alzaba contra la República. Lo mismo hacía en Zaragoza el general Cabanellas. En Coruña y Ferrol se producían sangrientos combates entre los afiliados al Frente Popular y fuerzas del Ejército alzadas contra la República. Queipo de Llano se sublevaba en Sevilla, y lo mismo pasaba en Cádiz y Córdoba. Pamplona, León, Burgos, Logroño y Vitoria también caían en manos de los sediciosos”. A cada minuto que pasaba, las noticias eran más desalentadoras.

—¿Estamos en guerra, padre? —preguntó Carlos, y en el rostro cansado se le podía notar la inquietud.

—Me temo que así va a acabar este desatino —le respondió Fernando, con un semblante lleno de preocupación.

Pocos minutos después, sobre las cuatro de la madrugada, el tronar de un cañón retumbó en todo Madrid. A partir de aquí, los cañones alternaron sus disparos con las explosiones de las bombas de aviación. Entre Getafe y Carabanchel, media docena de aviones evolucionaban continuamente sin que se pudiera saber a cuál de los dos bandos pertenecían. Las ráfagas de ametralladora se mezclaban con descargas de fusilería, y poco a poco, el tiroteo se iba extendiendo por todos los barrios de Madrid. Se disparaba desde los cuarteles y desde las torres de algunas iglesias y conventos. “Coches fantasma” ocupados por elementos de la quinta columna, recorrían velozmente las calles y plazas de la capital, escupiendo fuego de pistolas y ametralladoras sobre cuantas personas hallaban a su paso. No discriminaban entre hombre y mujeres, gente armada o sin armar... Parecía que su consigna era sembrar el horror. Una maniobra urdida por los rebeldes para causar confusión entre la población civil y las fuerzas leales al Gobierno.

Aquella trágica madrugada muchas vidas se perdieron en Madrid, y en otros puntos de la nación. Y fue el principio de una espantosa contienda que dejó heridas tan profundas que nunca acabaron de restañarse.

Rosario, tumbada sobre la cama, soportaba el calor de aquella madrugada sin cesar de suspirar y rezar el rosario. Desde la ventana abierta de su dormitorio, observaba el resplandor rojizo del cielo y se estremecía cada vez que el tronar de un cañón o el estallido de una bomba, hacía vibrar los cristales de la ventana. Pedía, rogaba incesantemente que cesará aquel horror. Tenía miedo por sus hijos, por sus nietos, por su marido... Rosario desconocía entonces cuántas calamidades tendría aún que vivir y soportar; que aquello era tan solo el principio de una pesadilla que duraría tres largos años.

El mismo 18 de julio por la mañana, Ramiro junto a Isabel, sus hijos Inmaculada y Carlos, y su cuñada Dolores, se refugiaron en el Alcázar de Toledo, acatando las órdenes recibidas la noche anterior en el cuartel de Tembleque.

El Coronel Moscardó, comandante militar de Toledo, decidió, desde un principio, apoyar la sublevación y resistir en Toledo. Sin embargo, no hizo público en un primer momento su decisión, jugando a la ambigüedad. De esta manera, habiendo buscado como refugio el Alcázar (una fortaleza de muros gruesos capaces de resistir miles de disparos, ubicada en una posición privilegiada que permitía a sus defensores controlar casi la totalidad del terreno colindante), se dio tiempo para reunir en él todo el mayor contingente posible de fuerzas y armamento.

El día 19, El Coronel Moscardó recibió la orden de que debía enviar a la capital de la Nación toda la munición guardada en la Fábrica Nacional de Armas de Toledo. El coronel quería ganar tiempo, así que estuvo dando toda clase de variopintas excusas para evitar que la munición abandonara Toledo. El gobierno republicano comenzó a sospechar de las intenciones del coronel, así que el 21 de julio a Moscardó ya no le quedó más remedio que proclamar desde la plaza Zocodover la declaración del “Estado de Guerra” que fue leída por el capitán Vela Hidalgo.

Este mismo día, el Ministerio de la Guerra ordenó bombardear Toledo, y las tropas del general Riquelme comenzaron a avanzar sin tregua desde Madrid. El 22 de julio, la columna de combatientes que salieron desde Madrid ya estaba en Toledo. Los sublevados refugiados en el Alcázar, sumando un total de 1250 efectivos, tendrían que enfrentarse a los más de 2500 hombres de la columna de Riquelme. Esa noche, el ministro de instrucción pública, Francisco Barnés, apeló al Coronel Moscardó para que se rindiera. Cosa que no consiguió.

Al día siguiente, 23 de julio, el jefe local de Izquierda Republicana llamó por teléfono al Coronel Moscardó, avisándole que tenían detenido a su hijo Luis, y que le daba un plazo de diez minutos para rendirse; si no lo hacía, sería fusilado. El coronel, habló con su hijo en una conversación corta y emotiva y se despidió de él; a continuación, dirigiéndose al jefe local, le dijo:

“Puede ahorrarse el plazo que me ha dado y fusilar a mi hijo, el Alcazar no se rendirá jamás”.

Pocos días después, encarnizados bombardeos se empezaron a llevar a cabo contra el Alcázar. A parte de los efectivos militares, también estaban refugiados en el Alcázar familiares de militares de la provincia, en número de 550 entre mujeres y niños.

Recogidos en el sótano del Alcázar, donde habían improvisado varias estancias con camas para las familias, Isabel, Dolores y los dos niños, esperaban ansiosos, junto a los demás familiares, el resultado de los acontecimientos.

Penoso, muy penoso iba a ser aquel largo encierro. Ninguno de ellos podía sospechar entonces todo el sufrimiento que les aguardaba.

\*\*\*\*

Volvemos a Madrid. Después de dos días con durísimos enfrentamientos, el lunes, 20 de julio, cayó en Madrid el Cuartel de la Montaña. El balance final no pudo ser más sangriento. Entre los insurrectos, perdieron la vida alrededor de 300 hombres, y por parte de los asaltantes, entre muertos y heridos, pasaron de 200.

Terribles escenas de dolor se sucedieron durante el resto del día. Gritos de madres que partían el corazón cuando por fin descubrían el cuerpo sin vida de sus hijos. Muchos de ellos, casi niños, que acudieron enfebrecidos dando

vivas a la República, ahora yacían con los cuerpos rotos. Dentro del cuartel, decenas de jóvenes soldados, cadetes casi imberbes, con sus cuerpos desparramados en los patios, se mezclaban entre muebles rotos, papeles y cascotes. Dantesco espectáculo, premonitorio, tal vez, de lo que se iba a ver en tantas calles y plazas de nuestros pueblos y ciudades en los próximos meses.

\*\*\*\*

España estaba dividida. La guerra ya era una horrenda realidad que extendía sus tenebrosos tentáculos sobre toda la geografía hispana, y toda la miseria humana comenzaba a crecer, dejando al descubierto cloacas que nunca debieron ver la luz del día. Los instintos más bajos surgían llamados por la envidia y el deseo de venganza. La ideología había dividido a los hombres entre buenos y malos, y luchaban los unos contra los otros, sin saber bien por qué lo hacían, sin tener plena conciencia de lo que defendían.

Se perdió la gama de colores, desaparecieron los matices; ni tan siquiera quedaron los tonos grises. Ahora todo era blanco o negro. La desconfianza comenzó a reinar. La amistad se hizo pequeña, muy pequeña, y se aprendió a saber callar: “Una palabra de más podía ser la perdición”. Esta máxima, que nadie te enseña, la empezaron a sentir todos como una constante más en su vida, pues sabían que olvidarla podía acarrearles terribles consecuencias.

Así, Rosario, aquella mañana del 12 de septiembre, pasados casi dos meses del comienzo de la contienda, quemaba en el hornillo de su cocina, todas las estampas de santos que guardaba y todas aquellas que localizó por la casa, incluso registrando las pertenencias de sus hijos. El día anterior, con un fuerte dolor de corazón, se deshizo de su libro de oraciones y del de María. Ahora, mientras ardían las estampas, Rosario lloraba, y lo hacía con lágrimas gruesas, llenas de amargura. Allí, entre aquellas llamas rojas y azules, no sólo veía crepitar el viejo papel pintado, también veía quemarse sus sueños, y sentía cómo entre las cenizas se esfumaban sus ilusiones futuras, sin que ningún deseo le moviera ya a retenerlas.

\*\*\*\*

Vicente y Carlos ya estaban en el frente. El primero marchó hacia Teruel y el segundo estaba por la zona de la Pedriza. A Miguel, que ya había entrado en Caja, también se lo llevaron al cuartel de Móstoles a aprender la instrucción, pero sufrió un percance y le ingresaron de urgencia en el Hospital Militar del Gómez Ulla, en el barrio de Carabanchel. Cuando les avisaron, ya llevaba ocho días ingresado en el Centro. Fernando y Rosario, acudieron sin demora en cuanto les llegó la noticia.

Miguel, tumbado en aquella estrecha cama, estaba muy pálido y había adelgazado bastante, pero parecía encontrarse fuera de peligro. El capitán médico que le estaba tratando les informó que sufrió una fuerte hemorragia interna como consecuencia, parecía ser, de varias úlceras estomacales. Rosario puso al capitán en el conocimiento de aquel episodio que le sucediera a Miguel hacía ya unos años, y éste la escuchó con suma atención. Quedaron en que al día siguiente le llevarían todos los papeles médicos que conservaban sobre ello. Al salir del Hospital, el matrimonio comentó la buena impresión que les causara el capitán médico.

Muchos de los mejores clientes de la frutería de Hermosilla habían salido de Madrid. Algunos, ya lo abandonarían por motivos vacacionales antes del comienzo de la contienda, y otros muchos marcharon a los pocos días, viendo la terrible situación que comenzaba a vivirse en la capital.

Desde la incorporación de sus tres hijos mayores al frente, Fernando quedó con María en la frutería de Porlier, y Rosario junto con Tomás y dos dependientes, en la de Hermosilla.

Durante los meses de verano no se notó mucho la falta de víveres; incluso en agosto llegó a ver abundante género, pues muchos comercios madrileños hacían acopio de existencias temiendo que pudiera haber escasez si la contienda se alargaba. Lo peor comenzó a partir de mediados de octubre.

Eran ya muchos los refugiados que llegaban a la capital. Decenas de miles de personas de condición humilde, acudían por las carreteras de

Andalucía, Toledo y Extremadura, portando sus pobres y escasos enseres en carros, mulas, bicicletas, cochecitos de niño, o simplemente a pie. Llegaban de todos los pueblos, grandes o pequeños, que habían caído en poder ya de los rebeldes. Una verdadera riada humana que inundaba las carreteras principales de acceso a Madrid, y que entorpecían considerablemente la arribada de refuerzos militares republicanos al frente móvil. Escuadrillas de bombarderos y cazas italianos y alemanes, incorporados a la flota aérea rebelde, perseguían, a veces, a la multitud en fuga, bombardeándola y ametrallándola implacablemente. Las escenas en ocasiones eran dantescas. Cuando oían el silbido de los motores, las gentes huían sin rumbo; abandonaban sus tristes pertenencias, salían de la carretera y echaban a correr por los campos. Al estruendo de las bombas, se lanzaban al suelo y cobijaban a sus hijos con sus cuerpos. El pánico se adueñaba de ellos, y cuando el ataque cesaba, los sobrevivientes sólo se paraban unos minutos para atender a los heridos, o para llorar brevemente a los familiares o amigos caídos, y después, con el dolor en las entrañas, abandonar sus cadáveres y continuar rápidos la marcha.

\*\*\*\*

El domingo, 25 de octubre, sonó el timbre de la puerta. Fernando, que escuchaba la radio, bajó el volumen; Rosario se acercó a abrir. María pelaba unas patatas en la cocina ayudada por Rosarito.

Una mujer de elevada estatura, toda vestida de negro y con un pañuelo del mismo color cubriendo su cabeza, estaba parada en medio de la puerta, con la cabeza gacha. Rosario, enarcó las cejas al verla.

—¿Qué desea usted? —preguntó entre extrañada y curiosa.

La mujer levantó la cabeza mirando a Rosario, y echándose a llorar, sólo fue capaz de decir:

—¡Tía!

Rosario se echó ambas manos a la boca.

—¡Jesús Bendito! ¡Sebastián! —exclamó nerviosa, y agarrándole del

brazo, le metió con rapidez en casa, cerrando la puerta tras él.

Ya en el comedor, rodeado por sus tíos y primos, el joven sacerdote Sebastián, después de apurar dos vasos de agua y comerse un trozo de longaniza con pan, comenzó a relatarles su odisea hasta llegar allí.

—Como sabrán ustedes, al año de ordenarme como sacerdote, fui destinado a Chinchón para dar clases en el Colegio de los Maristas —Rosario asintió con un firme movimiento de cabeza—. Allí llevaba desde el año 32. Al iniciarse la guerra, las cosas se pusieron muy mal, el colegio fue asaltado, quemaron todos los libros de la biblioteca y algunos sacerdotes fueron asesinados —al llegar a este punto su voz se quebró, y Rosario le agarró la mano—. Fue espantoso, tía... No consigo sacarme esa imagen de la cabeza. A mí, y a otros profesores, nos apresaron para traernos a Madrid —prosiguió el sacerdote, algo más tranquilo—. Cuando el tren bajó la velocidad al llegar a un cambio de vías, un compañero y yo saltamos y echamos a correr campo a través, pero nos vieron huir desde el tren y comenzaron a disparar; a él le hirieron de un tiro en la espalda, cercano al hombro, aun así, tirando de él, conseguimos los dos llegar a un río, lo cruzamos y nos adentramos en una dehesa con muchas encinas. Allí, escondidos entre los árboles, pasamos la noche. Rasgué mi camisa y le vendé como pude la herida de bala para evitar que perdiera más sangre. Ya de amanecida, comprobé cómo mi compañero se encontraba muy débil, con una palidez en su rostro alarmante. Me decidí a dejarle allí y correr a pedir ayuda; alguna casa de labor tendría que haber cerca, así que, apresurando mis pasos todo lo más que pude, avancé como kilómetro y medio, hasta que el Señor me concedió la dicha de divisar una aldea cercana. Allí topé con muy buena gente, todos ellos labradores y cabreros, que no solo me ayudaron, también me dieron cobijo. A pesar de sus cuidados, mi compañero no sobrevivió. La herida era profunda, había perdido mucha sangre y a los dos días falleció. Le enterramos en el pequeño cementerio de la aldea, sin poner ninguna indicación sobre la tierra, por miedo a represalias si localizaban su tumba.

—¿Y desde cuando andas huido? —le preguntó Fernando.

—Desde el 29 de julio, tío. Hace casi tres meses. Conviví con esta buena

gente todo este tiempo. Me tuve que marchar porque les exponía a un gran riesgo. Por tres veces fueron a inspeccionar la aldea milicianos de Arganda, buscando a los dos fugados. La última hace cinco días. Me consta que si me encuentran allí, los fusilan a todos.

—Sería lo más probable —confirmó Fernando—. Pero dínos, ¿cómo conseguiste entrar en Madrid?

—El viernes pasado salí de noche cerrada y anduve por los campos sin perder la línea del tren —comenzó a explicar Sebastián—. Al amanecer del sábado ya había rebasado Arganda, y al mediodía llegaba a Vacíamadrid. Allí divisé a una multitud caminando por la carretera. Eran refugiados que huían con dirección a la Capital. Me fui mezclando con ellos, y al llegar a Valdebernardo, un considerable estruendo en el aire nos alertó de la llegada de una escuadrilla de aviones. Echamos todos a correr, y yo me lancé debajo de un carro. En la huida, la gente abandonó bultos, maletas y hatillos de ropas. Los aviones pasaron sobre nuestras cabezas, pero no lanzaron ningún proyectil. Cuando pasó el peligro, fuimos surgiendo de nuevo; yo vi cómo un hatillo quedaba abandonado en el suelo, así que lo recogí y fui preguntando a los que pasaban junto a mí. Nadie me daba señales, y en una parada que hice para beber del agua que caía de un manantial, abrí el hatillo y mirando dentro vi que llevaba ropas de mujer. En aquel momento, me vino a la mente de que probablemente, al ser un hombre joven, me pidieran papeles al entrar en Madrid, y me descubrieran, así que me asaltó la peregrina idea de disfrazarme con aquellas ropas femeninas.

—Tuviste una idea genial, primo —celebró María, sonriendo.

—¿Supiste algo de tus otros compañeros? —Preguntó Tomás, que había escuchado a su primo con suma atención.

El semblante del sacerdote se ensombreció por completo.

—Un hombre mayor de la aldea donde permanecí escondido, tuvo que ir a Madrid a gestionar unos papeles. Al volver, trajo un periódico y allí hablaban de la sentencia dictada para unos hermanos maristas apresados en Chinchón, acusados de colaborar con los fascistas y haberles ocultado bajo los muros del Colegio. La sentencia era la pena de muerte.

Rosario se santiguó.

—Qué Dios los tenga a su lado —dijo con hondo pesar—. Que tristeza tan grande es tener que vivir todo esto. ¡Cuándo terminará esta maldita guerra!

Esta última frase, Rosario la pronunciaría muchas veces más.

Cada día que pasaba, el abastecimiento en Madrid iba siendo más escaso. Los precios comenzaron a subir de forma exagerada, y la escasez dio entrada al estraperlo. También, desde finales de agosto, Madrid se quedaba a oscuras, reduciéndose la luz de las farolas del alumbrado a las diez de la noche y apagándose por completo a las doce. La ayuda solidaria internacional comenzó a llegar; pero, a pesar de estas aportaciones, el abastecimiento era insuficiente. A finales del verano se empezaron a tomar medidas para garantizar el abastecimiento del pan, incautando todo el trigo excedente en las provincias limítrofes. El resto de los productos llegaba de la huerta valenciana y murciana. Todavía se podían encontrar, en cantidades suficientes, arroz y algunas legumbres como lentejas y garbanzos. El alcalde, Pedro Rico, en una entrevista concedida al ABC, intentó tranquilizar a los madrileños, solicitándoles que no acapararan víveres y que sólo adquirieran lo necesario para el consumo diario. Pero la falta de géneros ya en el otoño era alarmante y en cuanto se corría la voz de que un producto había llegado a los comercios de un barrio, se formaba ante ellos una larga cola.

A principio de octubre, las organizaciones políticas comenzaron a percatarse de que el suministro de Madrid iba a ser el mayor problema con el que se iban a enfrentar. La Comisión Nacional de UGT reconoció que los pueblos de los alrededores no tenían capacidad suficiente para abastecer a la capital, y que la llegada masiva de refugiados sólo contribuía a que las reservas alimenticias descendieran drásticamente. Así, comenzó a plantearse la evacuación de los no combatientes como solución a este grave problema de abastecimiento. A pesar de toda la propaganda a favor de la evacuación, la idea no consiguió cuajar entre los madrileños, que, en su inmensa mayoría, prefirió quedarse en Madrid.

\*\*\*\*

Rosario no dejó de ir a visitar a Miguel al Hospital Gómez Ulla casi a diario, muchas veces acompañada de Rosarito. Le hacía mucha ilusión a

Miguel ver a la “pequeñaja” como él la llamaba y también a la niña, de forma recíproca, le causaba alegría ver a su tío, que era tan rubio como ella, y eso le llamaba la atención. Solían hacerlo por la tarde, después de las cinco. Aquel día, 27 de octubre, cuando Rosario llegó —esta vez iba sola—, le dijeron que el Capitán Médico que atendía a su hijo, quería hablar con ella. La acompañaron hacia un despacho en la primera planta.

Sentado tras una mesa repleta de carpetas y de papeles, el rostro del médico sonrió a Rosario cuando la vio entrar acompañada de un soldado.

—Pase usted, mujer —le dijo, al ver como Rosario se quedaba parada en la entrada—. Y siéntese.

—Muchas gracias —repuso ella a la cortesía, y se sentó en la blanca silla de madera situada tras la mesa del médico.

—Vamos a ver, yo quería hablar con usted de Miguel.

—¿Ha hecho algo malo? —le preguntó con presteza Rosario.

El médico sonrió.

—Para nada, mujer, no tema. Es un muchacho excelente. Mi consulta va por otro lado. Miguel lleva aquí ya camino de dos meses y está muy recuperado; naturalmente, siguiendo una estricta dieta —al llegar aquí, el médico se silenció y miró fijamente a Rosario, luego prosiguió hablando—. Y el problema estriba en que ha de volver al frente.

Rosario mostró en su rostro una gran tristeza al oírlo, y movió la cabeza afirmativamente.

—Sé lo que significará eso —dijo, con lágrimas en los ojos.

—A ver, mujer, ¿tiene más hijos en el frente?

—Sí, otros dos y el más pequeño que va para los 18 años, seguro que se lo llevarán muy pronto también —concluyó Rosario, sin poder evitar un sollozo.

—Miguel lleva un tiempo ayudándome como asistente, y se le da muy bien...

—Siempre quiso ser médico —explicó Rosario—. Desde muy niño es su

ilusión más grande, pero no tuvimos medios para darle estudios.

—Sí, algo me habló él. Bien, voy a darle unos papeles, que tendrán que rellenar y firmar su marido y usted. No hagan mucho caso a la observación que verán sobre el estado de Miguel en dicho documento. He tenido que... bueno... que exagerar un poco. Mi intención es conseguir que me dejen a Miguel aquí, en el Hospital, como soldado asistente médico. Así estará mejor atendido; a mí me hará un buen servicio, dada la gran disposición que demuestra, y ustedes quedarán tranquilos.

Rosario, que acumulaba tanta agonía por dentro, al oír aquellas palabras que le traían una inesperada esperanza, no pudo evitar echarse a llorar.

—Le estaremos eternamente agradecidos, doctor —consiguió decir, secándose la cara con un pañuelo que extrajo de un bolsillo de su chaqueta de lana.

\*\*\*\*

Hacia poco más de un mes que Ramiro había vuelto al cuartel de Tembleque, y ahora, ascendido a Sargento, como premio a su valor en la defensa del Alcázar de Toledo, liberado por el llamado Ejército de África, el 27 de septiembre, al mando del general José Enrique Varela. Al día siguiente, hizo su entrada triunfal en Toledo, el general Franco.

Desde la toma del Alcázar por los sublevados, bajo las órdenes del Coronel Moscardó, el 21 de julio, se habían sucedido numerosos enfrentamientos. Los muros del Alcázar eran tan gruesos y sólidos que, a pesar de los duros ataques de la artillería republicana, no lograban derribarlos. Desde el 16 de agosto, los republicanos habían estado cavando dos minas en la parte sudoeste del Alcázar. El 18 de septiembre, el presidente del Consejo de Ministros, Largo Caballero, dio la orden de que las minas fueran detonadas, destruyendo completamente la torre sudoeste del edificio. Diez minutos después de la explosión, los republicanos lanzaron cuatro ataques contra el Alcázar con ayuda de carros blindados y tanques. Los bombardeos se

sucedieron durante toda la noche y durante todo el día siguiente, pero la resistencia de los sublevados era enconada y no lograban ser vencidos.

Isabel, Dolores y los niños, pasaron un verdadero calvario durante aquellos más de dos meses, así como el resto de refugiados civiles que entre mujeres, ancianos y niños llegaban a contar más de seiscientas personas. Totalmente asediados, pronto se quedaron sin alimentos; llegaron a confeccionar su propio pan con el escaso trigo acaparado y hubieron de sacrificar a los caballos para comer algo de carne. El agua hubo de ser racionada a un litro por persona y día. Con el paso de los días, la falta de higiene comenzó a ser notoria. El desánimo empezó a hacer mella, y en el mes de septiembre, más de dos docenas de soldados a las órdenes de Moscardó, decidieron capitular y entregarse a las tropas republicanas. El ruido casi constante de las baterías, los sucesivos disparos de los fusiles y los estremecimientos de los muros cada vez que soportaban las explosiones de las bombas que caían sobre ellos, mantenía en un estado total de terror a las mujeres y a los niños.

Cuando aquella mañana del 28 de septiembre, Isabel y Dolores volvieron a ver la luz del pleno día, después de estar más de dos meses encerradas en los sótanos del Alcázar, se abrazaron llorando, mientras que Inmaculada y Carlos, corrían entre los escombros del patio de armas. Se les notaba la extrema delgadez, y aunque habían intentado asearse de la mejor manera posible, dado los escasos medios, su aspecto era muy penoso. Los chinches y las pulgas invadían sus famélicos cuerpos, así que necesitaban rápido y profundo aseo y urgente ropa nueva.

Había muchos reporteros extranjeros que sacaban fotos, y, uno de ellos, después de preguntarles e informarse de que eran la familia de uno de los guardias civiles, les sacó una fotografía. Toda la provincia de Toledo había caído ya en mano del Ejército de África, comandado por el general Franco, así como provincias limítrofes.

\*\*\*\*

El 4 de noviembre de 1936, con gran urgencia, fue evacuado el Hospital

Militar de la Defensa Gómez Ulla. Las tropas franquistas estaban a punto de entrar en Carabanchel, y aquella frenética mañana trasladaban, sin descanso, toda la maquinaria, camas, material médico y de enfermería a otros centros de la capital, sobre todo al hotel Palace, que había sido convertido en Hospital de Guerra. Por la tarde, numerosas ambulancias evacuaban con la mayor celeridad posible a los enfermos hacia los nuevos hospitales.

Miguel ayudaba en aquel frenesí, sintiendo cómo el fragor de la batalla anunciaba que el enemigo se encontraba cada vez más cerca. Varios carros de combate y una batería con más de una docena de cañones, colocados una centena de metros más arriba, disparaban sin cesar hacia las tropas rebeldes.

Sobre las siete de la tarde, dieron por terminado el traslado. Las baterías enemigas no dejaban de vomitar fuego; un par de proyectiles alcanzaron al Hospital —que ya había sido evacuado—, causando daños en la tercera planta. La gente que aún no había huido de la zona, corría ahora desesperada hacia la otra orilla del Manzanares. Los resplandores de los incendios sobre Madrid enrojecían las nubes del cielo en aquel atardecer otoñal, y el estruendo de los impactos hacía temblar la tierra. Aquella noche sería el comienzo del ataque más grave que iba a padecer la capital del Estado durante la contienda.

Mientras Isabel, echada sobre el colchón bien mullido y limpio de su cama en la Casa Cuartel de Tembleque, miraba el techo pensativa, y las lágrimas recorrían sus mejillas en silencio, su madre, Rosario, rezaba y temblaba encogida, con Rosarito arrebujada entre sus brazos, en el sótano de su vivienda, mientras que afuera las bombas incendiaban Madrid aquella terrible mañana del 5 de noviembre. Un enjambre de trimotores y cazas enemigos llevaban desde el alba sobrevolando la población madrileña casi a ras de los tejados de los edificios, dejando caer sobre las calles, plazas y monumentos, una enorme lluvia de bombas explosivas e incendiarias.

Aquel triste día del horror, una gran masa humana que entraba en Madrid huyendo del avance del enemigo, irrumpió como un río desbordado por los barrios, calzadas y estrechas calles madrileñas. Se unieron a los miles de milicianos y todos corrían entre los escombros dirigiéndose más allá de la

margen derecha del río Manzanares; inmunes al cansancio y al desaliento, ayudaron a cavar trincheras, fosos y zanjas antitanques. Dentro del casco urbano se montaron también parapetos y barricadas con sacos llenos de tierra, muebles, colchones y variedad de cosas, y ante los portales de las casas, en las ventanas y en los balcones. Se taponaron las bocacalles en las glorietas y plazas, se levantaron los adoquines de las calzadas para construir barricadas y se cubrieron con sacos de tierra los más importantes monumentos, estatuas y fuentes (como Cibele y Neptuno, tan queridas por los madrileños), con el fin de defenderlos de las bombas de los aviones y de los obuses.

Aquel día, María y su padre Fernando, estuvieron ayudando en su barrio, transportando sacos terreros y ayudando a taponar plazas como la de “Salamanca”, muy próxima a su casa. Cuando oían sonar las sirenas ante un nuevo ataque aéreo, corrían a esconderse dentro de los portales de los edificios, o bajaban al metro si tenían una “boca” cercana.

Con la caída de la tarde de aquel terrible día, parecieron cesar las sirenas que avisaban de continuo sobre los ataques de la aviación enemiga. El cielo de Madrid estaba totalmente rojo en aquel nuevo trágico atardecer. Eran muchos los edificios que ardían, elevando al cielo columnas de fuego y humo. Altavoces móviles de organizaciones políticas y sindicales recorrían en aquella hora los barrios de la periferia, exhortando a los madrileños que vivían en estas zonas para que colocaran ollas, barreños y cubos con aceite hirviendo en las ventanas y azoteas para verterlas sobre el enemigo si llegaban a pisar las calles... “Cada madrileño que se arme con lo que tenga a su alcance: Navajas, cuchillos, tijeras, con hachas y serruchos...” ¡NO PASARÁN! ¡NO PASARÁN! Gritaban desaforados, y las gentes en las calles coreaban esta exclamación como un canto de gloria. Y este grito, resonaba en todas las plazas, glorietas y calles de Madrid. La radio tampoco cesaba de mandar proclamas: “¡Madrileños! El mundo está pendiente de nosotros” “¡Madrileños, resistir es vencer! ¡Todos a la lucha!”. Himnos como “La Marsellesa”, “Riego”, “la Joven Guardia”, “La Internacional” o “A las barricadas”... estaban constantemente sonando por las emisoras madrileñas.

Madrid, era, en ese momento, una ciudad dispuesta a morir luchando en aras a su libertad.

\*\*\*\*

Cuando Fernando y María regresaban a casa ya pasadas las nueve de la noche, muy cansados por el esfuerzo realizado durante todo el día, encontraron a mucha gente en el portal y por la escalera.

—¿Qué sucede? —preguntó María intranquila a una vecina del segundo.

—¡Ay, hija! Cayó una bomba en la azotea y ha destrozado dos viviendas del sexto y una del quinto. Además —aquí la mujer no pudo continuar por el llanto.

—¡Por Dios, Consuelo! ¡Hable usted! —requirió María muy nerviosa.

—Bajaba Milagros —se explicó la mujer entre lágrimas—, la hija de doña Engracia, con su niña en el ascensor, y al estallar la bomba justo sobre el cuarto de máquinas, se descolgó el ascensor y se empotró en el sótano. ¡Han muerto las dos! —estalló la vecina en un sollozo, abrazando a María.

—¡Dios mío...! —María cerró los ojos, para enseguida abrirlos y preguntar con angustia—: ¡Mi madre y mi sobrina! ¿Sabe usted si están bien?

—Sí, no os alarméis —dijo la vecina, haciendo un gesto con la cabeza—. Se encuentran bien. Ahora mismo tu madre está ayudando para cobijar a los vecinos que se han quedado sin casa. ¡Señor... Señor... qué desgracia tan grande! La niña está con la portera.

Fernando marchó corriendo hacia el chiscón de la portería. Allí encontró a Rosarito dibujando con otra niña.

—¿Estás bien, hija? —le preguntó, cogiéndola en brazos.

—Si abuelo. Pero hemos pasado mucho miedo. Tembló toda la casa y la abuela ha llorado mucho. ¿Va a volver a pasar otra vez?

Fernando acarició el pelo rubio de su nieta más pequeña.

—No lo sé, reina... No lo sé —le dijo, porque no sabía que decirle—, pero tú no tengas miedo, que siempre van a estar tus abuelos contigo.

\*\*\*\*

El doce de noviembre de 1936, Tomás fue incorporado al frente. El hijo menor de Rosario y Fernando contaba dieciocho años y marchó en un destacamento hacia la región valenciana. Allí le enseñarían algo de la instrucción militar, antes de enviarle al frente. Valencia era el reducto más seguro de la República. Incluso, en aquel momento, todos los pueblos desde Madrid en el recorrer de la llamada “carretera de Valencia” eran fieles a la República.

El Gobierno acababa de cambiar su sede a Valencia. Madrid quedaba en manos del Frente Popular, de las organizaciones políticas de izquierda y de los sindicatos

La camioneta, que la mantenían en la cochera encerrada desde que Vicente y Carlos marcharon al frente, fue requisada por los milicianos. Recibieron, en su lugar, un papel escrito a mano y sellado por la Junta del Barrio. Nunca más volvieron a verla.

A las fruterías apenas llegaba género. El que venía de las huertas valencianas, casi todo iba a parar a los frentes de combatientes, hospitales de campaña y centros cívicos. Podías encontrar algún tomate, patatas, limones, ajos, cebollas... y cada vez en menor cantidad. A veces, a las once o doce de la mañana, ya lo tenían todo vendido. Se habían repartido vales de racionamiento entre la población. El pan, el aceite y la leche comenzaban a estar racionados. El estraperlo crecía al mismo ritmo que el desabastecimiento.

El problema de la falta de víveres se agravaba día a día; llegaba el invierno y también se unía la falta de combustible. Contra el frío no había madera, ni carbón ni ningún otro combustible para resistir el crudo invierno de la capital. La poca existencia que había de carbón y madera quedaba bajo el control de la Consejería de Abastos que decretaba su racionamiento. Tampoco ayudaba a combatir el frío las decisiones del gobierno, que ese invierno ordenó que cada persona que tuviera más de un colchón y dos mantas, debía entregar el resto para los milicianos. En caso de no donarlos voluntariamente, serían requisados.

Rosario seguía escondiendo a su primo Sebastián. El sacerdote no encontraba forma de salir de Madrid, y tampoco Rosario y Fernando le animaban a que lo hiciera, aun corriendo el riesgo de ser detenidos, y quién sabe si hasta fusilados, si le descubrieran allí. Pero ya nada importaba, se había llegado a ese extremo en que lo mismo da jugarte poco que mucho. El resultado final posiblemente fuera el mismo.

En la habitación de los chicos cambiaron el armario y lo pusieron al fondo que entraba muy justo, dejando un espacio de escasos cincuenta centímetros entre la pared y el armario. Desclavado el panel del fondo, Fernando se las apañó para dejarlo de forma que pudiera desmontarse, sin que apenas se notara. Allí, en aquel hueco, Rosario colocó un pequeño colchón, que confeccionó sacando lana al resto de los colchones de la casa; una pequeña almohada, unas sábanas y dos mantas completaban el equipo. Colocaron las camas por delante del armario, y el lavabo en el otro frente. Mirando su obra, dieron por asentado que no se notaba que hubiera un espacio vacío detrás del armario. Sebastián era un hombre alto y delgado, así que en aquella pequeña oquedad entraba bien, sin casi ninguna holgura, pero podía estar allí sin extremado agobio, en caso de necesidad. Al no haber traído Sebastián ninguna pertenencia, se vestía con las ropas de sus primos, y se mantenía en casa, sin acercarse a las ventanas para no ser visto por los patios. Fernando le traía periódicos atrasados y se pasaba el día oyendo la radio, teniendo la precaución de bajar mucho el sonido cuando se quedaba solo en el piso. Un pequeño misal que llevaba escondido entre las ropas el día que llegó, se guardó en aquel pequeño reducto. Rosario no quería que lo tuviera por la casa. “Se puede rezar, sin necesidad de leer —le dijo—. Y así estamos más seguros”. Cada vez que alguien llamaba al timbre, Sebastián corría a meterse en su escondite.

El Capitán consiguió finalmente que Miguel se quedara con él como soldado asistente médico. El día que se lo comunicó a Rosario, al regresar ésta a casa, sacó una vela del armario, y durante una hora estuvo de rodillas sobre una almohada, rezando a la patrona de su pueblo: La Virgen del Rosario.

\*\*\*\*

Cuando llegó la Nochebuena de aquel Año de 1936 —que comenzó lleno de esperanzas para Rosario—, preparando ahora unas humildes sopas de ajos en la cocina, la recia mujer salmantina lloraba en silencio. La pequeña Rosarito pelaba aquellos pocos dientes de ajo, mientras cantaba “El Chiquirritín” que le enseñara su abuelo. Rosario recordaba aquella primera Navidad en Madrid de 1929 y veía a su pequeño Tomás, dando vueltas a su alrededor, cantando el mismo villancico que ahora cantaba su nieta. Siete años habían transcurrido, y Rosario pensó en aquel pasaje de la Biblia, dónde se habla de siete años de abundancia y otros siete de penuria. Dando vueltas al pan para que no se pegara al fondo de la olla, miró hacia el techo de la cocina, y como si mirase el cielo abierto, exclamó muy quedo: ¡Dios mío, Dios mío! ¡Guárdamelos a todos! ¡Protege a mis hijos, Señor!

La guerra sobre Madrid era total. Desde noviembre del 36 los bombardeos aéreos de las fuerzas rebeldes casi eran una constante. Los barrios céntricos de Madrid habían sido asolados. Las modernas bombas explosivas e incendiarias que arrojaban los trimotores alemanes e italianos arrasaban manzanas enteras de edificios. Reventaban las conducciones de agua potable, destrozaban los tendidos del alumbrado e incluso perforaban las bóvedas de los túneles del Metro donde se refugiaban decenas de miles de madrileños cuando comenzaban los bombardeos. Habían sido dañados numerosos monumentos —algunos muy seriamente—, como zonas del Museo del Prado, la iglesia de San Nicolás, el palacio de Liria, las iglesias de los Jerónimos y las Trinitarias, y también fue alcanzado por las bombas el hospital clínico de San Carlos. La embajada de Turquía ardió por completo, y otras muchas legaciones extranjeras y consulados fueron alcanzados. Muchos árboles fueron arrancados de cuajo por las bombas, en parques, paseos y jardines.

Cabe destacar el tremendo ataque producido durante la madrugada del 19 de noviembre. Aún no había amanecido, cuando numerosos aviones desde una altura entre cuatro y cinco mil metros aparecieron sobre el cielo de Madrid. Los servicios de la DCA (Defensa Contra Aeronaves) hicieron sonar las estridentes sirenas de alarma con insistencia. Los madrileños fueron despertados así de su sueño, y salieron corriendo de sus casas buscando los refugios. En menos de cinco minutos un pandemónium cubrió las calles céntricas de Madrid. Las bombas comenzaron a caer, y el suelo se estremeció como si lo sacudiera un fuerte terremoto. En esta sola jornada la destrucción fue devastadora y las víctimas mortales llegaron a superar las 1.500 con cerca de 4.000 heridos de distinta gravedad.

Entre tanta desolación, las brigadas de bomberos no daban abasto. Y cuando habían conseguido rescatar, arriesgando sus propias vidas, a centenares de ciudadanos entre los escombros, las sirenas anunciaban un

nuevo bombardeo. Ni siquiera se daba tregua para recoger a los heridos.

Pero Madrid resistía. El 19 de diciembre los nuevos tanques de fabricación soviética, armados con un cañón de 45 milímetros y una ametralladora, repelieron, junto a las tropas republicanas y las Brigadas Internacionales, los ataques del enemigo y se lanzaron furiosamente en contraataque haciéndoles retroceder hasta el pueblo de Boadilla del Monte. El general Franco se vio obligado a suspender las operaciones ante el alarmante número de bajas sufridas por sus tropas.

Así, con esta pequeña tregua, aquella nochebuena de 1936, Miguel volvía a su casa con licencia por parte de su Capitán para pasar la Navidad con sus padres. Miguel, a sus veintiún años, había experimentado ya, en tan pocos meses, todo el horror de la guerra. Sus jóvenes manos habían tratado toda clase de heridas. A veces, sobre todo desde noviembre, no tenía casi tiempo para descansar. Continuamente llegaban heridos. La acucia por atenderlos no dejaba siquiera tiempo al lamento. Muchos soldados, tan jóvenes como él, llegaban sin un brazo, o sin una pierna. Algunos —muchos de ellos— entraban sólo para morir.

Ahora, llegaba de vuelta a casa andando, y el recorrido fue más penoso de lo que sospechara. Desde que saliera de su casa para ir al frente, no había vuelto a ella, ni siquiera había andado por las calles de Madrid. Había sentido los muchos e intensos bombardeos; sabía por las visitas de sus padres, y por las noticias que le llegaban, que Madrid estaba medio destruido como consecuencia de las bombas, pero desconocía el alcance, y era ahora, atravesando las calles, sorteando escombros, poniendo atención para no tropezar y con cuidado de no caer en una zanja, cuando conocía in situ el desastre de la capital. Casi manzanas enteras de casas habían desaparecido, y en su lugar quedaba una montaña de cascotes, mezclados con muebles y enseres destrozados, incluso recogió del suelo una muñeca sucia, pero casi nueva. Entró en el parque de El Retiro y se asombró al ver tantos árboles abatidos y numerosos boquetes producidos por el impacto de los obuses.

Al salir del Retiro, cruzó la calle Alcalá y entró por la calle Núñez de

Balboa para enfilear la calle Hermosilla. Quería pasar por la frutería. Miró su reloj de pulsera (regalo de un soldado al que atendió durante horas y al que consiguió bajar la alta fiebre que le consumía), y vio que eran cerca de las siete de la tarde. Comenzaba a anochecer, y pensaba que ya no hubiera nadie en la tienda, pero aun así, quiso pasar por allí.

Al llegar, vio uno de los cierres algo levantado. Se agachó y asomó la cabeza por debajo.

—¿Eh? —llamó—. ¿Hay alguien?

Nadie respondió.

Miguel volvió a insistir.

—Soy Miguel. ¿Hay alguien?

Unos pasos avanzaron nerviosos, y el cierre subió empujado por las manos de Fernando.

—¡Hijo! ¡Qué alegría! —Miguel, al ver a su padre, le abrazó con fuerza.

—¿Te han dejado salir? —le preguntó Fernando emocionado.

—Ya lo ve, padre. El Capitán me dio la noticia esta misma mañana. No tengo que regresar hasta mañana por la tarde.

—¿Ya fuiste por casa?

—No. Quise pasar antes por la frutería.

—Buena caminata, aunque a ti te gustó siempre andar.

—Sí, en eso he salido a usted —afirmó Miguel, sonriendo.

—Le veo bien, padre —mintió Miguel, que no veía a su padre desde hacía un mes y le encontraba muy delgado y ojeroso.

—Pues estoy algo regular, no creas. A veces me duele el costado.

—No debe hacer esfuerzos. ¿Por qué no se pasa por el Palace? Hablaré con el capitán para que le mire.

—¡Deja, hombre! Bastante tenéis ya con tanto soldado herido, que seguro que no cesan de llegar del frente, para perder el tiempo conmigo.

—Bueno, ya lo hablaremos. Ahora, dígame: ¿Qué hace aquí con el cierre echado?

—No hay nada de género para vender. Esta mañana trajo María unos repollos, y unos cuantos pimientos, cebollas y un saquete de castañas. Y se vendió todo en un plis-plás. Ayer, aún tuvimos unas calabazas, puerros y un saco de patatas. Esta tarde vine solo a recoger unos sacos, por eso encontraste el cierre levantado.

—¿Y la frutería de Porlier?

—La seguimos abriendo. Allí suelo estar yo y María viene *p ‘aquí*.

—¿Siguen sin noticias de mis hermanos?

—Seguimos igual, hijo. Aquí estamos como dejados de la mano de Dios.

Miguel, mientras hablaba con su padre, echaba un vistazo a las vacías bandejas que colgaban de los muros y a los serones del suelo, antes rebosantes de coliflores colocadas en forma de pirámide y de toda clase de verduras frescas, y que ahora ofrecían tan triste aspecto. La imagen era tan deprimente que Miguel sintió frío en el corazón.

—Pero seguro que mis hermanos están bien —Miguel quería llevar optimismo a su padre—. Dice mi capitán que la falta de noticias siempre son buenas noticias.

—Dios así lo haga valer —dijo Fernando—, y ahora vámonos *pa casa* que menuda alegría se van a llevar cuando te vean.

Ya era casi de noche y apenas se veía por las calles. El cableado eléctrico había sido dañado en buena parte del barrio con los últimos bombardeos y solo lucían unos quinqués de carburo colocados en las esquinas hasta medianoche. Por donde pasaban, Miguel miraba asombrado las sombras de tantos edificios medio derruidos. Algunas calles tenían enormes socavones que debían sortear, y muchos escombros estaban amontonados en las aceras.

—Ya ni sé puede comprar tabaco —dijo repentinamente Fernando—. Los estraperlistas lo venden a precio del oro. Ayer me pidieron por tres gramos de picadura y un librillo de papel 15 pesetas. ¿Qué te parece...?

—Que son unos *aprovechaos* sin conciencia —opinó Miguel. Luego miró a su padre con cariño—. Ya le traeré yo algo de picadura —le comentó, dándole una palmada en el hombro.

Aun sin verle —las sombras de la noche ocultaban su rostro—, Miguel pudo notar como su padre sonreía.

Cuando Rosario y María vieron entrar a Miguel saltaron de la alegría, pero quién más lo festejó fue Rosarito, y máxime cuando su tío le entregó aquella muñeca que encontrara entre los escombros y que intentó limpiar lo mejor que pudo.

—¡Qué bonita muñeca, Rosarito —decían su tía y abuelos, aplaudiendo.

—¿Sabes una cosa, tío? —dijo la niña, con un tonillo de voz muy gracioso, abrazada a su nueva muñeca—. La abuela ya me ha enseñado las primeras letras. Y ya se leer “mamá”, “papá”, “pan”, “tío”, “tía”... Luego me dices que te los lea, ¿quieres? ¡Ah! Y el abuelito me ha enseñado a cantar el “chiriritintin”

—ja, ja, ja —rió Miguel con ganas—. Se dice el “Chiquirritín”

—Bueno, eso... La abuela ha hecho sopas de ajo, ¿no lo hueles? Y también tenemos huevos fritos con patatas y farinatos... ¡Ah! e higos secos.

—Y además, tienes esto —dijo Miguel, metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Andá! ¡Mira abuela, es chocolate!

Miguel no recordaba una cena de nochebuena tan pobre y tan triste. Aunque su madre trató de apanarla lo mejor posible, la escasez de medios no le dio para más. No intuía que su familia estuviera tan escasa de comida, puesto que en el hospital, aunque se notara la carencia de algunos productos, no les faltaba, de momento, lo más primordial y básico. Le llamó la atención el poco pan en la mesa, cuando su madre siempre ponía aquellas hogazas tiernas y esponjosas que solo con mirarlas ya se te abría el apetito. Las sopas de ajo, aunque conservaban ese sabor que sabía darles su madre, apenas

llevaban sustancia. Los huevos fritos con patatas a los que les habían echado ajos, estaban muy ricos, a decir verdad, y Los higos, muy secos, y algunos apolillados.

—Madre, ¿aún le quedaban farinatos? —preguntó Miguel, después de alabarle a su madre la escasa cena de Nochebuena.

—Estos fueron los últimos —repuso Rosario, sin poder disimular su tristeza.

—Bueno, ya hará usted más, ¿verdad Rosarito? Y mira cómo te estás poniendo la boca con el chocolate...

María reía, mientras era observada por su hermano, y Miguel veía a su hermana con una tristeza en los ojos cómo jamás viera antes. Ni siquiera recordaba tanto pesar en su rostro cuando rompió con Servando. Aquella guerra los iba consumiendo a todos. La única que tenía buen aspecto y que parecía vivir con alegría, era Rosarito. Gracias a Dios, la niña se iba criando bien, a pesar de las escaseces.

Cantaron unos villancicos, más por entretener y divertir a la pequeña, que por ganas de celebrar una nochebuena, la primera que recordaba Miguel tan amarga, marcada por la ausencia de sus hermanos, sin saber si estaban vivos o muertos.

\*\*\*\*

Esa misma Noche Santa, y a esa misma hora, a más de cuatrocientos kilómetros de casa, Vicente bebía un amargo café acompañado de unas gotas de coñac que lo hacían más bebible. Alrededor de una copiosa hoguera y tapado con un grueso capote de lana, bebía y sonreía ante los chistes que contaban sus compañeros, todos en círculo, muy cerca los unos de los otros para no dejar entrar el frío viento del cerro.

La cara de Vicente, ensombrecida en tonos rojizos por el resplandor de la hoguera, mostraba unos labios secos y cuarteados. Las manos, cubiertas de toscos guantes de lana, sostenían una taza medio mugrienta de metal. En este momento reía, pero su corazón lloraba, y aquellos ojos turbios no los provocaba la risa; su pensamiento estaba en su casa, oliendo las viandas que

había preparado su madre, escuchando los villancicos que cantaban sus hermanos y respirando el anhelado recuerdo de aquella paz familiar que le habían robado.

Desde que llegara al frente de Aragón, sobrevivir había sido su única consigna. No quería morir en esta guerra de locos. Nadie le había preguntado que le parecía estar allí, ni siquiera sabía por qué luchaba. Por eso, cada mañana, al despertar de las escasas horas de sueño, se repetía la misma pregunta: ¿Qué hago aquí...?

Después de casi dos meses defendiendo aquel cerro, con el cuerpo invadido por las pulgas, durmiendo casi al raso, sólo protegido por una tienda de lona que azuzaba el viento a todas horas, su vida se había convertido en un infierno. No quería morir allí, de una manera tan sin sentido, y por su mente vagaba la idea de huir, aun sin saber cómo, ni a dónde, sólo escapar... Volar hacia ese aroma de sopas de ajos y farinatos fritos que le traía el viento.

La mañana del 2 de febrero de 1937, Fernando abrió la frutería de Porlier como casi todas las mañanas, por poco que hubiera para vender. María, protegida por Marcial, un miliciano de la Junta de Barrio, algo cojo, y que era muy buena persona, llegó a la frutería empujando una carretilla con varios sacos.

—Mire padre —señaló, cansada por el esfuerzo—, hoy hemos tenido suerte. He conseguido traer del almacén de víveres estos sacos con patatas, verduras y naranjas.

—Así es, señor Fernando —confirmó el miliciano—. Hoy hubo suerte, pues esta mañana han entrado varios camiones con víveres, así que al almacén de nuestra Junta ha llegado uno de ellos bien cargadito. Hoy estamos de fiesta —terminó diciendo el miliciano, mostrando una agradable sonrisa.

Distribuyeron las mercancías por las distintas bandejas y serones, y levantaron del todo el cierre para atender a la clientela que ya guardaba cola a la puerta, bajo la atenta mirada del miliciano, que hacía guardar el orden para evitar disturbios, y controlaba que cada comprador llevara su cartilla de racionamiento adscrita para ese establecimiento.

Una vez que María dejó apañado a su padre, marchó rápida al almacén, donde cargó de nuevo la carretilla y marchó hacia la frutería de Hermosilla. Otro miliciano la acompañó. Este se llamaba Raúl, y la tiraba los tejos, aunque María no le hacía caso.

Aquella mañana, los establecimientos del barrio, sobre todo las fruterías y verdulerías, llevaron algo de alegría a los vecinos. Muchas familias, las más adineradas, ya habían abandonado el barrio hacía meses, huyendo a otros países o hacia otras provincias. Cantidad de pisos habían quedado cerrados en el barrio de Salamanca, vacíos de sus ocupantes, sobre todo en la zona que cubría desde Príncipe de Vergara hasta el Paseo de la Castellana.

Pasadas las doce del mediodía, Fernando dio por acabado el género, así

que Marcial, el miliciano, se le despidió hasta el día siguiente. Con el cierre a medio echar, dos mujeres de mediana edad entraron en la tienda. Fernando miró hacia ellas, no las conocía.

—Lo siento, señoras, pero ya no me queda género. Iba a cerrar —dijo, al tiempo que una de las mujeres se le situaba detrás.

Casi sin percibirlo, Fernando recibió un contundente golpe en la cabeza que le dejó medio inconsciente y le hizo perder el equilibrio cayendo al suelo. La otra mujer, mientras, se dirigió a la caja y sacó todo el dinero que encontró en ella; su compañera, aún metió las manos en el bolsillo del delantal de Fernando por si encontraba algo de dinero dentro; por suerte, no vio el reloj de plata que llevaba en el bolsillo del pantalón. Dos segundos después, las dos mujeres salieron corriendo calle arriba, dejando a Fernando, sin aparente sentido, tirado en el suelo.

En ese mismo instante, María echaba el cierre a la frutería de Hermosilla. Sonreía, pensando que con aquellas pesetas ganadas en el día, había podido comprar unos filetes de carne de caballo y un buen trozo de tocino veteado en la carnicería de Mariano.

Camino de casa, entró por la calle Díez Porlier, pues quería recoger unos sacos de la otra frutería para llevarlos a casa y así tenerlos a mano por si había suerte de volver a llenarlos al día siguiente. Al llegar a la frutería y ver el cierre medio echado, pensó que aún encontraría a su padre allí. Entró, y cuando le vio tirado en el suelo, muy cerca de la puerta, le dio un vuelco el corazón.

Fernando recibió un buen golpe en la cabeza, pero fue peor para él el susto y la pérdida de aquellos duros ganados; pocos, pero que era mucho para ellos en aquellos momentos de infortunio.

María fue a buscar un médico a la Casa de Socorro, pues aunque Fernando recobró el conocimiento, no vieron aconsejable que fuera caminando hasta allí.

Por suerte, para todos, el médico acudió enseguida, y comprobó que, aparte de un abultado chichón, Fernando parecía encontrarse bien, aunque le extrañó que al cambiarle de postura se quejara de un fuerte dolor en el costado.

—¿Se golpeó con algo en ese costado al caer? —le preguntó el médico.

—Ese dolor lo tiene desde hace tiempo —Rosario se adelantó en responder—, ya le he dicho que fuera a que le viesen, pero es un cabezón. Además, tiene ese lado bastante hinchado.

El médico le levantó la camisa y le palpó el costado derecho que, efectivamente, se veía inflamado. Al hacerlo, Fernando se estremeció ligeramente.

—¿Nota dolor? —le preguntó el médico.

—Sí, un poco.

—¿Tiene vómitos con frecuencia? —siguió indagando el médico.

—Alguna vez los tiene —repuso Rosario.

El médico acercó a Fernando a la ventana y le miró los ojos con atención. Luego sacó un bloc del bolsillo.

—Voy a mandarle unas inyecciones, se pondrá una al día hasta terminar la caja.

—¿Qué puede tener, doctor? —preguntó María.

—Es cosa del hígado —respondió el médico, mientras rellenaba la receta—. Estas inyecciones son un reconstituyente, a ver si le mejoran. Que coma toda la fruta que pueda, y verdura, sobre todo espinacas y zanahorias. No le den carnes rojas ni grasas, como tocino o panceta, poca leche, y que beba té, si es posible, mejor que agua. Hagan las infusiones dejando hervir bastante las hojas, casi hasta consumir la mitad del agua. Dentro de quince días que venga por la Casa de Socorro, allí le veré de nuevo —añadió el doctor mientras recogía su maletín.

El médico se despidió de Fernando y de Rosario, y María le acompañó hasta la puerta.

—¿Es grave lo que tiene mi padre, doctor? —le preguntó en voz baja.

—Los síntomas no son buenos, pero tengamos esperanza, a ver si se recupera. Una buena dieta es muy importante, y aunque ahora, estando en guerra, sea difícil llevarla a cabo, ustedes inténtenlo. No puedo decirle más.

Una vez que el doctor salió, María regresó al comedor visiblemente preocupada.

\*\*\*\*

Esther recogía la cocina mientras escuchaba la radio. Desde que cayera San Sebastián, y toda la provincia de Guipúzcoa en mano de los sublevados a finales de septiembre de 1936, pocos vientos de guerra sacudían la hermosa ciudad vasca. Se acercaba el mes de marzo de 1937, y Esther recordaba que llevaba más de siete meses sin saber absolutamente nada de su familia. Las últimas cartas que escribiera le habían sido devueltas.

Los marqueses no podían volver a Madrid, el riesgo era enorme; además, no había trenes, ni camionetas que atravesaran la meseta castellana y llegaran hasta la asediada capital. No cabía más que esperar, pero aquella guerra fratricida no parecía tener fin. La radio no hacía más que repetir que Madrid llevaba meses sitiado, que no entraban apenas víveres y que la rendición estaba cerca... Y esto hacía que Esther no dejara de pensar cuántas calamidades estaría sufriendo su familia. Escuchó al marqués comentar de los múltiples bombardeos realizados por la aviación sobre Madrid, y que ya los muertos se contaban por millares. La desazón no la dejaba vivir, y esa impotencia que la mantenía inerme, la consumía.

En la última carta que recibiera de sus padres, y que relevara una y otra vez, le decían que Dolores había marchado con Isabel para Tembleque y que la pequeña Rosarito quedaba con ellos unos días. La carta estaba fechada el 15 de julio del 36 y, después de esta, ya no volvió a recibir ninguna.

Estando en estas meditaciones, entró en la cocina Maurice, el cocinero

francés, que hacía unos días regresara de Francia, a donde marchó poco después de comenzar la contienda por miedo a las represalias; sin embargo, al saber que en el norte de España se mantenía cierta paz, y que bajo el gobierno de los nacionales se respetaba a la nobleza, consideró volver por cariño a los marqueses —según confesaba—, aunque don Ricardo, el secretario personal del marqués, adujera —puede que sobrado de razón— que los buenos duros que ganaba en casa de los marqueses, no los ganaba en Francia ni por asomo.

—Esther, me acaban de entregar una carta para usted —dijo el cocinero, haciendo oscilar el sobre en su mano derecha—, y creo que viene de Toledo.

Dándole un salto el corazón, Esther corrió a coger la carta de la mano de Maurice. El remite era de Dolores, y tal como dijera Maurice, venía de El Tembleque (Toledo).

Con impaciencia, rasgó el sobre. La carta estaba fechada el 28 de diciembre —había tardado casi dos meses en llegar a su destino.

*Querida hermana:*

*Deseo que al recibo de esta te encuentres bien, nosotros quedamos bien (gracias a Dios). Te escribo en nombre de Isabel y mío, pues yo sigo con ellos en Tembleque. Esperamos que te llegue ésta, pues nos dijo Ramiro que iba a intentar que llegara a través de los transportes militares. Dios quiera que la recibas, pues seguro que estarás preocupada sin tener noticias nuestras. No sé si sabrás que al comienzo de la guerra, nos refugiamos en el Alcázar de Toledo, te lo digo por si te enteraste de lo que pasó allí, para que quedes tranquila, pues a pesar de lo mal que lo pasamos, pudimos salir con vida de allí todos nosotros. Allí estuvimos más de dos meses sitiados, pero ahora estamos bien, de nuevo en la casa cuartel de Tembleque, desde donde te escribimos. No sabemos nada de los padres y de los hermanos en Madrid, Esther. Estamos muy angustiadas, pero no hay manera de conseguir noticias, y se habla de muchos miles de muertos. Supongo que sabrás que Rosarito quedó allí. Isabel está que no vive pensando en ella. Si tú has conseguido ponerte en contacto con ellos, escríbenos y lleva la carta a la Casa Cuartel de Hendaya, para que se la entreguen al Cabo Santos, que es amigo de Ramiro, él intentará hacerla llegar a destino.*

*Por las noticias supimos que San Sebastián fue liberado, así que también quedamos tranquilas suponiendo que estás bien. Sin más de particular, recibe todo el cariño de tus hermanas y sobrinos que bien te quieren”.*

Mientras leyó la carta, Esther tuvo que limpiarse varias veces las lágrimas que le brotaban de los ojos. ¡Por fin sabía algo! Y no eran malas noticias, por lo menos ellos estaban todos bien, aunque la angustia siguiera haciendo mella en su corazón. Levantándose de la silla, guardó la carta en el bolsillo de su mandil y salió a la amplia galería de la cocina; desde allí se divisaba el mar. La tarde era espléndida y parecía dar aviso de que el invierno llegaba a su fin. Contemplando la maravillosa playa de la Concha, Esther abrió una de las ventanas y sintió la brisa sobre su rostro. Cerró los ojos, y recibiendo aquel grato olor de aromas salpicado de sabor a mar, pidió con fe al cielo que aquella terrible guerra cesara y pudiera de nuevo abrazar a sus padres y hermanos, a los que tanto echaba de menos...

\*\*\*\*

A pesar de que tanto Rosario como María ponían todo su empeño en conseguir productos para la dieta de Fernando, pocos días llegaban a conseguirlo. El médico les extendió unas recetas para que pudieran conseguir carne, huevos, pescado y azúcar, puesto que desde enero estos alimentos sólo se adquirirían bajo receta médica. Carne blanca quedaba muy poca y aunque María, en más de una ocasión, consiguió poder comprar unos cuartos traseros de gallina en el mercado negro, estos tenían tan poca carne, que a poco llegó. Miguel sí consiguió hacerse en el hospital con un buen manojito de té verde, así que a diario le daban a beber casi un litro de la infusión. También tuvieron la buena suerte de conseguir una pequeña banasta de uva de albillo, que María pudo ocultar en la trastienda, fuera de los ojos del miliciano.

A trancas y barrancas iban yendo, y así, cuando el médico vio a Fernando aquel cinco de abril del 37, le encontró mejor cara y comprobó que había engordado casi un kilo. Además, él mismo decía encontrarse más fuerte y animado.

\*\*\*\*

Después de la gran derrota sufrida por las cuatro divisiones que Musolini enviara a España para ayudar a Franco en la conquista de Guadalajara entre el 10 y el 19 de marzo, en Madrid se empezaron a vivir días de relativa calma. Aquel duro golpe dado a las fuerzas italianas supuso una fuerte inyección de moral a los combatientes republicanos. La noticia de lo sucedido en Trijueque afectó muy negativamente a la moral de los soldados italianos que empezaron a darse cuenta de que España no era el paseo militar que les prometieron sus generales jefes.

Al mando del teniente coronel Jurado, los 40.000 soldados republicanos —muchos de ellos procedentes de las Brigadas Internacionales—, precedidos por una colosal artillería, obtuvieron una gran victoria sobre las tropas italianas. El mal tiempo reinante favoreció a los republicanos, pues mantuvo inmovilizada en sus hangares a la poderosa flota aérea italo-alemana, destinada a dar cobertura aérea a la gran maniobra sobre Madrid.

El descalabro de las cuatro divisiones italianas fue enorme. El ejército republicano consiguió un botín extraordinario, formado por: 700 camiones; coches y motocicletas por centenares; 520 ametralladoras, 70 cañones de diferentes calibres, docenas de morteros, 82 tanquetas, 16 tanques, incontable número de granadas de mano, 18.000 uniformes sin estrenar, 35.000 pares de botas, etc.... Y cerca de 75 toneladas de víveres. Los muertos entre las filas italianas fueron de varios millares y los prisioneros eran tantos que los amplios patios de los cuarteles de Artillería y Parque de Intendencia Militar en Madrid, resultaron absolutamente insuficientes para albergar en ellos a las inacabables filas de soldados italianos hecho prisioneros por las fuerzas del entonces teniente coronel republicano Enrique Jurado.

Esta fue la cuarta y última gran batalla por conquistar Madrid y constituyó la más sonada victoria del ejército popular republicano. A partir de aquí, no hubo ninguna otra batalla por la conquista de Madrid, salvo la famosa batalla de Brunete en julio de 1937, pero esta fue iniciada por las fuerzas republicanas para ganar terreno a los sublevados, aunque después de varios

días de encarnizada lucha, sólo consiguieron ganar unos pocos kilómetros a cambio de un gran número de víctimas en ambos bandos.

(La presión franquista sobre Madrid quedó limitada a un asedio que no cesaría en ningún momento durante el tiempo que duró la guerra. La estrategia de Franco era esperar a que los madrileños, agotados por el cansancio y el hambre, acabaran rindiéndose, o minar la fuerza de sus defensores para lanzar un ataque final sobre la capital).

La salud de Fernando empeoraba; a pesar de poner todos, esfuerzo y voluntad, el pequeño avance de recuperación ganado en las primeras semanas, se fue perdiendo. Los vómitos aumentaron y la debilidad se adueñaba día tras día de él.

Tuvieron que cerrar la frutería de Porlier, dado que Fernando no podía estar ya al frente de ella. Hablaron con el casero, y acordaron con él pagar medio alquiler durante un tiempo, hasta ver si Fernando se reponía. El acuerdo interesó a ambas partes, puesto que muy poco se vendía y nadie querría pagar un traspaso por algo que no daba rendimiento y hacer frente, por demás, a un alquiler.

A comienzos de junio, Fernando ya no se podía aguantar de pie. Miguel iba a verle todos los domingos que podía, y aquel domingo, 13 de junio, cuando llegó a casa después de dos semanas, encontró a su padre encamado, con un rostro tan delgado y envejecido que se estremeció al verle.

—Padre, ¿qué tal se encuentra? —le preguntó, sacando fuerzas de lo más hondo de su ser para parecer animado.

—Bastante mal, hijo —repuso Fernando, con una voz tan apagada que apenas era audible—. Tengo mucho dolor en el vientre, sobre todo cuando me muevo.

—Bueno, ya se le irá pasando. Usted no se preocupe de nada y descanse. Aquí, en la cama, está estupendamente. Y mire, lo que le he traído —Miguel sacó un melón y seis plátanos de la mochila.

Fernando, al ver las frutas, sonrió.

—Así me gusta: verle alegre. Ahora le diré a madre que le ponga un par de rajas y se las come con un plátano.

—No —negó Fernando, haciendo un gesto con su mano derecha—, lo vomitaré. Hoy eché fuera el desayuno. Luego, un poco más tarde, intentaré

comerlo. Quiero dormir un rato ahora. Échame las contras de la ventana, antes de salir, hijo.

Así lo hizo Miguel, y después salió de la alcoba muy compungido.

Rosario rezaba con Sebastián en el comedor. El sobrino, llevaba las cuentas de los misterios con los dedos, y Miguel pasó despacio para no hacer ruido.

María estaba en la cocina pelando unas pocas patatas y Rosarito, a su lado, cortaba las hojas de un repollo. Miguel entró en ella.

—Veo a padre muy desmejorado —dijo Miguel, mostrando su honda preocupación.

—No levanta cabeza, y hoy pasó muy mala noche. Madre lleva unos días durmiendo con Rosarito para no molestarle, pero la pobre se levanta en cuanto le oye toser o si siente que le entran nauseas. Nos tiene muy angustiadas, Miguel. El jueves pasado vino a verle el médico —aquí María se paró y pidió a Rosarito, que seguía entretenida con el repollo, que fuera a casa de la señora Rufa a pedirle un poco de sal. En cuanto la niña salió, María continuó hablando—. Le he dicho que salga porque no quiero que oiga lo que voy a contarte. Como te decía, vino a verle el médico y le estuvo haciendo un reconocimiento bastante minucioso. Me dijo que el hígado está muy mal. Le mandó otras inyecciones que ya le están poniendo, que pude conseguir en el mercado negro, y por cinco duros.

—¡Madre mía! ¿Pagaste veinticinco pesetas por ellas? —preguntó Miguel, visiblemente asombrado.

—¡Qué querías! Ya nada encuentras a precio normal.

—Ya, mujer... Si no te lo echo en cara, lo decía porque es un abuso increíble —le aclaró Miguel.

—Y gracias que las conseguí, que tú no sabes cómo está la calle...

—Lo supongo, María. Yo hablé de nuevo con el capitán; tiene mucho trabajo, pero me dijo que en cuanto pueda se acerca de nuevo a ver a padre.

—Yo creo que ya no sale de ésta —dijo de pronto María, con los ojos llenos de lágrimas—. Se está muriendo, y él lo sabe —continuó, ya con

llantera—. Ayer me dijo: “María tienes que conseguir que a Rosarito no le falte nunca de comer, y no dejéis de leerle cuentos y novelas de aventuras, para que no le robe la ilusión esta maldita guerra”.

Miguel, enternecido al ver llorar a su hermana, ya no quiso evitar que se le derramara toda la pena que sentía en el corazón, y así, abrazados los dos hermanos, dejaron fluir todo el dolor acumulado durante tantos días seguidos de angustia, tristeza y desolación.

\*\*\*\*

Casi no había semana en que la terrible aviación germano-italiana bombardeara alguna zona de Madrid. También los cañones pesados disparaban sus mortíferos obuses haciendo cundir el pánico cuando se les oía silbar.

El fuerte ulular de las sirenas sonó aquella mañana del 16 de junio, haciendo que los madrileños abandonaran corriendo sus casas en busca de refugio. María volvía de recoger un cuartillo de leche para Rosarito cuando el ruido de las sirenas comenzó a hacerse oír; aceleró el paso todo lo que pudo, intentando no derramar la leche del cantarillo, y justo cuando acababa de atravesar el portal de casa, un gran estruendo hizo que todo el suelo temblara. Una enorme polvareda, precedida de una tromba de aire muy caliente, casi la lanzó al suelo, y sujetándose con fuerza al pasamano de la escalera, se fue sentando lentamente en un peldaño, con la pequeña cántara escondida en el regazo.

Sólo pasaron unos cuantos segundos, pero parecieron horas, hasta que la densa nube de polvo comenzó a disiparse, y María pudo distinguir cómo un montón de cascotes llenaban el vestíbulo del portal, incluso vio varias ramas de árboles entre ellos. Subió despacio hasta el piso. Cuando Rosario la vio entrar se echó las manos a la cara.

—¡Dios Santo, cómo vienes...! ¿Estás bien, María...? ¡Ay, Jesús! ¡Qué susto tan grande!

—Sí, madre, no se preocupe —la calmó, tratando de sacudirse el polvo de los brazos y de la cabeza—. Sólo estoy un poco sorda por la explosión.

Aquí traigo la leche.

—Ha tenido que caer muy cerca —dijo Sebastián.

—Justo aquí mismo —indicó María— y creo que en medio de la acera, pues el portal ha quedado lleno de escombros y trozos de árboles.

—Hay que dar gracias a la Virgen que no te pilló —añadió Rosario, santiguándose—. Y esperemos que tampoco se haya llevado a nadie por delante.

—¿Y Rosarito? —preguntó María, al no ver a su sobrina en el comedor.

—Está con su abuelo en la cama metida. Al oír la explosión se asustó toda y se fue con él.

María entró en la alcoba, y se enterneció al ver a la niña tumbada al lado de su padre y con la cabeza apoyada en su regazo.

—Rosarito, cariño, no canses al abuelo —le habló María en voz baja.

Su padre hizo un gesto negativo con el brazo.

—Estoy bien —afirmó muy quedo—, déjala estar.

María, con los ojos nublados, salió de la habitación.

Rosarito sonrió y se apretó más a su abuelo.

—Abuelo, cuando te pongas bien, tienes que leerme otra vez Genoveva de Brabante, y la Bella Durmiente...

—Cuántas veces quieras, princesa —le susurró Fernando, acariciándole el cabello con suma ternura, aunque sus azules ojos se enturbiaron y una infinita tristeza le cubrió el rostro.

Una semana más tarde el estado de Fernando había empeorado sobremanera. Los vómitos eran casi continuos; ya no ingería ningún alimento, y el poco líquido que bebía apenas le aguantaba en el estómago.

Así, aquella mañana del 23 de junio, Sebastián confesó a su tío y le impartió la extremaunción. El mismo Fernando se lo pidió. María, con la niña, marchó a la frutería con la intención de llamar por teléfono y avisar a su

hermano Miguel del empeoramiento de su padre. Por suerte, la línea funcionó, y así pudo dejar aviso en el centro hospitalario militar ubicado en el famoso hotel Palace.

Rosario, cuando María y Rosarito salieron, se sentó en una banqueta de la cocina; lloraba en silencio, mientras hervían aquellas cuatro patatas con un trozo medio seco de cebolla y dos viejos puerros. En ese momento, sonó el timbre de la puerta.

En cuanto Sebastián se escondió con suma rapidez en su refugio, Rosario fue a abrir.

—¡Va! —gritó, cuando comenzó a avanzar por el pasillo— ¡Un momento!

Al abrir la puerta se encontró cara a cara con dos milicianos, uno de ellos era una mujer.

—Señora, venimos a hacer un registro —dijo la miliciana, que era morena, con el pelo muy corto y que no debía pasar de los treinta años.

—¿Un registro? —preguntó Rosario, intentando mostrar serenidad.

—Sí, es algo rutinario. Si nos permite pasar...

Rosario se apartó a un lado, y los dos milicianos entraron en el piso.

—¿Cuántos viven en esta casa? —indagó ahora el miliciano, mientras avanzaban por el pasillo.

—Si se refiere a los que quedamos ahora, somos cuatro: Mi hija, una nieta de cinco años, mi marido y una servidora.

—¿Tienen hijos en el frente? —preguntó la miliciana.

—Sí, los cuatro que tengo varones.

—Díganos sus nombres y apellidos.

Así lo fue haciendo Rosario, mientras que el miliciano iba apuntando los datos en una libreta con las pastas negras; a continuación, entraron en la cocina, miraron por encima, abrieron las puertas de los armarios y de la fresquera —que sólo guardaba un tazón con un poco de leche y un trozo de

unto—; luego, pasaron al dormitorio de los chicos, miraron debajo de las camas y abrieron el armario, y fue en ese momento, cuando Rosario oyó toser a Fernando. Con rapidez corrió hacia la alcoba. Ambos milicianos fueron tras ella.

Rosario se acercó con celo a su marido y le levantó un poco la cabeza de la almohada. Con una pequeña toalla, recogió la flema negruzca que Fernando expulsó por la boca.

Los milicianos contemplaban la escena desde la puerta de la habitación.

Cuando Rosario, después de acomodar con sumo cuidado a Fernando, se limpió las lágrimas de los ojos, observó cómo la mujer la miraba con evidente pena.

—Está muy enfermo, ¿verdad? —le preguntó la miliciana nada más salir de la alcoba.

—Se está muriendo —confesó Rosario que volvía a tener los ojos empapados en lágrimas.

—Pedro, nos vamos —dijo de repente la miliciana.

—Pero si no hemos terminado...

—No hay nada más que ver aquí —añadió su compañera con determinación.

Cuando ya salían del piso, la miliciana le entregó a Rosario varios vales de racionamiento.

—Tenga, mujer, con esto les darán algo más de alimento durante un buen tiempo.

Agradecida, Rosario les despidió, y cuando cerró la puerta del piso, se apoyó en ella, y con una mano se tapó la boca para evitar que Fernando pudiera oírla sollozar.

Carlos corría todo lo que le daban de sí las piernas. Escapaba, huía campo a través buscando el cauce del río; sabía que en la otra orilla se encontraba el frente enemigo, y hacía allí quería ir...

Ya no pudo ni quiso soportarlo más. Desde que se unieran a su destacamento aquella treintena de milicianos anarquistas, tuvo que ver cosas terribles en su avance por los pueblos de la comarca albaceteña. No sólo fusilaban sin más a presos derechistas, también saqueaban y quemaban iglesias y conventos, asesinando a curas y monjas en muchos casos, ante la impasibilidad de los mandos militares, que miraban para otro lado.

Así, aquella mañana de junio del 37, Carlos decidió, con otros tres soldados republicanos más, escapar e intentar cruzar al otro margen del río. Sabían del grave riesgo que corrían, pero aquella última matanza de civiles les había convencido a hacerlo sin más demora.

En las sombras de la noche, cargados con sus fusiles y dos granadas de mano cada uno, los cuatro hombres con sumo sigilo se aproximaron al cercano bosque; una vez lo suficientemente alejados del campamento, sabiendo que nadie se había percatado, echaron a correr buscando el discurrir del río.

Después de recorrer más de un kilómetro, tropezando con toda clase de retamas, ramas secas y piedras, llegaron al margen del río Júcar. Un resplandor de luces no muy lejano, señalaba, sin duda, el campamento enemigo. Así lo determinaron los cuatro hombres, y ya con las botas en el agua, agudizaron la vista intentando tener una mejor visión del caudal del río en aquel tramo. No parecía demasiado profundo por el ruido del agua, ni tampoco muy ancho, pues se distinguían las sombras de los árboles bastante bien en la otra orilla.

Sacándose el correaje donde portaban las granadas de mano, se lo colocaron alrededor del cuello, y manteniendo los fusiles en alto por encima

de sus cabezas, los cuatro desertores comenzaron a cruzar con suma atención el río. Aún no habían llegado a la mitad del recorrido cuando una voz, que resonó con fuerza en el silencio de la noche, se alzó desde la otra ribera.

—¡¡Alto!! ¡¡Quién vive!!

Carlos y sus compañeros quedaron parados en el acto, con el agua a la cintura.

—¡Camaradas! —gritó Carlos, pasados los tres primeros segundos de inquietud—, ¡Somos cuatro soldados republicanos que vienen a unirse a vosotros!

—¡Está bien! ¡Avanzad muy despacio, y sin hacer tonterías!

Un par de minutos después, los cuatro hombres alcanzaban la otra orilla del río sin problema. En ese momento, no vieron a nadie, pero sí escucharon pasos que se acercaban.

Sin apenas darse cuenta, habían sido rodeados por seis hombres que les apuntaban con sus fusiles.

—Depositad las armas y los correajes en el suelo —ordenó uno de ellos—. ¡Vamos, sin demora!

Apenas se veía; pero, en ese momento, la luna asomó tras una nube, y Carlos pudo ver las borlas rojas que pendían de las gorras de los soldados que les apuntaban, y suspiró aliviado: Estaban en el bando nacional. Era la noche del 24 de junio de 1937.

Esa misma noche que Carlos se incorporaba al campamento de los nacionales, su padre agonizaba a kilómetros de distancia.

\*\*\*\*

Miguel, avisado de la llamada de María, llegó la tarde anterior, y apenas se movía de la cabecera del lecho de su padre. Le tenía agarrada la mano, y con la otra le iba limpiando con un pañuelo los hilillos de saliva oscura que le surgían por las comisuras de los labios. Sentada en la pequeña butaca, Rosario le tenía sujeta la otra mano y sus labios se movían lentamente; sin duda, musitaba oraciones, y a los pies de la cama, María no cesaba de llorar en

silencio. Sebastián entretenía a Rosarito en el comedor.

La escena era de inmenso dolor, y Rosario, destrozada en su interior por tanta pena, ya no pensaba. Su mente se había cerrado, tal vez en un intento de sobrevivir a la cruel desdicha en la que su vida navegaba ahora. Desde hacía días, cuando reconoció que Fernando se le iba, el ímpetu que aún conservaba se le fue viniendo abajo. ¿Qué iba a hacer ahora sin él? Ella, a la que todos veían como una mujer valiente, que sabía hacer frente a todo, no era nadie sin el soporte en la sombra de su marido. El bueno de Fernando siempre había estado allí, dejándola hacer, pero vigilante para que no cometiera errores, empujada por la fuerza de su ímpetu. Y ahora, cuando más lo necesitaba, Dios se lo quitaba. ¿Qué iba a hacer ella sin él...?

A las seis de la mañana, Miguel, medio adormilado, sintió de repente cómo su padre le apretaba la mano. Le miró, y notó que respiraba con mayor vehemencia. Acercó su cara al rostro macilento de Fernando que, en ese momento, abrió los ojos, y aspirando una amplia bocanada de aire, lo fue soltando luego lentamente, con una gran placidez, al tiempo que sus ojos se cerraban para siempre.

Gruesas lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de Miguel al ver marchar a su padre. El grito de dolor que partió del pecho de su madre aún le rompió más el corazón.

El 26 de junio, a las once de la mañana, un Miguel derrotado por la pena, sin haber aún cumplido los veintidós años, daba sepultura a los restos de su padre en el cementerio de La Almudena.

Él sólo asistió al entierro, y ante aquella insólita soledad, sintió como nunca la ausencia de sus hermanos y lloró, lloró mucho rato, hasta que se vació por completo del mar de llanto acumulado en todos aquellos días.

Sebastián consolaba a su tía Rosario llevándola el refugio de la fe. Otra cosa no podía darle. También él sentía de corazón la pérdida del marido de su tía, a quién siempre consideró una buena persona, luchadora y muy amante de

su familia.

María, antes de que sacaran los restos de su padre camino del cementerio, salió con Rosarito a dar un paseo mañanero por el Retiro. No querían que la niña retuviera en su memoria el dolor que suponía aquel triste trance. Haciendo de tripas corazón, María llevó a la niña al estanque, que le gustaba mucho, y allí se sentaron contemplando el agua.

—Tía, el abuelo, si se ha ido al cielo, ¿cuándo me va a contar los cuentos que me dijo? —preguntó la niña a una María que luchaba con todas sus fuerzas por no hacer visible su enorme dolor.

—Pues te los contaré yo, la abuela, o el tío Miguel... o el primo Sebastián —respondió, después de tragar saliva con dificultad—. Dime: ¿Te contó el abuelo el cuento de la lechera?

—No, ese no lo sé —contestó la niña con alegría—. ¿Me lo cuentas ahora?

\*\*\*\*

Cuando Miguel volvió el día 27 al Palacio, se fue directo a ver al capitán-médico. Le encontró en la habitación que le habían asignado como despacho.

—¡A la orden, mi capitán! ¿Da usted su permiso? —saludó Miguel, cuadrándose en la puerta.

—¡Qué tal, Miguel —preguntó al verle, y rápidamente se dio cuenta de la tristeza que reflejaba el rostro del joven soldado—. ¡Ven!, siéntate —añadió—. Por la tristeza de tu cara supongo que ya ha pasado todo.

—Así es, mi capitán. Ayer lo enterramos.

—Te acompaño en el sentimiento, Miguel. Sé cuánto querías a tu padre. ¿Qué tal la buena de Rosario?

—Pues... mal, qué le voy a decir. Y ahora ella sola con mi hermana y la pequeñaja... mal lo van a pasar —concluyó, esforzándose por ocultar algo de su gran pesar y preocupación.

El capitán miraba a Miguel sin disimular el cariño que le tenía.

—He meditado sobre algo estos dos últimos días —le dijo sonriendo—. Verás: ¿Qué te parece si te consigo una licencia militar absoluta por enfermedad? Así, de esta manera, podrás estar con tu madre todo el tiempo.

Miguel abrió los ojos como platos.

—¿Puede usted hacerlo? —preguntó, mostrando sincera incredulidad.

—Como poder, puedo, pero tenía pensado para ti otra cosa, aunque dejo la elección en tus manos.

Miguel, arrugó el ceño, no entendía muy bien lo que le pretendía decir su capitán.

—En estos meses —comenzó aquel a explicarse— he podido comprobar la capacidad que tienes para la medicina, y el entusiasmo con que realizas cualquier trabajo. Como mi asistente, te puedo proponer para que realices los cursos de enfermero; pero, para ello, es necesario que estés en activo, naturalmente.

Ante Miguel se planteaba un verdadero dilema, pero que rápidamente resolvió. Le encantaba aquel mundo de la medicina; en otro momento, hubiera dado cualquier cosa por quedarse allí, pero ahora no podía elegir. Su madre le necesitaba como nunca, y si le ofrecían la oportunidad de estar junto a ella, no podía cambiarla por un deseo suyo, aunque éste fuera tan importante para él.

—Gracias, mi capitán —dijo, mirándole directamente a los ojos—. Nunca podré agradecerle todo el interés que muestra por mí. Sin pensarlo dos veces me quedaría aquí, aprendiendo y ayudando, que no me duelen prendas ni me asustan los sudores, bien lo sabe usted; pero, ahora mismo, las circunstancias de mi casa son tan difíciles que mi presencia en ella es fundamental, y si gracias a su gran generosidad, puedo hacerlo, elegir otro camino sólo traería al final pesar a mi conciencia.

El capitán reconoció en la mirada de aquellos ojos azules, una gran nobleza de espíritu, y deseó que si alguna vez tuviera un hijo, se pareciera a aquel pequeño salmantino.

—Muy bien, Miguel, lo haremos así, y no te quepa duda de que esta

elección te ennoblece mucho más de lo que crees. Voy a iniciar los trámites, y si tenemos suerte, puede que en menos de un mes estés licenciado y en tu casa.

\*\*\*\*

Aquel verano del 37 hizo mucho calor en Madrid, y las escasas barras de hielo que se distribuían por los almacenes de víveres, apenas eran suficientes para conservar los alimentos más perecederos, como las verduras. Pescado ya no se conseguía ni con receta médica, y el bacalao seco se podía hallar en el mercado negro, pero a precio de oro. Con la carne y los huevos pasaba otro tanto de lo mismo.

Miguel, licenciado desde el 22 de julio, acudía muy de mañana, casi de amanecida, a los centros de mercancías aguardando a que llegaran los productos y recoger todo lo que pudiera, o le permitieran llevar. No esperaba a que el servicio de transporte se lo llevara al establecimiento. Generalmente —no se sabía por qué— llegaba mucho menos género de esta forma. Si había suerte, como aquel jueves, podía hacer un buen apaño.

Marcial, el miliciano que llegó a tener mucha cercanía con Fernando, siempre le trataba muy bien e intentaba favorecerle; así que, esa mañana, Miguel marchaba hacia la frutería empujando la carretilla con un buen saco de patatas, otro de cebollas, dos ristras de ajos, seis coliflores, una sera de repollos, cuatro docenas de tomates duros (casi verdes), dos manojos de zanahorias, un saquete de higos secos y un saco de naranjas. Al llegar a la tienda, ya había cola en la puerta. Se había corrido la voz y algunos vecinos, ansiosos por llenar con algo el puchero, esperaban ya desde hacía rato.

300 cartillas de racionamiento, numeradas y selladas, estaban destinadas a las familias adscritas a su establecimiento. Pero lo poco que entraba no llegaba para alimentar ni a una cuarta parte, y eso en los buenos días, como era el de hoy. Marcial, el miliciano, controlaba las cartillas para que nadie se aprovechara llevándose más de lo que le correspondía.

María, gracias a aquellos vales que le dio a su madre la miliciana,

recogía a diario un cuarto y mitad de leche. También le daban cuatro chuscos de pan, en lugar de los tres de antes, y por dos veces ya había acudido a una fábrica de galletas que había en la calle Goya esquina a la de Alcántara — cerca de casa— porque allí vendían por un real un kilo de galletas rotas por persona; claro que había que estar horas antes de que abrieran, haciendo cola, pues a veces sólo llegaban galletas para las cinco primeras personas. La primera vez, María llegó a las siete de la mañana y no lo consiguió, así que la segunda se fue antes de las cuatro y pudo llevarse el kilo de galletas rotas.

La escasez de productos era ya tan perentoria que la gente empezó a tirar de la picaresca para sobrevivir. Se falsificaban cartillas de racionamiento, se disfrazaban para volver a ponerse a la cola y obtener mayor ración. Se usaban cartillas de fallecidos o de los que se habían incorporado al frente; y como la leche, los huevos y la carne sólo se conseguían bajo receta, surgieron muchos falsos enfermos, y muchas mujeres se hacían pasar por embarazadas, algunas con el fin de conseguir alimentos para sus hijos más pequeños, pero otras lo hacían para luego especular con lo conseguido en el mercado negro. La situación comenzaba a ser caótica; sin embargo, lo peor aún estaba por llegar.

\*\*\*\*

Rosario marchó aquella mañana de agosto con Rosarito al cementerio. Desde que falleciera Fernando —aún no hacía mes y medio—, ya había ido varias veces, pero esta era la primera vez que la acompañaba su nieta. Recogieron unas pocas flores de un jardincillo que hallaron a su paso, y llegaron, bajo aquel sol que empezaba a calentar con fuerza la mañana, al lugar donde descansaban los restos de Fernando.

Era la primera vez que Rosarito veía un cementerio. Aunque Rosario iba hablándole mientras caminaban por el enorme Campo Santo, la niña también se fijaba en todo lo que veía. Ahora, mientras su abuela depositaba aquel ramito de flores sobre la seca tierra del suelo, Rosarito preguntó:

—Abuela, ¿por qué hay tantas casitas pequeñas aquí? Y algunas tienen

cruces y ángeles en los tejados. El abuelito, ¿está en una de estas casitas? ¿Es esto el cielo?

Rosario sonrió ante la imaginativa y curiosa visión que sacaba su nieta al ver un cementerio por primera vez.

—A ver, reina mía: en estas “casitas” —como tú la llamas—, se guarda el recuerdo de todos los que se han ido al cielo, que está allí arriba, detrás de las nubes. Y, aquí, donde hemos dejado las flores, también nosotros construiremos una casita para guardar el recuerdo del abuelito, y haremos un jardín alrededor, y vendremos a rezar y a recordarle.

La niña miró el cielo y luego bajó los ojos para mirar a su abuela.

—¿Mis papás están en el cielo? ¿Tienen aquí una casita también? Porque se fueron un día, y ya no volvieron más...

A Rosario se le llenaron los ojos de lágrimas; desde que le dejaran a la niña con ellos, ya hacía un año largo, sólo al principio preguntó por su padres varias veces; luego no volvió a hacerlo más hasta este preciso momento.

Se sentó sobre la lápida de una sepultura cercana y atrajo hacia sí a su nieta.

—Rosarito, cariño, escucha bien lo que voy a decirte: Tus papás te quieren mucho, y un día vendrán a por ti. No se fueron al cielo ni te abandonaron. ¿Lo comprendes?

La niña miró a su abuela y luego movió la cabeza afirmativamente. Rosario, le acarició su rubio cabello.

—Tú nunca dejes de pensar en ellos, porque ellos no dejan de pensar en ti, lo que pasa es que ahora no pueden venir a buscarte, pero un día seguro que vendrán..., cariño mío.

De vuelta al barrio, Rosario y su nieta se pararon en la panadería de la calle Torrijos, muy cerquita de su casa, para hacer la cola del pan. Eras las doce del mediodía y había mucha gente a la espera. Al verlas llegar, Raúl —el miliciano que rondaba a María— se acercó y le pidió a Rosario la cartilla antes de que se pusieran a la cola. Al cabo de un rato, regresó con el pan ante

la mirada poco complaciente del personal que aguardaba en la cola.

—Le agradezco que se tome este interés —le dijo Rosario—, pero no debe hacerlo, es un abuso que no me gusta nada —añadió muy seria.

—Usted es mayor y viene con una niña —dijo el miliciano con asomo de soberbia—, además yo hago lo que creo conveniente. ¿Alguno tiene algo que decir? —concluyó, dirigiéndose con desdén a la gente que formaba la cola. Naturalmente, todos callaron.

Cuando Rosario se encaminaba a casa agarrando de la mano a Rosarito, una fortísima explosión sacudió toda la acera. Rosario, pegando un grito, abrazó a la niña tapándola con su cuerpo. La esquina de don Ramón de la Cruz con la calle de Torrijos no se veía de la enorme nube de polvo que comenzaba a ascender al cielo. Algunos vecinos empezaron a salir de las casas, asustados. Al poco rato, surgieron de la densa nube de polvo, varias personas. Estaban como enharinadas, cubiertas de sucio polvo desde los pies a la cabeza. Rosario no dejaba de abrazar a Rosarito que estaba muy quieta, abrazada a las piernas de su abuela.

—¿Pero qué ha sido esa horrible explosión? —dijo una señora que salía de un portal—. ¡Si no han sonado las sirenas...!

—Ha debido de ser en los túneles del Metro —contestó un hombre que venía cubierto de polvo—, porque hay adoquines y trozos de baldosa sembrados por todos lados.

El desconcierto reinante dio paso pronto a la certeza: Un artefacto había explotado dentro del Metro, y de tal magnitud, que hundió la calzada y las aceras de la calle Torrijos en una extensión de más de treinta metros. Ciento quince personas murieron por el efecto de la explosión, entre ellas, el miliciano Raúl y todas las que guardaban la cola del pan en la acera. Rosario siempre vio en este suceso la mano de la Virgen, que les salvó a ella y a su nieta de morir en aquel aciago día.

La ventisca cada vez arreciaba más, y Carlos apenas podía dirigir su montura. Atravesar aquel estrecho sendero pegado a la montaña, les estaba costando verdadero esfuerzo. Los asnos rebuznaban y apenas querían andar, y aunque Carlos azuzara con los pies los lomos de su jumento, apenas conseguía que avanzara. Veía cómo el resto de la columna se iba alejando, cuando de repente oyó el silbido de un obús en el aire; se acercaba, y Carlos, instintivamente, se tiró de su montura. Dos segundos después, el proyectil impactó en el asno, atravesándolo y haciendo explosión contra la dura roca de la montaña. Los trozos de metralla y piedra saltaron por todos lados, y Carlos, tumbado en el suelo, con el cuerpo destrozado del asno sobre sus piernas, sintió un dolor lacerante sobre su costado izquierdo. En ese instante, comprendió que la metralla le había alcanzado.

\*\*\*\*

El seis de noviembre de 1937, Ramiro recibía un cable telegráfico en el cuartel de Tembleque. Se le comunicaba que un tal Carlos González, que decía ser su cuñado, estaba hospitalizado en el hospital militar de Valladolid. La noticia recogía que había sido herido de metralla en el Cerro del Águila, y que su estado era de relativa mejoría dentro de la gravedad.

A través de la Radio militar, Ramiro intentó ponerse al habla con el hospital militar de Valladolid sin conseguirlo. La comunicación era muy mala, y después de tres días de intentarlo sin resultado, Dolores —a pesar de la oposición de su hermana Isabel—, decidió viajar a Valladolid.

Ramiro supo que el 12 de noviembre salía de Toledo un destacamento militar hacia Ávila para reforzar el frente de Segovia. Hizo gestiones, y consiguió que trasladaran a su cuñada hasta Arévalo. Desde allí podía tomar un tren hacia Valladolid, puesto que en toda esa zona funcionaba el ferrocarril. Tanto Ramiro como Isabel intentaron convencerla hasta el último momento para que no realizara el viaje por el peligro que podría correr, pero

Dolores estaba decidida a asumir cualquier riesgo y no atendía a razones.

—Isabel, sólo de pensar lo mal que lo tiene que estar pasando Carlos no me deja dormir —le confesaba a su hermana—. Ya ves, cómo el pobre ha pedido que nos avisaran... Tiene que estar muy angustiado viéndose sólo. Tengo que ir, o por lo menos, intentarlo.

—Pero Dolores, yo te comprendo... ¡Cómo no te voy a comprender! Y si pudiera me iría contigo, pero puedes esperar unos días a que arreglen las vías del tren, y no irte con una columna militar, ¿no ves lo peligroso que puede ser? A la inquietud por el estado de Carlos, ahora tengo que añadir la que tú me dejas. Dolores, por Dios, recapacita...

—Ya hace cuatro días que nos llegó la noticia y a saber desde cuándo lleva herido —Dolores no cedía—. Mañana, salgo con ese destacamento, y no intentéis convencerme de lo contrario.

Tal y como dijo, Dolores salió aquella mañana del 12 de noviembre de amanecida, montada en uno de los camiones que formaban parte del destacamento, rumbo a Arévalo. En su maleta metió también un par de mudas de buena gamuza para Carlos y unos guantes de lana. Estas piezas de ropa las adquirió Isabel en el economato militar. Ramiro le entregó el salvoconducto y una cantidad de dinero para hacer frente a los gastos que le surgieran por el camino, también una carta que le entregaría a un guardia amigo suyo que estaba destinado en Valladolid y hacía las funciones de radiotelegrafista en el hospital militar.

\*\*\*\*

Al palacete de los marqueses en San Sebastián llegaban toda clase de rumores sobre el paradero del marqués. Aquel noviembre de 1937, desatendiendo el consejo de su secretario y del obispo de San Sebastián, así como de otras autoridades, el marqués salió para Madrid, siguiendo el desarrollo de un plan que parecía tener muy bien elaborado: Había logrado contactar, a través de un amigo inglés, con un miembro de la embajada de

Noruega que acudía a Madrid pasando la frontera francesa por Irún. Haciéndose pasar por noruego, con pasaporte y salvoconductos falsos, el marqués subió en uno de los dos coches de la delegación noruega y, sin apenas contratiempo, logró entrar en la capital.

El motivo de este arriesgado viaje no era otro que intentar sacar de Madrid, a través de la embajada de Noruega, a un hermano del marqués y a su hijo, que estaban refugiados en la embajada de El Salvador. El marqués aún tenía algunos buenos contactos en la capital y confiaba en lograrlo; sin embargo, cuando le comunicaron que tanto su hermano como su sobrino habían abandonado la embajada salvadoreña hacía tres días sin rumbo claramente conocido, las dudas de un fatal desenlace empezaron a fraguar en la mente del marqués.

Averiguó que hacía ya un tiempo se empezó a correr el rumor por las embajadas sobre la existencia de un túnel liberador. Eran cientos los nobles y gentes de las altas finanzas que, por miedo a las represalias, se habían refugiado en las embajadas extranjeras al poco de comenzar la contienda, y la noticia de ese “túnel liberador” hizo que algunos de ellos las fueran abandonando. Por lo visto, a cambio de una elevada cantidad de dinero o joyas, les entregaban un salvoconducto para reunirse con sus familiares en la zona sublevada. El marqués consiguió saber, aunque sin plena convicción, que el tal túnel se hallaba situado dentro de un chalet en el barrio de Usera. Movié hilos para saber que había de verdad en todo aquello, pero poco averiguaba dentro de la embajada.

Estaba ya bastante desanimado por ver pasar los días sin saber nada del paradero de su hermano y sobrino, cuando, repentinamente, le llegó la noticia, por medio de un salesiano salvadoreño, de que un capitán del ejército republicano llamado Cabrera, era quien estaba detrás de estas liberaciones. Incluso le ofreció ponerse en contacto con el susodicho capitán y pasar a la zona sublevada, reuniéndose con su hermano y sobrino a cambio de una fuerte suma de dinero. El salesiano le pidió silencio absoluto para no poner en peligro la operación.

El marqués abandonó aquella misma noche la embajada escondido en la

camioneta de la Cruz Roja dónde había llegado el salesiano, y ya no volvió a saberse más de él.

(Como dato histórico, está reconocido que, acabada la contienda en el año 39, fue descubierta una fosa común en el frente de guerra republicano que quedó establecido en el barrio de Usera, donde se hallaron 67 cadáveres, siendo reconocidos 37, entre ellos el del marqués, su hermano y su sobrino)

\*\*\*\*

La marcha del destacamento militar hacia Arévalo iba más lenta de lo esperado. Al poco de salir de Toledo fueron desviados de la carretera principal por un camino secundario, por miedo a un posible ataque aéreo de la aviación republicana. Así, no llegaron al Barco de Ávila hasta pasada la una de la tarde. Allí repostaron algunos vehículos y casi una hora después continuaron viaje a Arévalo.

Dolores departía con un cabo de Linares, con quién hiciera buenas migas desde que salieran de Toledo. El largo viaje les había dado ocasión de charlar largo y tendido. El joven cabo, un andaluz guapote que a Dolores le parecía de lo más simpático, conducía con pericia el camión, y mientras, le contaba, una tras otra, hazañas “de la guerra”, como él las denominaba, que le hacían, a veces, morir de la risa

—Eres tremendo —le dijo Dolores riendo—. Aunque creo que la mitad de estas historias te las inventas tú.

—¡Qué no, niña! ¡Te lo juro por ésta! —le respondió el cabo, que se llamaba Saturno, llevándose a la boca la mano con los dedos cruzados haciendo la señal de la cruz—. Lo que pasa es que yo nací de pie *pa* contar historias. Cuando acabe la guerra esta de “quítate tú *pa* ponerme yo”, voy a escribir un libro tan gordo, que ríete tú del Quijote ese que tenía la mancha.

—Ja, ja, ja —rio Dolores—. No tenía ninguna mancha. Es “Don Quijote de la Mancha”.

—*Pos* ese... *Er* de la Mancha. Lo que he dicho yo, ¿no? ¡Vaya! *Pos* como te decía, va a ser *mu* gordo. Y voy a meter en *er* libro este viaje dónde conocí a una madrileña que quita *er* *sentío*.

—No soy madrileña, que soy salmantina —le aclaró Dolores.

—*Pos* en el libro queda mejor madrileña, *asín* que vas a ser “Dolores la madrileña”, que es como la de Calatayud, pero más guapa.

—Pues nada, al final me haré hasta famosa —dijo Dolores que no paraba de reír.

Un ruido ensordecedor rompió el chistoso diálogo de los dos jóvenes.

El impacto de aquella bomba había dado de lleno en uno de los camiones de la retaguardia. Con rapidez, intentaron sacar los vehículos de la carretera, abriéndose en abanico por los campos colindantes de aquella llanura castellana. Un nuevo pase de la aviación republicana, ahora a ras del suelo, consiguió hacer blanco en otro camión. Rápidamente, los ocupantes de los vehículos los fueron abandonando, huyendo por el campo a través; corrían en zigzag.

Dolores, agarrada de la mano de Saturno, corría entre el trigo cuando un nuevo pase de la aviación enemiga se anunció en el cielo. Dolores sintió como silbaban las balas sobre su cabeza cuando Saturno la arrojó al suelo y se colocó encima de ella. Un estremecimiento la sacudió de pies a cabeza; después, mientras oía alejarse a los aviones, empezó a notar el peso del cabo sobre ella.

—Parece que se alejan —consiguió decir Dolores, aún conmocionada por lo imprevisto de aquel ataque—. Déjame levantar —añadió, sintiendo los pulmones oprimidos por el peso de Saturno sobre ella.

Pero Saturno no se movió ni un milímetro. Dolores le llamó, y no recibió respuesta. Entonces, muy asustada, fue escurriéndose como pudo, y cuando consiguió liberarse del cuerpo inerte del cabo, comprobó con horror, cómo una gran mancha negruzca de sangre y carne comenzaba a asomar a través de su guerrera. Tenía la espalda destrozada.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Dolores, llevándose ambas manos a la cara—. ¡Le han *matao*!

Una escuadrilla de aviones italianos cruzó el cielo tras los aviones republicanos que se retiraron con rapidez, dejando dos camiones destruidos con material de guerra, y ocho muertos, entre ellos el cabo Saturno.

Dolores, asustada y muy alterada por el episodio vivido, no cesaba de llorar; atendida por un oficial médico que viajaba en el convoy, este comprobó que se encontraba físicamente bien y sólo le dio un par de calmantes para tranquilizarla. Volvió al camión, que ahora conducía un soldado de infantería que se le presentó como José Manuel, y después de que se recogieran los cadáveres y se asistiera in situ a los heridos en sus primeras curas, salieron algo más veloces hacia Arévalo.

Durante el resto del camino, que aún duró más de una hora, Dolores apenas intercambió dos palabras con el nuevo soldado que la acompañaba. La pena le ahogaba; en su recuerdo, las últimas palabras del cabo Saturno resonaban con fuerza en su cabeza: “Dolores, la madrileña, que es como la de Calatayud, pero más guapa...”

Ya en Arévalo, se encaminó rápida a la estación; en la plaza del pueblo le dijeron que a las cinco y media de la tarde salía un tren correo hacia Santander que pasaba por Valladolid. Faltaba poco más de un cuarto de hora, y aún tenía que sacar el billete, así que apresuró el paso hacia allí.

Cuando entró en la pequeña estación, descubrió que el andén estaba lleno de militares de la marina. Se dirigió a la taquilla para sacar el billete.

—Por favor, deme un billete de segunda clase para Valladolid —pidió Dolores al expendedor—. ¿Cómo es que hay tanto soldado en el andén? —preguntó a continuación.

—Van para Santander. Y eso es todo lo que sé —le contestó el hombre, con bastante mal talante.

Dolores tomó su billete y se dirigió con su maleta a un extremo del andén, donde vio que había como una docena de pasajeros vestidos de paisano. Un grupo de marineros la silbó al pasar.

A las cinco y media, el tren que estaba parado a pocos metros de la estación, inició su lenta marcha y se acercó al andén. Los soldados comenzaron a subir casi en tropel en los vagones de tercera y segunda clase, empujándose y gastándose bromas, mientras que los mandos hacían sonar sus silbatos con el intento de mantener el orden. Dolores, y el resto de personas civiles, entre ellas tres niños, aguardaban, y cuando vieron que casi quedaba ya el andén vacío de militares, comenzaron a subir al tren.

Dolores, y un matrimonio con dos niños, encontraron sitio en un compartimento ocupado sólo por dos marinos, uno de ellos con galones de sargento.

—¡Qué barbaridad! —dijo la madre de los niños, una mujer rubia con rizos, regordeta y bastante alta, que llevaba colgado del brazo un bolso de cuero tan grande como una maleta, y que a Dolores le pareció horrible—. Tenían que habilitar un tren sólo para la tropa militar —protestó la mujer, mientras acomodaba a sus pequeños hijos—, y no dejar que hombres con armas viajen con niños.

El militar de mayor rango —hombre de mediana edad que lucía un poblado bigote— miró de soslayo a la oronda señora y luego se dirigió a ella.

—Tengo que recordarle, señora, que estamos en guerra —le dijo muy seco—, y que estas cosas son normales que ocurran. Felicítese usted que puede viajar en tren, pues son muchas las líneas ferroviarias que están cortadas.

—Disculpe usted a mi mujer —intervino rápido el marido—, estamos algo nerviosos, pues vamos a Santander a ver a mi suegra que está bastante enferma.

El sargento, hizo un mohín con los labios y luego sacó un periódico que comenzó a leer, sin prestar más atención al matrimonio.

En poco más de media hora, el tren llegó a Medina del Campo. Allí esperaba un nuevo contingente de militares de la marina, que comenzaron a subir al tren aun antes de que este detuviera su marcha. En el compartimento

donde iba sentada Dolores, quedaban dos asientos vacíos, y dos marineros con sendos petates entraron en él. Se cuadraron ante el sargento, y uno de ellos, alto y fuerte, al ver a Dolores que iba sentada al lado de uno de los niños, sonrió con clara lascivia; apartó al pequeño con malos modales y se sentó junto a ella. Daba la sensación de ir bastante ebrio, y el sargento le miró con severidad, pero sin decir nada.

Cuando el tren se puso de nuevo en marcha, el sargento salió del compartimento. El marinero sentado al lado de Dolores, se levantó entonces, y con rápido ademán abrió su petate sacando una botella de coñac; pegó varios tragos de la botella y se la pasó a Dolores, invitándola a beber. Con una sonrisa, ella le dijo que no bebía, pero él insistió. Al ver que persistía en su negativa, la agarró de un brazo; Dolores dio un tirón para librarse de la mano del soldado, pero éste aún la agarró con más fuerza y la levantó del asiento, obligándola a sentarse encima de sus piernas. Al verse humillada, Dolores, sin pensarlo, le pegó una bofetada e intentó levantarse, pero ante la fuerte opresión del soldado, no pudo conseguirlo.

—¡Deja ya a la chica, Octavio! —chilló el otro marinero que había entrado con él—. ¡¡Venga, joder!!

—Esta guarra se va a enterar —dijo el agresor, agarrando a Dolores ahora con el otro brazo por la cintura y apretándola contra él.

Dolores se debatía ante la asustada mirada del matrimonio y de los niños, que comenzaron a llorar agarrados a su madre.

—¡¡Déjala, sinvergüenza!! —Grito la otra mujer sin poder ya evitarlo, y agarrando su enorme bolso de cuero atizó con toda su fuerza al marinero en la cabeza, de tal suerte, que casi perdió el conocimiento.

Dolores escapó del abusador al tiempo que el sargento volvía a entrar en el compartimento, y que, al ver la escena, se paró en seco.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó al ver al soldado semiinconsciente y a Dolores agitada, con la blusa medio abierta y el pelo revuelto.

—¡¡Este borracho energúmeno!! —gritó la mujer, que aún mantenía el bolso sujeto de la mano—. Que ha querido abusar de la chica, pero buen

bolsazo que se ha llevado el muy canalla.

El Sargento cogió de las solapas de la guerrera al soldado aún aturdido, y a empujones le sacó del compartimento.

Cuando el tren llegó a Valladolid, Dolores, ya bastante recuperada del susto, volvió a agradecer a aquella mujer —que dijo llamarse Concha—, el coraje que mostró defendiéndola. Luego, según andaba por el andén de la estación, recordó, pintando una gran sonrisa en su cara, que a veces las cosas que nos parecen grotescas y feas, resultan ser de lo más útiles. Desde luego, ella nunca olvidaría el maravilloso bolso de aquella mujer.

El hospital militar no se hallaba muy alejado de la estación del ferrocarril y Dolores echó a andar hacia él. Caminando por el paseo de Recoletos, encontraba a su paso muchos curas, con sus negras sotanas, que caminaban sin prisas, algunos en grupos de tres o cuatro, charlando animadamente. Dejaban pasar a Dolores, saludándola con amabilidad y respeto, y, sin darse cuenta, poco a poco, empezó a notar cómo los restos de la angustia, que aún conservaba por el lamentable episodio ocurrido en el tren, iban desapareciendo.

Al llegar al Centro, se quedó asombrada de ver cuánto soldado herido encontraba por los pasillos; unos caminaban apoyados en muletas con alguna pierna escayolada, otros con brazos vendados en cabestrillo; cabezas cubiertas con aparatosos apósitos y muchos en sillas de ruedas, que eran empujados o se impulsaban por sí mismos. Era un lamentable trasiego que reflejaba con cruel realidad el triste resultado de la guerra.

En la tercera planta se encontraba Carlos. Según se acercaba, Dolores observó que tenía buen aspecto y esto la tranquilizó. Estaba charlando con su compañero de cama y tenía vuelta la cabeza hacia el otro lado, por eso no vio acercarse a Dolores hasta que la tuvo enfrente.

Su reacción fue primero de incredulidad; pero luego, al ver sonreír a su hermana, se le llenaron los ojos de lágrimas y estalló en una risa convulsionada por el llanto. La emoción, después de tantos meses fuera de casa, estalló sin poderlo remediar. Dolores, se abrazó a Carlos, y juntos, los dos fundidos en aquel abrazo, lloraron y rieron.

Dolores habló con el equipo médico que atendía a su hermano. Por lo

visto, la lesión fue muy grave, y más de medio pulmón izquierdo había quedado dañado, pero gracias a su buena salud, la recuperación iba siendo lenta aunque satisfactoria. Naturalmente, su estado de recuperación aún requería larga convalecencia y una dieta alimenticia muy equilibrada. Así, le dijeron que no estaría en condiciones de volver al frente hasta pasado un largo tiempo.

Con estas nuevas, Dolores salió animada de la entrevista con los médicos, y pidió permiso para llamar al cuartel de la guardia civil en Tembleque por la emisora del hospital. Sin ponerle ninguna objeción, Dolores consiguió hablar con Ramiro.

Ramiro mandó llamar a su mujer, y un guardia salió veloz a buscarla.

—Dolores, soy Isabel —Se anunció nerviosa en cuanto llegó— Me dice Ramiro que llegaste bien y que encontraste a Carlos muy recuperado, ¿es así?

—Sí, mujer. Estate tranquila que, gracias a Dios, está fuera de peligro y con muy buen aspecto.

—¡Ay, qué alegría, hija! Estaba muy preocupada, pues nos llegaron noticias de que bombardearon el destacamento antes de llegar a Arévalo...

—Sí, es cierto, pero no me pasó nada. Y pude coger el tren poco después sin... bueno, sin problemas.

—¿Cuántos días te vas a quedar ahí?

—Pues no lo sé aún. Hablé hace media hora con los médicos y está fuera de peligro, aunque tiene aún que convalecer un largo tiempo.

—Pero, ¿seguro que está bien? —Isabel seguía manteniendo dudas sobre la salud de su hermano.

—¡Qué sí mujer! Tiene bastante dañado el pulmón izquierdo, pero se recupera estupendamente; ni oxígeno le aplican ya.

—Bueno, eso me tranquiliza. Dios quiera que no le vuelvan a mandar al frente.

—Por el momento ya me dijeron los médicos que no irá al frente hasta pasado un tiempo.

—Ojalá acabara esta maldita guerra ya, que yo estoy en un sin vivir, y cada vez que escucho por la radio los ataques casi a diario sobre Madrid me muero de angustia. ¿Qué será de Rosarito...? —concluyó Isabel, sollozando

—No te angusties, mujer, seguro que está bien. Ya sabes cómo es madre de tenaz y de luchadora.

—Sí, pero si tuviera alguna noticia... ¡Ay, Dios mío!

—Bueno, Isabel, te dejo que me dicen aquí que necesitan la radio.

—Vale, Dolores. Avisa cuando pienses volver. Y ten muchísimo cuidado. Y un beso muy fuerte a Carlos de parte de todos nosotros.

En una cercana pensión al hospital, Dolores encontró alojamiento. No era una gran cosa, pero por lo menos tenía limpieza y la cama estaba bastante bien. La regía un matrimonio mayor, con una hija que padecía cojera, provocada, según le dijeron, por una poliomielitis. Todas las mañanas desayunaba en la pensión; poca cosa, pero un tazón de leche con achicoria y un trozo de pan si se comía. Luego, solía comer en el hospital, pues el guardia, amigo de Ramiro, le dio un vale para que lo hiciera en el comedor del centro.

Carlos, era feliz al ver llegar cada mañana a su hermana. Solían jugar al dominó (juego que le enseñó Carlos y el otro compañero de cama), y pasaban así las horas. Al séptimo día de estar allí Dolores, a Carlos le levantaron para dar su primer paseo.

Al principio le costó trabajo andar, después de un mes encamado; pero, ayudado por su hermana y una enfermera voluntaria, a los pocos pasos ya casi podía caminar solo.

—¡Cómo me duelen las piernas! —se quejó, sonriendo—. Parece que haya estado tres días seguidos sin parar de andar.

—Luego, te doy un masaje en ellas, verás cómo te alivias —le dijo Dolores que le llevaba sujeto por la cintura.

Indiscutiblemente, la mejoría de Carlos se notaba día a día.

\*\*\*\*

Diciembre comenzó con frío y aquel invierno en Madrid iba a resultar muy duro para tantas familias. La escasez de carbón era tal que los madrileños buscaban, entre los escombros de las casas derruidas en los bombardeos, trozos de vigas de madera, sillas rotas o cualquier cosa que pudiera servir para calentarse o cocinar lo poco que conseguían, poniendo en peligro sus vidas, puesto que los derrumbes eran constantes. Fue aquel un invierno de frío tan intenso que se llegó a plantear cortar los árboles existentes en la ciudad para que los madrileños pudieran abastecerse de leña, a lo cual se negó el consistorio, alegando que esta tala provocaría un cambio climático en la capital.

El desabastecimiento ya alcanzaba cimas peligrosas para la salud. A los cortes de agua y gas, hubo que añadir la escasez de jabón, lo cual aumentaba el peligro de epidemias, y para evitarlas las autoridades sanitarias recomendaban vacunarse periódicamente contra el tifus.

En los hogares, se aprendieron nuevas recetas para cocinar, incluso llegaron a denominar esta novedad como la “*nueva cocina de guerra*”. Entre sus componentes se encontraban la alfalfa, bellotas, raíces, frutos silvestres, mondas de patatas o de naranjas, cardos borriqueros y muchas clases de hierbas. Hasta la tortilla de patatas (dada la falta de huevos) se hacía con papilla de harina. Los nuevos menús ofrecían platos como: “puré de algarrobas, cacahuetes guisados, pipas de girasol tostadas con boniatos asados y chufas, y como sustituto del café con azúcar se usaban cáscaras de cacahuete con sacarina”. Genialidades del pueblo madrileño; y por la falta de tabaco, los fumadores llegaron a fumar las cosas más insólitas, produciendo en los tranvías una serie de olores que llegaban a ser indefinibles; de tal calado, que llegaron a añadir en los carteles donde ponía: “*prohibido fumar*” la palabra “*porquerías*”.

La falta de papel preocupaba también mucho a los partidos y a los sindicatos, y una premisa sonaba con fuerza: “*El papel, arma formidable*”

*contra el fascismo, no debe faltar*”; y así, a partir de enero de 1938, los periódicos no podían sobrepasar las ocho páginas. Casi todas las revistas desaparecieron y algunos periódicos dejaron también de existir.

\*\*\*\*

A todos los beneficiarios de las cartillas de abastecimiento en Madrid se les obsequió aquel fin de año de 1937 con una comida especial compuesta por un huevo y una longaniza.

Cuando María y Miguel volvieron a casa aquel 31 de diciembre con los cuatro huevos y las cuatro longanizas que les tocó, Rosario se encontraba intentando encender la cocina; le resultaba difícil prender aquellas cuatro tablas de madera junto a un puñado de carbón del saquete que por tres pesetas había conseguido Miguel en el mercado negro. Lo guardaban dentro del habitáculo donde se escondía Sebastián, junto a varios periódicos viejos, por si volvían a hacer otro registro, ya que estaba castigado comprar en el mercado negro.

—¡Mire, madre, lo que repartieron hoy! —exclamó María en cuanto entró en la cocina.

Rosario se quedó boquiabierta; no recordaba cuánto tiempo pasara sin ver un huevo en su casa.

—¡Virgen del Amor Hermoso! ¡Si son cuatro huevos!

—Sí, y cuatro longanizas —añadió Miguel—, y observe esta lo grande que es. Además, he conseguido cuatro tomates, una docena de patatas, tres *puñaos* de alubias, dos de cacahuetes, y lo mejor... ¡Este pedazo de tocino! que debe pesar más de cuarto kilo. Y todo por cuatro pesetas.

—Pero hijo, a este paso nos quedaremos sin ahorros, y aún no sabemos cuándo terminará esta maldita guerra, si es que acaba alguna vez...

—No se apure, madre. Iremos saliendo adelante. Esta tarde voy a dar una vuelta por la quinta de Moratalaz, a ver si encuentro por el suelo algunas piñas de los pinos que hay cercanos al arroyo del Abroñigal, que esas hacen buen fuego.

—Pero ten mucho cuidado. Aunque no creo que bombardeen hoy, tú ándate con ojo. Y no te pares con nadie.

Gracias a la grasa de ese tocino, y a las patatas y los cuatro huevos, Rosario hizo aquella noche de fin de año una buena tortilla de patatas, y los tomates los asó junto con los cacahuets. Miguel, volvió de la quinta con una docena y media de piñas que ayudaron a conservar un fuego lo suficientemente activo para cocinar y dar algo más de calor al interior de la casa, y Rosario aún calentó dos planchas en el calor de la chapa, que luego introdujo: una en la cama que compartía María con Rosarito y otra en la de Miguel. Sebastián y ella no eran tan frioleros, o eso es lo que ellos decían, en aquel duro invierno.

Aquella noche, la “abundante” comida que pudo darle a su familia, alegró un poco la triste vida de Rosario, que desde que muriera Fernando se había ido amustiando como las hojas de una planta cuando se deja de regar. Esto, unido a la pena de verse separada de seis de sus hijos, y sin saber nada de sus vidas, le producía una congoja tan grande que las lágrimas le empañaban constantemente sus ojos verdes; pero el compromiso de sacar adelante a aquella criatura de cinco años, le hacía enfrentarse con su dolor, y luchar y pelear hasta dejarse la piel en el camino si fuera necesario.

Tumbada ahora en el lecho, rezaba con aquel rosario que le confeccionara su sobrino Sebastián con bolitas de lana, y a cada avemaría cerraba con fuerza los ojos pidiendo a la Virgen que librara de todo peligro a sus hijos dispersos, y le concediera a ella salud, y un trozo de pan y un cuartillo de leche para criar a su pequeña Rosarito.

María volvió a coger dos nuevas pinzas a su falda de lana negra; la delgadez iba haciendo mella en ella, y ya hasta las medias se le llenaban de arrugas por falta de relleno. Las cosas iban mal, muy mal, y aunque a ellos no les faltara todavía lo más básico, como la poca leche y el poco pan, la falta de proteínas era ya notoria y el resultado calórico, como consecuencia, bajísimo.

La poca mercancía de frutas y verduras que les llegaba a la frutería para

abastecer a las familias del barrio, apenas les daba para sacar cuatro *perras*, que buena falta les hacían para adquirir algo más de alimento sólido en los lugares ocultos del estraperlo, que cada vez se esparcían más por Madrid. Muchas personas se desplazaban a las localidades de los alrededores para cambiar alhajas, prendas de vestir y dinero por huevos, patatas o carne. Estos desplazamientos solían hacerlos a pie pues había que burlar la vigilancia establecida en las estaciones y en las carreteras, donde se controlaba de que no entraran cargamentos con un peso superior a los 15 kilos.

\*\*\*\*

El siete de enero de 1938, Carlos llegó a San Sebastián. Esther llevaba más de media hora esperando la llegada del tren, y paseaba por el andén de la estación con un nerviosismo que, a pesar de poner todo su empeño en controlar, no se veía capaz de disimular. Era la enésima vez que miraba el reloj que colgaba en medio de la estación, y el deseo de ver a su hermano desde que recibiera el telegrama que Dolores le envió hacía tres días, la mantenía en un estado de ansiedad que ahora se hacía más fuerte y notorio.

Había buen servicio de comunicación entre las provincias del norte con Castilla la Vieja, así que ambas hermanas se pudieron cartear hasta aquel siete de enero, en que Dolores despedía a su hermano Carlos en la estación de Valladolid con destino a San Sebastián.

La convalecencia de Carlos, dado el alcance de su herida, se prolongaría un mes más hasta su reincorporación al frente, por lo que decidieron enviarle a San Sebastián, una vez que Esther consiguió, sin ninguna objeción, el parabién de la marquesa. Allí, bien alimentado y cuidado, seguro que se repondría del todo.

El silbato anunció la entrada del tren en la estación, y Esther observó cómo el humo de la locomotora iba invadiendo el andén a medida que el ruido de las ruedas se hacía más penetrante.

Cuando el ferrocarril detuvo su marcha, se produjo una verdadera invasión del andén que en un par de minutos quedó repleto de soldados,

mujeres con bultos y cestos, y muchos niños agarrados a los faldones de las madres. Esther, mientras buscaba con los ojos muy abiertos a su hermano, observaba cómo casi todas aquellas mujeres con las que se cruzaba iban vestidas de negro y con pañuelos del mismo color cubriendo sus cabezas. Las viudas de guerra empezaban a llegar a las ciudades del norte buscando un mejor sustento para sus pequeños hijos.

Le vio a lo lejos... le vio con su pelo negro, rizado, algo más largo que la última vez, y los ojos de Esther se llenaron de lágrimas. Quedó parada en medio del andén, la emoción no la dejaba andar. Y Carlos vio entonces a su hermana, y se bajó el petate del hombro, y su boca comenzó a dibujar una sonrisa que se extendió y le iluminó la cara, y en tres zancadas abrazaba por fin a su hermana después de 18 meses sin verla.

Nunca había visto el mar... Se asomó a la ventana de la galería desde donde la playa de la Concha ofrecía una de sus mejores vistas, y quedó extasiado. Tres veces tuvo que llamarle Esther para conseguir que saliera de su ensimismamiento.

Después de comer, Carlos le dijo a su hermana que quería bajar a la playa y contemplar el mar y oír el murmullo de las olas.

El camino hasta la playa era fácil de recorrer, casi una línea recta, así que, pasadas las tres de la tarde de aquel soleado siete de enero, se ajustó una bufanda de lana (haciendo caso a su hermana), y bajó llenó de entusiasmo hacia la hermosa playa de la Concha.

La recorrió varias veces, conservando intacto el entusiasmo del primer minuto; a sus 23 años era lo más grandioso que había visto, y aquel sentimiento no quería que le abandonara, o por lo menos intentaría hacerlo durar todo lo más que pudiera. Después de largo rato andando sobre la blanda arena, escaló una pequeña roca, situada en uno de los extremos, y se quedó sentado sobre la piedra, contemplando la inmensidad del mar que se perdía en

el horizonte. Allí le encontró Esther a la caída de la tarde, y sin decir nada, subió a la roca, se sentó a su lado, apoyó la cabeza sobre su hombro y dejó que su vista se perdiera en aquel punto donde la tenía perdida su hermano desde hacía dos largas horas.

\*\*\*\*

El nueve de enero, Dolores regresó a Tembleque, después de casi dos meses de estancia en Valladolid. Aunque Esther le dijo que podía ir con Carlos a San Sebastián, no quiso dejar a Isabel. La guerra aún parecía que iba a durar tiempo y las veces que pudo hablar con Isabel por la radio del hospital militar, notaba cómo ésta, aún sin decirlo, la echaba mucho de menos. Así que no dudó en tomar esa determinación; teniendo en cuenta, también, el estado de angustia en que vivía Isabel al faltarle su hija pequeña desde que comenzara la guerra. Esther entendió perfectamente el razonamiento de su hermana, y así Dolores salió aquel nueve de enero camino de Tembleque. El viaje de vuelta ya pudo hacerlo en tren desde Valladolid hasta Talavera de la Reina. Allí la recogió un guardia civil que envió Ramiro.

En la primavera de 1938 el desabastecimiento en Madrid ya era insoportable. La alimentación casi quedaba reducida a pequeñas cantidades de arroz, judías, garbanzos y lentejas. No se veían verduras ni frutas y hasta el periódico *La Voz* se preguntaba en sus escasas páginas: “¿Pero es que no queda nada en las huertas de la República?”

Sin embargo, la gran escasez no podía vencer al humor madrileño, y con su gracejo característico, a las lentejas las bautizaron como “*píldoras del doctor Negrín*” y con tono guasón comentaban el detalle de las autoridades, que les proporcionaba legumbres con “carne”, puesto que éstas venían llenas de bichos. Mientras Madrid padecía el hambre, algunos desaprensivos intentaban sacar ventaja en el mercado negro, y hasta tal punto llegó la corruptela en algunos sectores, que hubo un caso muy sonado sobre la compra de un considerable número de vacas y ovejas por parte del Ayuntamiento, que se trasladaron a la Casa de Campo. Cuando el ganado iba camino del matadero, desapareció. Las indagaciones para dar con el paradero de las reses fueron del todo infructuosas; sin embargo, pocos días después, en el mercado negro, se empezó a encontrar carne con mucha mayor facilidad.

El Gobierno hacía innumerables esfuerzos para conseguir alimentos de primera necesidad con que abastecer a la capital, y ese dato parece ser innegable, pero la situación comenzaba a ser ya tan caótica por el tremendo asedio, que no se conseguía el efecto buscado. En Madrid comenzó un goteo constante de deterioro. Muchas casas tuvieron que sacrificar a sus animales domésticos para alimentarse de ellos, y ya no veías ningún gato o perro callejero por las calles. No oías el piar de los pájaros, y hasta los vencejos dejaron de volar bajo el cielo madrileño.

\*\*\*\*

Miguel salió aquella madrugada del veinte de mayo campo a través, como

venía haciendo desde meses atrás, para intentar llevar algo de comida a casa. El racionamiento que les daban era tan escaso que hasta Rosarito comenzaba a adelgazar más de la cuenta. Antes de marchar le dijo a su madre que posiblemente tardara más que otras veces, pues iba a ver si alcanzaba algunas huertas más al este, donde había oído que se cultivaban, a escondidas, tomates y hortalizas. Salió cerca de la una de la mañana, portando un saco de arpillera que escondió por debajo de la chaqueta. Marchó andando a buen ritmo, llegando cerca de Mejorada del Campo (a 22 kms. de Madrid) pasadas las seis y media de la mañana. Allí encontró varias huertas ya baldías, donde no crecían ni espinos. Entró por un sendero que parecía descender hacía un río, y después de saltar varias filas de zarzas, sus pies parecieron tocar tierra blanda, incluso el olfato le indicó la fertilidad del suelo. Estaba amaneciendo, y Miguel, con la primera claridad del día, consiguió ver que estaba pisando una tomatera. El corazón le dio un brinco. Sacó rápidamente el saco y comenzó a coger tomates, sin pararse a ver si estaban duros o maduros. Corría el riesgo de que en cualquier momento alguien pudiera aparecer por allí, y no podía pararse a escogerlos. Cuando tuvo el saco lo suficientemente cargado como para tirar de él sin mucha dificultad, salió presuroso de la escondida tomatera.

Llevaba mucha carga —pensó que podía pasar de los doce kilos—; pero, echándose el saco al hombro, fue recorriendo caminos apartados, muchas veces campo a través, vigilante de no encontrarse con nadie. A las diez de la mañana, sin sobresaltos, llegaba al término de Vallecas. Allí paró al pie de un arroyo, cuyas aguas discurrían limpias, y bebió varios tragos de agua. Descansó unos minutos, y reanudó la marcha; el día se iba levantando y cada vez era más probable que se encontrara con alguien por aquellos caminos. No anduviera un par de kilómetros más, cuando sintió el ruido del motor de un coche a su espalda; aún se oía lejano, pero no había lugar a dudas de que se iba acercando. Aquel camino casi estaba exento de vegetación en las cunetas, y Miguel apresuró el paso hacia unos árboles que veía cerca del margen izquierdo del sendero. El vehículo se aproximaba y Miguel ya corría con el saco auestas. El ruido le perseguía cada vez con más fuerza; ya resollaba cuando llegó a los árboles, y tras de ellos, se lanzó al suelo, cubriéndose con el saco los hombros y la cabeza.

Un camión pasó delante de los árboles diez segundos después. Miguel

sentía cómo le latía la carótida, cuando, de repente, el camión se paró como a veinte metros. No movió un músculo, pero el grito con que se pronunciaron aquellas frases le hizo estremecer:

—¡¡Vamos, asquerosos fascistas!! ¡¡Bajar todos del camión!! ¡¡Venga!! ¡¡Rápido!!

Oyó ruidos diversos: pasos que se deslizaban pesadamente por el terreno, golpes secos, algún que otro lamento... luego, el silencio. Miguel apartó el saco y levantó con temor y curiosidad la cabeza, vio el camión parado, con la trampilla de la caja bajada; de pronto, el estruendo de una sucesión de disparos le heló la sangre.

Sonaron varios tiros sueltos después, luego murmullo de voces y muy clara la voz bronca de un hombre que sobresalía de las demás.

—¡Vámonos! —Dijo de forma apremiante— Ya vendrán luego los de la pala.

Unos minutos después oyó el ruido del motor del camión, que volvió a ponerse en marcha, pero Miguel esperó un rato aún antes de levantarse.

Cargando de nuevo el saco a la espalda, comprobó que el camino estaba despejado, y echó a andar. No quiso acercarse al lugar dónde suponía que se había cometido el horrendo crimen, y con el corazón encogido, aceleró el paso cuando cruzó la zona. Doscientos metros después se paró, dejó el saco en el suelo y se limpió las lágrimas, que le impedían ver, con la manga de la chaqueta.

—¡¡Maldita guerra!! ¡¡Maldita guerra de mierda!! —Gritó, pegando una patada al saco. Luego, cayó de rodillas, y sollozó con los hombros encogidos y la cabeza gacha.

A las once y media de la mañana, Miguel entraba en casa con los tomates, un fuerte dolor en la rodilla derecha y el corazón roto.

La hinchazón en la rodilla era notable. A pesar de las cataplasmas que le aplicaba su madre, la inflamación no descendía y sentía fuertes dolores, así que decidieron acudir a la casa de socorro. Allí, le diagnosticaron que tenía una importante inflamación de la membrana sinovial. Tuvieron que punzarle para sacarle líquido y le recomendaron mucho descanso y aplicación de frío y calor, sin poder ofrecerle otro remedio, dada la tremenda escasez de medicamentos.

El exceso de aquella marcha tuvo mal resultado para Miguel y éste se agobiaba pensando cómo diantres iba a hacer ahora para ayudar en casa.

\*\*\*\*

El ocho de junio de 1938, el periódico ABC anunciaba cómo se estipularían las raciones por semana de carne y tocino envasadas en botes, que se repartirían en la capital de esta manera tan curiosa: “*Cartillas de una persona, 100 gramos de tocino; de dos personas, doscientos gramos de tocino; de tres y cuatro personas, dos botes de carne de buey de cuarto kilo cada uno; de cinco o seis personas, un bote de carne de Irlanda; de siete u ocho personas, un bote de carne de buey de un kilo*”. Cantidades claramente insuficientes; y comprar víveres, fuera del racionamiento, en el mercado negro, era tarea imposible para la gran mayoría, por los precios tan disparatados que se pedían. El hambre consumía lentamente al pueblo madrileño.

En la tienda del señor Castor, donde Rosario tenía adscrita su cartilla de racionamiento, aquella semana del 13 al 19 de junio de 1938, le entregaron a María para cuatro personas: 300 gramos de garbanzos, 150 gramos de azúcar, 100 gramos de arroz, 250 gramos de alubias, 3 cubitos de caldo, 300 gramos de lentejas, 100 gramos de sal, dos botes de carne de cuarto kilo cada una, 350 gramos de aceite y un taco de jabón de 150 gramos. Y para la niña, además, medio litro de leche, gracias a los vales que la miliciana compasiva le entregara a Rosario, pues ya sólo se repartía leche para las embarazadas y ancianos de más de 70 años.

Rosario hacía *majas* (como decía Miguel) con las poquitas cosas que

tenía a su alcance para preparar las comidas. Así, aquel lunes, cuando María regresó con el racionamiento semanal, preparó con un puñado de arroz, otro de alubias, unos trocitos de carne enlatada, medio cubito de caldo y un par de tomates, de aquellos tan verdes que trajo Miguel de su azaroso viaje a Mejorada del Campo, y que Rosario cuidaba para que fueran madurando despacio, un guiso que estaba —dijo Miguel— *para chuparse los dedos*, aunque sólo tocaran a ocho cucharadas cada uno de ellos; a excepción de Rosarito, a quien le dieron el doble de cucharadas.

Desde que volvió de Mejorada, Miguel no había vuelto a hacer incursiones nocturnas; lo intentó un par de veces pero tanto su madre como María y su primo Sebastián se lo prohibieron de manera taxativa. Ahora, pasadas ya tres semanas, le permitían dar algún corto paseo, y la verdad es que se encontraba muy recuperado: apenas sentía dolor, y la hinchazón casi había bajado por completo. Se pasaba el día enseñando a Rosarito a leer bien y a escribir; así la niña, aquel verano, ya con seis añitos cumplidos, leía los cuentos con tal precisión que les asombraba. Pero de todos los que leía, había uno que le encantaba que se lo leyera una y otra vez su tío Miguel, como antes de morir hacía su abuelo Fernando.

—Pero, Rosarito —le decía su tío con cariño—, si tú sabes leer muy bien. ¿Por qué quieres que te lea siempre Genoveva de Brabante?

—Porque me gusta más que lo leas tú, como hacía el abuelito antes de irse al cielo —contestó la pequeña con firme decisión—; además, es muy largo.

Miguel sonrió. Aquella respuesta le había enternecido.

—Y tú muy lista —le dijo, pasándole la mano por su rubio pelo. Y sin decir más, Miguel cogió el libro y comenzó a leerlo como otras tantas veces.

\*\*\*\*

María llegó a casa aquella mañana llorando. Se había encontrado con Manuela, la madre de Rubén, el joven relojero, que antes de ir al frente la cortejaba y con quién ella comenzó a sentirse verdaderamente a gusto. La

noticia que le transmitió le había causado verdadero dolor. Por lo visto, Rubén había fallecido en el frente dos meses antes, y la noticia llegó a sus padres hacía dos días.

—¡Ay, Dios mío! —Exclamó Rosario al conocer el triste suceso—. ¿Qué será de mis pobres hijos? No puedo vivir con esta angustia que me muerde el pecho de continuo. ¡Dios mío, María! ¿Y si han muerto también ellos?

—Madre, no piense usted eso, por favor... Ya verá como vuelven —pero María lloraba aún más al decir esto, porque a la pena por lo evidente de la muerte de Rubén, había que añadir la dolorosa incertidumbre con que se cargaba su desconocimiento por la suerte de sus hermanos.

—¡Esta maldita guerra acabará con todos, María! ¡¡Con todos!! —Después de decir esto, Rosario se levantó y alzó los brazos—. ¡¡Virgen Santísima, protégenos a todos!! ¡¡Devuélveme vivos a mis hijos!! ¡¡Ay, Dios mio!! ¡¡Ay, Dios mio!! ¡¡Qué los vuelva a ver!!

Rosario había caído de rodillas y María fue corriendo a levantarla, pero al ver llorar a su madre postrada en el suelo, se arrodilló junto a ella, y abrazándola lloraron juntas toda aquella amargura que les mordía por dentro con más fuerza aún que el hambre que les iba consumiendo.

Vicente, desde que comenzara la guerra, nunca se sintió a gusto en el frente; él pensó que iba para defender la libertad y luchar por mantenerla, pero a medida que avanzaba la contienda dejando a su paso miles de soldados muertos, algunos casi imberbes, con los cuerpos destrozados, y cruzando pueblos donde se mataban personas sólo porque pensaban distinto, comenzó a sentir odio y asco. Odiaba a los mandos, a aquellos militares que en aras a la defensa de sus ideales, dejaban que miles de familias quedaran destrozadas. Le repugnaba ver con qué facilidad se entraba en las casas, aduciendo que sus dueños eran traidores, para desvalijarlas y matar o apresar a sus ocupantes. Él no quería vivir en aquel desatino; así, aquella noche del quince de julio, en aquel frente del Ebro, se decidió, por fin, a cruzar el río. No quería unirse a los rebeldes, él sólo quería huir, escapar del infierno, y para hacerlo, había que cruzar el río.

Grandes nubarrones cubrían el cielo, y la noche era oscura. Vicente estaba de guardia hacia el norte de la ribera del Ebro, donde se hallaban numerosas cajas de munición. Sobre las cuatro de la mañana, después de pasar la última ronda, armándose de valor, se calzó el fúsil sobre la espalda, bajó de la loma y, entre las sombras de los árboles, echó a correr hacia la orilla del río. No miraba atrás, sólo corría e intentaba no tropezar con las ramas más bajas, apartándolas con los brazos en cuanto sentía su roce. El frescor del aire le fue llegando, luego el rumor de las aguas, y así supo que había llegado al río. En su margen, agazapado, intentó visualizar la otra orilla, pero no conseguía verla. Entendió que el cauce del Ebro debía ser muy ancho y profundo en aquella zona, así que decidió seguir andando, y buscar un sitio donde tuviera más seguro cruzar el río. Escondido entre los árboles cercanos a la ribera para evitar ser visto, Vicente fue avanzando con suma cautela.

Desconocía cuánto llevaba recorrido desde que abandonara el puesto de guardia, pero sabía que quedaba poco tiempo para comenzar a clarear el día, y esto le empezó a poner nervioso; pasaría la ronda y al ver que no estaba en su puesto, saldrían en su búsqueda. Decidió salir a la orilla y echar otro vistazo; apenas se veía, pero consiguió distinguir las ramas altas de los árboles en la otra vera del río. Por la distancia, intuyó que allí el curso parecía ser más estrecho, y además no era muy sensato seguir caminando por esta orilla del río, así que resolvió arriesgarse y cruzar. Sabía nadar, aunque no era muy ducho, pero lo peor iba a ser la corriente; ojalá que no fuera demasiado fuerte. Antes de meter las botas en el agua se santiguó, luego comenzó a andar de frente. El agua tenía buena temperatura, incluso le refrescaba y le sofocaba los sudores que traía; y discurría plácida, sin que le hiciera perder pie. Avanzó varios metros, hasta que el agua comenzó a pasarle del pecho; levantó el fúsil sobre su cabeza y siguió andando con mayor lentitud. Recorrió los siguientes metros con mucha precaución; el agua seguía subiendo de nivel y, finalmente, Vicente tuvo que echarse a nadar. Lo fue haciendo lentamente, a braza e intentando dejar el fusil fuera del agua; a los pocos metros volvió a notar que hacía pie, y entonces suspiró aliviado.

Ya en la otra orilla, Vicente dejó el fúsil sobre el suelo, se sentó y se quitó las botas, vaciándolas del agua acumulada. Aquella noche de julio era calurosa y el viento no movía una hoja; esperó unos minutos, sin dejar de otear hacia las dos orillas del río, y pendiente de cualquier ruido extraño; luego, volvió a calzarse las botas y emprendió camino hacia el interior. Había entrado en territorio enemigo y debía ir con muchísimo cuidado, pues vio que estaba a punto de amanecer y alguna avanzadilla del ejército rebelde podía asomar en cualquier momento.

Carlos llevaba ya reincorporado a filas desde el mes de marzo. Se había reestablecido mejor de lo que se pudiera pensar en un primer momento, y su estancia en San Sebastián, bajo los cuidados de su hermana Esther, había dado un resultado excelente. Engordó seis kilos y su estado físico era muy bueno. Agradeció mucho a la marquesa su generosidad y el buen trato que le dispensara en todo ese tiempo, teniendo en cuenta el dolor y la tristeza que la

embargaban al no tener noticias de su esposo, el marqués, desde que partiera para Madrid en noviembre del pasado año. Nada sabían aún de su triste destino.

A Carlos le destinaron primero a Castellón, y allí estuvo hasta hacía poco más de ocho días que le mandaron al frente del Ebro. Desconocía, en ese momento, la sorpresa que le tenía reservada el destino.

\*\*\*\*

Una gran batalla se preparaba en las márgenes del río Ebro. El ejército republicano se organizaba para llevar a cabo un ataque masivo y por sorpresa contra las fuerzas rebeldes que guarnecían la margen derecha del río. Era un frente de más de 60 kilómetros de norte a sur, entre las localidades de Mequinenza (Zaragoza) y Amposta (Tarragona). Este gran ejército estaba formado por una colección de jóvenes reclutas (la llamada quinta del biberón) y un sustancioso grupo de veteranos que llevaban luchando desde el comienzo de la guerra. En fin, que era un ejército variopinto con un equipo muy mejorado, aportando las nuevas remesas de armamento, que incluían artillería pesada y cañones antiaéreos. A ello, había que añadir el apoyo de la aviación republicana, que también había mejorado mucho con la llegada de los modelos *Supermosca* y *Superchato*.

Aquella mañana del 16 de julio de 1938, Vicente vio cómo se acercaba un destacamento del ejército rebelde; recorría la zona norte buscando lugares donde realizar buenos asentamientos. Avanzaban con precaución, distribuidos en hileras, con los fusiles dispuestos y pendientes de cualquier extraño movimiento. Un aviso les había llegado sobre el gran contingente de fuerzas que venía reuniendo el ejército republicano durante las últimas semanas en los márgenes del río, y esto les hacía temer —era clara la evidencia—, que se estaban preparando para un asalto. Así, Vicente, pudo observar escondido tras unas matas, como los soldados se le iban acercando.

Primero se tumbó todo lo largo que era en el suelo, entre los matorrales, pero enseguida comprendió que iba a ser muy difícil no ser visto por alguno de aquellos soldados que avanzaban inspeccionando el terreno con suma

minuciosidad; por lo tanto, decidió no poner en riesgo su vida, y levantando todo lo más que pudo la voz, intentó hacerse oír antes de ser visto.

—¡¡Hermanos camaradas!! —gritó—. ¡¡Soy un soldado que ha escapado del frente republicano!! ¡¡Anoche crucé el río!!

Se escucharon al unísono varios golpes de cerrojo de fusil, luego un corto silencio, y, finalmente, la voz grave de un sargento de mando sonó potente.

—¡¡Está bien!! ¡Sal con los brazos en alto y el fúsil entre las manos!

A los pocos segundos, Vicente, tal y como le exigió la fuerte voz, asomó a unos treinta pasos de los soldados rebeldes, y comenzó a avanzar.

—¡¡Alto!! —Gritó la misma voz—. ¡¡No te muevas de ahí!! ¿¡Viene alguien más contigo!?

Parado en seco y con los brazos bien altos, Vicente respondió negativamente, y luego vio cómo se le acercaban cinco hombres, apuntándole con sus respectivos fusiles.

Al llegar a su altura, uno de ellos, sin poderlo evitar, gritó:

—¡¡Es mi hermano!! ¡¡Camaradas, este soldado es mi hermano!!

Y sin pensar en más, Carlos corrió hacia Vicente, que incrédulo contemplaba a su hermano acercarse.

Después de que Vicente fuera interrogado por los mandos rebeldes, quedó manifestado —sobre todo tras el testimonio de su hermano Carlos— que su intención era huir del bando republicano para unirse a las fuerzas nacionales.

El resto del día lo pasaron los dos hermanos hablando largo y tendido. Carlos puso en conocimiento de Vicente la grave lesión que había sufrido en el frente de Valladolid, y le habló de Dolores y de Esther. También le puso al corriente de lo sufrido por Isabel y Ramiro junto a sus dos hijos, y Dolores, durante el asedio del Alcázar de Toledo.

—¡Madre mía! —Exclamó Vicente, al oír de boca de su hermano los sucesos vividos por parte de su familia—. Tuvieron que pasarlo fatal.

Entonces, ¿de padre y de madre no sabes nada?

Carlos negó primero con la cabeza.

—¡Nada! Ya te digo... Madrid está cerrado a cal y canto. Sólo sabemos lo que las noticias dan, y si tú, que llevaste más tiempo en el bando republicano, no sabes nada, figúrate yo.

—Y de Miguel y Tomás, ¿tampoco supiste nada? —Insistía Vicente a su hermano—, porque supongo que los dos estarán en el frente, después de ver a los chavalines que están enviando ahora a la guerra... Aquí, al frente republicano del Ebro, enviaron desde Cataluña, muchachos que no llegan a los 17 años.

—Seguro que los han enviado a los dos al frente, ya ves tú... ¡Joder! Me entra una zozobra cuando pienso en padre y madre... Ellos solos en Madrid con Rosarito.

—Y con María —añadió rápido Vicente—. No te olvides que María está con ellos.

—Es cierto —dijo Carlos que apuraba la colilla de su cigarrillo—. Y menos mal, porque María es muy resuelta y valiente.

—Sí, de eso no hay duda —confirmó Vicente sonriendo—. No se deja intimidar por nada.

Bueno, Vicente —dijo Carlos, levantándose de la piedra—, vamos a hablar con el cabo furriel, que ya oíste al Sargento, para que te den un uniforme “*digno*”. Eso dijo, ¿no?

Vicente rio ante la jocosidad de su hermano.

—La dignidad de todos estos, de unos y de otros, me la paso yo ya sabes por donde —expresó en voz baja, y Carlos le respondió con una media risa.

\*\*\*\*

Casi diez días después, exactamente a las 0,15 horas Del 25 de julio, las unidades republicanas comenzaron a cruzar el Ebro. Para la operación se habían reunido más de 90 barcas con capacidad para 10 soldados cada una,

tres puentes de pontones y doce más de otro tipo. A esta inicial fuerza de asalto le seguían 22 tanques T-26 y cuatro compañías de carros blindados, para dar apoyo a la infantería republicana. La primera unidad del cuerpo del ejército republicano que cruzó la otra orilla fue el batallón *Hans Beimier* de la XI Brigada Internacional, formada por alemanes (contrarios a Hitler), escandinavos y catalanes. Los primeros movimientos se desarrollaron, según lo previsto, sin graves problemas.

Este ataque republicano tomó por sorpresa a las fuerzas rebeldes que custodiaban la otra orilla del río, y que se retiraron entre escenas de pánico y en completa desorganización. A las dos y media de la madrugada, el coronel Pedro Peñarredonda, a cargo del sector de Mora de Ebro, informó a su superior, el general Yagüe, que los republicanos habían cruzado el Ebro a gran escala.

Ante la dificultad de contener esta primera avalancha republicana, Franco ordenó que acudieran divisiones de otros sectores, especialmente del frente de Levante e incluso de Andalucía. Así, de esta manera, las tropas franquistas tuvieron que paralizar sus operaciones en el frente de Levante; con ello, los republicanos lograron su primer objetivo.

Esta operación constituyó un hecho sorprendente, pues en los tratados de táctica militar, los ríos caudalosos como el Ebro eran considerados poco menos que barreras infranqueables.

La unidad militar a la que pertenecían Vicente y Carlos y que defendía una parte del ala norte, fue obligada a retroceder por el Alto Mando, llevándose a todos los hombres que pudiera consigo. En lo que parecía una huida en toda regla, la desmantelada unidad llegó hasta la población de Villalba de los Arcos, habiendo perdido más de un centenar de hombres por el camino. Allí se reunieron a otras unidades y se atrincheraron intentando ofrecer fiera resistencia al sorpresivo avance de las fuerzas republicanas.

—De aquí no saldremos vivos —declaró Vicente mientras se afanaba junto a su hermano Carlos en cavar zanjas para la guarnición de las tropas—. Nunca he sentido la muerte más cerca.

Sudando por el fuerte calor que comenzaba a pegar con fuerza, y con el cuerpo lleno de polvo, la cara de ambos hermanos comenzaba a parecer una máscara de barro. Los cascos, que les protegían, también les hacían sudar copiosamente. Por suerte llevaban cerca de dos horas sin sufrir ningún ataque del enemigo, pero el mando temía que en cualquier momento se produjera una ofensiva de la aviación republicana.

—Nos han *pillao* bien *pillaos* —dijo Carlos, respirando cada vez con mayor dificultad, mientras ejercía su fuerza sobre el pico que arrancaba sin cesar trozos de piedra y tierra seca—. ¡Joder! Nunca sentí los tiros tan cerca; ni siquiera en el ataque del cerro del Aguila, en Valladolid, donde me alcanzaron, viví algo como esto. Nos hemos *librao* por los pelos.

—O gracias a la Virgen del Rosario, como diría madre —observó Vicente, intentando sonreír por debajo de su cuarteado rostro.

—¡No puedo más! —Exclamó Carlos, soltando el pico—. Para un momento, y echemos un trago de agua de la cantimplora. Estoy exhausto —su limitada capacidad pulmonar se resentía.

Ambos hermanos se secaron el sudor de la cara con las polvorientas mangas de sus camisas, y se sentaron sobre la tierra. Otros soldados iban haciendo lo mismo. Llevaban casi tres horas picando, y el cansancio les podía.

La moral en la tropa rebelde estaba muy baja. Habían visto morir a muchos compañeros aquella fatídica madrugada del 25 de julio. Caían como moscas ante la ofensiva republicana, cuya artillería encendía la noche, dejando la ribera del río Ebro sembrada de cuerpos rotos. Los muertos en el frente nacional ya se contaban por miles, y sólo en aquel primer gran ataque los republicanos capturaron más de 5.000 prisioneros. Había dado comienzo una colosal batalla, terrible y cruenta, que duraría varios meses y dirimiría el

final de la guerra civil.

Aquel verano del 38, el racionamiento en Madrid llegó a las prendas de vestir. La Junta Reguladora del Comercio del Uso y el Vestido hizo públicas unas normas con las que se regulaba el comercio al por menor de las cartillas de racionamiento. Además, apenas quedaban bobinas de hilo en las mercerías conque zurcir o remendar las prendas de ropa.

Rosario rebuscaba en el interior de su armario, intentando encontrar alguna bobina de hilo negro de zurcir conque arreglar las medias de lana medio agujereadas tanto suyas como de María, con vistas al nuevo invierno. Ninguna se salvaba de tener algún “*tomate*”, y lo mismo ocurría con los calcetines para Miguel y Sebastián que estaban ya pasaditos y amenazaban con romperse tan solo al tocarlos.

Con gesto cansado, se dio por vencida y se sentó en el extremo de la cama. Rosarito entró en ese momento con la muñeca que le regalara su tío Miguel, apoyada en su regazo.

—Abuela, creo que Milagritos está enferma. Mírala a ver si tiene fiebre.

Rosario sonrió y agarró con cariño la muñeca que le pasaba su nieta.

—¡No, cariño mío! —exclamó, después de posar su mano derecha sobre la frente de la muñeca—. No tiene fiebre.

La pequeña enarcó las cejas.

—¿Estás segura? —le preguntó, con un tono de voz tan requirente que hizo enternecer a Rosario.

—Bueno, tal vez sí tenga un poquito —corrigió, volviendo a colocar su mano sobre la frente de la muñeca—. Mira, lo mejor que podemos hacer es dejar a Milagritos sobre tu camita y la tapamos con la sábana que te hizo la tía María para ella. Y tú me acompañas a la cocina, y me ayudas a preparar una

ensaladita.

—Abuela, ¿tenemos que comer tomates siempre?

Rosario, cerró los ojos antes de responder. Luego, los abrió de nuevo e intentó sonreír.

—Es que el tomate es muy bueno para la vista y por eso comemos muchos, que a ti te vienen muy bien, pero hoy vamos a echarle unas algarrobas y unos cacahuets. Y luego te haré caramelo.

—¡Bien...! —Chilló la niña, aplaudiendo.

María entró en el piso con un paquete de papel arrugado en la mano.

—¿Qué traéis ahí? —le preguntó su madre nada más verla entrar en la cocina.

—He podido adquirir dos pares de medias negras de algodón, dos camisetas de manga larga, dos bragas, dos pares de calcetines de lana y dos bobinas de hilo para zurcir, pero de color azul oscuro.

—¿Y cuánto has *pagao*? —Rosario lanzó rápida la pregunta sin disimular en ella su reparo. Los pocos ahorros que aún les quedaban se los iba comiendo el estraperlo de forma alarmante.

—Me lo han dado con el racionamiento —repuso María con tono triunfalista. Y he pagado cuatro pesetas por todo.

—¿Con la cartilla?

—Así es. Y no vea usted la cola que había en Castor. Menos mal que he conseguido todo esto.

—¿Y sólo por cuatro pesetas? —Rosario seguía dudando.

—Bueno, no es del todo exacto. He pagado tres pesetas con ochenta y ocho céntimos.

Rosario echó un vistazo a las prendas compradas por María.

—Las medias no están mal —reconoció—, y aunque sean de algodón parecen bastante gruesas. Las camisetas les vendrán bien a Sebastián y a

Miguel para pasar el invierno, pues las que tienen están ya muy viejas.

De repente, los ojos de Rosario se nublaron; algunas veces la pena podía con ella y la estrujaba el corazón, y en aquel momento, comprobando aquellas ropas, la desconsoladora realidad hizo en ella acto de presencia.

María se percató, y sacando algo del bolsillo de su bata, señaló con la mano hacia su madre.

—¿Sabe que es esto? —le preguntó con tono misterioso, oscilando la mano.

Rosario, sacó el pañuelo y se secó con él los ojos, luego miró hacia la mano de María.

—Qué traerás ahí —dijo, sonándose la nariz.

—Algo que no se espera —María quería mantener la incógnita un poco más.

—¡No seas tontaina, mujer!

Cuando María abrió la mano, Rosario quedó muy sorprendida.

—¡Pero si es mi pendiente! —exclamó, sin apenas dar crédito, pues lo había perdido ya antes de que empezara la guerra, y le dio mucho coraje, por ser del juego charro que le regalara Fernando el día de su cumpleaños en el año 31.

—¿Dónde lo has encontrado? —le preguntó, mientras lo observaba en su mano.

—No se lo va a creer. ¿Se acuerda de aquella cajita de madera dónde guardábamos las ramitas de azafrán para que se mantuvieran secas? —Rosario afirmó con la cabeza—. Pues bien, esta mañana, cuando fui a la tienda, la vi de repente, allí, junto a unas latas vacías, así que la recogí y al abrirla me encontré con unos cuantos trocitos de papel y entre ellos el pendiente.

Rosario se quedó muy pensativa con el pendiente en la mano.

—¡Fíjese dónde fue a parar! —concluyó María, que observaba la abstracción de su madre mirando el pendiente.

—Hace dos días —comenzó a decir Rosario, ante la suma atención de

María—, al limpiar el polvo de mi cómoda vi el otro pendiente dentro de su estuche, y acordándome de tu padre, me eché a llorar. ¡Le echo tanto de menos! —A Rosario se le escapó un sollozo—. El caso es que dije: “Fue el mejor regalo que me hiciste, y ya no podré lucirlos más”. Y ahora, apareces tú con él...

María sintió como se le llenaban los ojos de lágrimas, y sin decir nada, abrazó a su madre.

\*\*\*\*

El avituallamiento era ya tan escaso, que en la mayoría de los hogares madrileños apenas entraba comida. El mercado negro, a pesar de los esfuerzos del gobierno republicano por perseguirlo, seguía aumentando, y cada vez eran más caros los productos que ofrecían. Las gentes se deshacían de auténticas obras de arte para poder comer. Ya todo carecía de importancia para la inmensa mayoría, y sólo se pensaba en sobrevivir. No morir de hambre había pasado a ser lo único que verdaderamente importaba en aquella gran ciudad medio derruida por las bombas, pero que, pese a todo, aún se mantenía en pie.

En septiembre del 38 el problema del abastecimiento se consideró tan importante como los problemas militares. Se creyó imprescindible que toda producción agrícola dependiera del Gobierno y se centralizó el abastecimiento, eliminando la gran cantidad de agentes de compra que existían. Y aunque se exigió un enérgico control de los especuladores en el reparto semanal de artículos de primera necesidad para Madrid a comienzos de octubre, el porcentaje había bajado tanto que ya era ridículo: 13,33 gramos de lentejas, 8,33 gramos de cebollas, 23,33 gramos de bacalao, 10 gramos de judías, 10 gramos de arroz, 8,33 gramos de aceite, 3,33 gramos de azúcar y 3,33 gramos de galletas. Y no todas las semanas había disponibilidad de todos los productos.

Concedor el ejército franquista de la gravísima escasez alimenticia que padecían los madrileños, los aviones rebeldes comenzaron una ofensiva psicológica sustituyendo en dos ocasiones las bombas por panecillos durante los primeros días de octubre. La propaganda oficial aseguró que ningún

madrileño comió de este pan, entregando los panecillos en las comisarías. Incluso se llegó a decir que una saca llena de panecillos cayó encima de un hombre matándole. El Alcalde de Madrid lanzó un mensaje asegurando que *“su desastrosa elaboración lo hacía por lo menos indigesto y generador de trastornos digestivos”*. Pero la versión más creíble es la que cuenta que aquellos panes que cayeron en lugares fuera del alcance de miradas indiscretas, fueron rápidamente consumidos. El hambre ya rabiaba en los madrileños y no se andaban con remilgos.

\*\*\*\*

El 15 de septiembre de 1938, Tomás, que ya había cumplido los 20 años, fue llevado junto a otros dos mil soldados, desde el frente de Levante al frente del Ebro para reforzarlo, dado el considerable número de bajas que había sufrido en esta posición el Ejército Republicano en las últimas semanas.

Desde que llegó al frente de Levante, Tomás había intervenido en algunas pequeñas batallas de orden defensivo, y aunque en una de ellas estuvo a punto de ser alcanzado por la metralla de una granada que explotó a su lado, por suerte solo sufrió pequeñas heridas en el brazo izquierdo. Ahora, subido en aquel camión junto a otros más de cuarenta soldados, marchaba a buen ritmo hacia las tierras aragonesas y catalanas. El fuerte destacamento republicano formado por más de treinta camiones, iba siendo protegido por la aviación que sobrevolaba y hacía pasadas cada poco rato.

Aunque resistían, el ejército republicano en el Ebro iba perdiendo posiciones. La aviación franquista se empleaba a fondo sobre los puentes republicanos en el río, que les eran vitales, y que defendían con contundente respuesta de la artillería antiaérea. El mando republicano había montado sus mejores baterías antiaéreas junto a los puentes para así protegerlos.

Las fuerzas franquistas estaban sufriendo un enorme desgaste de material y llevaban tiempo ya esperando la ayuda prometida por Hitler, cuando aquel 15 de septiembre Franco recibió el anuncio de que la Alemania Nazi suspendía, temporalmente, sus envíos de material. Con grave preocupación, Franco tuvo que demorar las operaciones por un tiempo.

Así, con este panorama, el nuevo contingente de tropas republicanas que llegaba al frente del Ebro fue recibido con bastante calma. Rápidamente, el nuevo destacamento de hombres fue distribuido por las distintas zonas de combate.

Tomás fue enviado, junto a otros cuatro centenares de jóvenes soldados, a los rocosos valles de la Tierra Alta en Tarragona que ofrecían un lugar muy estratégico para ofrecer una buena resistencia; sin embargo, la aviación franquista bombardeaba la zona sin cesar causando cantidad de bajas. Encarnizadas batallas se venían realizando en aquellas alturas desde comienzos del mes de agosto.

La tarde del veintidós de septiembre, más de 200 aviones de escuadrillas alemanas e italianas comenzaron a bombardear toda la sierra; desde su posición, Tomás vio cómo se acercaban los aviones y comprendió que si no salía rápido de allí no lo contaría. Sin apenas tiempo para pensarlo dos veces tomó la iniciativa de descender del risco.

Alejándose taimadamente, sin que nadie se percatara, fue descendiendo, y cuando apenas había recorrido un centenar de metros, la artillería aérea enemiga hizo fuego sobre la posición donde se hallara segundos antes. Tomás corría ahora sin parar (la vida le iba en ello), y así, sin volver la vista atrás, se fue alejando, descendiendo a trompicones, mientras oía el tremendo estruendo de los impactos. Cuando ya no pudo más, se tumbó en el suelo boca arriba, y resollando por el esfuerzo realizado, repleto de sudor, se quitó el casco, y así se quedó durante unos minutos, medio escondido entre las retamas.

Cuando recobró el aliento, levantó medio cuerpo y pudo ver que se había alejado bastante de la posición. Veía el cerro a bastante distancia, calculaba que él podía estar como a un kilómetro monte abajo. No iba a volver —lo decidió en ese momento—, no quería morir allí, cazado como un conejo. Y con esa idea se quedó agazapado en aquel lugar que le ofrecía un buen escondrijo, esperando que se hiciera de noche. Avanzó un poco más, medio a gatas, hasta llegar junto a la base de una pequeña roca que le haría de sombra

y le daría cobijo; sentía gran sequedad en la boca y tendría que buscar algún arroyuelo, pero aguantaría hasta el anochecer. Allí, sentado, con la espalda apoyada en la piedra, se colocó el fúsil sobre las piernas y se dispuso a esperar.

La noche se había nublado y trajo frescura y sosiego, sólo algunos fogonazos incendiaban el cielo de vez en cuando, pero apenas se oía el ruido de la artillería. Tomás, aprovechando un claro de luna que asomó de pronto tras la cima, buscó algún torrente cercano. La sequedad le llegaba ya a la garganta y tenía que encontrar agua de forma rápida. Andando, medio agachado, empezó a descender, aguzando bien el oído por si oía correr agua cerca. Durante varias decenas de metros, el terreno pedregoso y polvoriento no daba señal alguna de humedad; Tomas siguió avanzando: “tiene que haber algún riachuelo” —se repetía, anhelante—; pero después de casi media hora, se dejó caer desesperado sobre el suelo. Al sentarse, lo hizo sobre un cactus y los lacerantes pinchos le mordieron el muslo despiadadamente.

—¡Cago en la leche puta! —chilló, sin poderlo evitar—, ¡Era lo que me faltaba! ¡Putá mierda!

Renegando de su mala suerte, Tomás daba con las botas patadas en el suelo; de repente, un relámpago iluminó la noche y a continuación un sonoro trueno anunció la tormenta. Gruesas gotas de agua comenzaron a caer y Tomas levantó todo lo más que pudo la cabeza, y con la boca bien abierta, fue recogiendo cada gota que caía de aquel regalo del cielo. Después se quedó dormido, el cansancio le venció, y cuando abrió los ojos ya estaba clareando el nuevo día.

\*\*\*\*

Este mes de septiembre, la ofensiva franquista había causado numerosas incursiones en todo el territorio aragonés y catalán, y los bombardeos aéreos se sucedían de día y de noche. El puerto de Barcelona fue atacado varias veces y algunos barcos que estaban fondeados en él fueron destruidos.

También los escuadrones aéreos alemanes e italianos comenzaron a bombardear el puerto de Valencia y muchas localidades costeras, como Denia, Sagunto, Torrevieja, Gandía, Alicante y hasta Almería. Muchas de estas incursiones las hacían de noche y fueron realizadas por hidroaviones alemanes HE59 de gran efectividad destructiva, procedentes de las bases de Mallorca. El dominio del cielo ya era casi exclusivo de las fuerzas rebeldes, y así los días 20, 22 y 23 de septiembre se produjo un bombardeo sobre varias fábricas de Alcoy, la central hidroeléctrica y un cuartel; y fue tan brutal, que ocasionó más de 50 muertos (casi todos obreros de las fábricas) y quedaron destruidos totalmente 55 edificios.

Vicente y Carlos se encontraban entre las tropas franquistas que consiguieron reconquistar el pueblo de Corbera que había quedado parcialmente destruido por la artillería y la aviación; ahora, habían sido trasladados, entre otros, hacia las Tierras Altas en Tarragona donde los republicanos se habían hecho fuertes. La aviación franquista bombardeaba casi de continuo toda la zona, y esto permitía el avance de las tropas hacia la conquista de la sierra. De vez en cuando, aviones republicanos salían al encuentro de los aviones franquistas, pero la nueva versión de los aparatos Messerschmitt era muy superior a los cazas republicanos, y rápidamente eran abatidos sino se alejaban.

A la República sólo le quedaba ya el fuerte contingente humano para resistir, y una buena reserva aún de piezas de artillería.

\*\*\*\*

Tomás llevaba andando desde el amanecer cara al sol y le escocía la cara a rabiarse. Buscaba algo de agua, pues moría de la sed, y de repente sintió que se le helaba la sangre al ver cómo avanzaba hacia él un gran número de soldados del bando enemigo. Intentó dar un rodeo escondido entre los matorrales y escapar por el otro lado, pero descubrió, ante su temor, que los soldados ascendían en forma de tenaza.

La aviación bombardeaba, en ese momento, los riscos altos de la Sierra, y Tomás comprendió que su vida pendía de un hilo. Si volvía hacia atrás,

seguro que sería alcanzado por el fuego aéreo o fusilado por desertor; si se quedaba quieto era casi imposible no ser visto por alguno de los cientos de soldados que escalaban y tiroteado allí mismo, y si se rendía, difícil iba a ser que alguno no disparara al verle avanzar. Esta última escena la había contemplado él en muchas ocasiones. Indeciso, la juventud de sus 20 años se le presentó por encima de toda la brutalidad vivida durante los dos últimos años de su corta vida, y temió morir. Sus labios temblaban cuando pronunció “*madre*”, tal vez en un deseo inconsciente de buscar su protección. Luego, tragó saliva, hinchó el pecho, levantó el fusil con ambas manos sobre su cabeza, y comenzó a avanzar.

Tumbada en su lecho, Rosario rezaba sin cesar de suspirar. Aquella tarde mucho lloró cuando recibió la noticia de que su sobrina Palmira falleciera de inanición, vamos... que había muerto de hambre. Siempre fue muy delicada para comer y, finalmente, la guerra acabó con ella. Una lástima, una tragedia, un sinsentido terminar así a los 30 años.

—¡Maldita guerra! ¡Maldita guerra! —musitaba. Y estas palabras, se intercalaban entre las avemarías del rezo de su rosario.

Palmira se había casado en mayo de 1936 con un panadero madrileño que conociera el año anterior durante las fiestas del pueblo. Era primo de su amiga Esperanza, y según decía ella misma, fue un flechazo a primera vista.

María recordaba ahora cuan feliz estaba Palmira el día de su boda, aquel domingo del 10 de mayo. A sus 29 años, cuando ya pensaba que iba a quedarse solterona, el amor de Inocencio, un galante hombre de 33 años que llevaba una panadería desde joven y con muy buen tino, había cubierto de repente todas sus expectativas amorosas.

Pero poco les duró la alegría: La guerra estalló dos meses después e Inocencio fue llevado al frente, junto a tantos y tantos hombres. Palmira siguió atendiendo la panadería, hasta que ya no hubo pan para vender. Inocencio murió en el frente de Guadalajara en el 37, y el dolor, la soledad y el abandono fueron minando la salud de Palmira, que ya no deseaba vivir.

En la mente de María se presentaban ahora imágenes de cuando eran niñas, de la adolescencia, de aquellas veces que la pícara gracia de su prima le hacía morir de risa. Gruesas lágrimas de dolor corrían ahora por sus mejillas; instintivamente, se echó las manos al costado y pudo contar sus costillas. Su delgadez era extrema, pero ya no sentía el hambre roerle por dentro; o tal vez ya se había acostumbrado y no lo notaba.

Miguel acompañó el cadáver de la prima Palmira hasta darle sepultura. Fue el único que siguió al féretro, recordando aquel día, ya pasado un año, en que él enterrara en total soledad a su querido padre, y en aquel mismo cementerio. Palmira se enterró a las 12, 30 de la mañana del 26 de septiembre de 1938, y ya hizo el número 36 de los enterrados en ese día en el cementerio de La Almudena.

De vuelta a casa, Miguel pasó por el pinar del Campo Campana, quería ver si encontraba algunas piñas, pues apenas les quedaban unas maderas y algo de papel para prender la lumbre. Ya la escasez se notaba en todo lo más necesario. Casi no se podían lavar por los cortes de agua que empezaban a ser muy frecuentes, ni apenas les quedaba jabón. La ropa se iba ensuciando y haciéndose vieja, pues poco podían lavarla y cuando lo hacían, era tan escaso el jabón, que poca mugre quitaba. El desaliño en las gentes de Madrid ya era visible, y si el invierno venía crudo aquel año, iban a morir muchos por el frío y la desnutrición.

Miguel anduvo cerca de una hora dando vueltas por el campo, y sólo encontró cinco piñas. Recogió alguna rama seca y tiró con todo para casa. Al pasar por la calle Alcalá, vio su imagen reflejada en el cristal de un escaparate y se paró. Se acercó un poco más al cristal y él mismo se estremeció al ver la extrema delgadez de su rostro. Los huesos de sus mejillas sobresalían tanto que parecía que sus ojos se escondieran dentro de ellas. Los pantalones los llevaba sujetos con una cuerda, pues el cinturón se había roto de puro viejo y de tanto hacerle agujeros. La chaqueta, roída por los codos y las mangas, le colgaba por todos lados; los zapatos que calzaba eran de su padre, que le estaban grandes, y llevaba un trapo en la puntera de cada uno de ellos para evitar que se le cayeran de los pies.

Últimamente nunca se paraba a reflexionar. “¿Para qué?” —Se decía—, pero aquella mañana, después de enterrar a su prima —muerta por el hambre y la soledad—, y de contemplar su imagen paupérrima en el escaparate de aquella tienda, su mente no pudo alejarse de la tristísima realidad que le

rodeaba. Fue consciente, por primera vez, que tanto él como toda su familia (la que le rodeaba en aquel momento) podían tener los días contados. La supervivencia ya era sólo una entelequia, algo que irremediablemente, si las cosas no cambiaran de golpe, dejaría de hacer su función. “No se puede sobrevivir cuando ya sólo te queda el sufrimiento” —se dijo, con un sentimiento tan negativo que él mismo se estremeció

Así, siguió andando, con la cabeza hundida, y una desoladora tristeza en el fondo del corazón; de repente, se le acercó un niño de unos siete años, desaliñado y con la cara sucia, que llevaba un trozo de pan en su mano derecha.

—Toma —le dijo, y Miguel clavó su mirada en unos ojos azules llenos de dulzura—. ¿Quieres este trozo? Yo ya me comí un cacho.

Miguel tomó el pan que le ofrecía el muchachito harapiento, y dándole las gracias, siguió caminando con los ojos empapados por las lágrimas.

Cuando llegó a casa ya mostraba otro semblante; una nueva esperanza se había adentrado en su corazón aquella mañana, en que la bondad de un niño le hiciera recordar que nunca debe uno rendirse ante el infortunio, por mal que las cosas le vengan dadas.

\*\*\*\*

—¡¡No disparéis!! ¡¡No disparéis!! —chillaba Tomás todo lo más que podía, al ver cómo decenas de cascos comenzaban a brillar bajo el sol—. ¡¡Me entrego, compañeros!! ¡¡Estoy solo, lo juro!!

Una ráfaga de tiros sonó de pronto en el aire, y Tomás se paró en seco con los brazos muy levantados y el fusil entre ellos. Inmóvil cerró los ojos y comenzó a rezar un padrenuestro.

—¡¡No des un solo paso más!! —le conminó una voz grave y tajante—. ¡¡Si en algo aprecias tu vida, quédate donde estás!!

Segundos después, era rodeado por una veintena de soldados. Tomás observó, sin pestañear, que los soldados que le cercaban eran moros por la indumentaria. Luego, un mando —distinguió por los galones que era un sargento— se le acercó un poco más.

—¡Tú, deja el arma en el suelo muy despacio! —le ordenó, haciéndole la indicación con la pistola en la mano.

Tomás dejó el fusil en el suelo.

—¡Sácate el cinturón ahora y arrójalo hacia aquí!

El cinturón llevaba presas tres granadas de mano. Tomás lo lanzó y se quedó quieto con los brazos en alto.

—¿De qué regimiento eres? —le preguntó el sargento, mientras que un soldado recogía el fusil y el cinturón del suelo.

—Vengo del frente de Levante. Llegamos aquí hace unos días.

—¿Cuántos están arriba, en el cerro?

—No lo sé, nosotros llegamos hace unos días, como le he dicho...

—¿Cuántos vinisteis desde Levante? —le cortó el sargento.

—No se lo puedo decir con seguridad, pero éramos muchos camiones —Tomás sentía muy seca la garganta y la boca, le estaba costando gran esfuerzo hablar.

—¿Qué hacías tú solo aquí abajo? ¿Por qué te alejaste de tu posición?

Tomás sabía que decir que había huido no gustaba a los militares, así que optó por mentir.

—Ayer hubo un bombardeo de la aviación muy fuerte y tuvimos que refugiarnos; yo eché a correr monte abajo junto a otros soldados, luego se hizo de noche y me extravié. He estado vagando por ahí hasta ahora, sin saber por dónde andaba.

El sargento franquista observaba a Tomás mostrándole incredulidad

—¿y por qué no tiraste luego monte arriba? —preguntó, sin dejar de mirarle.

Tomás tragó la poca saliva que le quedaba en la boca. Por un momento sintió que iba a desmayarse.

—No lo sé, mi sargento —respondió, casi en un susurro, y con fuerte tono de desaliento.

Durante dos minutos, el sargento miró a Tomás en silencio. La cara cuarteada, llena de ampollas y los labios rajados por la falta de líquido de aquel jovencísimo soldado republicano, con el uniforme medio roto, le apaciguó el ánimo.

—Está bien, soldado. ¿Te entregas voluntariamente?

Ante la pregunta del sargento, Tomás respondió con un rotundo sí, más con la cabeza que con los labios.

—¡Entregadle en el campamento base! —Ordenó el sargento a un par de soldados—. ¡Y dadle de beber si queremos que llegue vivo abajo!

Después de darle agua de una cantimplora (apenas le permitieron beber unos sorbos), los dos soldados marroquíes le engancharon con fuerza por los brazos y con gran rapidez se lo llevaron monte abajo.

Vicente y Carlos ayudaban en el asentamiento de las pesadas piezas de artillería que se desplegaban en la zona llana para bombardear las cimas de la sierra de la Tierra Alta, y así dar cobertura al avance de la infantería. Fue el destino o la casualidad, pero el caso es que en el momento que los dos soldados marroquíes llevaban preso a Tomás hacia el campamento base, Carlos, junto a otros tres soldados, empujaba la cureña de un cañón. Cuando Carlos los vio pasar, y pese a su lamentable aspecto, reconoció a su hermano de forma inmediata.

—¡¡Tomás!! ¡¡Tomás!! —Chilló— ¡Dios mío, ¿pero qué te han hecho?! —exclamó, a continuación, al ver el rostro demacrado de su hermano.

Los dos soldados moros se pararon ante las exclamaciones de aquel soldado, sin comprender muy bien qué quería decir aquello.

—¡Aparta, tú! —le dijo uno de ellos—. ¡Es un prisionero!

—¡¡Es mi hermano!! —Volvió a chillar Carlos—. ¡¡Joder!! ¡¡Es mi hermano!!

—¡Es un soldado enemigo! —dijo el moro, empujándole y comenzando a andar de nuevo.

—¡Esperad, por favor! ¡No os lo llevéis aún! —rogó Carlos, y simultáneamente, comenzó a buscar a alguien con la mirada... por fin le divisó—. ¡Mi sargento! ¡Mi sargento! —clamó con angustia.

El sargento interpelado miró sorprendido hacia donde partía la voz que le requería de esa apremiante manera. Al ver a un soldado, que le hacía gestos con el brazo, se acercó a él.

—¿A que vienen esas voces? —le preguntó, con el ceño fruncido.

—Perdone, mi sargento, pero este soldado que llevan medio muerto es mi hermano.

El sargento, miró con estupor a Carlos y luego a Tomás, que casi desfallecido, era portado por los dos soldados.

—¿De dónde le traéis? —preguntó, mirando como a Tomás le sangraba profusamente el pie izquierdo.

—Le capturamos arriba, en la tercera loma —contestó uno de los moros, que llevaba un par de botas atadas por los cordones a su cinto.

—¿Y estaba descalzo? —preguntó el sargento con sorna, pero sin dejar de mostrarse serio.

Antes de que le contestaran el sargento volvió a hablar.

—Dejadle aquí, yo me haré cargo del él.

—Pero nos dijeron que lo entregáramos en el campamento base...

—Y yo os ordeno que le soltéis y volváis a vuestra posición.

Ante la fría mirada del sargento y la rotundidad de sus palabras, los dos soldados marroquíes soltaron a Tomás que no besó el suelo por la rápida acción de Carlos, quien le recogió por los hombros antes de que cayera.

El sargento se quedó mirando con recelo cómo se alejaban los dos

soldados moros, que volvían de nuevo a subir al cerro. No le cabía la duda de que si les hubiera dejado a aquel joven soldado, este nunca hubiera llegado vivo al campamento.

Con el botiquín de campaña le curaron a Tomás ambos pies. El izquierdo estaba tan mal que tuvieron que darle varios puntos de sutura en la planta, el talón y bajo el dedo pulgar, y le trataron con una pomada las quemaduras del rostro. Como tenía síntomas de deshidratación le llevaron a una de las tiendas de campaña habilitadas en el campamento base.

Vicente y Carlos hablaron con el sargento sobre las condiciones en las que podía encontrarse ahora su hermano pequeño. Éste, no les prometió nada, pero sí les dijo que hablaría con el teniente, y puesto que se daba la circunstancia de estar ellos dos en el frente nacional, esto sería un buen aval para que se le incorporara al mismo, en el caso de que voluntariamente su hermano lo aceptara.

Tomás tardó aún unos días en reponerse. Aceptó unirse al ejército franquista, y quedó destinado en el mismo frente donde se encontraban sus hermanos, que avalaron por él.

Así, de esta manera, el azar o el destino, había reunido a los tres hermanos. Y ahora, para bien o para mal (eso no lo podían saber), los tres luchaban juntos en un mismo bando.

\*\*\*\*

Los vientos de La guerra continuaban soplando, dejando más desolación y llanto por gran parte del territorio hispano.

El 30 de septiembre, fueron firmados los vergonzosos “Acuerdos de Múnich” entre alemanes, italianos, franceses e ingleses, con el fin de solucionar la crisis de los Sudetes. Estos acuerdos dejaban vía libre a Hitler en Checoslovaquia y creaban una situación internacional profundamente

distinta hasta la que entonces había.

Significaba, en sí, el descarado apoyo de los imperialistas franceses e ingleses a las agresiones de los fascistas alemanes e italianos en Europa. Con esta iniciativa, condenaban a la II República Española, y las esperanzas del presidente Negrín se hundieron totalmente. Por otro lado, Franco estaba exultante, pues además de volver a contar con la ayuda militar alemana, veía cómo la República perdía el apoyo de las democracias europeas.

A últimos de octubre, comenzó la contraofensiva final de los franquistas en el Ebro. El día 30, durante más de tres horas, después del amanecer, las fuerzas republicanas fueron sometidas a bombardeos de más de 175 baterías franquistas y de más de 100 aviones. Los republicanos intentaron repeler el ataque franquista y sobre el aire aparecieron un gran número de aviones caza produciéndose la mayor batalla aérea de todas las habidas en el Ebro.

A lo largo que avanzaba el día, los franquistas fueron reconquistando puntos estratégicos, como las cumbres de Cavalls que cayeron en manos de los sublevados, con 19 posiciones fortificadas y toda la red de defensas republicanas. Los franquistas dieron parte de que en aquella jornada habían tomado 1.000 prisioneros, causado 500 muertos y derribado 14 aviones. La caída de Cavalls, supuso un duro golpe para la República.

Esto fue sólo el principio. En los días siguientes, las fuerzas republicanas fueron perdiendo posición tras posición, y el 10 de noviembre sólo quedaban seis baterías al oeste del Ebro. El 18 de noviembre, el general rebelde Yagüe entró en Ribarroja, quedando así reconstituida la línea defensiva que los republicanos habían roto tras el asalto del 25 de julio.

Tras la victoria en la batalla del Ebro, los franquistas continuaron su feroz ataque contra Cataluña, sobre todo contra el puerto de Barcelona. Allí fueron alcanzados varios barcos, entre ellos, un mercante inglés y el buque Villa de Madrid, causando muchos muertos y heridos.

Inexorable, la balanza se posicionaba a favor de las fuerzas rebeldes, y la

República iba agonizando lentamente.

Madrid se desangraba. El invierno llegó con una gran crudeza y el frío en aquel mes de diciembre de 1938 comenzó a hacer estragos. Se prohibió el uso de estufas y calefacciones eléctricas en todas las instancias oficiales, a excepción de los quirófanos. Los trabajadores públicos realizaban sus funciones con bufandas y guantes de lana. Nadie se salvaba de tener sabañones, sobre todo en las manos y en las orejas.

A partir de septiembre, ya casi no entraban víveres en Madrid; los trenes que venían con avituallamiento hacia la capital desde Levante, eran interceptados por los militares para repartir los víveres por los frentes, y durante 15 días, el ayuntamiento madrileño no recibió ninguna clase de abastecimiento; tampoco disponía casi de camiones pues la mayoría de ellos fueron llevados a los frentes; además, se dio el suceso de que un convoy de camiones municipales madrileños enviado por el ayuntamiento a por aceite, fue requisado por las autoridades militares.

La situación era ya tan grave que se comenzaron a producir altercados en las calles. Había alborotos y manifestaciones, casi todos protagonizados por mujeres, ante la falta de alimentos cruciales, básicos para la alimentación de los niños, como la leche y el pan. El mismo Gobierno Civil reconoció que estos altercados no eran provocados por agentes enemigos, sino por la gravísima situación que ya atravesaba Madrid. El ministro llegó a pronunciar la frase: *“No se come en Madrid”*. A finales de diciembre había un déficit diario de once mil litros de leche para atender las necesidades de los niños entre 0 y 2 años. La situación era caótica en aquel crudo invierno, con temperaturas por debajo de cero grados.

Miguel acudía todas las mañana a primera hora al mercado de La Cebada por si llegaba algo de mercancía. Solía conseguir alguna verdura, como berzas, zanahorias o nabos, pero las últimas semanas volvía a la tienda con el

carro casi vacío, teniendo que decirles con pena y dolor a las personas que hacían cola ante la puerta, que apenas traía género.

La mañana del 18 de diciembre, entró un suministro bastante importante en el mercado de abastos de La Cebaba. Miguel y María consiguieron llenar bastante el carro con cebollas, ajos, algunas patatas y unos cuantos kilos de calabacines y puerros. Ya era tan extrema la situación de hambre que, al salir ambos del mercado, junto a otros comerciantes, con los carros medio llenos, camino de sus respectivos establecimientos, fueron perseguidos por comitivas formadas sobre todo por mujeres y niños, que se pegaban a ellos por si en el camino las ruedas de los carros tropezaban en alguno de los múltiples socavones causados por los bombardeos y se les caía algo de la carga al suelo. Aprovechaban entonces para recoger lo caído y salir corriendo; tal vez, con suerte, se escapaban de los milicianos que custodiaban a los comerciantes y tenían algo que llevarse a la boca ese día.

\*\*\*\*

Llegó la Nochebuena de aquel 1938. Rosario contemplaba sobre la mesa de su cocina dos cebollas, cuatro pimientos, un nabo, dos tomates casi pasados, tres zanahorias pequeñas y medio repollo. Todo ello lo trajera Miguel de la tienda.

—No pude conseguir más, madre —se justificaba Miguel, al ver la tristeza reflejada en los ojos de Rosario—. Y las dos cebollas vienen porque las pude esconder del miliciano.

—Si no te reprocho nada, hijo. Bastante haces —le dijo su madre, intentando esbozar una sonrisa—. María trajo esta mañana treinta gramos de arroz y quince gramos de lentejas, además de dos chuscos de pan duro, pero los mojaremos con un poco de agua. Aceite tampoco quedaba ya. Me dijo María que habían dado más medida por ser Navidad, y ya ves tú que miseria. Bueno, voy a preparar un guiso con todo esto. No tengo sal, voy a mandar a Rosarito a casa de la señora Rufa, a ver si le queda algo, aunque no lo creo.

Con aquellos poquísimos ingredientes, Rosario, con su buen hacer, preparó un guiso aquella Nochebuena que saborearon como si comieran un succulento manjar. A poco tocaron, aunque a ellos, las siete cucharadas que les

echó su madre en el plato, les supusiera un exceso de comida, acostumbrados a comer desde hacía semanas poco más de tres cucharadas diarias, acompañadas las más de las veces por pan negro y duro (ya apenas daban pan fresco) y, si había suerte, alguna zanahoria o nabo. Para que la niña estuviera mejor alimentada, recurrían desde hacía tres meses a una estraperlista que venía desde Algete (un pueblo cercano a Madrid) cada ocho días, y les traía un cuarto de kilo de carne de cordero o de gallina, treinta gramos de aceite, cincuenta gramos de harina de garbanzos o de avena y cien gramos de pan de centeno. Esto lo pagaban a precio de oro y lo guardaban muy en secreto; luego, Rosario, juntándolo con la miseria que les daban de racionamiento, y lo poco que traía Miguel de la frutería, iba apañándose para sacar a la niña adelante y no fallecer ellos por el hambre. Los dineros ahorrados habían ido desapareciendo, apenas les quedaban unas pesetas, y Rosario ya no dormía de noche pensando en su nieta; que iban a hacer cuando se les terminara el poco dinero...

Esa Nochebuena, después de cenar, cantaron unos villancicos para alegrar a Rosarito, y Miguel les dio a todos la gran sorpresa cuando sacó del bolsillo de su chaqueta dos puñados de higos secos y unas cuantas nueces.

—Y esto... ¿De dónde lo has *sacado*? —preguntó María, gratamente sorprendida.

—¡Jesús! El tiempo que hace que no veía una nuez... —señaló Rosario, dejando de tocar la pandereta.

—¡Tío, hazme un capón! —chilló alegre Rosarito al ver los higos y las nueces.

—Me lo dio Crescencio, el de la bodega de Pardiñas —aclaró Miguel, contento de llevar un poco de alegría a su familia—. Esta tarde, cuando volvía para casa, me pidió que le ayudara a mover unos toneles, y el hombre vino con eso y con ¡esto otro! —y nada más decirlo, Miguel sacó del otro bolsillo de la chaqueta una tableta de turrón del duro.

—¡Virgen Santísima! —Exclamó Rosario—. ¡Es turrón!

—¿Pero de dónde lo sacó este hombre? —preguntó María muy

asombrada.

—¡Vete tú a saber! Pero me dijo: Repártelo con tu familia, que sois todos muy *majos*, pero tú no digas a nadie que te lo he dado yo.

—Es muy buena persona —señaló María—, a mí ya me tiene dado terrones de azúcar para Rosarito. Hasta un día le regaló un lazo rosa, ¿verdad, Rosarito?

—Yo no me acuerdo —dijo la niña, que ya había comenzado a morder con gusto el turrón.

—Porque fue ya hace bastante tiempo. Pero, ¿recuerdas el lazo que le pusimos el otro día a la muñeca? Pues fue ese el que te regaló el señor Crescencio.

Sebastián sonreía emocionado viendo la alegría de su tía y de sus primos, que por un momento olvidaban la tragedia en la que se encontraban sumergidas sus empobrecidas vidas. Estaba muy delgado, pero su salud era fuerte, y daba largos paseos por el pasillo para no entumecerse, teniendo en cuenta los muchos meses que llevaba encerrado en el piso. Todas las tardes rezaba el rosario con su tía y su prima María; también Rosarito solía participar, y el joven sacerdote le contaba a la niña muchas historias de santos que le encantaban. Sebastián nunca les agradecería bastante todo lo que estaban haciendo por él, arriesgando su propia vida, y no cesaba de rezar pidiendo al Señor que los bendijera y protegiera de todo mal, y que sus primos que estaban fuera, volvieran todos sanos y salvos algún día no muy lejano.

\*\*\*\*

Aquel invierno, María y Rosarito dormían junto a Rosario en la cama de ésta. Las tres entraban bien, y apretaditas se daban calor. Diciembre estaba siendo un mes muy frío, y el poco carbón que obtenían en el estraperlo lo usaban para encender la cocina, junto a las maderas que iban recabando María y Miguel entre las ruinas de los edificios. Rosario aprovechaba todas las noches el poco calor que guardaba la chapa metálica del fogón para calentar en él las planchas de hierro y luego meterlas en las camas. Sebastián también

dormía con Miguel, pues así juntaban cuatro mantas y escapaban mejor del frío.

—María, ¿sabes en lo que estoy pensando? —le dijo Rosario a su hija aquella noche del 29 de diciembre, estando las tres en la cama, cuando vio que Rosarito se había quedado dormida.

—No lo sé, madre. Dígame.

—Pues estoy pensando en la buena idea que tuviste cuando nos regalaste las planchas —dijo, sintiendo el calorcillo que le llegaba a los pies.

María, tapada hasta la cabeza, sonrió.

—Y eso que a usted le causaron poca gracia.

—Es cierto, pero cuando vi el apaño que hacían en las noches del invierno, ya me gustaron más. Sé que nunca te lo dije, pero fue uno de los mejores regalos que me han hecho. Y me acuerdo cómo Tomás me la pedía todas las noches, y cuando le decía que esa noche le tocaba a Miguel, el muy ladino esperaba a que se durmiera para quitársela.

—Menudo era de crío —recordaba María—. Anda que no tiene hecho picias.

—¿Qué será de él, María? ¿Qué será de tus hermanos? —Rosario se empezó a doler, cómo cada noche, cómo cada día... porque no había descanso para el dolor en aquel corazón, que por ser tan fuerte, ni la pena conseguía acabar con él.

María, con la angustia en el pecho, subió su pie por encima del tobillo de su madre, y sin decir una sola palabra, dejó que en silencio las lágrimas le fueran resbalando por las mejillas.

\*\*\*\*

Tras la derrota republicana en el frente del Ebro, el ejército franquista siguió el avance por tierras catalanas. El cuatro de enero de 1939, la unidad del ejército de la que formaban parte Vicente, Carlos y Tomás, tomó la localidad de Artesa de Segre, municipio de Lérida, sin apenas oponer resistencia. Los ejércitos republicanos estaban muy diezmados y en franca

retirada, así que el avance franquista ya era imparable. A la mejor formación de sus mandos intermedios, había que añadir la superioridad tanto artillera como aérea de la Legión Cóndor y de la aviación italiana.

A últimos de enero, los destrozados ejércitos republicanos se iban retirando hacia la frontera francesa, acompañados de una inmensa muchedumbre de civiles y de autoridades que colapsaban todas las carreteras.

El 26 de enero, los “nacionales”, sin hallar apenas resistencia, entraron en la ciudad de Barcelona.

Desfilando por las Ramblas, las tropas ocupantes de los Generales Yagüe y Solchaga fueron recibidas con entusiasmo por un público mayoritariamente femenino: Los burgueses y capitalistas conservadores, porque deseaban la victoria de las derechas, ya que representaban menor peligro para sus intereses, las gentes de orden, que sólo querían paz y tranquilidad, y los católicos, que veían poder celebrar de nuevo su culto sin temor; Estos eran los que recibían con aplausos al vencedor.

Los tres hermanos, que fueron, junto con toda la tropa, obsequiados con una ración de carne enlatada extra, desfilaban satisfechos entre una multitud que les vitoreaba. La bandera rojo y gualda fue izada en el Ayuntamiento, y desde su balcón, el abogado y periodista José María Junyent pronunció el primer discurso de los vencedores en Barcelona.

Hasta el 10 de febrero estuvo abierta la frontera francesa para recibir a los que huían al exilio. Se calcula que más de 460.000 personas la atravesaron. Para ellos, comenzaba ahora una penuria incierta, pero preferían esa situación a la de permanecer junto aquellos que consideraban usurpadores y traidores.

Los vencedores se dieron prisa para que la normalidad volviera a la ciudad de Barcelona, y así, dos días después, el 28 de enero, volvía a encenderse el alumbrado público por las noches, y el día 30 ya funcionaba, en parte, el transporte, el suministro de agua y las comunicaciones telefónicas.

El uno de febrero, abrió la mayoría de los comercios, aunque apenas se

disponía de dinero para comprar, pues la peseta republicana fue declarada ilegal, y el Banco de España sólo canjeaba hasta un máximo de 100 pesetas de aquellos billetes anteriores a julio de 1936.

\*\*\*\*

Aunque el Gobierno Republicano intentó censurar la noticia de la toma de Barcelona, en Madrid enseguida comenzó a divulgarse el rumor. A principios de febrero, ya todos sabían que Barcelona había caído y todo evidenciaba que la guerra estaba perdida.

El coronel Segismundo Casado, comandante del Centro republicano, que era un anticomunista convencido y que ya, tras la derrota en el frente del Ebro, había establecido contactos con algunos miembros de la quinta columna franquista de Madrid, comenzó su campaña de desprestigio al gobierno de Negrín, que era totalmente apoyado por los comunistas.

A comienzos de marzo de 1939, la conspiración de Casado contra el gobierno estaba muy avanzada, y así, entre los días cinco y seis, se produjo un golpe de estado. Con Casado, se sublevaron otros militares, como el general Miaja, el anarquista Mera, y políticos como Julián Besteiro. También participó el ala antinegrinista del PSOE.

La sublevación tuvo éxito, en un principio, en Madrid y en el resto de la zona centro-sur, pero la reacción de las tropas, fieles a los mandos comunistas, fue rápida y contundente. Luis Barceló Jover se puso al frente de la resistencia comunista al golpe de estado, y hasta el 8 de marzo se sucedieron graves enfrentamientos en Madrid entre los dos bandos. Finalmente, Barceló fue derrotado, y el 15 de marzo fue fusilado en las tapias del cementerio de La Almudena en Madrid. Ahora, la situación la controlaba el golpista Segismundo Casado.

Casado, para justificar el golpe de Estado, hizo creer que había pactado con Franco una “paz honrosa” y, posiblemente, él pensara obtenerla, pero no fue así. Los agentes de Franco habían hecho vagas promesas al coronel, pero el “generalísimo” sólo aceptó la rendición incondicional.

El 28 de marzo, las fuerzas franquistas entraban en Madrid.

El coronel Casado y el resto de miembros del Consejo Nacional de Defensa, exceptuando a Julián Besteiro, que decidió permanecer en Madrid, huyeron hacia Gandía y embarcaron en un barco de guerra inglés que les estaba esperando.

Así finalizaba el asedio de Madrid, que había durado 32 meses. Un largo sitio que casi convirtió a la ciudad en un cementerio gigantesco. Las mismas tropas vencedoras, en su entrada por el centro de la capital, se asombraban de ver tanta destrucción y tantas caras famélicas.

\*\*\*\*

Pegados al aparato de radio, Sebastián y Rosario escuchaban las noticias cuando Miguel y María entraron en casa.

—¡Madre! ¡Madre! —Chilló Miguel—, las calles se están llenando de gente. Parece que el gobierno se ha rendido y las tropas de Franco están a punto de entrar en Madrid.

—¿Cómo es eso? —Preguntó asombrada Rosario—. Aquí por la radio no dicen nada, solo que permanezcamos en las casas porque puede haber disturbios.

—Miguel dice la verdad —refrendó María—. Hasta ha pasado un camión lleno de falangistas con el brazo en alto y voceando consignas.

—¡Dios mío! ¡Ay, Dios mio! —Exclamó Rosario—. ¡Qué sea cierto!

Sebastián se levantó y salió corriendo por el pasillo.

—¡Sebastián! —Chilló Rosario— ¡Id tras él! Qué no salga a la calle...

Pero Sebastián ya bajaba por la escalera. Cuando se asomó a la acera, vio cómo en la casa de enfrente colgaba una señora la bandera rojo y gualda en el balcón. Se quedó parado, en medio de la calle, respirando el aire fresco de aquella mañana lluviosa, y de pronto vio acercarse a un cura (vestía la sotana) acompañado de dos jóvenes mujeres. Sebastián les abordó.

—¿Ha terminado la guerra? —preguntó con la voz entrecortada,

dirigiéndose al hombre de la sotana.

—No lo sé, hijo, pero Madrid ha sido liberado por las fuerzas nacionales esta mañana.

Al oírlo, Sebastián comenzó a llorar, y sin poder evitarlo, cayó de rodillas y se abrazó a la sotana del sacerdote. Éste, sorprendido, rápidamente se dispuso a levantarlo.

—¡Por Dios, hijo mío! Levántese, se lo ruego...

-Padre... Soy un marista —le dijo, mirándole con los ojos cuajados en lágrimas—. Llevo escondido en esta casa desde hace más de dos años.

\*\*\*\*

No se oían disparos, ni jaleos, sólo la algarabía de miles y miles de personas que iban llenando las calles, celebrando... algunos no sabían qué, y todos, que por fin había calma. La radio, a media mañana, transmitió un comunicado oficial: notificaba la “liberación” de Madrid, y pedía a la población que saliera a celebrarlo. Por la tarde, camiones llenos de víveres comenzaron a desfilar por las arterias más importantes, y cientos de soldados repartían pan y botellas de leche. La gente gritaba entusiasmada y aplaudía (en el último reparto semanal, sólo les habían dado 100 gramos de pan negro y un puñado de lentejas por persona). Y comían el pan y bebían la leche con tal ansia, que los soldados se admiraban. Por la noche, se encendió el alumbrado público en muchas calles y plazas después de meses sin alumbrar.

Rosario junto a sus hijos María y Miguel, que llevaba de la mano a Rosarito, quedaron con Sebastián en recogerle a la puerta de la Iglesia de la Purísima Concepción en la calle Goya.

(Una vez que Sebastián le comunicara al otro sacerdote que era marista de Chinchón cuando comenzó la guerra, éste se tomó gran interés en conocer su historia. Le dijo que le acompañara a su Parroquia para ver si podía averiguar algo sobre el paradero de su orden, así que Sebastián subió al piso y explicándole a Rosario este hecho, se marchó con el otro sacerdote)

Paseando por un Madrid destrozado por las bombas, Rosario no hacía más que suspirar entre exclamaciones.

—¡Ay, Señor! ¡Qué tragedia! ¡Cuántas casas destruidas! Y fijaos en las calles, llenas de agujeros. Cuanta destrucción y cuanta muerte... Y todo esto para qué... ¡Malditas guerras!

—Déjelo ya, madre —terció Miguel—, no se haga mala sangre. Disfrutemos del día, que por fin tenemos paz.

Al llegar ante la iglesia, les llamó la atención la cantidad de gente que iba entrando en ella.

—¡Jesús! ¿No me digáis que hay misa? —se dijo Rosario mostrando su contento, al tiempo que veía a una vecina del barrio entrar en el templo.

—Fíjate, es Engracia, la de la mercería —le dijo en voz baja a María—. Está delgadísima. Me ha costado reconocerla. Pero sí, es ella.

María miró hacia donde le indicara su madre, y reconoció a aquella mujer, antaño regordeta. Luego, miró a su madre de reojo, y tristemente sonrió: “Poco se debe mi madre mirar en el espejo”—se dijo—, y con este pensamiento la agarró del brazo, y seguidas de Miguel y de Rosarito, entraron en la Iglesia.

Ante la inesperada sorpresa de todos ellos, Sebastián apareció sobre el altar acompañando a otros dos sacerdotes.

—María... ¡Es Sebastián! —Exclamó en voz baja Rosario, y contemplando a su sobrino vestido de sacerdote, se le llenaron los ojos de lágrimas—. “Qué contento estaría también Fernando si le viera officiar la misa” —pensó en ese instante, sintiéndose feliz y orgullosa, recordando cuando le vio en la puerta de su casa vestido de mujer. Mal lo pasaron todos, y riesgo corrieron, pero bien mereció la pena para verle ahora allí, muy delgado, pero con unos ojos tan vivos que le iluminaban toda la cara.

La Iglesia se llenó de gente; incluso algunos quedaron fuera, y todos

mostraban el dolor en los rostros, demacrados y tristes, llenos aún de miedo, pero también mostrando un atisbo de esperanza. Ya no soplaba el nefasto viento, ahora la calma extendía su manto sobre los muertos y sobre las ruinas, y sembraba un cierto sosiego en los corazones de aquellos que habían sobrevivido, de todos aquellos hombres y mujeres que lograron escapar de las fauces, sedientas de sangre, de ese horrible monstruo que es la guerra.

Muchos miles de personas se amontonaban en Valencia a la espera de ser trasladadas en barcos extranjeros (sobre todo franceses e ingleses) fuera de España. Temían las represalias del bando vencedor.

La única ayuda internacional que finalmente se ofreció para sacarlos, fue la que provenía de una delegación del Comité Internacional para la ayuda de la España republicana (cuya sede estaba en París). Esta delegación, desembarcó en Valencia el 27 de marzo pretendiendo organizar una evacuación masiva a través de la compañía naviera France Navigation, propiedad del partido comunista francés, algunos de cuyos barcos se dirigían, en aquellos momentos, hacia los puertos del Levante español.

Llegó la noticia de que esos barcos atracarían en el puerto de Alicante, y una enorme multitud se dirigió hacia allí. Al llegar, se encontraron con la sorpresa de que la marina franquista había bloqueado la entrada al puerto y no dejaba pasar a los barcos franceses. La delegación del Comité Internacional, sorprendido y enojado, intentó convencer a los cónsules británicos con el fin de que presionaran a su gobierno para que interviniera la Royal Navy, pero el gobierno inglés mantuvo la postura oficial de que necesitaban el consentimiento de Franco, el cual nunca se dio. Pidieron entonces ayuda al cónsul francés para que su gobierno enviara barcos de guerra que protegieran a los barcos de la naviera France Navigation y así poder salir con los refugiados, sin obtener ninguna respuesta.

(Sólo el carguero británico Stanbrook consiguió sacar a 3.028 hombres, mujeres y niños, del puerto de Alicante, y marchar a Orán).

Abandonados a su suerte, muertos de sed y de cansancio, los miles de personas que aguardaban en el puerto de Alicante, vieron consumarse su tragedia cuando a primera hora de la tarde del 31 de marzo amarraban en el muelle de Poniente, el Canarias y el minador Vulcano. De ellos descendieron fuerzas armadas provenientes de dos batallones del cuerpo de ejército de Galicia que reemplazaron a las fuerzas italianas que cubrían la vigilancia del puerto hasta ese momento, y comenzaron a sacar, ya como prisioneros, a todos

los congregados en los muelles.

A la mañana siguiente, concluyó la evacuación de los miles de refugiados republicanos en el puerto de Alicante. A todos les esperaba el campo de concentración los Almendros, situado a tres kilómetros del puerto, y de muy triste recuerdo. Este campo sólo estuvo operativo durante siete días (del 30 de marzo al 6 de abril) y se calcula que en tan pocos días murieron allí más de mil personas, por la escasez de agua y absoluta falta de alimentos.

Los vencedores anunciaron oficialmente el final de la guerra el 1 de abril de 1939.

El tres de abril, María y Miguel desde la frutería, consiguieron establecer comunicación telefónica con Tembleque y hablar con Isabel y Dolores.

—¡María! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué alegría tan grande! —Isabel, se enjugaba las lágrimas mientras hablaba—. ¿Qué tal estáis? ¿Y mi niña, María...? ¡Ay, Dios mío! ¡Dime que está bien!

—No te preocupes, está muy bien... Todos estamos bien, bueno... —María calló al recordar la falta de su padre.

—¿Qué pasa? ¿Por qué callaste? —Isabel intuyó que su hermana trataba de ocultar algo, y esto le hizo presumir que sería grave.

—Murió padre, Isabel —se le entrecortó la voz al decirlo—. Falleció en junio del 37, enfermó del hígado y no se pudo hacer nada.

Durante los siguientes segundos sólo se escuchaba el llanto apagado de Isabel. María sentía el golpe que esta noticia tenía que causar en sus hermanas, y también lloraba en silencio. Enseguida escuchó la voz de su otra hermana, Dolores.

—¿Qué pasa, María? ¿Ha pasado algo grave? —preguntó, tras ver llorar a Isabel y coger ella el auricular.

—Lo siento, Dolores. Murió padre. Ya va camino de dos años que murió.

—¿Y vosotros que tal estáis? —le preguntó Dolores, después de asimilar con gran dolor la triste noticia.

—Bien, en lo que cabe. Madre ya sabes lo fuerte que es, así que hemos salido adelante. Pero lo hemos pasado muy mal, Dolores... Gracias que Miguel ha estado siempre con nosotras durante toda la guerra, sino la cosa hubiera sido mucho peor. ¡Hemos padecido tanto...!

—Mañana mismo salgo para Madrid —dijo Dolores en ese momento—. Ya le dije a Ramiro que me sacara el billete.

—Mujer, tampoco hace falta que te precipites; ahora ya acabó todo y...

—¡Qué no! —exclamó Dolores, llorando—. Tengo que ver a madre, María, tengo que verla... y a vosotros... ¡A todos!

—Está bien, mujer, no llores. Vente ya si quieres.

—Pues hasta mañana. Te paso de nuevo a Isabel.

—María, yo no podré ir por el momento, pero dile a madre que en cuanto pueda iremos a verlos. Dale muchos besos a madre y a Miguel, y a mi pequeña —aquí, a Isabel se le rompió la voz—. Habladle de mí, María y de su padre y de sus hermanos, que no nos olvide.

—Siempre lo hacemos, Isabel. Os tiene siempre presentes.

Cuando María colgó el teléfono, se dio cuenta de que Miguel, que estaba escuchando a su lado, no había hablado con sus hermanas.

—¡Ay, Miguel, cariño! ¡Lo siento! ¿Quieres que vuelva a llamar?

—Déjalo; no importa, María. Con lo que nos costó comunicar... El caso es que estén bien.

—Sí, sí lo están. Mañana viene Dolores, se ha empañado...

—Ya os oí. No es de extrañar, María. Noticias les habrán llegado de lo mal que lo hemos pasado en Madrid durante estos tres años.

\*\*\*\*

Tal y como dijera, al día siguiente, Dolores llegó a Madrid en tren. En la estación de Atocha alquiló un carro para que le llevara el equipaje hasta casa, pues todavía en muchos tramos no funcionaban los tranvías, y además traía muchos bártulos. Isabel le entregó varios kilos de víveres pues sabían de la precariedad con que estaban viviendo en Madrid. También ella había ido adquiriendo prendas de ropa y había confeccionado camisas para sus hermanos y su querido padre (que ahora descansaba en paz) en aquellos meses de guerra.

Mientras el carro recorría las calles, Dolores, sentada en él, observaba con incredulidad y dolor toda la destrucción que la maldita guerra había causado. Algunas manzanas de casas habían desaparecido por completo, y en su lugar quedaba un rastro de ruinas y desolación. El carro se las veía y se las deseaba para sortear tantos baches, y Dolores tenía que agarrar la carga muchas veces para evitar que algún bulto fuera al suelo. Tardaron casi una hora en llegar a casa desde la estación, y cuando pararon frente al portal, Dolores echó una mirada en su contorno, y con tristeza imaginó cuánto miedo tuvieron que pasar oyendo sonar las sirenas de alarma y el ruido de los aviones que tantas bombas dejaron caer sobre Madrid durante aquel largo asedio.

El ascensor no funcionaba. Había un cartel colgado de la puerta donde se leía con letras ya muy borrosas: “Ascensor fuera de uso por bombardeo”.

Dolores subió poco a poco su maleta y los cuatro bultos hasta el primero, y cuando lo tuvo todo, llamó al timbre. La mano le temblaba.

Rosario abrió la puerta, y cuando vio a su hija delante de ella, cruzó las manos sobre el pecho y comenzó a llorar.

Dolores, sin poder hablar por la emoción, abrazó a su madre con fuerza.

Mientras que las dos mujeres lloraban abrazadas, Rosarito apareció en el

quicio de la puerta, y contemplando la escena, se abrazó a las piernas de su abuela.

Ya dentro de la casa, Dolores se estremecía cada vez que miraba a su madre. Estaba en los huesos, y sólo la mirada de sus ojos verdes seguía siendo la misma. Tan fuerte era su deterioro que Dolores se preguntaba cómo podía seguir viva. “¡Cuánto tiene que haber sufrido!” —Se decía— sin poder evitar que la saliva se le atragantará en la garganta. A Rosarito la encontró muy bien, algo delgada, pero muy crecida, y la niña la miraba a ella con notable curiosidad.

—¿Te acuerdas de mí, Rosarito? Soy la tía Dolores.

Rosarito continuó mirándola con atención.

—Tú estabas con mis papás, ¿no? —Preguntó la niña, recordando haberlo oído muchas veces—. ¿Y dónde están mis papás, ahora?

Dolores, se agachó y cogió a la niña en brazos.

—Tus papás te mandan muchos, muchos besos y muy pronto van a venir a buscarte, cariño. Y mira lo que te han mandado —y abriendo uno de los bultos, Dolores sacó una muñeca cubierta con un vestido azul lleno de encajes blancos.

Poco después llegaron María y Miguel de la frutería, y cuando Dolores los vio se tuvo que echar las manos a la cara. Su delgadez era tan extrema que daba horror verlos. Luego Miguel le confesaría que era tan grave ya su situación, y la de todos los madrileños, que si la guerra hubiera durado un par de meses más, Franco se hubiera encontrado con una ciudad fantasma, sembrada de cadáveres.

\*\*\*\*

Transcurridos dos días, un par de guardias civiles se presentó en casa a primera hora de la mañana. Venían de parte del sargento Ramiro a recoger a su hija para llevarla a Tembleque. Esta inesperada visita les sorprendió

enormemente, puesto que esperaban que fueran los propios padres los que recogieran a la niña.

Mientras María y Dolores preparaban un hatillo con las pertenencias de la niña, Rosario peinaba a su nieta con emoción contenida. Habían sido casi tres años conviviendo con la pequeña, que llegó con cuatro añitos y ahora regresaba camino de cumplir los siete; le costaba desprenderse de ella, más de lo que hubiera supuesto, pero no podía poner objeción alguna; también sus padres estarían anhelantes por verla, y aquellos tres años sin tener noticias habrían sido un sinvivir para ellos.

Cuando terminó de peinar a la niña, le dio un par de besos en las mejillas.

—Bueno, corazón mío, vas a ver a tus papás —le dijo, intentando no llorar.

—¿Pero tú no vienes conmigo? —le preguntó la niña, mostrándole asombro.

—No, reina mía. Yo... iré más adelante.

La niña se puso repentinamente triste, luego abrazó a su abuela.

—Yo no quiero ir si tú no vienes.

Rosario se sentó en una silla y atrajo a la niña hacia ella.

—Mira, Rosarito, tus papás te quieren mucho, y ya te dije muchas veces que ellos están por encima de todo. Tienes que ir con estos dos guardias, que son compañeros de tu papá, y ya verás lo bien que lo vas a pasar ahora con tus hermanos, Inmaculada y Carlitos, de los que tanto hemos hablado, ¿te acuerdas?

—Sí —afirmó la niña, moviendo la cabeza—. Y me dijiste que Inmaculada tenía muñecas, ¿verdad?

—¡Claro! Y tú vas a jugar ahora con ellas, cielo. Mira, ahora tú le llevas a ella la tuya, que bien guapa te la ha puesto la tía Dolores.

—Me gusta más la que me regaló el tío Miguel. ¿Me la puedo llevar?

—Pero si es tuya, reina, cómo no vas a poder...

—¿Y el libro de Genoveva de Brabante?

Rosario miró a María. Esa antigua novela era la preferida de su marido Fernando, y después de morir, se la quedó Miguel, que la conservaba como oro en paño. María sólo le hizo a su madre un gesto con los labios.

—A ver, Rosarito, ese libro es del tío Miguel, y ahora él no está —le explicaba su abuela—. Si te parece, cuando él regrese se lo decimos, y si quiere, la próxima vez que nos veamos te la quedas tú.

Antes de salir con la niña, los dos guardias les entregaron un paquete con tres riestras de chorizos, dos de morcillas, un kilo de pan, y dos docenas de rosquillas. Luego, uno de ellos, le entregó a Rosario un billete de los nuevos, de 25 pesetas.

La marcha de la niña les produjo a todos ellos hondo pesar. Cuando Miguel llegó y le dijeron que se la habían llevado, no dijo nada, pero se encerró en su habitación y no salió hasta que su hermana Dolores le llamó para comer.

\*\*\*\*

Cuando Rosarito llegó a Tembleque, Isabel salió corriendo de la cocina al oír el motor del coche. Al verla descender del vehículo no pudo contener las lágrimas. Tan rubia, le recordó a su hermano Miguel, y aquellas trenzas tan bien peinadas le evocaron las manos de su madre...

—¡Rosarito! ¡Mi vida! —Isabel corría a estrechar a su hija entre sus brazos—. ¡Ay, qué alegría tan grande!

La niña dejó que su madre la abrazara y le llenara la cara de besos... pero ella no hacía ningún gesto. Isabel se percató de ello.

—¿No recuerdas a mamá, cariño? —le preguntó, apartándose un poco y mirándola a los ojos.

Rosarito la miró y sonrió.

—Sí, te he visto muchas veces en la foto —respondió, con toda su inocencia.

Cuando entraron en la cocina, Rosarito se quedó paralizada. Isabel estaba guisando un conejo, y tenía dos fuentes llenas de patatas fritas recién hechas, otra con huevos fritos y una más con pimientos. Colgados del techo había unos cuantos chorizos y dos jamones.

—¡Ven! Mira... ¿Te gustan los huevos fritos con patatas? —le preguntó Isabel.

Rosarito se había vuelto pálida, y de repente echó a correr hacia el patio. Asustada, Isabel la siguió.

Allí, en el patio, apoyando las manos en la blanca pared, Rosarito comenzó a tener arcadas.

Inmediatamente Isabel lo comprendió, y se sintió terriblemente mal. Llorando se acercó a su hija y la abrazó por la espalda.

—¿Has pasado mucha hambre, verdad tesoro mío? —le dijo, con la boca casi pegada a su oído.

La niña se fue recuperando; luego, agarrada de la mano de su madre, entró de nuevo en la cocina. Se sentó en la mesa, mientras que su madre se dirigió a ver cómo iba el guiso del conejo.

—Dentro de nada, ya estarán aquí tus hermanos, Inmaculada y Carlos que están en el colegio. ¿Te acuerdas de ellos?

La niña no respondió, sus ojos no paraban de observar aquellos chorizos colgados y los jamones que brillaban bajo la clara luz de la mañana; luego, su miraba se paseó por las fuentes que contenían los huevos, las patatas y los pimientos fritos.

Cuando Isabel puso el puchero con el conejo en el centro de la mesa, Rosarito le dijo:

—Por favor, ¿puedes llevarles un poco de todo esto a mi abuela Rosario

y a mis tíos María y Miguel... y al primo Sebastián? Se pondrán muy contentos... Ellos nunca han visto tanta comida junta.

Limpiándose los ojos con la punta del delantal, Isabel, sin decir nada, salió al patio; en ese momento llegaba Ramiro con sus otros hijos.

—¿Qué pasa? —preguntó, al verla llorar en la puerta—. Los guardias me dijeron que llegó la niña y que estaba muy bien...

Isabel, llorando, se abrazó a su marido.

—¡Qué mal tienen que haberlo pasado, Ramiro! ¡¡Qué mal!!

El 16 de abril, a las nueve de la mañana, el tren que traía a Esther llegó a Madrid desde San Sebastián. En la estación del Norte ya se veía algún taxi funcionando, aunque muy destantalados la mayoría de ellos. Cargada con dos pesadas maletas, Esther subió en uno y se dirigió a casa.

Ya había acordado con la señora marquesa, que volvería unos días antes del resto de personal, para estar con su familia. A través de un telegrama que recibió a primeros de abril, supo que se encontraban bien, pero tenía que comprobarlo por sí misma, y cuanto antes; algo le decía que no todo había ido bien. Sabía de lo mal que lo pasarán los madrileños; sobre todo, durante los últimos meses de la guerra, con esa tremenda escasez de alimentos que sacudía la ciudad, y la angustia no la dejaba descansar pensando como estarían sus padres y hermanos.

Cuando, sudorosa por el esfuerzo de subir con las dos maletas, llamó al timbre, se notó la boca seca.

Un minuto después abrió Dolores. Al ver a su hermana la abrazó muy emocionada; luego, cerró un poco la puerta y le habló en voz baja.

—Esther, no te pudimos decir nada por el telegrama, pero...

—¡Dolores! ¿Quién es? —la voz imperiosa de Rosario sonó desde el pasillo. Se acercaba a la puerta, y Dolores ya no pudo añadir más.

Rosario abrió la puerta que dejara Dolores medio cerrada, y vio a su hija Esther frente a ella.

—¡Dios mío, madre! —Exclamó Esther, casi sin voz, y la emoción de verla en ese estado tan paupérrimo fue de tal intensidad, que sintió que perdía el conocimiento. Cayó sobre una de las maletas y Dolores acudió corriendo para que no acabara en el suelo.

Ya repuesta del vahído, causado por la tremenda visión que le ofreció el estado famélico de su madre, Esther entró en la casa. Dolores le hizo una manzanilla y, poco a poco, le fue volviendo el color. Madre e hija, fueron poniéndola al corriente de todos los acontecimientos acaecidos durante los tres años de guerra. La muerte de su padre le causó un hondo pesar, y, en ese momento, decidió acudir cuanto antes al cementerio de la Almudena, para saber dónde estaba enterrado.

Cuando llegaron María y Miguel de la frutería, Esther ya estaba prevenida, pero, aun así y todo, no pudo reprimir lágrimas de dolor al ver a sus dos hermanos tan demacrados. Su aspecto era de hambruna total, y aunque ellos ya no se lo notaran —habituados a verse día tras día— verdaderamente la imagen que daban era de auténtica pena.

Esther, después de comer un arroz con bacalao, que hiciera Rosario por primera vez desde hacía tres años, vació las dos maletas, y quitando cuatro o cinco piezas de ropa que traía en ellas, todo lo demás eran víveres: Arroz, lentejas, alubias, garbanzos, harina, sal, azúcar, pimentón, chorizos, morcillas, bacalao seco, leche condensada, manteca de cerdo, aceite de oliva, vinagre... Todos aquellos víveres de primera necesidad que pudo meter en ambas maletas. La marquesa le dijo que no reparara, que les llevara todo lo que pudiera.

—¡Jesús Bendito! Con todo esto, más lo que trajo Dolores, nos va a dar un atracón de mucho cuidado —dijo Rosario, sorprendida ante tanta abundancia, y los demás rieron.

—Habrà que ir poco a poco —añadió Miguel—. Ahora me lleno rápido si como deprisa.

—¡Gracias a Dios que todo ha terminado! —Exclamó Rosario, levantando ambos brazos al cielo—. Ahora, sólo le pido a la Virgen que Vicente, Carlos y Tomás vuelvan vivos y sanos del frente.

Aquella misma tarde, recibieron un telegrama de Vicente, dónde les decía

que estaban los tres bien y juntos, y que en unos días volverían a casa. Rosario acudió a dar gracias la iglesia. Encendió una vela a la Virgen, después se confesó, escuchó misa y comulgó.

\*\*\*\*

Rosario, Esther y Dolores, las tres de luto cerrado, marcharon aquella soleada mañana del 20 de Abril hacia el cementerio. Al llegar a la puerta principal vieron a unas mujeres que vendían ramos de flores. Eran claveles y algunos crisantemos, y Esther se paró para comprar dos ramos. Luego siguieron las tres en silencio, hasta llegar a una fuente, allí Rosario les indicó donde se encontraba enterrada la prima Palmira.

Sobre la tierra seca, estaba clavada una cruz de hierro pintada en negro, y en el centro de ella, destacaba una foto ovalada cubierta por un cristal opaco. Dolores hizo la señal de la cruz, y sacando un pañuelo del bolsillo de su chaquetón, intentó limpiar un poco el cristal que impedía ver con claridad el rostro de Palmira.

Sonriente, como era ella, con el pelo ensortijado, cayéndole un rizo sobre la frente, el rostro alegre de Palmira emocionó a las dos hermanas. El recuerdo de aquellas tardes de verano en el pueblo, sentadas a la fresca, consumiendo moras y charlando de todo y de todos, venía a sus mentes. Palmira había sido como una hermana, participativa y generosa, que se podía contar con ella para cualquier menester.

Con cuidado, como si la tierra pudiera quejarse, depositaron uno de los ramos al pie de la cruz; luego, rezaron un misterio del rosario y a continuación, las tres mujeres, siguieron su marcha.

La sepultura de Fernando no estaba muy alejada de donde descansaban los restos de Palmira, y en cinco minutos llegaron a ella. Esther, muy emocionada, se arrodilló y recogió un puñado de la tierra seca que se llevó a

los labios. Después de besar la tierra, la dejó caer entre los dedos, y sacando un pañuelo del bolsillo de su chaqueta de lana, se limpió las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—Todas estas plantas que tiene alrededor, ¿las ha plantado usted, madre? —preguntó Dolores al ver cómo circundando la sepultura, crecían geranios y clavelinas.

—Así es. Desde que murió nuestro padre —ya camino de dos años—, he venido siempre que pude al cementerio. Muchas veces vine con Rosarito, cuando hacía bueno, y me ayudaba a plantarlas. Ella decía que este era el jardín de la casita del abuelito en el cielo, y que tenía que estar muy bonito para que él lo disfrutara.

\*\*\*\*

María y Miguel, mientras tanto, estaban en la tienda despachando los víveres que trajeran aquella mañana del Mercado de la Cebada. Aún continuaba entrando poco género, y el racionamiento seguía siendo muy severo. Se esperaban nuevas cartillas, tras el final de la guerra, pero estas no llegarían hasta el mes de agosto, con un nuevo racionamiento que en poco mejoraría al anterior.

Dos falangistas, del Servicio de Información e Investigación, entraron en ese momento en la frutería.

—¿Quién es el dueño? —gritó uno de ellos.

Miguel, que estaba despachando a una señora su racionamiento, levantó sorprendido la cabeza.

—Soy yo —dijo con claridad.

—¿Se llama usted Miguel González? —preguntó uno de ellos.

—Así es.

—Pues tiene que venir con nosotros —y acercándose, le cogieron por los brazos.

—Pero... ¿por qué se lo llevan? —preguntó María, muy asombrada.

—Tendrá que declarar por una acusación vertida sobre él.

—¿Acusación? Pero, ¿de qué se le acusa a mi hermano?

—Eso no lo sé... Ahora, apártese y déjenos ir.

—María, déjalo, no porfies —Miguel intentó calmar a su hermana—. Yo no he hecho nada, así que pronto estaré de vuelta.

—Por lo menos, díganme: ¿A dónde se lo llevan?

—Al centro policial de la calle Castelló.

Ante la detención de Miguel, María siguió atendiendo a los clientes, y en cuanto terminó el género, echó el cierre y salió disparada hacia el centro de la policía interna de Falange.

Miguel, después de esperar cerca de media hora en aquel centro de falange donde habían establecido el Servicio de Información e Investigación, en abierta y constante comunicación con las comisarías y juzgados militares, fue llevado a una especie de despacho; allí, tras una mesa de madera bastante tosca, se hallaba sentado un falangista de mediana edad que lucía un poblado bigote. A pesar de haber una silla colocada ante la mesa, no se le invitó a sentar.

—A ver, ¿tú vives en la calle Don Ramón de la Cruz?

Miguel respondió afirmativamente.

—¿Y respondes por Miguel González?

Miguel volvió a contestar con un “sí, señor”.

—Y tienes 23 años, según consta en tu cédula.

—Así es. Nací en agosto de 1915.

—Entonces, dime: ¿Cómo es que no estabas combatiendo en el frente?

(Ante esta pregunta, Miguel le hizo un breve recorrido al falangista de todo su periplo durante la guerra)

—¿No será que efectuaste alguna clase de trabajo sucio para el gobierno rojo, y que por eso te libraste del frente? Nosotros sabemos que estuviste implicado en la cacería de falangistas en julio del 36.

—No entiendo lo que quiere decir —alegó Miguel, que había quedado confuso, ante una noticia tan falsa como sorprendente.

—¿Lo vas a negar? —preguntó el hombre bigotudo con un tono de voz intimidatorio.

—Totalmente. No sé de qué me habla. Es una acusación falsa. Además, yo pertenecía al cuerpo de falange antes de comenzar la guerra, tenía mi carné de militante.

Al oír esta declaración, el falangista quedó estupefacto.

—¿Puedes demostrarlo? —preguntó, sin salir de su asombro.

—Sí, sí que puedo. Conservo el carné en mi casa —afirmó Miguel con aplomo.

Totalmente apabullado, el falangista se levantó de la mesa y desde la puerta voceó:

—¡Vosotros dos! ¡Venid aquí!

Enseguida, aparecieron dos jóvenes de camisa azul.

—Estos te van a acompañar a tu casa —le dijo aquel hombre de mirada siniestra—, recoges el carné y vuelves con él. Espero que sea verdad lo que me has dicho.

Miguel, muy seguro de sí mismo, salió escoltado por los dos falangistas.

Cuando salían del centro, María llegaba a él toda sofocada.

—¿A dónde le llevan? —preguntó asustada, al ver salir a su hermano sujeto de los brazos por los dos falangistas.

—No te apures, María. Vamos a casa a buscar una cosa.

María, extrañada, pero confiada al ver la entereza de su hermano, marchó tras ellos.

Tal y como afirmara, Miguel presentó su carné de falangista (aquel que escondió antes de empezar la guerra en la caja de los cromos). Después de comprobar que era legítimo, el oficial, que le mostrara en un principio tanta acritud, ahora le trataba como a un camarada más.

—Voy a ver si trato de averiguar quién fue el hijo de puta que te denunció. ¿No tienes tú alguna idea? Porque como le descubra, te juro que a ese *desgraciao* le corto los *huevos*.

Los madrileños comenzaron a estar dominados por el miedo a la delación de un vecino, a la denuncia ante una comisaria, o un tribunal militar. El 29 de marzo de 1939, se declaró el estado de guerra en Madrid y su provincia. A partir de ese momento y hasta 1948, la ciudad iba a estar regida por el Código de Justicia Militar, que consideraba como delitos una gran gama de comportamientos.

Diferentes tribunales militares ocuparon edificios por toda la capital, comenzando su labor investigadora. En la calle Castelló nº 7 se estableció la policía interna de falange, y allí llevaron a diario a docenas de personas durante los primeros meses después de terminada la guerra, acusadas de diferentes delitos, muchos de ellos provocados por la envidia y la venganza. Así, se fue generando una nueva sociedad, a través del juicio de las responsabilidades individuales y colectivas.

Comenzaba la posguerra en la capital del nuevo estado franquista. Cabe destacar también el papel que desempeñó el Servicio de Recuperación de Documentos, que trataba de recoger cuantas más pruebas pudieran incriminar a los madrileños, y la Auditoria del Ejército de Ocupación, que iba preguntando a los vecinos y porteros por lo ocurrido en Madrid durante la guerra.

Empezaba a crecer un nuevo monstruo de grandes orejas y colmillos afilados. Nació la desconfianza, también entre amigos y familiares; nadie se fiaba de nadie, e incluso las conversaciones en familia se guardaban en secreto. Había que adaptarse a los nuevos tiempos, y muchos pasaron a fingir un comportamiento de adhesión al nuevo régimen. Era la única manera de subsistir en un Estado dónde las libertades habían quedado suprimidas.

Cuando Miguel contó a su madre y hermanas lo que le había acontecido, Rosario quedó muy dubitativa.

—Entonces —manifestó, mirando seria a su hijo—, ¿no rompiste ese carné, como me dijiste?

—No, madre —le confirmó Miguel, algo avergonzado.

—¿Y tú sabes lo que nos pudiera haber pasado si llegan a encontrarlo los milicianos en un registro?

María, miraba a su madre con asombro.

—Pero, madre, medite usted bien lo que dice, porque si no lo hubiera conservado, ahora Miguel estaría detenido, y sólo Dios sabe lo que pudiera pasarle. Eso es lo que hay que tener ahora en cuenta.

Ante la aserción de María, Rosario frunció los labios, pero guardó silencio.

—Es cierto lo que dice María —añadió Esther—. Tal vez el cielo le iluminó para que no lo rompiera.

Esta última frase hizo que Rosario rebajara su severa actitud. Que sus hijos le mintieran era algo que difícilmente soportaba; pero, en este caso, tal vez fue la Providencia quién así lo hizo, como dijera Esther.

—Está bien, pero no quiero que me mintáis. Y, sí, es cierto que gracias a conservarlo, Miguel y todos, nos hemos librado de una posible desgracia. Y ahora, que esto nos sirva de lección a todos. Hay que mantener la boca bien cerrada, y tener mucho cuidado con lo que se dice por ahí a partir de ahora. ¿Lo tenéis claro?

Todos, al unísono, hicieron gestos afirmativos con la cabeza.

\*\*\*\*

El domingo siguiente fueron todos a misa de 12. La iglesia de Nuestra Señora del Rosario estaba abarrotada de gente, y María observaba, con ojos guasones, la cantidad de vecinos y conocidos que entraban en el templo y que nunca antes había visto allí; incluso veía a algunos que siempre se declararon ateos y simpatizantes de partidos de izquierdas. Ahora, con la cabeza gacha, se mezclaban entre la gente, e incluso llevaban la mano derecha a la pila del agua bendita y hacían la señal de la cruz, observando a la concurrencia con recelo. “El miedo guarda la viña” —se dijo María, suspirando.

También Rosario se había dado cuenta; pero ella celebraba aquel nuevo reencuentro en la iglesia, y sonriente saludaba a todos los conocidos. Siempre fue una mujer creyente; nacida y criada en una familia cristiana que no entendía el mundo, ni la vida, sin tener presente la religión. En sus miedos, en sus penas, en sus alegrías... en todas sus emociones, siempre estuvo presente *su Dios*, y su *Santísima Virgen del Rosario*. Había criado a sus ocho hijos en su misma fe, y ahora se la veía satisfecha, entrando con parte de ellos en la Iglesia.

Una vez acomodada en uno de los bancos, se levantó, y ayudada por su hija Esther, se puso de rodillas. Así, postrada, comenzó a rezar dando gracias porque aquella maldita guerra había terminado sin llevarse a ninguno de sus hijos. Tres larguísimos años que la dejaban más vieja y más triste, sin tener ya a su lado a quien fue el amor de su vida, pero que no lograron que perdiera la esperanza ni las ganas de luchar.

Ahora, recordaba cuando llegó a Madrid aquel mes de octubre de 1929, rebosando fuerza y coraje, y con ganas de comerse el mundo; pues, como su padre decía, existían dos clases de personas: “Las que se comen el mundo y las que se dejan comer por él”, y ella quiso estar siempre entre las primeras. Los primeros años en Madrid fueron inquietos, pero con pocas zozobras, y siempre tirando del carro, venciendo obstáculos y alcanzando metas. “Mucho avance es éste” —decía su marido, cuando en 1935 ya tenían dos fruterías y una camioneta—, y ciertamente lo fue para ellos, que trabajando tantos años en

el pueblo, no consiguieron medrar un ápice allí.

Habían pasado mucho, más de lo que jamás hubiera pensado, durante la maldita guerra, pero no valía la pena quejarse ahora, como tampoco se arrepentía de haber tomado la decisión de migrar a Madrid. Estaban todos sus hijos vivos (gracias a la Virgen) y conservaban la casa y la frutería de Hermosilla. Ahora tenía mucho que pensar, y mucho había por hacer. No podía andarse por las ramas, y en cuanto volvieran sus hijos del frente, todos juntos, se pondrían manos a la obra.

—Han sido tres años espantosos —le dijo repentinamente a su hija María al oído—, pero volveremos a levantar cabeza, de eso ya me encargaré yo, no te quepa duda.

Luego, Rosario levantó su mirada hacia el altar, y sus ojos verdes dejaron ver una lucecita que durante un instante destelló, como si hubiera cruzado dentro de ellos una estrella fugaz, y sus labios dibujaron una leve sonrisa cuando claramente oyó dentro de su corazón la voz de Fernando que le decía: “¡Adelante, Rosario! ¡Siempre *p’alante!*”

-o-o-o-o-

## NOTA DEL AUTOR

La posguerra se perfilaba dura, y así comenzaron a verlo los madrileños. Aparte de proseguir la escasez en todo el abastecimiento, la contundencia con que entraba el nuevo régimen mantenía a la población, que no le era afín, en un estado permanente de confusión y miedo. Los detenidos civiles, que eran juzgados por tribunales militares, se extendían como una mancha de aceite en las aguas de un lago. Familiares, amigos, vecinos, conocidos... Todos tenían a alguien que había pasado por las comisarias, y de muchos dejaba de saberse durante un corto, largo o eterno tiempo. Así, de forma paulatina, se extendió una nueva ley sin códigos ni manifiestos; una ley que nacía del instinto por la legítima supervivencia: La del silencio.

Así, los madrileños, y por ende todos los españoles, aprendieron a vivir silenciados. Dejó de hablarse de la guerra, y si se hacía era para alabar y homenajear a los *“salvadores de la Patria”*. En los colegios, los libros publicaban una nueva historia de España, donde quedaban muy bien definidos quiénes eran los *“buenos”* y quiénes eran los *“malos”*. Aquellos que defendieron la República, pasaron a llamarse *“rojos”* y eran malos, terribles, y habían llevado a España a la situación de miseria que les tocaba vivir ahora.

Una mordaza se le puso en la boca a cada republicano en el nuevo régimen. Si quería vivir tranquilo, tenía que levantar el brazo derecho y gritar: *“Arriba España”* *“Viva Franco”*. Un estado dictatorial de represión que duró varias décadas y que sólo llegó a su desaparición tras la muerte del dictador.

Los años del silencio fueron aquellos que cubrieron dos etapas: La Segunda República y la Guerra Civil. La primera, que marcó una época que si políticamente fue caótica, también fue modelo de libertades, donde la democracia refulgió con resplandor, lográndose grandes metas de carácter

cívico y social, hubo que olvidarla, y sólo recordar de ella los terribles sucesos que llevaron a la quema de Iglesias y de conventos. Y la Guerra Civil dejó de existir como tal. Pasó a ser la “*Cruzada de liberación Nacional*”.

Yo viví ese silencio en mi niñez y primera juventud. Aún había miedo de hablar, incluso dentro de la propia familia, y cuando algo se decía de más, o se “escapaba”, rápidamente te hacían la observación: “Tú de esto no cuentes una palabra”. Mi propia abuela (protagonista de esta historia) ya siendo muy mayor —falleció en 1968 con 93 años—, cuando me respondía a una pregunta algo comprometida que yo le hacía sobre la república o la guerra, era muchas veces reprendida por su hija —mi tía Esther—, diciéndole: ¡Madre, no cuente esas cosas al chico!

Esta novela, basada toda ella en hechos reales, a muchos os parecerá que relata sucesos muy lejanos en el tiempo; sin embargo, estoy convencido de que a otros os sonarán aún cercanos, y que muchos de estos hechos los habréis oído comentar a vuestros familiares y amigos. La historia de los pueblos se escribe en el papel, pero también se guarda en la sangre, y se transmite en el recuerdo de padres a hijos. Y ésta, nunca, por mucho que lo intenten, nos la podrán silenciar.